
UNA AVENTURA DE INTRIGA Y SUSPENSE DE GABRIEL CABALLERO
PABLO
POVEDA
UN SECRETO BAJO
TIERRA
Lectulandia

La sombra que acecha en Alicante…

En el corazón de Alicante, donde la historia y el presente se entrelazan, el hallazgo del cadáver de un arqueólogo en su propia excavación arranca una serie de eventos que nadie pudo prever.

Gabriel Caballero, escritor y periodista de renombre, junto con la intrépida Rosario y el astuto inspector Rojo, se encuentra en el centro de un torbellino de misterios ancestrales y crímenes contemporáneos.

Lo que comienza como un incidente aparentemente accidental, rápidamente se desenmascara como el epicentro de una red de ambiciones ocultas, codicia insaciable y disputas venenosas. Un secreto milenario yace enterrado bajo la superficie, con el poder de reescribir la historia de Alicante, o de enterrarla para siempre.

A medida que Caballero profundiza en el misterio, la línea entre cazador y presa se difumina. Cada pista desenterrada lo acerca más no solo a la verdad, sino también a cavar su propia tumba.

Con el tiempo en su contra, el equipo debe enfrentar un enemigo que parece siempre un paso adelante…

Pablo Poveda

Un secreto bajo tierra

Gabriel Caballero - 16

ePub r1.0

Titivillus 01-07-2024

Título original: *Un secreto bajo tierra*
Pablo Poveda, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

Se dice que los periodos de bonanza generan sociedades frágiles, mientras que los tiempos de adversidad las fortalecen. Nunca estuve convencido de la veracidad de esta afirmación, pero lo cierto es que en Alicante se estaba gestando algo durante los últimos años, a fuego lento, que estaba a punto de explotar.

Una vez más, con el incremento de las temperaturas y tras una primavera que elevaba el mercurio y relegaba al olvido los recuerdos del invierno, el Levante español se convertía en uno de los destinos turísticos más frecuentados por los europeos. Era un tema recurrente en los medios, como la cansina repetición de un disco rayado, pero uno no comprende su magnitud hasta que lo presencia. Aquella mañana lo comprobé, mientras conducía hacia el sur mi querido Porsche Boxster rojo, saliendo de la ciudad. No había mayor satisfacción que observar los rostros pálidos o sonrojados por el sol, de aquellos que deambulaban desorientados, convencidos de haber alcanzado un paraíso terrenal, el lugar del sol, del arroz, del mar, de la «bona vida» y de todo lo que en sus países solo veían en televisión o esporádicamente durante el año. Quien dijo que uno no valora lo que tiene hasta que lo pierde, no podía estar más equivocado; a mí me bastaba con ver a esa gente para sentirme afortunado por haber vivido allí toda mi vida.

El propósito de mi viaje era estrictamente profesional. Tras mi última intervención en el estrambótico caso de los premios Saturno, mi nombre había ganado cierta notoriedad en la provincia, aunque no toda positiva. Afortunadamente, aún quedaban en la ciudad algunos que me estimaban, aunque fuese por interés. Desde hacía meses, había aceptado la oferta de escribir una columna social para el Levante Plaza, un medio local y digital que había logrado hacerse un hueco entre los tabloides tradicionales que resistían la eterna crisis del papel. Claro que lo hacía por ocio y no por negocio. Sabía

de antemano que el salario era insignificante y la repercusión casi nula, pero afortunadamente, mis libros se vendían lo suficiente como para no tener que volver a los días más oscuros de mi carrera.

Mientras atravesaba la ciudad, dejando que el sol calentara el interior de mi deportivo y causando sonrisas a las muchachas nórdicas que se quedaban boquiabiertas al verme en los semáforos, con mis Wayfarer oscuros, me preguntaba qué me esperaría en el destino. Acorralado por mi eterna distracción, no había tenido tiempo de revisar las notas sobre el asunto, pero tampoco lo consideré necesario. Al fin y al cabo, ¿qué podría ocurrir en una ciudad que vivía del turismo? El tema era una excavación arqueológica, una más de las muchas que se habían abierto bajo las baldosas de la región. Esto estaba causando molestias a las instituciones y a los empresarios locales. No era de extrañar, al menos para mí, en un lugar por el que habían pasado diversas civilizaciones.

Al tomar el desvío de Oscar Esplá para dirigirme hacia la avenida de Elche, me encontré con el tumulto que llenaba la recepción del espléndido hotel Marriott en la salida de la ciudad, conocido por alojar equipos de fútbol y diversas celebridades antes de algún gran evento en la ciudad. Avancé lentamente, casi inadvertido, y observé que la rueda de prensa había convocado tanto a los medios como a la policía y a grupos ecologistas que intentaban boicotear el evento. Era, cuanto menos, inusual, pensé, pero más inusual era que yo fuera a cubrir un descubrimiento arqueológico. Desde la Dama de Elche, la ciudad había estado en constante búsqueda de la siguiente gran reliquia, casi como si buscara el Santo Grial.

Avancé unos metros más hasta que encontré un hueco entre las antiguas fábricas de Harina de Benalúa. Eran dos enormes edificios de estética industrial construidos a principios de los años 40 del siglo XX, que después de su cierre y durante los años más duros de la Transición y la transformación de la ciudad, habían servido de punto de encuentro para los amantes del arte urbano.

Bajé del coche y me abrí paso entre el grupo de manifestantes, que me miraban con cierto recelo, por no decir desdén, quizás por mi presencia, por lo que representaba o, simplemente, por ser quien era.

—Perdone, pero no puede pasar —dijo el policía que custodiaba el cordón de seguridad del hotel.

—Soy de la prensa —le respondí.

Alguien me empujó por detrás, haciéndome chocar con el policía, y las gafas se me cayeron al suelo.

—¡La construcción es nuestra destrucción! —gritaban—. ¡Salvemos el planeta de todos estos jetas!

Me agaché para recoger las gafas y luego me giré para ver quién me había empujado. Aunque no eran muchos los presentes, eran suficientes para desbordar el cordón policial. Observé el rostro de una mujer morena con una bandana, de mirada intensa y con un collar de semillas al cuello. A su lado, un hombre alto con barba, aspecto antisistema y gafas de pasta, y también una mujer corpulenta que parecía liderar el grupo.

—No es lo más ingenioso que he escuchado… —les dije y me puse de nuevo las gafas de sol.

—¡La indiferencia también es un acto de apoyo a la destrucción! —bramó el hombre.

«La indiferencia es la madre de la ciencia».

—Si seguís así, creo que me pasaré al lado oscuro. ¿Quién demonios os escribe los eslóganes? —les reproché y miré al agente, que negó con la cabeza, impidiéndome pasar—. Venga, hombre. ¿En serio?

—Lo siento. Necesito un pase de prensa.

—¿Es nuevo en esto, agente? Nadie lleva un pase en esta ciudad.

—Por favor, retroceda.

—Llame al inspector Rojo. Dígale que estoy aquí.

El policía frunció el ceño y me miró como el toro bravo que está a punto de embestir.

—Ya me ha oído. Retroceda.

Tenía la sensación de estar hablando con un muro de ladrillo, así que me limité a suspirar y buscar una alternativa.

Entre consignas, bramidos y empujones, me preguntaba cómo podría entrar en aquel lugar sin que el agente con el ceño fruncido se enterara. Saqué el teléfono del bolsillo del pantalón, busqué el contacto de mi editor y llamé, pero no me respondió a la llamada.

—Estupendo… —murmuré, a punto de perder la paciencia y con la intención de marcharme, cuando oí la voz de alguien que me

resultaba familiar.

—¿Gabriel? —preguntó la voz femenina.

Me eché a un lado del agente y miré por encima de su hombro. No podía ser, pero era cierto. Tal vez fuera una casualidad, aunque nunca he creído en casualidades y tampoco en la suerte, pues esa mirada nunca había traído nada bueno, o al menos, no hasta ese momento. Sin embargo, esa era mi salvación y supe que, gracias a ella, superaría aquel mal rato.

2

El agente se dirigió a ella con incredulidad.

—Déjelo pasar, por favor. Está invitado al evento.

—¿Conoce a este tipo, señora? —le preguntó.

—Ya lo creo que sí —respondió ella—. ¿Quién no?

—Eso mismo digo yo…

La sonrisa de Lara Membrillos irradiaba como un átomo en aquel lugar. No necesitó más palabras para que el policía se hiciera a un lado y me permitiera cruzar el umbral que separaba la luz de la oscuridad. Era como la puerta que dividía dos mundos.

—¡Traidor, cómplice! —me gritaban desde atrás.

—Buscaos otro pasatiempo, ¿no os parece?

Me ajusté bien la americana azul y avancé unos pasos junto a ella, en silencio, alejándonos del bullicio de los manifestantes que lanzaban piropos a todos los que estábamos a la entrada del hotel. Luego me giré hacia la presentadora y la observé por encima de mis gafas, emulando al maestro Mastroianni, con un gesto de seducción que había perfeccionado en mis tiempos de juventud. A pesar de haberse convertido en una estrella mediática de los informativos nacionales, Lara mantenía cierto interés en mí.

Sinceramente, desconocía la razón.

Quizás fuera la tensión sexual no resuelta desde la universidad o que mi presencia le evocara tiempos de una vida menos responsable. La presentadora conservaba su atractivo, ahora esculpido en el gimnasio, y la imaginé sudando cada mañana, con un entrenador personal. Sus ojos brillantes se clavaron en los míos y una sonrisa se dibujó en su rostro, marcando el tono de nuestra conversación.

—Lara, Larita, cuánto tiempo… —le dije, a modo de formalidad, pues lo cierto es que no recordaba cuándo había sido la última vez que nuestros caminos se habían cruzado. A decir verdad, no me

habría importado esperar un poco más—. Todavía me sorprende que recuerdes a tus viejos amigos. ¿Qué te trae por aquí?

—No te hagas el loco, Gabriel. Me debes una.

—¿Por esto? No seas mezquina, mujer. Ha sido pan comido para ti…

—No, por todo lo anterior.

—Vaya, tienes buena memoria. Mejor que la mía, diría… Entiendo que no estás aquí para cubrir la noticia.

—No, a diferencia de ti. ¿Tan mal te va?

—Sigo escribiendo, que no es poco.

—La escritura no da de comer.

—Depende de lo que entiendas por comer. En tu caso, que comes bien poco, eso sería discutible.

—No, a tipos como tú. Estoy al corriente de tus andanzas.

—Veo que sigues preocupándote por mí.

«Quizás la vida esté lanzando puñetazos, pero todavía estoy bailando bajo la lluvia con una sonrisa en el rostro».

Ella dio un respingo y caminó hacia la entrada del Marriott. Los coches oficiales de diferentes personalidades del ayuntamiento paraban en la zona de descarga. La prensa tomaba fotos a los presentes y yo apenas reconocía algunos rostros de los que se movían y saludaban con sonrisas fingidas y gestos de políticos fabricados.

—La razón por la que estoy invitada, es porque quieren que sea el rostro del descubrimiento arqueológico.

—¿En serio? Todavía te falta para parecer una momia…

—No seas idiota —espetó, sin entender mi broma—. Me refiero a nivel cultural. Al parecer, hay un fuerte interés detrás para promocionar el valor histórico de la ciudad, pero, prométeme que quedará entre nosotros.

—Soy una tumba.

«Por supuesto, a quién le iba a interesar esto».

—Te lo agradezco. —Lara se quedó a mi lado, expectante a la sesión de fotografías y apretones de mano que se realizaba a la entrada del hotel—. ¿Conoces a esos tipos?

Eché un vistazo y reconocí al alcalde de Alicante, a la concejala de urbanismo y a dos hombres que estaban con ellos. Uno era calvo, delgado y calculé que tendría unos sesenta años. Vestía un traje gris

con mangas más anchas de lo habitual y comprendí que era de la vieja escuela. El segundo era alto y corpulento, con una presencia que intimidaba, una barba bien afeitada y vestía un traje a medida, por el que destacaba entre los demás. No hacía falta ser un genio, para diferenciar las sonrisas fingidas de las caras de impaciencia de los dos hombres que acompañaban a los políticos. No entendí muy bien qué estaba sucediendo allí, pero me impactó el sombrero Borsalino que llevaba el más bajito de los dos. Presté atención a las conversaciones ajenas, un talento que no había perdido, y entendí que estaban esperando a una persona que no llegaba a tiempo.

—No, no tengo el gusto.

—Son Romualdo Espumado y Vicent Mandarino —aclaró—. El primero es el dueño del terreno donde se hizo el hallazgo.

—¿Y el otro? —pregunté, observando la cara tiesa del grandullón.

—Es un conocido empresario de la zona.

—¿Y cómo es que tú lo conoces y yo no?

Ella me miró de reojo y sonrió.

—Te lo contaré más tarde.

De pronto, tras comprobar la hora en sus relojes de miles de euros, el alcalde intercambió unas palabras con su mano derecha y decidieron dirigir a la muchedumbre hacia la excavación arqueológica.

—Parece que nos dirigimos a alguna parte —comenté.

—Vamos a ver el descubrimiento.

—Me muero de la intriga.

—Sigues siendo el mismo cínico de siempre.

—Espera a leerme.

—Lo siento, no leo panfletos digitales.

—Ya… Al menos, espero que haya un cóctel después.

3

Algo fallaba en aquel asunto o, más bien, alguien, dado el nerviosismo que algunos de aquellos hombres con aspecto de mover ingentes cantidades de dinero intentaban disimular. La muchedumbre se desplazó hacia el lugar donde se había producido el hallazgo arqueológico, un misterio que nadie se atrevía a desvelar hasta que estuviéramos todos allí. Seguí los pasos de Lara Membrillos, pegado a ella, a pesar de los moscones de la prensa que intentaban acercarse a la presentadora para darle su tarjeta. Lara caminaba como la estrella que era, con movimientos lentos y una sonrisa que parecía pegada con cola de contacto. Los políticos, respaldados por los miembros de seguridad, guiaron al séquito y a las cámaras hacia un terreno que no estaba muy lejos del lugar en el que había aparcado, como si estuvieran a punto de desvelarnos algo.

—¿Quiénes son las otras personas? —le pregunté a mi compañera, que parecía ensimismada con su presencia.

—El alcalde y la concejala de Urbanismo —señaló.

—Me refiero al grandullón y al otro, el que no tiene cuello. ¿Por qué están aquí?

Por un momento, Lara vaciló, antes de seguir.

—Vicent Mandarino es el dueño de la cadena Mediterráneo Hoteles.

—¿Es habitual en estos actos? No parece estar de lo más cómodo.

—Es un hombre conocido en la ciudad. Antes de que encontraran las ruinas, aprobaron el proyecto para construir un hotel en este solar.

—Vaya, qué pena.

Me fijé con más detenimiento en aquel hombre, en su cabello engominado, en el mechón canoso que cubría un lado de su cabeza

y en la cara de pocos amigos que presentaba. Se movía todo el rato con la nariz arrugada, como si un olor a estiércol abundara en el ambiente.

—¿Y el enjuto que lleva el Borsalino?

—¡Ay! Cómo eres… Ese es Romualdo Espumado… —comentó y meneó la cabeza hacia mí—. ¿Por qué no haces tu trabajo? Se supone que te pagan por ello.

—Me pagan por opinar, no por informarme.

—Ya veo… Espumado es promotor de terrenos y el dueño del solar donde iniciaron las excavaciones… Su familia lleva generaciones viviendo de las rentas de los terrenos que sus antepasados poseyeron y que luego vendieron para construir aparcamientos, hoteles, edificios de oficinas…

—Un rey de los negocios, tocado por la varita mágica.

—Tal vez. Hay quien nace en el lugar acertado.

Antes de que terminara la frase, observé la figura de aquellos cuatro personajes juntos y encuadré la fotografía en mi mente. No necesité que Membrillos me contara más, para hacerme una idea sobre el asunto. Comencé a comprender el malestar que mostraban en sus rostros el dueño del terreno y el empresario. Aunque no eran más que hipótesis, algo me decía que el descubrimiento de una ruina arqueológica había minado sus negocios.

El alcalde, con su don de gentes y con la ayuda de sus acólitos, reunió a la prensa alrededor para que no se olvidaran de tomar las declaraciones del acto. Un corro se formó en torno al grupo de personas protagonistas del evento, así que aproveché para quedarme atrás, en el momento en el que Lara decidió acercarse a la primera fila. Aunque no lo mencionara, sabía que, tarde o temprano, llegaría su momento de protagonismo.

Desde la retaguardia todo me parecía más fácil de soportar, sobre todo bajo el sol incesante de mediodía que, sin piedad quemaba nuestras espaldas. Por algún motivo que desconocía, los dos políticos parecían impacientarse e intentaban retrasar el acto lo máximo posible. Uno de los hombres de seguridad se acercó al alcalde y le dijo algo al oído, para que nadie más lo escuchara. Sin embargo, el calor y la falta de acción comenzaban a hacer mella en los presentes, que tenían una jornada por delante. El murmullo se contagió entre los periodistas y las miradas de sospecha llegaron

hasta mí.

—¿Qué diablos ocurre? —le pregunté en voz baja a uno de los fotógrafos que tenía a mi lado.

—Parece que alguien se retrasa.

—¿Alguien? ¿Cuánta gente hace falta para dar un discurso de dos líneas? —le pregunté, pero me ignoró sin ninguna vergüenza. Aburrido, eché un vistazo a mi alrededor, aprovechando el discurso principal, que era de lo más común, y me acerqué a la excavación, que no estaba a gran distancia de allí. De lejos, podía sentir el grito homogéneo y las consignas poco trabajadas de los ecologistas, que seguían junto al hotel, frenados por la policía. Poco a poco, entendía más el papel que representaban allí.

El terreno era inmenso, suficiente para crear un enorme complejo hotelero, calculé al ver las dimensiones del solar. Por desgracia para algunos, ese momento tardaría en llegar, debido a lo que habían encontrado. El desinterés por el acto oficial me llevó a acercarme un poco más a las ruinas, con tal de averiguar de qué iba todo aquello. Nunca me había interesado la arqueología, pero todavía menos los discursos políticos. Bordeé las cuerdas que limitaban la excavación y recorrí algunos metros en los que no había más que tierra y lo que parecían los restos de una vivienda que estuvo enterrada cientos de años, quizá. Mis ojos exploraban la tierra como quien busca una pepita de oro en un río, pero con la certeza de que allí no encontraría nada de interés. De fondo, oía la voz del alcalde, disculpándose por la ausencia de un tal Vidal, que no había llegado a tiempo para el encuentro.

«Al menos, no soy el único que ha pensado en escaquearse».

No le presté atención al resto del discurso y continué examinando el terreno, hasta que noté una vibración en el bolsillo del pantalón y sospeché que había recibido un mensaje. Al sacarlo, el terminal se me deslizó de las manos y cayó sobre la tierra, al otro lado de la cuerda de seguridad que separaba la excavación de mis pies.

—Demonios… —murmuré en voz alta, con el sudor en la frente y el calor por todo el cuerpo. La temperatura apretaba como era habitual y la americana me sobraba en ese momento. Me agaché para coger el terminal, sin tocar la cuerda ni cruzar al otro lado. Lo último que necesitaba era que mi huella formara parte de esa

excavación. De hecho, lo único que quería era que el encuentro clausurara o escaquearme lo antes posible y así llegar a tiempo al bar Guillermo para tomarme el primer aperitivo del día.

Por desgracia, la suerte no me acompañaba esa mañana.

El teléfono comenzó a sonar y yo me puse más nervioso.

Me incliné con el brazo estirado, con tal de alcanzar el aparato con los dedos, pero no calculé bien el equilibrio y me deslicé hacia delante sin querer. Al balancearme, la maldita cuerda me hizo una zancadilla improvisada y caí con todo el cuerpo sobre el terreno protegido, dándome de bruces contra la tierra. Entonces, noté algo que era más extraño de lo habitual.

—¿Qué es esto? —dije, al notar que había caído sobre una superficie extraña, que nada tenía que ver con una zona firme, ni con la tierra blanda.

El teléfono sonaba con más y más fuerza, interfiriendo en el discurso y llamando la atención de los presentes.

Maldita la hora en la que configuré la opción de elevar el volumen.

—¡Eh, oiga! —exclamó un guardia de seguridad, que se había percatado de mi presencia—. ¡Salga de ahí!

Sin darme cuenta, de pronto, todo se volvió en mi contra. A pesar de todas las meteduras de pata a lo largo de mi carrera, no aprendía la lección y, por mucho que lo evitara, seguía cometiendo los mismos errores cuando menos me hacían falta.

—¡No puede estar ahí! —exclamó otro, que logró que el acto se interrumpiera y todos se fijaran en mí—. ¡Está cometiendo un delito!

Levanté las manos a modo de disculpa y noté que tenía la americana y los pantalones manchados de tierra. El terminal sonaba y sonaba. Me agaché para recogerlo cuando, sin querer, toqué algo que me resultó de lo más desagradable, y el teléfono cayó de nuevo al suelo.

Por un segundo, mi cuerpo se congeló y la sangre se volvió densa.

—¿Está sordo o es que no me ha oído? —preguntó el guardia, al otro lado de la excavación.

Para entonces, el alcalde, su equipo, los empresarios y la prensa corrieron hacia mí. La mirada abochornada de Lara Membrillos lo

decía todo. Había visto ese gesto de vergüenza ajena muchas otras veces, en personas cercanas a mí.

Sin embargo, esto era diferente.

—¿Qué es eso que hay junto a sus pies?

No pude responder.

No podía creerlo y, por ende, tampoco podía hablar.

Había encontrado una mano enterrada en el terreno de la excavación.

4

Una mano, con sus cinco dedos y la premisa de que era el principio de algo más profundo hizo que se centrara la atención en mí durante varios segundos, hasta que la misma mano del cadáver enterrado cobró notoriedad.

Sentí una náusea terrible, pero logré aguantar la compostura antes de que la situación empeorara. Durante esos segundos, fue como si la vida se detuviera ante nosotros y aquella mano se convirtiera en el centro de atención de todos. Bajo la atenta mirada de los presentes, me agaché para recuperar el teléfono, esta vez sin tropiezos, y me fijé en una alianza dorada que había junto a los dedos. Recogí el objeto y me lo eché al bolsillo, antes de que se perdiera entre los montones de tierra. Pensé que pertenecería a la víctima y que sería de utilidad para sus seres queridos.

Me alejé unos metros, aún sin darme cuenta de que estaba en medio de la escena de un crimen. De pronto, de manera rápida y confusa, varios agentes entraron para sacarme de allí. Los disparos de las cámaras se accionaron a toda velocidad y los reporteros se acercaban al cordón que limitaba la excavación.

«Genial. Lo que necesitabas, Gabriel».

Mi nombre regresaría a las portadas de los tabloides, y no precisamente por algo que habría escrito yo.

Por fortuna, la morbosa situación de exclusivas les duró poco y la policía se encargó de echar a todos los que merodeaban en busca de la mejor fotografía. Entonces, mientras me recuperaba apartado en un rincón, sentí la presencia de alguien que se acercaba a mí.

—¿Agua? —me ofreció y me puso una botella de plástico junto a las manos. Su voz era grave y firme. Lo primero que vieron mis ojos fue el par de zapatos lustrosos. Después alcé la vista y observé su rostro bajo las gafas, a pesar del contraluz que formaba su cabeza con el sol.

Era ese hombre con apellido de cítrico.

—Gracias. Es todo un detalle —dije y tomé la botella y me lo pensé dos veces antes de darle un trago. El agua me revitalizó y comencé a sentirme mejor. Mientras bebía, sentía que ese hombre esperaba que terminara, para decirme algo u obtener a cambio algún tipo de información que no tenía. Eché un vistazo a la excavación, que ahora estaba protegida por la policía—. Creo que no nos conocemos. Mi nombre es…

—Sé de sobra quién es y lo que escribe —me respondió, sin ofrecerme la mano y con un gesto de superioridad que expresaba sus intenciones—. Espero que esto le sirva de lección para mantenerse tranquilo y al margen.

—¿Lección? —pregunté y lo miré a los ojos—. ¿Qué se supone que debo entender? ¿Al margen de qué?

—No se haga el tonto y deje esto en manos de quien sabe gestionarlo.

—¿Teme que arruine el futuro de su proyecto?

El hombre se rio con desprecio y luego negó con la cabeza.

—No temo nada y menos a alguien como usted. Mi proyecto ya está arruinado. Pero, usted debería ser más cuidadoso con lo que dice. No todo el mundo es igual que yo…

—¿Me está amenazando?

El hombre miró hacia el cadáver que estaban desenterrando y se puso las gafas de sol.

—Qué manera más triste de morir, ¿verdad? Parecía un buen tipo… pero, supongo que la curiosidad mató al gato —dijo, con una confianza en sus palabras que daba miedo.

—¿Qué insinúa con eso?

Él me miró como si hablara con un bobo.

—Es obvio que lo enterraron vivo mientras hacía su trabajo. No pudo esperar al día siguiente y tuvo que seguir trabajando durante la noche, cuando esas máquinas retroexcavadoras hacen su trabajo… Lo peor de todo es que nadie lo vio, hasta ahora. Una lástima.

—En efecto.

—No sea duro con él.

Pensé que responder no serviría de mucho.

El tipo se alejó de mí tan pronto como terminó de hablar y subió

a un Mercedes negro que lo esperaba al borde de la carretera. Seguí el vehículo con la vista hasta que se perdió. Antes de que pudiera reaccionar, tenía al agente que me había impedido el paso, pisándome la sombra.

—Oh, no. Esta vez, ¿qué?

Tan pronto como se apartó, reconocí una silueta que se abría paso entre los demás y se acercaba a mí.

—No sé por qué, mendrugo, pero me olía que estabas metido en esto.

—Lo tuyo es juzgar por vicio, Rojo. Yo también me alegro de que estés aquí.

Hacía tiempo que no nos veíamos, pero era como si nada hubiese cambiado entre nosotros. El inspector no parecía estar de buen humor y me pregunté si había sonreído alguna vez en la última década.

—Siento decirte que nos tienes que acompañar a la comisaría. Tus huellas están por todas partes.

—Ha sido un accidente.

—Que podrías haber evitado.

—Es increíble. Deberíais estar agradecidos por haber encontrado el cadáver…

—Y tú deberías mantener la boca cerrada, si no quieres buscarte más líos.

—¿Estoy metido en uno?

—No, o sí. ¿Quién sabe? ¿Conoces a la víctima?

—Tengo buena memoria, pero el reconocimiento de manos no es mi fuerte.

—Muy gracioso. En fin, largo.

—¿Iré de paquete en tu moto? —le pregunté y el agente miró al superior con incertidumbre. Rojo, en su entorno, era un inspector al que pocos vacilaban de esa manera.

—Limítate a subir al zeta y a cerrar el pico, ¿quieres?

—¿Quién era la víctima?

—Collons… ¿Te ha afectado la caída?

—Lo siento, entiendo que la situación se ha ido de las manos, pero no es para tanto.

Rojo me clavó una mirada fulminante.

—Hoy no es el mejor día para tus bromas.

—Para ti, nunca lo es… —respondí y mi teléfono sonó de nuevo. Comprobé la pantalla y leí el nombre de Rosario, la periodista andaluza que había llevado mi vida como un viaje en montaña rusa, durante los últimos encuentros—. Necesito atender la llamada.

—Hazlo en el coche —dijo y me empujó en dirección al vehículo.

No rechisté y caminé con ellos hasta el vehículo policial. Después, Rojo se separó y subió en su vehículo.

—Pero… —comenté al ver cómo me dejaba solo—. Tengo el coche mal aparcado. ¿Qué voy a hacer?

—Sube, juntaletras —comentó el agente, con sorna—. La grúa se encargará de ello.

—¡No me fastidies! Un poco de respeto. Soy un novelista reputado. Puedo fulminarte en una columna.

—Claro que sí, Paco Umbral —respondió, abrió la puerta y me metió en la incómoda parte trasera. Cuando arrancó, vi la figura de Lara Membrillos corriendo hacia mi ventanilla, pero nuestro encuentro fue tan fugaz como un beso adolescente en un portal a medianoche. Ella me hizo un gesto para que la llamara y yo asentí, prometiéndole, una vez más, lo imposible.

5

Sospeché que el viaje a la Comisaría Provincial de Alicante era un mero trámite para quitarme de en medio. Conocía al inspector Rojo desde hacía mucho tiempo y sabía de sobra cuándo hablaba en serio y cuándo pretendía escurrir el bulto y hacer que desapareciera de su vista. En esta ocasión, era una mezcla de ambas cosas, pero por el modo en que me trataba el agente, comprendí que mi situación no corría peligro. A pesar de la incomodidad de los estrechos asientos traseros del zeta, que habían sido modificados para que los detenidos no cometieran ninguna insensatez, logré sacar el móvil del bolsillo derecho del pantalón y comprobé el registro de llamadas. Rosario había vuelto a llamarme y tres llamadas perdidas auguraban un posible cabreo. Me pregunté a qué vendría tanto interés, hasta que, en un haz de luz, recordé que se encontraba de camino a la ciudad.

—Oh, no… —murmuré para mí, pero lo suficiente como para que el policía se percatara.

—¿Ocurre algo?

—No.

—Parece lo contrario.

—Bueno, según se mire.

¿Puedo hacer una llamada?

—No debería permitirlo.

—Tampoco estoy detenido.

El agente me miró por el espejo retrovisor y me lanzó una señal de silencio que fue fulminante.

—Mejor, espero a llegar a la comisaría… —comenté y guardé el teléfono, antes de que me lo confiscara—. Es grave, ¿verdad? Lo de ese hombre…

—Todas las muertes son graves.

«Ya empezamos con el hermetismo policial», me dije,

cuestionándome si los instruían para responder con monosílabos.

—He visto el rostro del alcalde y el de su compañera. Parecían preocupados por la víctima.

—No es para menos. De un modo u otro, les salpicará.

—¿Por qué dice eso?

Mi pregunta disparó las pocas alarmas que tenía el agente que conducía el coche y eso generó desconfianza entre nosotros. Hasta el momento, debido al tráfico y a la distracción, había largado más de lo permitido y menos de lo necesario para mí, pero mi error concluyó con la entrevista.

—Hemos llegado. —Aparcó frente a la comisaría y apagó el motor—. No debería meterse donde no le llaman. Parece mentira que tenga que recordárselo un agente. Ni que fuera nuevo en esto, de verdad…

«Precisamente, por eso lo hago, agente».

Una vez entrados en la comisaría, el procedimiento fue rutinario, pero meticuloso. Tomaron mis huellas y me hicieron esperar en una sala mientras verificaban la información. No era un detenido formal, pero la atmósfera sugería que no me iría tan fácil. El ambiente era tenso y los oficiales se movían con una seriedad que presagiaba la gravedad del caso. No podía dejar de pensar en la mano descubierta y en cómo, irónicamente, había dejado mis propias huellas en un escenario tan complicado.

—¿Debo esperar mucho para salir de aquí? —le pregunté a la agente que me atendía, pero ella no respondió—. No me mire así. Es mi trabajo. Me pagan por ser tan pesado.

Mi interlocutora me observó con desdén y abrió la puerta para que saliera de la oficina. Antes de que procediera a cruzar la puerta principal de la comisaría, esta se abrió desde fuera y al dirigir mi atención a ella, vi al inspector al otro lado del umbral.

—Baja —ordenó con su habitual hostilidad.

—Espero que me des una explicación —dije al bajar los escalones.

—Me temo que será al revés.

—Esto ha sido innecesario. Me han tenido media hora ahí dentro. ¿Para qué? Sabéis de sobra que estoy de vuestro lado.

El sol me dio en la cara y aproveché la ocasión para cubrirme los ojos con las Wayfarer. Después me peiné con la mano y, por último,

me ajusté la americana para que las arrugas no mancharan mi imagen. Rojo llevaba sus gafas de aviador y me miraba con cierto recelo, como si ocultara algún tipo de información relevante. No me importó. Podía ponerme la cara que quisiera, tarde o temprano, le haría las preguntas más incómodas.

—¿Has terminado?

—¿El qué?

—De acicalarte.

—¿Cómo?

—Olvídalo. —Rojo dio media vuelta y caminó hacia el bar que había frente al edificio policial—. Sígueme, anda. No podemos perder más tiempo. Me temo que hoy seré alimento para los buitres.

—¿Un bar? —pregunté en voz alta, pero el inspector me ignoró por completo y entró en el local—. Está bien. Prefiero el olor de los bares al de la comisaría…

6

Al cruzar la entrada del bar, comprendí que Rojo no era un desconocido en aquel sitio. Nada más entrar, el dueño del bar, un hombre de unos sesenta años, saludó al inspector con un gesto de respeto y camaradería. El bar, que funcionaba como cafetería y también como mesón, acogía a la mayoría de los policías que trabajaban en el edificio de enfrente, así como a los funcionarios de los edificios gubernamentales y, como era habitual, a algunos parroquianos del barrio que simpatizaban con el Cuerpo. Rojo se hizo un hueco en un rincón de la barra, al otro extremo de la entrada, junto a una máquina tragaperras y un teléfono público de color verde, ya en desuso. Como el teléfono, el inspector era una reliquia en ese lugar, donde se notaba la diferencia de edad, respecto al resto de los policías.

—Empezaremos por ti… —me dijo, alzando la vista hacia la televisión que había en lo alto, encima de la puerta principal. Después, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un bloc de notas diminuto, con varios papeles sueltos en el interior. Al ponerlo sobre la barra, una de las notas salió del cuaderno y quedó a la vista. De un vistazo, analicé lo que había escrito en ella. Era una lista de nombres, probablemente, de sospechosos. Por desgracia, solo había iniciales escritas en ella.

—«J.G.M.», «R.E.S.» —comenté, leyendo en voz alta las iniciales —. Vaya, «G.C.», esas deben de ser las mías. ¿En serio, Rojo?

—¿Qué quieres?

Dada la hora y que había dejado el coche a un buen tramo de allí, eché un vistazo a la vitrina, para decantarme por un aperitivo.

—Tomaré un vermú y unos boquerones en vinagre… ¿Qué te parece?

—No me refiero a eso, inútil —dijo, haciendo una seña al dueño del bar para que sacara dos botellines fríos de cerveza—. Hablo del

caso.

—Vaya, qué sorpresa. Pensaba que me traías al bar por otro motivo.

—No quiero que nos vean juntos en la comisaría. Últimamente, se habla demasiado.

«Y se supone que somos amigos desde hace años, ¿eh?».

—Sobre todo, si soy uno de los sospechosos de tu lista.

—No seas idiota, ya sabes que todos lo son hasta que se demuestra lo contrario —sentenció, y el camarero se acercó con los dos botellines de Estrella de Levante y un platillo con olivas. No sabía si lo había dicho en serio o en broma. Con él, nunca se sabía, pero decidí tomarlo como parte de ese humor tan extraño que le caracterizaba. Rojo agarró un botellín y brindó con el mío antes de darle un trago.

—Salud —dije, bebí cerveza y miré a mi amigo. Sabía que algo le preocupaba, y debía averiguar qué era. Con Rojo, era mejor darle su tiempo, para que empezara a hablar. Y así fue. Solo necesitó un par de tragos más a la cerveza y unos segundos de silencio.

Entonces él me miró con recelo.

—Estás muy callado, ¿qué tramas?

—¿Yo? Nada. Ni siquiera sé qué hago aquí.

Rojo tomó aire y exhaló con fuerza. Después frunció el ceño y se aclaró la garganta.

—Evitarte un problema… y bien gordo. Eso haces aquí. Aún me pregunto por qué te he ayudado.

—¿Perdona? No te he pedido ninguna ayuda. Además, contigo, rara vez lo hago.

—Porque siempre llego antes de que se complique de verdad. ¿Se puede saber qué hacías junto al cadáver?

—Se me ha caído el móvil.

Rojo chasqueó la lengua y dio un trago a la cerveza.

—No me fastidies, Caballero. ¿Qué clase de respuesta es esa?

—¿Se puede saber qué hacía un cadáver enterrado en una excavación arqueológica? —le pregunté, fingiendo no saber nada al respecto—. Si tan solo me dijeras quién era ese hombre…

—Se llamaba Jorge Vidal. El arqueólogo que estaba a cargo de la investigación.

Al escuchar el nombre completo, mi memoria retrocedió unos

años en el pasado. De pronto, las imágenes corrieron por mi mente, como si fuera el proyector de películas del Cinema Paradiso. Había conocido a Vidal, muchos años atrás, durante mis primeras prácticas de periodismo. El arqueólogo había sido uno de los pocos personajes de mis entrevistas que mostraron algo de piedad con un becario. Recordaba su amabilidad, así como su afán por dar a conocer el vasto mundo de la arqueología, que iba más allá de lo que representaban las películas de Indiana Jones y del interés que los lectores tenían por el patrimonio histórico.

Desgraciadamente, su misión nunca llegó a buen puerto y, mucho menos, en la provincia. Escribió algunos libros sobre el tema, dio algunas conferencias y se limitó a supervisar los solares de las obras que se realizaban en la ciudad.

Por esa época, antes de que me convirtiera en un cínico, un desconfiado y un periodista que detestaba el periodismo, y que solo tenía la intención de vivir en un estado hedonista permanente, Vidal era una figura de admirar que aún conservaba algunos valores morales ya casi extinguidos.

—Un momento, un momento… —le dije, intentando asimilar la información—. ¿Me estás diciendo que esa mano pertenecía a Jorge Vidal?

—Esa y la otra, que estaba bajo tierra, un poco más escondida.

—Gracias por esclarecer los detalles.

—¿Le conocías?

La cabeza me dio un vuelco. *A priori*, no sabía muy bien cómo reaccionar ante la verdad. Entonces comprendí el comentario de Vicent Mandarino y el anillo que guardaba en el bolsillo del pantalón. No obstante, preferí quedarme con ambas cosas.

—Vidal era una eminencia en la provincia. Era una especie de Indiana Jones, a su manera, pero sin malas intenciones.

—Vaya, lo lamento. Es la primera vez que oigo hablar de él, pero, seguro que no la última.

—¿A qué viene eso?

—Al parecer, la investigación de su muerte puede levantar mucho polvo…

—Caray, Rojo. No te hacía con ese humor…

—No es un chiste. Hablo muy en serio.

—En ese caso, estás siendo demasiado hermético para la primera

cerveza.

—¿No lo sabías? Debido al hallazgo de Vidal, el arquitecto municipal había paralizado la obra que se iba a realizar en ese solar, un complejo hotelero del que se iban a beneficiar unos cuantos…

—Ajá. Algo había oído… Entre los beneficiarios, estaba Vicent Mandarino, ¿puede ser?

—Por lo que veo, el que no corre, vuela…

—Uno tiene sus fuentes.

—Pues aléjate de ellas. Tu amiguita también está siendo investigada.

—¿Te refieres a Lara Membrillos? No seas ingenuo. ¿Qué pinta ella aquí? Lo único que busca es atención y una cámara a la que hablar.

—No lo seas tú, escritor. Hay mucho dinero en esa operación.

—¿Estás metido en ella?

—No, pero tú estás fuera. ¿Entendido?

Dio un respingo y preferí no meterme en sus asuntos. Tenía suficiente con lo que me había contado y ahora comprendía el interés fortuito que tenía Membrillos en mí. Menuda decepción, me dije. Esa mujer tramaba algo y no era nada bueno, pero tampoco era una novedad. Por suerte o por desgracia, Rosario dejó de llamar, aunque no me olvidaba de ella.

—Tengo que marcharme. Debo recoger a alguien en la estación.

—¿Te has decidido a dar el paso con tu amiga, la andaluza?

Arqueé una ceja, sorprendido. Ni siquiera había mencionado a la periodista.

—Pensaba que habías dejado de espiar mis llamadas. A estas alturas, me resulta hasta ofensivo.

—Yo también tengo mis fuentes.

—Ya veo. Que sepas que no me hace ninguna gracia…

Rojo cogió el periódico que había doblado sobre la vitrina de cristal. Era un ejemplar del Diario Información, de ese mismo día. Lo desplegó y pasó las páginas hasta que me mostró una fotografía. En ella aparecía la noticia de un congreso de periodismo y redacción en Alicante. En la fotografía aparecía Rosario, con su belleza habitual y con la mirada punzante que la caracterizaba.

—No necesito espiarte, ni tengo ningún interés en hacerlo. A

diferencia de ti, sigo leyendo la prensa —respondió. Después cerró el diario y lo dejó donde estaba. Lo tomé y me fijé en la contraportada—. Trátala bien, enséñale la ciudad y alejaos del caso de Vidal.

Después leí el horóscopo del día.

«Trabajo: Piensa en qué aspectos te llenaban y tómalo como un reto, como un juego».

—¿En serio? —preguntó Rojo, al verme, ojeando la sección esotérica.

«Amor: no sueles exhibir la naturaleza ni la intensidad de tus emociones, lo que a veces te acarrea problemas. Permítete dejarte llevar por la pasión, de vez en cuando».

Cerré el periódico y regresé al eje de la conversación.

—Eso me pregunto yo. ¿Qué te hace pensar que Rosario también tiene interés en esto?

—¿A quién pretendes engañar? Sois como dos gotas de agua.

—No exageres.

—Haya sido homicidio o muerte accidental, no te interesa meter el hocico en lo que tramen esos tipos. Ni que ella lo meta, así que guárdate los detalles y los alardeos. En cuanto muerda el cebo, irá a por la noticia. Créeme, que no tengo tiempo para hacer de canguro.

—Pero tú crees que ha sido un homicidio y que no murió enterrado por accidente, como insinúan, ¿verdad? —le pregunté, ignorando todo lo que había comentado, y lo miré a los ojos. A diferencia de otra gente, Rojo no apartaba la mirada, aunque fuera a mentir.

—Lo que yo piense es indiferente. Tanto si lo han matado, como si ha muerto accidentalmente, nuestro trabajo es investigarlo y averiguar lo que ha pasado. No el tuyo, ¿me oyes?

—Alto y claro… pero no me puedes apartar así, sin más.

—Claro que puedo. Lo estoy haciendo ahora mismo.

—La Científica encontrará mis huellas. Todos vieron que tropecé sobre el cadáver. Hay demasiados testigos, Rojo…

Su mirada seguía clavada en la mía, como un arpón, y comprendí que era el momento de retirarme, antes de cabrearlo demasiado.

—Encontraré la manera de asegurar que no estuviste allí.

—Ya.

—No insistas, de verdad. Algo me dice que se acerca un huracán… Necesitamos estar centrados.

—Al menos, prométeme que seré el primero en tener la exclusiva.

Pero el inspector negó con la cabeza e intuí que el interés por el caso iba más allá de su preocupación personal. La muerte de Vidal suponía una lucha de poderes, no solo económicos, sino, puede que también políticos.

—No habrá nada de eso. Lo siento.

Decepcionado, saqué la cartera del bolsillo del pantalón para pagar el aperitivo, pero Rojo rechazó el dinero con la mano, sin moverse del sitio.

—Al menos, déjame invitarte, por el favor que me has hecho…

Ni la sorna de mis palabras logró convencerlo para que me dejara pagar.

—Disfruta de la compañía. Seguiremos en contacto, *amic meu.*

—No lo dudo. Cuídate.

Cuando salí del bar, me giré disimuladamente para observar a mi amigo por última vez, pero él estaba absorto en la conversación con el dueño del establecimiento. Su expresión no era la habitual; una arruga de preocupación marcaba su frente. Me pregunté por qué la muerte de un arqueólogo resultaría tan significativa.

La presión de dejar pasar una historia tan grande era casi insoportable.

Como periodista de vieja escuela, estaba entrenado para seguir el rastro de la verdad, sin importar a dónde condujera, especialmente cuando había indicios de corrupción o crimen.

Y más ahora que guardaba una prueba valiosa.

A primera vista, a mi juicio, todo indicaba que se trataba de un asesinato y no de un accidente. ¿Cómo y cuándo había sucedido? Eso era algo que pronto descubriría.

Resultaba evidente que la excavación era el epicentro de una historia mucho mayor que la muerte de un arqueólogo; se trataba de poder, dinero y, posiblemente, corrupción a gran escala.

No obstante, si algo había aprendido a lo largo de mi carrera, era que las primeras impresiones no solían ser del todo acertadas y que las apariencias, a menudo engañaban. Era extraño que el

arqueólogo hubiera fallecido justo antes del evento oficial, así que intuí que los buitres no tardarían en lanzarse sobre Vicent Mandarino, el hombre que había tenido el descaro de amenazarme personalmente.

Pero, ¿qué sabía él al respecto? ¿Sería capaz de cometer tal acto? Al fin y al cabo, con el arqueólogo vivo o muerto, su hotel tardaría años en materializarse y él mismo estaba convencido de ello.

Mandarino había mostrado sus verdaderas intenciones, con una sutileza que rozaba la amenaza. Claramente, tenía mucho en juego. Y estaba también Lara Membrillos, cuya presencia en Alicante podría ser más que una simple coincidencia. La posibilidad de que ella estuviera vinculada de alguna manera al caso añadía otra capa de complejidad.

Salí a la calle y descendí por Oscar Esplá, contemplando todas las posibilidades, hasta que encontré mi coche, abandonado donde lo había dejado, junto al descampado cercano al hotel. Desde allí, pude ver la excavación arqueológica, ahora desierta, sin público o manifestantes. Una cinta policial cercaba el terreno para impedir el acceso y un coche de policía aseguraba que nadie se acercase.

Con el escenario del crimen visible desde mi coche, me detuve un momento para observar. Metí la mano en el bolsillo del pantalón y toqué el anillo con los dedos, como si acariciara un rosario, a modo de protegerme del dolor y de la penumbra que rodeaba aquella muerte. La quietud del lugar contrastaba fuertemente con la tormenta de posibilidades en mi cabeza.

Quizá Rojo tuviera razón al decir que estaba siendo ingenuo, incapaz de comprender el núcleo del asunto o por qué una estrella como Membrillos se había desplazado hasta Alicante.

Pero sus órdenes habían sido claras… y lo peor de todo era que un sentimiento de desobediencia empezaba a arder dentro de mí.

A veces, para enfrentarse a un huracán, uno debe estar dispuesto a adentrarse en el ojo de la tormenta.

7

Arranqué el coche y me dirigí hacia la estación de ferrocarril, en busca de Rosario, quien seguramente estaría de un humor de perros y con una expresión difícil de olvidar. Lo que había comenzado como un buen día se estaba convirtiendo en una jornada desastrosa. Estaba preocupado por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos y, aunque en el pasado me hubiese sumergido de lleno en investigar más, sentía que debía caminar con pies de plomo, tal como había dicho Rojo.

¿Tendría razón el horóscopo sobre mi futuro? Siempre pensé que esa sección del periódico la escribían tipos como yo, en sus inicios profesionales.

Distraído y pensativo mientras conducía, no me percaté de que llevaba un *ticket* de aparcamiento en el limpiaparabrisas, hasta que este voló por la velocidad del coche. No me importó, pues, tarde o temprano, las multas de aparcamiento vuelven como los bumeranes. El teléfono sonó y sospeché que sería mi compañera andaluza, pero no pude estar más equivocado al leer en la pantalla el nombre de mi nuevo jefe temporal. Y es relevante matizar lo de «nuevo» y «temporal», porque algo me decía que mi puesto como columnista en ese diario digital iba a durar bien poco.

—¿Sí? —pregunté por el manos libres, fingiendo despiste.

—Caballero, aún no he recibido la columna… —comentó Miguel Cerdá, con su voz cazallera y profunda, propia de quien ha salido más que un tren de carga—. Dime que no vas a tardar en hacerlo.

Me sentía viejo para jugar a ser becario.

—Buenas tardes para ti también, Miguel… —respondí mientras esquivaba el tráfico en la glorieta del barco y tomaba una perpendicular que llevaba al cruce de Maisonnave con Oscar Esplá, para llegar a la estación—. Estoy en ello, estoy en ello… Estoy teniendo un día muy complicado…

—No me extraña. ¿Es cierto lo que dicen?

Arqueé la ceja y giré la cabeza hacia el altavoz, como si el dueño de esa voz estuviera allí.

—¿Qué es lo que dicen? Eso es relativo. La gente dice muchas cosas.

—No te andes con rodeos. Así que es verdad.

—La verdad no existe, es imposible acercarse a ella. Es el primer principio del periodismo, Miguel…

—Vete al cuerno, Caballero. Es un secreto a voces que han encontrado el cadáver de Jorge Vidal en esa excavación. Por una vez, he acertado enviándote allí. Escribe sobre eso.

Por alguna razón, me sentí aliviado al saber que los rumores no eran acerca de mi torpeza y cómo esta había provocado el descubrimiento del cadáver. No obstante, habría preferido que la caída hubiese terminado en una anécdota.

—Tengo una columna de sociedad, no un obituario.

—Ya sabes a lo que me refiero. Quiero que cuentes lo que has visto, lo que has sentido, de primera mano.

—Muy perspicaz con ese comentario.

—El alcalde tiene que estar trinando en su poltrona. Esto va a ser demencial.

No me gustó el tono con el que mencionaba esas palabras. Mi editor estaba mostrando su lado más vil y pretendía utilizarme para dañar la imagen de un político que se había visto en un aprieto. Aunque detestaba a quienes tenían ansias de cualquier tipo de poder e influencia, no estaba dispuesto a utilizar un hecho tan macabro para poner a la opinión pública en contra del alcalde.

—Lo siento, pero el tema está lo suficientemente caliente como para crear más ruido.

—Te pago para que escribas sobre la actualidad de esta ciudad. ¡Y esto es lo más actual que has tenido nunca! ¿Acaso no eres Gabriel Caballero?

—¿Qué insinúas?

—Venga, hombre… —dijo, y su voz se moduló hacia un tono desvergonzado e informal—. Eres el metomentodo de la provincia. Los lectores te adoran, los periodistas te detestan y a los famosillos les tiemblan las piernas cuando te ven entrar… Un John Wayne de la columna periodística. Sin ti no hay morbo, ni rumores. La gente

quiere carnaza y tú sabes dársela. Eres nuestro Truman Capote, pero más casposo.

—¿Francisco Umbral? Pero más bello.

—Tampoco te excedas.

La respuesta me hizo reflexionar.

El semáforo en rojo del cruce de la glorieta me obligó a frenar en seco. Por un momento, me quedé en silencio, rodeado del ruido de motores y del tráfico de la ciudad, pensando en la fuente. Buscándolo o no, ahora comprendí la razón por la que había encontrado trabajo, y sentí algo extraño que no me gustó. Tal vez no fuera el mejor periodista, ni el más convincente. Quizá no tuviera una carrera ejemplar, a pesar de haber escrito unas cuantas novelas y numerosas crónicas de sucesos que habían quedado en el archivo de los periódicos, pero me levantaba cada mañana con el fin de convertirme en una persona íntegra, a mi manera, claro. Por mucho que me esforzara en ganarme el respeto ajeno, sentía que la sombra del bufón me perseguía.

—Búscate a otro, Miguel. A este John Wayne no le quedan balas.

—¿Cómo dices? Creo que no te he oído bien…

—Las columnas de opinión no son lo mío. Prefiero el cara a cara.

—Pe, pero… ¡Caballero! ¿Será posible? ¡No eres más tonto porque no entrenas! ¿Me estás tomando el pelo? ¿Quién te va a dar trabajo en esta ciudad?

El semáforo se puso en verde. Puse primera y arranqué con fuerza.

—Te pierdo, Miguel… —dije y corté la llamada para dejar de hablar con él.

Aquel idiota había encontrado mis teclas hasta el punto de tocar la peor sinfonía que había en mí. No sentí ningún remordimiento al dejarlo con la palabra en la boca. Fue entonces cuando la vi a lo lejos, al otro lado de la calle, con sus gafas de sol, de concha, su melena morena al viento, vestida con una americana negra, una blusa blanca debajo y unos vaqueros ajustados que combinaba con sandalias romanas. Llevaba un pañuelo en el cuello y un bolso Bricks de viaje, de color azul.

Rosario no pasaba desapercibida, ni para mis ojos, ni para los del resto del mundo. Y para ella tampoco pasaban desapercibidos

los acontecimientos que sucedían a su alrededor.

Subí hasta el cruce y después bajé por la cuesta hasta que me detuve junto al enorme árbol que había a la entrada de la estación. Los coches me pitaron y algunos taxistas me insultaron desde la ventanilla. No obstante, a pesar de mis esfuerzos, la llegada estelar no provocó ninguna sonrisa en ella, lo cual era de esperar, tras el retraso.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté, desde el asiento. Ella negó con la cabeza y le abrí la puerta derecha para que subiera. Sin cruzar palabra y con cierto hastío, entró en el descapotable, sin soltar el equipaje, y cerró de un portazo.

—Cuidado con la puerta, mujer…

Acto seguido, Rosario se giró hacia mí y me dio un puñetazo en el brazo, clavándome los nudillos en el nervio.

—Eres un desgraciado.

—Eso ha dolido… Me hubiese conformado con dos besos, como la gente normal.

—Calla y salgamos de aquí. Estoy harta de esperar.

—Rosario…

—Llévame al hotel y guárdate las excusas. Estoy segura de que tienes unas cuantas.

—¿Por qué no te has largado al hotel? Hay un puñado de taxis por aquí.

—¿Y renunciar a la cena de esta noche? No, ni hablar. Puedo soportarlo.

—¿De qué cena hablas?

—La que vas a pagar, para arreglar esto.

8

Después del encuentro en la estación, llevé a Rosario al hotel Hospes Amérigo, donde se alojaba. Probablemente, uno de los mejores de la ciudad, por no decir el mejor de la capital. No obstante, mientras esperaba su regreso, descubrí un nido de culebras en él y reconocí varias caras conocidas del ámbito periodístico, las mismas que asistirían al congreso en el que participaba la andaluza con una ponencia. Al salir del hotel, nos alejamos lo más rápido de allí sin más explicación y nos dirigimos al aparcamiento subterráneo de la rambla. Minutos más tarde, ambos nos encontrábamos en uno de mis rincones favoritos de la ciudad; quizá no el más lujoso, pero lo suficientemente acogedor como para impresionar a alguien. Un lugar al que raramente llevaba una cita. Pero ella era una excepción y, esa tarde, necesitaba encontrar un lugar donde esconderla de los rumores que circulaban por la capital, al menos antes de contarle lo sucedido. De lo contrario, nunca me lo habría perdonado.

Sentados a una mesa de la terraza del Hotel Boutique Siglo XVII, el sol de la tarde iluminaba sus hombros suavemente, dejando atrás el cielo azul, las fachadas de colores del casco antiguo y, en lo alto, el castillo de Santa Bárbara. Rosario se movía despacio, con la mirada oculta tras las gafas de sol, mientras tomaba un sorbo de la copa de albariño que había pedido y mordisqueaba una de las galletitas saladas del aperitivo.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté antes de dar un sorbo al negroni que sostenía en la mano—. Es un gran congreso. He visto tu cara en los periódicos…

Ella se aclaró la garganta con el vino y luego se pasó la mano por la melena oscura. Rosario era tan atractiva como imprevisible. Antes de que pudiera darme cuenta, sujetó los dedos de mi mano libre y agachó la cabeza para mirarme por encima de las gafas.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —preguntó con un tono que reconocí al instante. Era la voz del interrogatorio, del tercer grado, la misma que usaba cuando estaba a punto de devorar a sus víctimas.

Ingenuo de mí, intenté esquivar la conversación y miré a mis dedos.

—Sinceramente, hay tanto que tengo que contarte desde la última vez que nos vimos… —Rosario no me dejó terminar la frase cuando apretó mis dedos con fuerza y comenzó a retorcerlos. Sabía cómo hacerme daño, no solo emocionalmente. Pero, cuando notó el dolor que me causaba, soltó mi mano e hizo un gesto de separación.

—¿Crees que soy estúpida? Cuando tú vas, yo ya he ido y vuelto, Gabriel. ¡No puedes ocultarme nada!

—Perdona, pero si acabas de llegar a la ciudad…

—En el tren no se hablaba de otra cosa, por no mencionar el hotel.

—¿Cómo es posible? Si apenas has tardado unos minutos…

—Quiero que me lo cuentes todo —dijo, y su sonrisa malvada acaparó su rostro.

—Espera, no tan rápido. Aquí no estás en tu terreno.

—¿Qué te frena? ¿Tienes miedo?

—Nunca, nada me ha frenado.

—Entonces, dispara. Sabes que me encantan las buenas historias y esta parece que es una de ellas. No todos los días aparece el cadáver de un arqueólogo en la excavación que él mismo dirigía. ¿Cómo ha ocurrido?

—Todavía es pronto para saberlo. La policía está investigando las causas, así que no te precipites. Tal vez fue un accidente y no un asesinato, como todos quieren pensar…

—Por algo será, ¿no crees?

—Por falta de noticias y por las ganas que tienen algunos de hundir la temporada de verano.

—No me tomes por idiota, Gabriel. El cadáver estaba enterrado. Los muertos no se sepultan a sí mismos.

—No va por ahí. Ocurrió durante la noche. Las máquinas hacían su trabajo y echaron tierra en el agujero donde estaba. Quizá no lo vieron…

—Y nadie oyó el ruido de las máquinas, ni los gritos de socorro.

—Ojalá lo supiera.

—Ya. ¿Quién ha descubierto el cadáver? Sería interesante hablar con esa persona… En ocasiones, una mirada aporta más que una declaración.

En ese momento, hice una pausa mental, antes de continuar con la conversación, y observé a Rosario, atenta y en una postura que indicaba que estaba completamente enfocada en analizar mi respuesta. Podía contarle la verdad y enfrentarme a un interrogatorio interminable. También podía mentirle, pero eso no funcionaría. En ambos casos, no me sentía orgulloso de mis opciones. Sin embargo, por mucho que me resistiera, Rosario y yo habíamos compartido lo suficiente como para merecer la verdad.

—Te vas a reír, pero la tienes delante.

—No te entiendo.

—Sé que sonará a película, pero fui yo quien lo descubrió. —Mis palabras causaron una pausa en su expresión. Acto seguido, sus cejas se arquearon con asombro.

—Ozú… ¿En serio?

—Sí.

—¿No intentarás tomarme el pelo, escritor?

—No, para nada… —dije y tomé un trago de mi bebida.

Ella inclinó la cabeza, buscando algún truco en mi explicación.

—¿Dónde está el truco?

—No lo hay, de verdad.

—Me cuesta creerlo. Tú…

—Yo…

—Illo, los dos sabemos cómo haces las cosas… y contigo las cosas siempre son un rebote.

—Me he caído, ¿vale?

Ella parpadeó dos veces, como si no hubiera entendido bien.

—¿Qué?

—Además, ha sido por tu culpa. Si no me hubieras llamado, no se me habría resbalado el teléfono, no habría tropezado con esa mano, ni habría caído sobre el cuerpo…

La carcajada de Rosario resonó por la terraza y se extendió hasta las calles estrechas del casco antiguo.

—¡Ay, madre! —exclamó, aún riendo—. Qué gracia tienes, chiquillo…

—Te estoy diciendo la verdad.

—¡Lo sé! —exclamó y volvió a reír. Entonces, notó que estaba llamando demasiado la atención y colocó su mano sobre mi antebrazo para tranquilizarme—. Perdona, pero es que, por un momento, te he imaginado tropezando, así, como sueles hacer… Dime que no tiene su gracia.

—No la tiene —dije y retiré el brazo—. De hecho, ¡qué demonios! No tiene ni una pizca de gracia. Hubiese preferido enterarme por la prensa.

—Muchacho, de verdad. Qué poco sentido del humor tienes.

—Siempre dices lo mismo.

—Y por mucho tiempo que pases a mi lado, nada se te pega… —comentó, me miró con complicidad y volvió a reír. En el fondo, Rosario convertía cualquier drama en un momento gracioso y su risa era tan contagiosa que me provocó una sonrisa llena de endorfinas. De pronto, sentí cómo la tensión se desvanecía y el alcohol empezaba a surtir efecto, sin provocar estragos entre nosotros dos—. No te quejarás, Gabriel. Ahora tienes la información de primera mano.

9

Debía acostumbrarme a los comentarios ingeniosos que recibiría en las siguientes horas. Al menos, hasta que el caso de Jorge Vidal quedara en el olvido. Tuve la fortuna de que Rosario estaba de buen humor y parecía haber olvidado la espera en la estación de tren. Tal vez el vino blanco y el calor de la tarde hicieron su efecto, pensé, al observar cómo la sonrisa se mantenía inalterable en su rostro. Las horas transcurrieron sin que nos diéramos cuenta y la terraza se llenó de turistas extranjeros antes de la hora de la cena, algo habitual en esa época del año. A pesar de sentirnos muy a gusto, decidí que era el momento de partir y cumplir con lo que había prometido. Pagué la cuenta y nos adentramos en las calles estrechas del viejo barrio, camino al aparcamiento. Era extraño ver a Rosario caminar por las calles de mi ciudad; hasta entonces, solo habíamos compartido momentos en lugares desconocidos, pero esta vez era diferente. Entre nosotros persistía esa tensión no resuelta que se intensificaba cada vez que estábamos cerca el uno del otro, una tensión que no se había visto ni en la Guerra Fría.

Después de caminar un poco, subimos al coche y conduje hacia la avenida de Maisonnave, con la esperanza de encontrar un sitio en la barra del Piripi. Este lugar tenía una de mis barras favoritas en la ciudad, especialmente porque me conocían bien, lo que facilitaba encontrar un espacio cuando el local estaba lleno. Además, siempre lo elegía cuando quería causar una buena primera impresión a alguien. Las primeras impresiones son más importantes de lo que muchos piensan, a pesar de lo que se diga públicamente. En general, nos dejamos llevar por los sentidos y no por la razón. De no ser así, los publicistas estarían desempleados.

El atardecer daba paso a una noche agradable y fresca, que se sentía en el interior de mi descapotable mientras cruzaba el centro de la ciudad con Rosario a mi lado. Ella seguía con sus gafas de sol

mientras miraba, en silencio, los edificios que dejábamos atrás.

—Alicante, Alicante… ¿Quién me lo iba a decir? Nunca pensé que vendría tanto…

—¿Tanto? Puedo contar las ocasiones cuando viniste, con los dedos de una mano.

—¿Te parecen pocas?

—Aquí nunca son suficientes.

Ella sonrió y yo continué conduciendo, aunque de reojo noté cómo me observaba tras sus cristales tintados. Yo conocía el amor a su tierra y lo difícil que era combatir aquello. No íbamos a entrar en esos lodos.

—Era un simple comentario.

—Imagina que no me hubieras conocido. Te habrías perdido todo esto.

—Ya lo creo… —comentó, dejando que la frase muriera en el silencio mientras cambiábamos de dirección y nos acercábamos al local donde íbamos a cenar. Ella observó la puerta del establecimiento y la cantidad de gente que había dentro. No pareció sorprenderse, ya que estaba acostumbrada a ese ambiente en cualquier bar de Sevilla.

Aparqué el coche junto al Corte Inglés y caminamos hasta el Piripi. Al entrar, uno de los camareros me hizo una señal para que nos ubicáramos en la barra, junto al cristal. Como esperábamos, el local estaba lleno, aunque no abarrotado. Las mesas del comedor en el piso superior aún estaban vacías, pero era cuestión de minutos que se llenaran, así que no me molesté en preguntar. Los ojos de Rosario cambiaron de expresión al fijarse en la decoración cuidada y moderna del lugar y en el tipo de clientela elegante que se movía por la barra, así como los platos que servían a los comensales. Entonces comprendí que le gustaba el sitio y que no estaba acostumbrada a que la invitaran a lugares así.

—Muy buenas, señor —dijo el camarero que nos había recibido, dándome la mano. Me sorprendió que aún recordara mi rostro después de tanto tiempo sin visitar el sitio, pero entendí que era uno de los trucos del oficio, para iniciar con buen pie la relación con el cliente. Luego se dirigió a Rosario, que no pasó desapercibida ante sus ojos, y le sonrió educadamente antes de preguntarle qué iba a tomar.

Ella continuó con el vino y yo pedí una caña de cerveza. El camarero se retiró y volvió al otro lado de la barra circular.

—Qué amable, ¿no? Veo que te cuidan bien en esta ciudad…

—Eran otros tiempos —comenté mientras echaba un vistazo a la barra—. ¿Pedimos una botella de vino?

—Te recuerdo que vas en coche. No creo que sea lo más conveniente.

—No te preocupes. Esta noche, el coche se queda donde está. Mañana volveré a por él.

—En ese caso, tú mandas, señor escritor.

—Contaba con eso.

Aunque ella no lo dijo, pude notar en sus ojos que estaba complacida por el detalle que había tenido con ella. A nadie le amarga un dulce y todos disfrutamos de una buena acogida cuando viajamos a un sitio desconocido. Al fin y al cabo, nunca sabemos si volveremos, pero si lo hacemos, nos gusta recordar los lugares donde fuimos felices. Después de todo, la vida significa momentos, mientras dure la memoria. Sin embargo, lo que no esperábamos ni por asomo era que esa noche se convertiría en el inicio de algo que, para bien o para mal, recordaríamos para siempre.

10

Nos sirvieron un aperitivo mientras nos decidíamos y, finalmente, me dispuse a pedir una ración de gamba blanca a la plancha, unos calamares a la romana, una ensaladilla rusa y un solomillo trinchado para acompañar el vino.

—¿Algo que objetar? —le pregunté a la sevillana, al escucharla recitar el pedido.

—Me parece que hay mucha comida.

—Lo tuyo es quejarte por vicio. Esto no es Sevilla, mujer.

—Estoy dando mi opinión.

—Ya verás que no sobra nada —le dije y sonreí. Después, alcé la copa y brindé con ella—. Por este encuentro… lleno de alegría.

—Sigues siendo un romántico cursi.

—Un enamorado de la vida, como Julio Iglesias. ¿Hasta cuándo te quedas en la ciudad?

—Dos días —me dijo, como si fueran demasiados, y resopló—. Si te soy sincera, estoy aquí por compromiso, nada más.

—¿A quién le debes un favor?

—A Mario Gómez, el organizador. Nada serio, pero lo paga todo.

Mis cejas se arquearon sin mi permiso, en un acto reflejo.

—No tengo el gusto de conocerlo. Ni tampoco las ganas, aunque si paga… quizá deba hacerte una visita.

—No seas ridículo. Es un antiguo compañero de facultad.

—Entiendo.

—No saques las cosas de contexto. No hay de donde rascar.

—No he dicho ni mu.

—He visto tu expresión.

—¿Saliste con él? Curiosidad, más que nada…

—Ni hablar. Aunque le habría gustado. No era mi tipo y sigue sin serlo, la verdad. Ahora se dedica a organizar congresos de periodismo y a buscar patrocinadores que le paguen los eventos.

—A rascar financiación. Seguro que gana más que como reportero… y también liga más.

—Que no te quepa la menor duda. ¿Has visto el hotel en el que me hospedo?

—Sí. Lo conozco muy bien. Mejor de lo que quisiera… —comenté y la mente me traicionó con los recuerdos del pasado, trayendo de regreso a Eme y una historia que creía haber enterrado de por vida—. Es uno de los mejores.

—¿Y esa cara?

Ahora, era a mí al que se le notaba.

—Envidia. No me invitan a esas cosas.

—Ya. Es igual. Prefiero no saberlo —repuso y le dio un sorbo al vino—. El caso es que detesto este tipo de encuentros, a pesar de que son buenos para conectar con otros profesionales. Ahora lo llaman «networking».

—Qué manía con los anglicismos.

—Te molestan porque no sabes inglés.

—Me molesta que usemos las palabras de otros, teniendo las nuestras.

—En fin… Yo lo sigo viendo como una manera de dorarle la píldora a otros para que te llamen en el futuro.

—¿Y no hay palabra en inglés para eso?

—Lo desconozco.

—Me alegra que ya no me llamen para ir a esa clase de eventos. Nunca me he sentido cómodo en ellos, la verdad.

—Vaya.

—¿Qué?

—No estaba al corriente de que hubieses participado en alguno.

—Existe un pasado antes de conocerme, querida. Además, era una forma de hablar.

—Claro —dijo y rio, ocultando su rostro tras el cristal de la copa.

Sirvieron las primeras raciones y más vino. Comimos con placer, entre risas, bromas y anécdotas del pasado sobre Sevilla, Madrid o El Campello. Me sentía a gusto con ella, como si la conociera de toda la vida, aunque nuestra relación empezaba a tomar un cariz difícil de definir.

¿Éramos amigos? Puede ser, aunque había muchas incógnitas en

el aire, que ninguno se atrevía a plantear.

La conversación siguió por los derroteros del periodismo, de lo complicado que se hacía mantener una profesión que se veía presionada por los presupuestos de los medios para los que trabajaba, por los bajos salarios y por el desinterés general y la desconfianza de la gente. Para más inri, ahora todo giraba en torno al clic, a llamar la atención de los ojos que estaban pegados a la pantalla y a monetizar cada titular que se escribía.

—Bueno, no te preocupes. Encontrarás la salida.

—No hay salida, Gabriel. Esta profesión siempre ha sido así.

—Siempre te quedarán los bailes en TikTok. Tienes buena presencia.

—Vete al carajo —respondió y los dos nos reímos—. Por cierto, ¿y tu amigo, el policía?

No sé por qué, pero intuía que, tarde o temprano, me saldría por ahí.

—Combatiendo el mal y deteniendo a los malhechores. Ya sabes, lo típico de los policías.

—Estaba en Homicidios, ¿verdad?

—No seas tan pilla, Rosario… Tus ojos te delatan.

—Dicen que los tengo muy bonitos.

—Pecas de presumida. Debo ser de los pocos que no caen en tu red.

—Ya. —Sonrió, hizo un silencio que generó cierta tensión y dio un sorbo al vino—. ¿Qué sabe el inspector sobre lo que ha ocurrido en la excavación?

Bingo. Con ella era así. Podías prepararle un escenario idílico para que se olvidara de la miserable vida de periodista que llevaba de ocho a diez de la noche, que, tarde o temprano, su instinto terminaba despertando.

—Tú, erre que erre. Eres una adicta al trabajo. También hay un anglicismo para eso, ¿verdad?

—Venga, hombre. Es por hablar de algo.

—En ese caso, cuéntame más sobre la Feria de Abril. ¿Por qué nunca me invitas?

—Porque dejarían de invitarme a mí, si lo hiciera —respondió con una sorna que no llegaba a ser hiriente, y me dio un toque en el brazo para quitarle hierro al asunto—. Venga, Gabri. No te hagas de

rogar. Muero de curiosidad por saber qué ha pasado.

El problema era que el vino y su tono de voz lograban derribar cualquier fortaleza, si insistía demasiado.

—Mira, habla con él, si es lo que quieres, pero no quiero entorpecer sus asuntos. Es mejor que la policía se encargue del caso. No es para mí. Estoy cansado de hacer el ridículo.

—Digas lo que digas, es una gran historia… y nadie conoce mejor que tú los entresijos de esta ciudad.

—Que la escriba otro —dije y bebí un trago de vino.

—¿Crees que eso ocurrirá?

—Lamento decirte que no, pero no me siento mal por ello.

—Conocías a ese hombre. Tú mismo me lo has dicho.

Sus palabras me provocaron una tos incómoda.

—Lo conocía mucha gente —respondí cuando me recuperé—. Era el arqueólogo más famoso de la provincia.

—¡Peor me lo pones, chiquillo! —exclamó, con ese drama tan característico de ella—. Seguro que tenía una familia, alguien que se preocupaba por él. Si es verdad que murió por una desobediencia, no habrá artículo, ni investigación. A veces, las personas somos así de cabezonas, pero, si lo mataron… Piensa en su familia por un momento.

—Nunca me habló de ella —contesté y reflexioné. El anillo ardía en el interior del bolsillo de mi pantalón—. Era más de momias, fósiles y esas cosas…

—Gabri. —Se acercó y me tocó el brazo, ejerciendo una ligera presión—. Me gustaría ser optimista, dentro de lo que cabe, y menos macabra, pero la experiencia y la intuición…

—Que es tu experiencia y tu instinto reducidos a un instante…

—Me dicen que a ese hombre lo han matado y, probablemente, porque era un hombre íntegro, con principios, como tú y como yo, que debía contar la verdad.

Miré a la copa, que estaba vacía, y me pregunté si pedir una segunda botella.

—No exageres, Rosario. No lo conocías de nada. Todos tenemos nuestras sombras. Él no era la excepción.

—Algo sabría que no podía contar y por eso lo mataron. ¿Qué hizo?

—No lo sé, pero estás dando por hecho algo muy grave.

—Algo haría, digo yo… ¿Qué sabía?

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Porque encontraste su cadáver, muchacho. Piénsalo bien… Un arqueólogo descubre algo o sabe más de la cuenta. De lo contrario, ¿para qué lo van a enterrar?

—Todavía no hay evidencias del homicidio.

—¿Viste el cadáver?

—No… —dije y di un trago—. Bueno, lo vi de lejos.

—¿Cómo es posible eso? Tú mismo me has dicho que lo encontraste enterrado…

—Es un poco complejo.

—Tengo el récord de Andalucía en hacer el Cubo de Rubik. Creo que puedo con tu explicación.

—Me desmayé, ¿vale?

—¿Qué? No me tomes por idiota. —Su rostro cambió cuando notó la sinceridad en el mío—. Madre mía, Gabri… Intentaré no reírme para no mancharte de vino.

—Todo un detalle por tu parte.

—Eres de lo que no hay…

—Si te sirve de algo, no vi sangre en ningún momento, así que, permíteme descartar tu teoría.

—Claro. Cayó en un agujero y echaron un montón de tierra por accidente… Perdona, pero no.

—Eso es lo que dicen.

—No te pases de cínico, conmigo.

—No lo estoy haciendo. Todos cometemos descuidos y hay gente muy despistada por el mundo. Vidal estaba obsesionado con su trabajo. No podía esperar a la madrugada.

—Ni siquiera los que cobran muy bien se levantan tan temprano… Mira, sé que te intentas escurrir el bulto, pero tú descubriste dónde estaba, aunque fuese por accidente. ¿Y si eso no llega a pasar?

—El hoyo no era muy profundo. Alguien lo habría notado, tarde o temprano.

—Peor me lo pones.

—¿Cómo dices?

—De lo contrario, ¿por qué lo dejas a la vista de todos?

Era difícil parar las preguntas de Rosario, que disparaba como si

fuera una semiautomática.

—Ese es el trabajo de la policía.

—Si no es por ese arqueólogo, no habrían detenido las obras y ya habrían empezado a construir ese hotel… Encuentra el motivo de la persona que podría estar molesta por el hallazgo… y tendrás la explicación.

En ese momento, me percaté de que Rosario se había ido de la lengua. En ningún momento de la noche le había hablado sobre Vicent Mandarino.

—¿Cómo sabes eso?

—¿De qué estás hablando? —Fingió no haber dicho nada.

—Lo del hotel. No te he contado nada al respecto.

—¡Ah!, ¿no? —Se hizo la despistada—. No sé. Lo habré oído en el tren o en el Amérigo…

—Lo sabía…

—¡Gabriel!

—¡Rosario!

Los clientes de la barra nos miraban de reojo con expresiones de asombro y desconcierto. A pesar del bullicio, estábamos eclipsando la atención del local. Le hice un gesto para que bajara la voz, antes de que nos echaran del sitio. Ella se dio cuenta y se acercó delante de mí, para hablarme más suave.

—Lo que te quiero decir, es que, si no haces nada al respecto, todo quedará en una nota de prensa influenciada por la Policía, el Ayuntamiento y el poder de los dueños de los medios de comunicación…

—Lo único que quiero es beberme este vino, llenar el buche e irme a la cama. Del resto, que se encargue otro.

—Mira que eres cenutrio. Si no te conociera, te habría dado un puntapié en el trasero.

—Nadie me asegura que no lo vayas a hacer.

—¿De verdad? Qué decepción, muchacho.

—Eso dicen últimamente…

—Estoy hablando en serio. ¿Eso es lo que quieres? Vaya periodismo se nos está quedando, ¿no crees?

Las palabras de Rosario provocaron en mí algo que no sentía desde hacía décadas. Ella era una profesional y sabía cómo despertar ciertos sentimientos en los demás. A pesar de todo,

entendía que no lo hacía a cambio de nada.

La historia era buena, pero escribirla tenía un precio que no estaba dispuesto a pagar. En su caso, la motivación no era el dinero, aunque, sin este, no podía ejercer su trabajo. En el mío, mantenerme alejado del foco público era la manera de seguir cobrando. De lo contrario, nadie más querría trabajar conmigo. Pese a todo, fiel a lo que me había convertido en quien era, un cosquilleo me incitaba a rascar un poco más sobre esa historia, y más ahora que la víctima era más cercana de lo habitual. Serví el vino que quedaba en la botella, di un largo trago y respiré hondo.

Por suerte, después de un trabajo de muchos años, había aprendido a controlarme.

—Siento decepcionarte, pero lo que yo crea no cambiará nada.

11

Cuando llegamos a los postres, la conversación había adquirido un tono desairado. Rosario dejó de insistir en que me implicara en el caso. Le había dejado claro que, tras lo ocurrido, otra persona debería encargarse de esa investigación. En el fondo, lo que realmente la frustraba era no poder aproximarse de manera indirecta. Ella no conocía bien la ciudad y yo era su única vía de acceso a ella. Por tanto, si yo me negaba, ella quedaría excluida. Tras el café y el chupito de limoncello, pagué la generosa cuenta, como le había prometido, satisfecho por haber compartido la velada con ella e inquieto por mi futuro profesional.

—Antes de marcharnos, necesito ir al baño —dijo y preguntó en la barra por este.

—Adelante. Te esperaré aquí —le respondí y la andaluza rodeó la sala para tomar las escaleras que llevaban a la planta superior. Sin darme cuenta, el vino había surtido su efecto en mi sangre y empecé a sentir una somnolencia pesada que eliminaba toda posibilidad de continuar el encuentro en otro lugar. Por su parte, Rosario no me iba a proponer una última copa, después de la negativa que le había dado y del bajón emocional que la cena había supuesto. A veces, la vida te lo pone fácil, como el delantero que tira un penalti a portería vacía. Otras, por mucho que te empeñes, insistir se convierte en un callejón sin salida, con desastre asegurado. En esta ocasión, estaba ante una mujer cansada y decepcionada con la cruzada en la que vivía, acompañada de un hombre dispuesto a tirar la toalla o, mejor dicho, a esquivar sus responsabilidades éticas. Pero ese era yo y así había sido toda mi vida. Un antihéroe, a veces con suerte y en otras con la cara más dura que la sandalia de un romano.

Muchas personas tienden a decepcionarse de otras, porque idealizan en ellas lo que les gustaría que fueran.

Tras un segundo café, al que fui invitado, eché un vistazo entre los comensales y me giré hacia las escaleras, creyendo que era Rosario la persona que bajaba, cuando me di cuenta de que no era así.

En realidad, era mucho peor.

De repente y por sorpresa, vi a Lara Membrillos, con su andar habitual de estrella nacional, bajando las escaleras del restaurante, acompañada de dos hombres a los que no tardé en reconocer. Uno de ellos era Vicent Mandarino, el soberbio empresario y dueño de la cadena hotelera, que había tenido el descaro de amenazarme en público, como si estuviera acostumbrado a ello. Tras él, descendía los peldaños Romualdo Espumado, el dueño del solar en el que se iba a construir el hotel. Naturalmente, la presencia del trío no pasó desapercibida entre los comensales del bar y las miradas de recelo y curiosidad eran más que evidentes. Me giré hacia el frente, donde colgaban los jamones, algo nervioso y torpe, intentando disimular y fingir que no los había visto. Había demasiados ojos en el Piripi como para que Lara Membrillos me reconociera. Lo último que deseaba era que me asociaran con ella bajo las circunstancias actuales. Por desgracia, los hombres no tenían ningún reparo en hacerse notar y, como era habitual, antes de marcharse, se acercaron a la barra, para despedirse del camarero que me había atendido.

—Oh, no… —lamenté, bajando la mirada hacia una esquina, cuando sentí la presencia de ese hombre a mis espaldas. Quizá no me viera o tal vez me ignorara, pero su mano pasó por encima de mi hombro, sin llegar a rozarme, para estrecharla con el camarero del restaurante y agradecer el servicio. Después, se retiraron con la intención de abandonar el lugar. Suspiré con alivio y di el último sorbo a los posos de la taza de café, creyendo que estaba a salvo, cuando una suave voz llegó a mis oídos.

—¿Gabriel? —preguntó Lara Membrillos y su mano alcanzó mi espalda—. ¡Qué casualidad!

Me giré como quien intenta pasar desapercibido en un banco, con un periódico en la cara.

—¡Oh, Lara! —exclamé con torpeza y sin saber qué decir. Miré a los dos hombres, que me observaban con seriedad y cara de pocos amigos—. Al final, Alicante no es tan grande…

—¡Qué fuerte, ¿no?! Aunque no me sorprende, sé que te gustan los sitios buenos…

—Suelo venir a menudo —mentí y noté cómo el empresario gigantón no tragó el embuste.

—Perdona, pero soy una maleducada —dijo y se apartó para señalar a los otros hombres—. ¿Os conocéis? No os he presentado…

—No es necesario —dijo Vicent Mandarino, fiel a su arrogancia. Sin embargo, cuando notó el gesto de la presentadora, reculó—. Hemos coincidido esta mañana, tras el infortunio…

—Ajá —comentó ella y me miró para que lo corroborara. Asentí con la cabeza y dibujé una sonrisa falsa en mi rostro. Entonces, Lara se dirigió a ellos—. Gabriel Caballero es periodista…

—Disculpa, Lara. Lo era.

—Bueno. Lo eras y lo serás —matizó—. Estudiamos juntos y fuimos compañeros, siempre compitiendo el uno contra el otro, ¿verdad, Gabri?

—Sí… Pero, por favor, no me llames así…

Los ojos de Lara Membrillos brillaban al hablar sobre los tiempos de la facultad, una época que, aunque disfruté, no la recordaba tan especial como decía ella. Supuse que, después de los años universitarios, su carrera se había convertido en un auténtico calvario de esfuerzo, horas extras sin pagar y zancadillas, hasta llegar a la cima. De ahí que solo recordara con anhelo esa época en la que era inocente y feliz, ilusionada con un futuro ficticio que poco tenía que ver con la realidad.

—¿Y qué pasó? —preguntó Romualdo Espumado, con un tono de curiosidad en su voz.

—¿No los ves? —intervino el otro—. Ella tocó el cielo y él… escribe en panfletos digitales. En fin, no hay más que verlos para hacerse una idea. El lugar que ocupas en la vida es relativo al sacrificio que has hecho.

Discrepaba de lo que decía aquel hombre, pero era consciente de que intentaba meter el dedo en la llaga para hacerme daño. Por supuesto, quizá no tuviera tanto dinero en mi cuenta bancaria como ellos, pero sabía mantener la dignidad, antes de soltar pólvora por la boca.

Si la situación era incómoda, solo podía empeorar de una manera.

—Vaya. Te dejo solo un minuto y haces un montón de amigos… —dijo Rosario, captando las miradas de los otros tres. La miré con un gesto de advertencia para que se mantuviera al margen de la conversación, pero, con ella, nunca sabías por dónde te podía salir —. ¿No me vas a presentar?

12

Rosario observaba a los presentes con su característica mirada de pantera, capaz de intimidar a cualquiera.

—Qué callado te lo tenías, Gabri —comentó Lara, con un tono jocoso que no me gustó nada—. No sabía que tenías pareja.

—Y no la tiene —contestó la andaluza, adelantándose a mi explicación. Entonces, le ofreció la mano a la presentadora—. Soy Rosario García, también periodista.

Aquel «también» sonó como una amenaza en la conversación. Membrillos la observó por encima del hombro, gracias a los tacones que llevaba, que realzaban su figura y la hacían más alta. De pronto, los dos hombres quedaron en un segundo plano y las dos periodistas se enfrentaron cara a cara, en un duelo de titanes, generando una tensión palpable en el ambiente.

—Encantada —le dijo sacudiendo la mano con firmeza, sin despegar los ojos de ella—. Debes de considerarte afortunada. Gabriel no es muy dado a invitar a nadie a cenar, solo a las personas que aprecia. ¿Verdad, Gabri?

—Él tampoco permite a cualquiera que lo llame de esa manera. ¿Verdad, «Gabri»?

—Esto… ¿No os marchabais? —expresé, mirando a Lara y a los dos hombres, que preferían mantenerse al margen de la situación—. No quiero interrumpir vuestra velada. Seguro que tenéis mucho de lo que hablar.

—Mi nombre es Lara, por cierto —le dijo a Rosario, clavando la mirada en ella e ignorando mi comentario. Rosario no se amedrentaba ante la presión.

—Sé perfectamente quién eres —contestó y retiró la mano—. Debes considerarte agradecida de que Gabriel siga hablándote.

La presentadora arqueó una ceja, extrañada, y me miró por un segundo.

—¿Qué insinúas?

—¿Nunca te ha dicho lo que piensa de la gente de la televisión? ¡Oh! Me temo que he hablado más de la cuenta. Habrá sido el vino…

Membrillos suspiró y dio un respingo. Después frunció el ceño y alzó el mentón, con altivez. En el fondo, le importaba poco lo que yo pensara acerca del circo televisivo, pues ahora la disputa era entre ellas dos y lo de Rosario no había sido más que una provocación en público.

—Señores, será mejor que nos vayamos —les dijo a los acompañantes—. Si sigo aquí, acabaré convirtiéndome en lo que siempre he detestado.

—¿En una cucaracha? —preguntó Mandarino.

—Supongo que lo dice por él… —comentó Rosario y me señaló con el rostro.

—Ya hablaremos, Gabri —me dijo Membrillos.

—Buenas noches, Lara.

Los dos hombres abrieron la puerta y Mandarino permitió el paso a la presentadora, que salió la primera del restaurante. Una vez que se marcharon, me volteé hacia Rosario, que seguía molesta por el encuentro.

—No sé si darte las gracias o mandarte a freír espárragos…

—Es increíble —comentó, con los ojos aún puestos en la puerta.

—¿Lo es? No sé por qué, pero algo me decía que esto iba a terminar pasando.

—Deberías haberme hablado de ella.

—Tengo mejores temas sobre los que conversar.

—Parece que os conocéis muy bien. No te hacía codeándote con las celebridades…

—Lamento decirte que me has subestimado, una vez más. Aunque lo cierto es que la conozco de la facultad.

—Es raro.

—¿El qué?

—Que todavía te recuerde.

—Lara y yo hemos tenido una relación complicada a lo largo de los años.

Ella hizo una pausa.

—¿Habéis tenido algo?

—No. Porque yo no he querido en todo este tiempo. ¿Estás celosa?

—No seas idiota. Es más fácil que esa presentadora haga fuego con dos piedras, que tú me provoques celos.

—Ya, seguro. Al menos, espero que te hayas divertido.

—Lo he hecho. Alguien debe ponerla en su sitio. ¿Has oído lo que me ha dicho?

—No debería importarte. Ya has dejado claro que no eres mi pareja.

—Que lo sepa todo el mundo. No pertenezco a nadie.

—¡Oh! Por Dios. Es una manera de hablar. Ella no se refería a eso…

—Me importa un cuerno. Alguien debe parar a las personas como ella. Van por el mundo diciendo lo que piensan, sin pensar en las consecuencias.

Empecé a arrepentirme de habernos bebido esa botella, aunque no demasiado.

—Vaya. No sabía que eras una activista —dije y me pregunté qué habría pasado con el grupo de manifestantes de la excavación —. Hablando de eso…

Pero Rosario seguía en sus trece.

—Detesto a los pedantes y a los periodistas que se han olvidado de sus orígenes. Todos partimos del mismo lugar.

—Todos, todos… no, Rosario. Hay quien nace en la cuna acertada y quien lo hace en la equivocada. Pero no seré yo quien intente cambiar la historia.

—¿De qué va esa mamarracha?

—La pregunta sería otra.

—Ah, ¿sí?

—¿Por qué estaba cenando con esos dos?

—Interesante. Cada uno se fija en lo que quiere.

—Hablo en serio.

—Y yo también, Gabriel.

—No, tú estás desvariando. Esos tipos traman algo con ella y no me gusta nada…

—¿Qué te hace pensar eso?

—Lo sé.

Rosario arqueó una ceja y después entrecerró los ojos.

—¿Quién es el que está celoso ahora?

Preferí no contestar y eludir con indiferencia su pregunta. No eran celos, sino preocupación. Tal vez Lara Membrillos fuera mordaz, entre las muchas cosas que la caracterizaban, pero pecaba de ingenua cuando le decían lo que quería escuchar.

Abandonamos el restaurante y caminamos hacia Maisonnave, mientras me sumergía en mis cavilaciones. Desconocía los planes de Mandarino y Espumado y el interés que tenían en Membrillos, pero no tenía ninguna duda de que estaba relacionado con sus intereses más personales. Ahora que el arqueólogo estaba muerto, sospechaba que se estarían apoyando en la presentadora para convencer al resto del equipo político y así levantar el ansiado proyecto que llevaban entre manos.

Eso, o limpiarse las manos de las posibles acusaciones que les llegarían en unos días por la muerte de ese hombre.

Pensar en todo ello me provocó un cansancio tremendo que necesitaba paliar de alguna manera. Aquel asunto era demasiado para mí.

Rosario, consciente de ello, guardó silencio durante varios minutos, hasta que decidió romperlo a las puertas del enorme y conocido centro comercial.

—¿Estás bien? Te noto algo raro, más callado de lo habitual.

—Necesito un trago. Puede que dos.

—¡Uf! No creo que pueda soportarlo.

—Ha sido un día largo.

—En ese caso… Te dejaré a solas con tus pensamientos —me dijo, de manera inesperada—. No quiero ser quien tenga que arrastrarte a casa.

—Es una copa. No pienso emborracharme esta noche.

—Puede ser, pero estoy cansada, Gabriel, y hemos bebido una botella de vino. Mañana tengo que dar una conferencia y es conveniente que esté despierta. Será mejor que llame un taxi —dijo y se acercó a la calle, en busca de uno. A pesar de lo difícil que era llamar la atención de un taxi en la ciudad, la proximidad con la estación de trenes ayudó a que apareciera uno. Mientras el coche se acercaba desde el otro lado de la carretera, Rosario se acercó a mí, me abrazó y después me dio un beso en la mejilla—. Descansa. Lo necesitas.

Me quedé pasmado ante el gesto y no supe cómo interpretar lo que acababa de suceder.

—*Bona nit* —le dije y ella subió al coche. Después, el vehículo se perdió por la avenida.

Suspiré hasta vaciar los pulmones.

13

La noche era agradable y tranquila, y las calles estaban vacías, salvo por un grupo de chicas jóvenes, todas rubias, que hablaban en un idioma nórdico, incomprensible para mis oídos. Finalmente, decidí dar un paseo hasta mi apartamento, que quedaba bastante lejos. La caminata me ayudaría a bajar la cena y a despejar los pensamientos.

Subí hasta Alfonso X El Sabio y tomé la dirección que llevaba a la Plaza de Toros, para encarar la subida. Por el camino, reflexioné sobre todo lo que había sucedido ese día, como si no pudiera quitarme de la cabeza cada detalle que había presenciado: el encuentro con Lara Membrillos, los activistas, la aparición del cadáver de Vidal, las amenazas de Vicent Mandarino y las advertencias de Rojo. Los detalles flotaban en mi cabeza, como las pistas de una partida de Cluedo que no estaba dispuesto a resolver. ¿Cómo era posible que Vidal hubiese muerto sin dejar restos de sangre sobre la arena?, me cuestionaba, dando vueltas a diferentes hipótesis. Por un lado, existía el escenario de que lo hubieran enterrado mientras trabajaba en la excavación, a oscuras. Sin embargo, no recordaba haber visto ningún casco de protección, ni una linterna cerca, aunque, cabía la posibilidad de que esta también hubiera quedado enterrada. Seguí reflexionando, sin descartar la posibilidad de que lo hubieran asesinado en otro lugar, pensando en cómo habían trasladado el cadáver hasta allí.

La idea me erizaba el vello.

Para más inri, esa mañana no había visto ninguna retroexcavadora por los alrededores, y eso me hacía sospechar aún más de esta segunda hipótesis. No era sencillo moverse por la ciudad con una máquina de esa magnitud, en plena noche, por una zona tan transitada. De haber ocurrido, la policía habría preguntado en el hotel o en los alrededores, a pesar de que no había viviendas

cercanas a la excavación. «Alguien tendría que haber oído o visto algo», deduje, pero, hasta donde sabía, nadie había escuchado nada. Las teorías sobre el crimen aumentaban en mi cabeza, al mismo tiempo que formaba hipótesis sobre la muerte del arqueólogo.

Era más sencillo pensar en que lo habían llevado hasta allí, que convencerme de que había sido un accidente.

Al detenerme frente al portal de mi edificio, concluí que Rosario podría tener razón, por mucho que me costara admitirlo.

Cuando entré por la puerta de casa, me quité los zapatos y la americana que llevaba puesta todo el día, y deseché la idea de implicarme a fondo en todo lo que había reflexionado durante el camino. Quizás Rosario estuviera en lo cierto y el periodismo necesitara a más gente como ella, pero olvidaba que hacía tiempo que había colgado las botas como reportero y que el periodismo de calidad ya no me necesitaba.

Dejé la prenda sobre el respaldo de una silla y caminé hasta el salón para dejarme caer sobre el sofá. Estaba agotado, algo achispado y, sobre todo, somnoliento. El mero hecho de servirme un trago se convertía en una idea lejana.

De pronto, la pereza me venció y no tuve fuerzas para levantarme, ir hasta el baño, asearme y desnudarme para meterme en la cama. Eso parecía lo más inteligente que habría hecho en todo el día, me dije. Poco a poco, el mundo onírico me arrastró, separándome de la realidad, hasta que un molesto sonido me hizo regresar al presente.

«¿Qué es eso?», murmuré, aún soñando, al oír el timbre del teléfono fijo.

Aunque era una cosa tan del siglo pasado, todavía mantenía el número de teléfono de la casa.

Lo dejé pasar, pensando que no sería importante. Después recordé que nadie tenía ese número, excepto mis familiares más cercanos, y eso me hizo cambiar de opinión. Un presentimiento me empujó del sofá para ponerme en pie y atender la llamada.

—¿Sí? —pregunté, confundido e inquieto—. ¿Quién es?

—A Jorge Vidal lo asesinaron por conocer la verdad —dijo una voz grave y masculina, distorsionada por algo que impedía que sonara con claridad—. Solo usted puede encontrar al culpable.

—¿Qué? —Pestañeé fuerte e intenté despejarme—. ¿Quién

llama? ¿Cómo tiene este número?

—Su nombre aparece en las Páginas Amarillas.

—Junto al de muchas otras personas. ¿Por qué diablos me llama a mí?

—Porque es una emergencia.

—Llame al 091, como todo el mundo…

—¡No sea cretino! ¿Es usted Gabriel Caballero?

—Eso creo.

—El único periodista al que esta ciudad escucha cuando escribe…

—¿En serio?

—¿Por qué duda?

—Creo que se ha equivocado de persona… —comenté, fingiendo humildad, y me sentí halagado e intrigado a partes iguales por sus palabras. Como a Membrillos, mi fragilidad eran los elogios y los buenos restaurantes—. ¿Quién ha dicho tal cosa? Si se puede saber…

—Vidal lo pensaba. ¿No le parece suficiente?

—Vaya. Interesante… ¿Por qué conoce usted a Vidal? Mejor dicho, ¿de qué diablos me conoce a mí?

—Escuche, Caballero. No tenemos más tiempo, antes de que llenen de lodo la verdad… Debe ponerse manos a la obra y evitar que la muerte de Vidal caiga en el olvido.

—Vaya por Dios, qué frase tan manida, ¿para qué? El tiempo es relativo… Al final, perdonen o no, todos olvidan. Créame.

—¿Me toma el pelo?

—Lo siento, ni siquiera sé si tiene…

—No me convenza de que estoy cometiendo un error.

—A estas horas de la madrugada, no voy a convencer a un desconocido por teléfono. ¿Qué se supone que debo hacer?

—¿Está sordo o es tan patán como piensa el resto? No les dé razón. ¡Aún está a tiempo!

—¿Disculpe? ¿En qué quedamos?

—¡Por Dios! ¡Encuentre a quien lo mató o construirán el hotel sobre la sangre de un inocente!

De pronto, sentí el peso de la responsabilidad en mi corazón. De todo lo que había dicho, aquello era lo único que sonaba a verdad y no a una sandez. Aquel hombre parecía hablar en serio, a pesar de

su tono desesperado y de que estuviera tanteándolo hasta el último minuto. Así que comprendí que lo que parecía una broma *a priori*, había dejado de serlo desde hacía un rato.

La cara de Mandarino y Espumado se manifestaban en mi cabeza, mirándome como dos mafiosos en una película americana, expectantes a mi respuesta. Después apareció la expresión de Membrillos, sus palabras y, finalmente, Rosario, repitiendo sus consignas como un disco rayado.

Entonces, se escuchó un chasquido y el silencio se instaló en la conversación.

—¿Oiga? ¿Está ahí? —La llamada se cortó, aunque la línea comunicaba.

Intranquilo, colgué y me senté en el sofá, con los codos apoyados sobre las rodillas. Después, miré hacia la ventana del salón y sentí el aire fresco que entraba por ella.

El tiempo me había convertido en un tipo estoico, capaz de apartarme de las provocaciones que me llegaban a diario. No obstante, quizá nada de eso hubiera ocurrido si la voz desconocida no hubiese mencionado al arqueólogo.

En el fondo, cualquier excusa servía de precepto para meterme en ese lío. Ahora, un vaivén de recuerdos y sentimientos se posaron sobre mi cabeza.

«Vidal lo pensaba», me repetí en silencio. «Será mentiroso».

—Demonios… —lamenté en voz alta y di un respingo—. Esto no le gustaría al inspector.

La chispa había prendido y esa noche no lograría dormir, al saber que defender su honor se había convertido en una causa personal para sacarme del atolladero profesional en el que me había metido.

14

La mañana siguiente desperté con la melodía del teléfono. Aturdido, palpé la mesilla de noche hasta hacerme con el terminal. A medida que pasaban los segundos, el volumen aumentaba, provocando que la melodía resonara con más intensidad. Al comprobar la pantalla, vi que era Rosario y decidí esperar unos segundos antes de responder. La noche había sido horrible y aún no era capaz de discernir entre la realidad y el sueño. No tenía muy claro qué había sido qué, ni cómo iba a explicárselo a la andaluza. Lo más probable era que ella atribuyera todo a la bebida.

Llené los pulmones e intenté espabilar. Después, atendí la llamada:

—Buenos días… —dije, sacando fuerzas de flaqueza e intentando aparentar que llevaba ya horas despierto.

—¿Estabas durmiendo?

—¿Qué? —pregunté, ganando tiempo mientras miraba de reojo el despertador en la mesilla. Eran las nueve de la mañana—. No, ni hablar… Llevo horas despierto.

—¿Y esa voz?

—Creo que me he quedado afónico de anoche.

—Ni que fuéramos a un karaoke…

—El viento de levante, que es muy traicionero. ¿Cómo has pasado la noche?

Rosario hizo una pequeña pausa, como si no estuviera dispuesta a aceptar las falsas apariencias.

—Mal. Detesto la humedad.

—Ni que Sevilla fuera el desierto.

—Escucha, Gabriel. —Noté una ligera tensión en su voz. Cuando Rosario quería crear distancia, me llamaba por mi nombre completo, como si pusiera un muro entre nosotros. Me recordaba a otras relaciones sentimentales que había tenido. Sin embargo, en

este caso, solo éramos compañeros de trabajo. Amigos, quizá. Aunque, con ella, nunca se sabía.

—Soy todo oídos, Rosario…

Por suerte, no le di más importancia al asunto del que parecía tener y me centré en la cuestión. Inicialmente, sospeché que su frialdad podría ser a causa del encontronazo con Membrillos y esos hombres, la noche anterior, en el restaurante, pero pronto descubriría que la razón era otra.

—¿Has leído la prensa local?

—No.

Ella carraspeó.

—¿Por qué no levantas el trasero, sales de la cama y enciendes la televisión?

De pronto, miré a mi alrededor, como si sintiera que me estaba viendo desde algún lugar. No era necesario, pues ella me conocía más de lo que yo creía. Hice caso y caminé hacia el salón. Allí encontré la americana sobre el respaldo de una silla y empecé a recordar algunos detalles de mi regreso a casa.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al encender el televisor.

—Pon las noticias.

—¿Cuáles?

—¡Las que sean! —exclamó. Busqué con el mando el canal de los informativos 24 horas, el único que hablaría de cualquier cosa relevante. Esperé unos segundos mientras leía los teletipos que pasaban por debajo. Desafortunadamente, no aparecía nada en la pantalla—. ¿Las has puesto ya?

—Sí, pero no encuentro nada… ¿A qué viene tanto misterio?

—La muerte de ese arqueólogo está dando que hablar. ¿En serio que no has visto la televisión?

—¡No, caray!

—¿Sabes? Tienes razón. No las veas.

—Eres la contradicción personificada.

—¿Has pensado acerca de lo que hablamos ayer?

«¡Ja! Lo sabía».

Arqueé las cejas y dejé el mando sobre el mueble del salón.

En ese momento, sentí la corazonada de que Rosario me había llamado para convencerme de que me implicara en la investigación. Por el contrario, guardaba un as en la manga, que aún no podía

compartirle. Y no es que no quisiera, pero no podía arriesgarme sin antes consultarlo con Rojo. Por mucho que respetara a la periodista, sabía de lo que era capaz, y eso implicaba problemas innecesarios.

—Ayer hablamos de muchas cosas, Rosario.

—No te hagas el sueco. Si no espabilas, esa exnovia tuya te quitará la exclusiva.

—¿Te refieres a Lara Membrillos? Por favor…

—Sí, la presentadora.

—No es mi exnovia. Ni siquiera hemos tenido nada, pero sé que te encanta sacar las cosas de contexto.

—Lo que tú digas. No son de mi incumbencia, ni tus relaciones, ni el mal gusto que tienes, a veces…

—A veces… —repliqué, notando cómo se ponía nerviosa al otro lado del teléfono. Supuse que, parte de ese comentario, también iba por ella—. Dime, Rosario. ¿Para qué me has llamado? Puedes confesarme que me echas de menos. No te criticaré por ello.

—Lo que quiero decirte es que deberías darle una segunda oportunidad a esta noticia. Esa listilla sabe más de lo que calla y algo me dice que los dos tipos con los que nos encontramos ayer…

—Mandarino y Espumado.

—Sí… Los dos están metidos en el ajo. He investigado un poco sobre ellos y todo es demasiado opaco. Hace unos años, Mandarino tuvo varios pleitos por la muerte de un operario de la construcción. Al parecer, no le pagó la indemnización a la familia y, para más inri, ganó el juicio.

—No me sorprende, pero es un poco atrevido lo de acusarlo de asesino.

—A ver… No estoy diciendo que hayan matado a ese hombre, pero…

—Siempre hay un pero.

—Es que todo apunta a que…

—No —interrumpí, haciendo una pausa—. Mejor, no digas nada.

—Nadie nos escucha, Gabriel… No seas paranoico —respondió, y pensé en Rojo. Después, anoté mentalmente que le haría una visita cuando terminara la llamada—. He estado pensando en ello toda la noche y supongo que tú también, aunque te hagas el loco ahora.

—Tienes razón. Me has pillado.

—Illo, de verdad que, a veces no te entiendo… —dijo, desesperada, y suspiró—. Bueno, en fin, tengo que dejarte. El congreso empieza en un rato y aún no estoy preparada.

—¿Dónde es?

—¿Para qué? ¿Para que aparezcas por allí? ¡Oh, no! Lo que me faltaba. Reflexiona sobre lo que te he dicho y rasca un poco en este asunto… Estoy segura de que me darás la razón.

—Que estés acostumbrada a ello no significa que lo vaya a hacer. ¿Qué hay de ti? ¿De qué te encargarás?

—Tocan a la puerta, Gabriel. Tengo que dejarte.

De fondo, oí que alguien insistía en que le abriera la puerta de la habitación del hotel.

—Es mi ciudad, Rosario. Nadie escapa de mí —dije con tono juguetón, pero ella parecía distraída—. Ni siquiera tú.

—Te dejo, te llamaré más tarde. —Rosario colgó de forma entrecortada, sin más dilación, y, por unos segundos me quedé pasmado, con el aparato en la mano, preguntándome qué habría sido eso.

Una extraña sensación se apoderó de mí.

«A estas alturas, no puedes ponerte pelusero», me dije y, rápidamente, el sentimiento se esfumó.

Había estado cerca, pero no tenía motivos para ello.

Finalmente, cuando me había olvidado por completo de ello, en el informativo de la televisión aparecieron las imágenes del día anterior.

—Oh, no… —lamenté cuando vi cómo las cámaras habían captado el acto y también mi estrepitosa caída en la escena del crimen. Entonces entendí por qué sonaba y el interés de Rosario en que no viera la televisión.

Por desgracia, era demasiado tarde para ello.

15

Me apresuré a salir de casa tan pronto como terminé de ver las noticias en la televisión. Aunque no me habían mencionado directamente, de nuevo estaba en el ojo público. Las imágenes de mi caída no me favorecían, pero preferí considerar el accidente como algo anecdótico y ponerme en marcha antes que quedarme en casa, lamentándome por mis heridas.

Una hora y media más tarde, un taxi me dejaba ante la puerta de la Comisaría Provincial de Alicante. Aún debía rescatar mi descapotable del aparcamiento y opté por no pensar en ello ni en la suma que abonaría por hacerlo. Rojo no esperaba mi visita, aunque supuse que no pondría objeciones a recibirme. No lo había avisado de que me presentaría allí y sospeché que tampoco estaría al tanto de mis intenciones. Claro que, con él, cualquier suposición se desvanecía. A lo largo de los años, había aprendido que el inspector siempre iba un paso por delante del resto.

Detestaba aquel edificio con todas mis fuerzas: su olor, su color y la distribución de los pasillos. Tal vez porque mis primeras experiencias allí no habían sido las mejores o porque los recuerdos que guardaba no eran precisamente felices. Cada vez que entraba, me prometía que sería la última vez, y, sin embargo, siempre había otra más. Esta vez, decidí armarme de valor y me presenté en la entrada, sabiendo que mi presencia no pasaría desapercibida, especialmente después de lo ocurrido. El agente de la garita me saludó y luego me preguntó por la razón de mi visita. Lo había visto antes y llevaba ya un tiempo allí, un detalle que me indicó que su progreso era lento, si es que había logrado alguno.

—¿Está el inspector Rojo? Necesito hablar con él. Es urgente.

De pronto, noté que sus ojos se desviaban hacia una compañera que estaba en la entrada y que custodiaba el acceso. Los dos compartieron una risa cómplice e intuí que me habrían reconocido

como el torpe de la escena del crimen.

—Enseguida le aviso.

—Gracias.

—¿Por qué no espera dentro?

—No, dígale que estaré fuera, en el bar, si no le importa.

—Por supuesto… y cuidado con el escalón.

—¿Qué? —pregunté, molesto.

El agente mantenía la cara de memo con la que había vivido toda su vida, pero con una sonrisa que intentaba disimular.

—El escalón… Podría caerse.

—Vete al infierno… —murmuré y no me respondió.

En cuanto le di la espalda, sentí la burla detrás y comprendí de qué iba todo aquello. Decidí no darle importancia. Mis visitas a la comisaría no habían sido precisamente acogedoras, pero me guardé aquel momento para el futuro.

Bajé las escaleras de cemento y caminé hacia el bar que había frente a la comisaría. A esas horas, el local estaba casi vacío. Saludé al dueño, como si fuera un habitual, y me situé en un extremo de la barra.

—¿Qué le pongo?

Comprobé el reloj que había en la pared, pero estaba parado.

—Una cerveza. —En el fondo, daba igual la hora.

En la televisión se emitía uno de esos programas de tertulianos matutinos que hablaban de todos los temas sin tener experiencia en ninguno. Yo lo sabía de primera mano, pues había trabajado en ellos durante un periodo de mi vida. Una época dorada en la que las cadenas de televisión me llamaban y todos seguían la novela que aún estaba por escribir. Por supuesto, como un buen beso o la espuma de un buen cava, nada es eterno, y la fama, mucho menos. Duró poco, se me fue de las manos como la arena de la playa antes de poder agarrarla, y mis alas se quemaron por acercarme demasiado al sol. Además, por si fuera poco, mi carrera tomó un rumbo inesperado, como si un oleaje violento me hubiera devuelto a la orilla. En efecto, había logrado la gloria, al menos en Alicante, el lugar que me había visto llegar, triunfar y también caer. Con los años, había aprendido que el éxito era algo más, al menos mientras me levantara cada mañana con el dinero suficiente para no volver a una oficina.

El dueño del bar me sirvió de aperitivo unas olivas partidas, para acompañar la bebida, un detalle que agradecí con un gesto sutil. Mientras esperaba a Rojo, daba sorbos a la cerveza fría, que tomaba en ayunas y que me ayudaba a refrescarme por dentro. En la televisión hablaban del tema del momento: la muerte de Jorge Vidal y la construcción del hotel. Me sorprendió el interés que estaba generando el asunto. Al fin y al cabo, Alicante era solo una ciudad más del país y, lamentablemente, los sucesos ocurrían a diario en toda la península. Los supuestos expertos eran incapaces de acertar con las hipótesis que manejaban sobre la muerte de Vidal. Escuché atentamente lo que decían, pero ninguno se acercaba a una verdad plausible.

—Es una vergüenza lo que le ha pasado a ese arqueólogo por hacer su trabajo —dijo el hombre del bar mientras observaba con indignación la pantalla.

—¿A qué se refiere? —le pregunté con un tono ingenuo.

En la vida, la mejor manera de ganar es callar y dejar que los demás hablen.

—¿A qué? Es como si me mataran por servir estofado a los clientes. ¿En qué mundo vivimos?

—En uno más hostil de lo que creemos.

—En eso te doy la razón. La gente no es consciente de la maldad que hay fuera… Pero, lo de este hombre, es insultante —prosiguió con un enfado palpable—. Lo peor de todo es que el engominado ese quedará impune.

El engominado era Vicent Mandarino, que ahora aparecía en la pantalla, con ese gesto altivo tan típico de la capital, el pelo engominado hacia atrás y con la mirada propia de un personaje secundario de una serie de gánsteres.

—Si tiene algo que ver con todo esto, lo dictará la justicia —dije con sorna—. No se preocupe, hombre. La policía está investigando el caso.

Pero el sarcasmo de mis palabras pasó desapercibido para él.

—¡Venga, ya! Los jueces se lavan las manos como Poncio Pilatos… A la policía la tienen atada en corto… Este país está hecho pedazos… No hay por dónde cogerlo.

El hostelero seguía quejándose, de espaldas a la televisión, cuando proyectaban un corte de mi caída. Era probable que medio

país estuviera presenciando aquello en ese momento, pero a mí solo me preocupaba que aquel tipo no lo viera.

—¿Qué es lo que dicen por aquí? Ya sabe, los del Cuerpo…

El tipo alzó la mirada y me dio un repaso, con sospecha. Después se echó el paño al hombro, como si fuera a desenfundar un revólver.

—¿No serás periodista?

—Ni harto de vino… o de cerveza, como lo prefiera —contesté y eché un vistazo a la puerta. No había rastro de Rojo y empezaba a impacientarme allí dentro—. Solo soy un ciudadano preocupado por lo que pasa.

—Por aquí no gustan las cucarachas, ¿sabe?

—¿Conoce algún lugar donde sí?

—Muchacho, si has venido a olisquear, esta no es tu ratonera.

—No hay por qué preocuparse, jefe… No me responda si no quiere, pero, ¿le importaría cambiar de canal?

Me dio un segundo repaso, esta vez para asegurarse de que no titubeaba. Mi respuesta lo desconcertó por unos segundos. Por suerte, aunque el póker no se me daba bien, tenía experiencia en mantenerme firme, sin temblar, aunque estuviera faroleando.

En ese instante, la puerta se abrió y nuestras miradas se dirigieron a la entrada. Como caído del cielo, cuando más se le esperaba, Rojo entró con una pisada arrolladora, como un toro bravo a punto de embestir. Como era habitual, a pesar del calor que comenzaba a asentarse desde las primeras horas de la mañana, el inspector vestía su cazadora negra de cuero, camiseta oscura debajo, vaqueros y botas. Se quitó las gafas de aviador y me fijé en la barba de varios días que llevaba, que empezaba a crecerle con pelo gris en la mandíbula. Aquel era un síntoma de que llevaba días ocupado y sin pasar por su casa más de lo necesario.

—Inspector… —dijo el hostelero.

Me giré hacia él y la tensión del ambiente se desvaneció. Rojo se fijó en nuestras posturas y entendió que estábamos intercambiando unas palabras. Después sintió el ruido de la televisión y giró la vista hacia la pantalla. Por último, señaló con el pulgar a la tertulia.

—¿Has visto el corte que han puesto?

«Oh, no…», pensé, al imaginar que iba a recordar la escena. Al ver mi rostro, prefirió obviar lo sucedido y pidió un café solo y bien

cargado. El dueño del bar se alejó de nosotros y el inspector se apoyó en la barra de zinc y se fijó en la cerveza que había frente a mí.

—Un poco pronto, ¿no crees?

—Según como lo mires —le dije y alcé la caña—. Pensaba que me ibas a acompañar.

—No, estoy de servicio.

—¿Desde cuándo es este un motivo?

—Estoy hablando en serio. El comisario tiene el edificio patas arriba.

—En ese caso, salud.

El dueño sirvió el café y Rojo le hizo un gesto para que rociara un poco de brandy en la taza, antes de tomárselo.

—Pensaba que estabas de servicio —comenté, sorprendido, al ver que el camarero había dejado la botella de Soberano sobre la vitrina—. Supongo que hay expresiones que tienen diferentes acepciones para según qué personas…

—No empieces con tus rollos sintácticos, que esto no es la RAE. ¿Qué se te ha perdido por aquí? Dos veces en menos de cuarenta y ocho horas… No es un buen augurio.

—Es sobre el caso de Jorge Vidal.

—Olvídalo. Ya te dije que no metieras las narices en esto.

El dueño del bar carraspeó y me miró con desprecio.

—Lo sabía… —murmuró y me señaló con el mentón. Después intercambió una mirada con el policía y se dirigió a la cocina.

—Jefe, usted no sabe nada —le respondí, pero el tipo me ignoró.

—Déjalo estar. No le gustan los chivatos.

—Ya no soy ningún chivato.

Rojo sonrió.

—Entonces, reconoces que lo fuiste.

—No me fastidies, Rojo. Es una manera de hablar, ya me entiendes… ¿Qué mosca le ha picado a este tipo?

—Una periodista del Diario Información, con el aguijón bien gordo. Le dedicó dos páginas en el periódico porque se negó a servirles el desayuno, a ella y al cámara que la acompañaba, hace un año o así, cuando estábamos cubriendo un caso muy delicado sobre una secta satánica.

—Por un perro que maté…

—Tú no eres capaz de matar ni una mosca, *amic meu* —dijo y terminó de mover la cucharilla para mezclar el brandy con el café. Le dio un sorbo a la taza y después hizo un gesto placentero—. En serio, sé que tu amiguita intenta lavarte los sesos, pero, piénsalo bien, escritor. ¿No crees que ya has tenido suficiente protagonismo, después de salir en televisión?

—Eso no estaba pactado.

—Puede ser, pero el daño ya está hecho. Nadie va a cambiar la opinión que tienen de ti. Si apareces en la pantalla, te desacreditarán.

—Si no lo han conseguido en todos estos años, no lo van a lograr ahora. Además, ni siquiera las televisiones nacionales estaban allí. Ha debido de ser algún roñoso con ganas de revancha. Estoy convencido de ello.

—Precisamente, no eres el columnista más querido de la ciudad.

—Tal vez tengas razón, pero, no negarás que soy el más atractivo y el más conocido.

—Si tú lo dices…

—Hablando de revancha. A ese agente de la entrada, se la tengo jurada.

—Olvídate también de él. Si preparas la venganza, cava dos tumbas… —dijo y le dio otro sorbo al café. El inspector se mostraba inquieto, aunque entendí que no era por mí, sino por la carga laboral—. Escucha, ¿para qué me has citado? Tengo una mañana negra, así que ve al grano.

—Tengo algo que te puede interesar.

—¿A mí? No me hagas reír.

—Anoche recibí una llamada anónima.

—Sería uno de tus admiradores secretos.

—No bromeo, Rojo —le dije con voz seria, a la vez que le clavaba la mirada—. Es sobre Jorge Vidal. Alguien más piensa que lo mataron por temas del hotel.

Él arqueó las cejas y apretó los labios.

—Te escucho. Espero que merezca la pena lo que vas a decir.

Había captado su atención. Ahora necesitaba que mordiera el cebo.

16

Le conté a Rojo sobre mi conversación con Rosario, lo que había presenciado en el Piripi y el encontronazo que tuve con Lara Membrillos y los dos magnates de los negocios, además de mis hipótesis sobre el homicidio. Por supuesto, insistí en el mensaje anónimo que había recibido por teléfono al regresar de la cena. Él no parecía darle importancia al desencuentro ni a la llamada, pero lo cierto es que aquel trío y el mensaje anónimo eran, cuando menos, sospechosos.

—Lo tendré en cuenta. Aún están aclarando cómo Vida llegó allí, ya sabes, al agujero… Hay algunos flecos en todo este embrollo. Retiraron la máquina a primera hora, antes del evento. Nadie quiere mojarse y es difícil averiguar quién la usó, a causa de las tantas huellas que hay en el vehículo.

—¿Y si todo eso no es más que una farsa? Cabe la posibilidad de que lanzaran el cadáver al agujero y después lo taparan.

—Alguien los habría visto, ¿no crees?

—No, si están bien sobornados.

Rojo chasqueó la lengua, dudando.

—No sé, no son la clase de tipos que trabajan de esa manera. El entorno más próximo a Vidal dice que era un tipo peculiar, encerrado en su trabajo.

—Deberías investigar esa vía. Es probable que esos dos tramen algo y que estén utilizando a Membrillos como cabeza de turco. Además, ¿qué pasa con mi teléfono?

—Una llamada anónima no significa nada, ni siquiera es relevante sobre el presunto homicidio de ese hombre. ¿Acaso lo conocías?

—Lo justo. Lo había entrevistado en el pasado. Pero he entrevistado a tanta gente…

—Si confiesas que erais amigos o cualquier tipo de vínculo,

quizá podría investigar el registro de llamadas.

—Podría mentir, si hiciera falta…

—Pero eso te podría colocar como un sospechoso más en la lista…

—Sabes de sobra que no soy un embustero, ni me voy a inventar una amistad que no existió. ¿Verdad?

—Cosas peores he visto.

—Tan solo te pido que tengas en cuenta lo que te he dicho.

—Por supuesto —dijo, sin darle más importancia, y chasqueó otra vez la lengua—. En cuanto a los otros tres… Tu amiga no es tan ingenua como parece, ni tan lista como pretende que creamos.

—A ella solo le interesa la fama y el dinero fácil. Es evidente que esos dos no piensan igual.

—Porque ya lo tienen.

—Porque el dinero fácil, rara vez existe, y si lo hace, nunca viene solo, sino acompañado de un buen puñado de problemas.

—Sea como sea, esos dos que mencionas son gente cercana a la clase política que manda en esta provincia —repuso y se frotó la barbilla con exasperación—. No tengo nada en contra de apretarles las tuercas, pero debo dar pasos firmes y me colgarán como a un ladrón.

—En ese caso, haz tu trabajo.

—Tienes razón. Debería estar en mi despacho y no perdiendo el tiempo con un periodista, ¿eh?

—Espera, espera…

Rojo me miró con recelo.

—¿A qué viene tanto interés? —preguntó, intrigado—. Pensaba que habías aceptado mi consejo.

—Nunca lo hago. Normalmente, solo me das consejos para alejarme de ti.

—Precisamente, porque lo hago por tu bien y me preocupo de lo que te pueda pasar, *amic meu*.

—Tú no eres la madre Teresa de Calcuta.

—Ni tú Clark Kent… así que dejémonos de monsergas. Es por ella, ¿verdad?

—¿Lara? No, en absoluto. Ya es mayorcita para saber dónde se mete. Aunque me inquieta su presencia.

—No trates de protegerla, o saldrás dañado… Pero me refería a

la otra.

—¿Qué? No, no te equivoques. Rosario no está aquí por ese motivo.

—Es curioso… Eso mismo dijiste la última vez que apareció —expresó y dio un sorbo a la taza para generar un silencio aún más largo. Era algo habitual en él, cuando quería sonar contundente—. Te diré algo y presta atención a mis palabras. Tu amiga se parece bastante a ti.

—Es todo un halago. Aunque ella es más bella, que ya es decir.

—No te hagas el tonto y mires hacia otro lado. Sabes que no me equivoco. Aparece en el momento menos oportuno, cuando menos hace falta y, encima, está dispuesta a incordiar, como las ratas que huelen el queso a kilómetros. Además, ¿qué demonios pinta en este asunto?

—No te equivoques, Rojo. Está en la ciudad por trabajo. Te recuerdo que fuiste tú quien me mostró la noticia…

—A lo mejor ha sido una excusa para verte de nuevo —me dijo con sorna.

—Ahora eres tú el que está diciendo tonterías.

—En cualquier caso… —respondió y se dio cuenta de que no tenía ganas de tratar ese asunto—. Veo que no se anda con juegos. Le gusta el control, pero que no la controlen.

—Nuestra relación es complicada y los dos somos muy independientes, nada más. No he tenido tiempo para preguntárselo.

—¿Bromeas? Eres el mayor metomentodo que conozco.

—Lo sé, pero tenía que intentarlo.

—¿Sabes? Ahora sí que te daré un consejo, como amigo, no como policía… —dijo y me puso la mano en el hombro, antes de echarme una mirada fraternal, como el hermano mayor que aconseja al pequeño, durante su adolescencia—. Creo que tienes un problema y no está relacionado con la muerte de ese arqueólogo. Así que céntrate en tus asuntos y resuelve el lío de faldas que llevas entre manos, antes de que te veas atrapado entre las piernas que no debes.

Rojo me dio una palmada y se rio.

Por el rabillo del ojo, noté cómo el dueño del bar, que observaba la escena desde lejos, también se reía por el comentario.

No entendí muy bien lo que el inspector pretendía decir con

aquello, pero intuí que estaba relacionado con el triángulo sentimental entre Lara Membrillos, Rosario García y yo. Un triángulo que había creado a base de suposiciones y juicios sin fundamento. Antes de responder, en la pantalla proyectaron unas imágenes del día anterior. En esta ocasión, no era yo quien aparecía en ellas, sino los activistas con los que me había cruzado tras aparcar en el descampado que había junto al hotel. Me detuve al observar las muestras de rabia que expresaban todos, cantando consignas al unísono e intentando detener el acto. De alguna manera, lo habían conseguido, aunque la manera en que había terminado no justificaba cómo se había hecho.

—Un momento, un momento… —dije al ver cómo una de las mujeres que estaba al frente lanzaba un huevo contra los políticos —. ¿Cuándo ocurrió eso?

Rojo se fijó en la pantalla. Las imágenes captaban el momento en que un huevo alcanzaba el hombro de uno de los guardaespaldas del alcalde. Al parecer, la provocación iba dirigida a uno de los empresarios.

—Debió de ocurrir cuando estabas merodeando donde no debías.

Después apareció el rostro de una de las mujeres con las que me había cruzado, que ahora estaba gritando a la cámara. Bajo su imagen, un rótulo con el nombre de «Valentina Estrellado», activista medioambiental.

—Estrellado… Qué ocurrencia. En fin, siempre me pierdo lo mejor.

—Queriendo ser el centro de atención.

—No me molestes, Rojo… —dije y regresé la atención a la pantalla. En ese momento, se me ocurrió algo que había pasado por alto hasta entonces—. En fin, no quiero hacerte perder más tiempo. Además, tengo que marcharme.

—¿Qué está ocurriendo? Ni siquiera he terminado el café.

Me bebí la cerveza de un trago y dejé el vaso vacío sobre la barra. Después saqué un billete de cinco euros y lo puse bajo el cristal.

—Se me ha ocurrido una idea para escribir y, ya sabes, si me desconcentro, la pierdo.

Rojo me dio la razón como a los locos y no se molestó en

levantarse del taburete.

—No corras, no sea que te resbales… y ya sabes lo que pasa.

—Serás buen policía, pero nunca harás méritos por tu humor.

—Descuida, no lo necesito —dijo mientras yo caminaba hacia la puerta, cuando, de repente, me llamó desde el asiento—. ¡Caballero!

—¿Sí?

—Deja a Vicent Mandarino en paz.

—Descuida… No seré yo quien perturbe su momento de calma.

17

Rojo me había recordado el motivo de la visita de Rosario sin que se lo pidiera, lo cual generaba un conflicto de dudas para mí. No obstante, antes de sorprender a la andaluza en el congreso, decidí recoger mi coche. El pobre deportivo había permanecido abandonado en ese aparcamiento desde la noche anterior. Aunque no debería haberle ocurrido nada, lo único doloroso sería el coste del estacionamiento.

Descendí caminando hasta Óscar Esplá y seguí por la avenida hasta llegar a Maisonnave. A esas horas de la mañana, pasear era un placer del que muy pocos podíamos disfrutar. Además, era una de las razones por las que amaba tanto la provincia. El cielo estaba despejado, el sol calentaba lo justo para ser agradable y una suave brisa marina me acariciaba mientras caminaba. Mientras el resto del país sufría lluvias y temporales, aquí parecía que estábamos en una dimensión paralela, ajena a las nubes oscuras y a los días tristes. La estabilidad atmosférica era tal que, a veces, pensaba que tarde o temprano nos pasaría factura. Al llegar al aparcamiento, bajé por las escaleras y me dirigí a la plaza donde había dejado el Boxster. Mi preciado descapotable estaba en su sitio, inmune al paso del tiempo. Tenía una relación especial con el coche; para mí, era mucho más que un simple vehículo. Aquel automóvil, que se encaminaba a convertirse en un cacharro, representaba la materialización de los sueños, el pico de todos los deseos de juventud y la arrogancia de haber gastado mis ahorros en él, porque sí, porque lo valía y porque creía merecerlo. Ahora que el tiempo había pasado y otro rey había ocupado mi lugar —si es que ese lugar había existido alguna vez—, el coche envejecía rápidamente, la tapicería se desgastaba y su estado reflejaba lo que yo sufría en carne propia. Sin embargo, no podía desprenderme de él. El descapotable se había convertido en parte de mi identidad.

Pagué el exorbitante coste del aparcamiento y volví al coche para salir de allí. En ese momento, mis pensamientos se centraban en ese grupo ecologista y en quien lo lideraba. No tenía ni idea de cómo encontrarlos, pero sospechaba que el nombre de Valentina Estrellado me proporcionaría alguna pista. En efecto, bastó con introducir el nombre de esa mujer en el mundo de las redes sociales, para que se asociara con una organización ecologista con sede en Alicante. Luego, introduje el nombre en la aplicación de mapas y me dirigió a una sede ubicada en Carolinas Altas.

«Vaya por Dios…», pensé, considerando la distancia.

Quedaba algo lejos, aunque podría llegar allí en menos de media hora. Entonces recordé el huevo que le habían lanzado al empresario y una sonrisa se dibujó en mi rostro. No es que apoyara la acción, ni mucho menos. Estaba en contra de todo tipo de violencia o acto que manchara un traje a la ligera. Pero ver la expresión de disgusto de Vicent Mandarino en televisión no tenía precio. Arranqué el motor y «Giant Steps» de Coltrane comenzó a sonar por los altavoces internos. La música del saxofonista tenía el poder de cambiar mi estado de ánimo, en cuestión de segundos. El jazz, en general, lograba tocar en mí lo que ninguna persona conseguía. Y eso podía considerarse un milagro.

Salí por la rampa de salida y tomé Maisonnave en dirección al cruce con Federico Soto, que ascendía hasta Alfonso X El Sabio. Aquella era una de las arterias principales de la ciudad, repleta de tiendas, oficinas y locales comerciales. Esto también implicaba un tráfico considerable de vehículos, tanto de alicantinos como de muchos forasteros que visitaban la ciudad por primera vez. Con las gafas de sol puestas y el saxo de Coltrane, de fondo, reflexioné sobre las preguntas que haría a esos «hippies», con el objetivo de obtener información útil sin llegar a irritarlos. La situación era muy tensa y estaba convencido de que no sería el primer periodista que se acercaba a ellos. Por otro lado, esperaba que mi nombre no representara un obstáculo para dialogar. Después de todo, yo era Gabriel Caballero y, para bien o para mal, mi nombre no dejaba a nadie indiferente. Una vez que terminaría con ellos, visitaría a Rosario con la intención de sorprenderla.

A medida que me acercaba al mercado de abastos, mi mente divagaba en hipótesis sobre la muerte de Vidal y la posible

implicación de Mandarino y Espumado. Por un lado, me parecía una jugada torpe para dos tipos como ellos. Pero, ¿qué sabía yo? Después de todo, Mandarino había ganado el juicio sobre el accidente laboral de aquel peón. Quizás lo mismo había sucedido aquí, aunque Jorge Vidal era algo más que un simple operario. A lo largo de mis años como periodista, cuando las noticias corrían por mis venas y pasaba horas fumando en las puertas de las redacciones, había conocido a fondo las intrigas de los ayuntamientos y cómo eran capaces de frenar una obra por revanchismo o interés personal. El arquitecto municipal jugaba un papel clave cuando se levantaba un terreno y se encontraban restos arqueológicos. Entonces, la figura del arqueólogo, normalmente alguien cercano al arquitecto y afín al equipo de gobierno, podía determinar el interés de lo descubierto. En la mayoría de los casos, este interés era irrelevante, pero bastaba una razón para que un proyecto millonario se frustrara por una rencilla personal o simplemente por una diferencia de ideas. Sin embargo —y esto no era nada nuevo—, España era un país pícaro y tramposo en muchos aspectos, y la provincia no era una excepción. Durante el famoso *boom* del ladrillo, los grandes promotores —y los no tan grandes— se las arreglaban para esquivar todos los obstáculos posibles para que sus proyectos, ya fueran bloques de oficinas, viviendas, grandes almacenes o aparcamientos privados, obtuvieran la luz verde necesaria para su desarrollo. En ocasiones, la astucia superaba la fuerza del dinero, y bastaba una noche de trabajo extra para que los operarios vertieran grandes cantidades de cemento sobre las ruinas encontradas, antes de que el arqueólogo llegara al día siguiente y pudiera emitir un veredicto.

En esta ocasión, Mandarino y Espumado parecían no haber sido lo suficientemente ágiles y astutos como para evitar la catástrofe, lo cual me resultaba desconcertante. Después de todo, ellos se habían presentado en el acto oficial, junto al alcalde y su equipo, para dar a conocer lo que habían descubierto bajo el solar de su proyecto inmobiliario. Algo desentonaba en esa fotografía oficial. Era como dispararse en el pie a propósito. Fruncí el ceño al reflexionar sobre esa idea. Tipos como Mandarino no solían cometer ese tipo de errores.

Cuando salí de aquel mar de pensamientos, me detuve en un

semáforo en rojo y me fijé en el coche que había detrás de mí, un Audi A4 negro con cristales tintados. Por un momento, la paranoia se apoderó de mí, pero bastó que el semáforo se pusiera en verde para alejarme del vehículo y continuar mi camino. Tomé la salida y me desvié por una de las calles que bordeaban la enorme plaza, asegurándome de haberlo perdido de vista. Por un instante, mi estómago se contrajo, pero me relajé poco después. Aún arrastraba algunas secuelas del pasado que no había logrado superar. Los militares lo llaman estrés postraumático, aunque yo prefería llamarlo «caminar con la muerte en los talones». Por desgracia, minutos después, a la altura de la plaza de toros y cuando ya había olvidado el incidente, el morro del coche apareció nuevamente en mi espejo retrovisor.

18

No quería precipitarme antes de situarme a su altura, pero no creo en las casualidades, y aquel segundo encuentro tampoco parecía ser una de ellas. Salí del semáforo disparado para generar confusión. El ruido del deportivo podía hacer que los coches se apartaran de mi camino como si estuviera espantando moscas con la mano. Adelanté a varios vehículos entre bocinazos y conseguí pasar el siguiente semáforo justo antes de que cambiara de color. No podía permitirme conducir como un temerario por la ciudad sin llamar la atención de la policía municipal, que solía aparecer como si fueran alacranes debajo de las piedras.

Mis sospechas se confirmaron cuando observé que el Audi negro seguía mis pasos y lograba pasar el semáforo en ámbar.

De repente, un mal presentimiento me invadió. Me pregunté quién me estaría siguiendo, si sería Mandarino o alguien más. En cualquier caso, no podía permitirles conocer mis intenciones. Las opciones eran limitadas: deshacerme de ellos antes de que averiguaran mi destino o detenerme a hablar con ellos. La segunda opción tenía un porcentaje de éxito muy bajo. No es que fuera un mal pensado, pero, por experiencia, conocía el desenlace de encuentros como ese. Sin pensarlo demasiado, opté por la primera opción, asumiendo el riesgo de que podría no llegar a mi destino en una sola pieza.

Tomé una salida hacia la derecha para alejarme y me incorporé a una avenida donde podría acelerar. El problema de Las Carolinas era que el distrito se había construido en la época del desarrollismo, y la mayoría de sus calles solían ser estrechas, de un solo sentido y con mucho tránsito. No podía permitirme quedar atrapado en un cruce, con la mala suerte de que el otro coche me alcanzara. Continué mi camino al ritmo del saxo y la percusión, aumentando la velocidad del deportivo y sintiendo cómo la adrenalina se

apoderaba de mi cuerpo, con un cosquilleo en la parte baja de la cintura. Con la atención puesta en la carretera, apreté las manos contra el volante, sujetándolo con firmeza. Para mi desgracia, el Audi me ganaba terreno poco a poco, pues no lograba dejarlo atrás sin llamar demasiado la atención. En cuestión de segundos, cambié de estrategia y pensé en algo que me daría ventaja sobre el otro vehículo. Aquel cretino quedaría atrás, sin tiempo para reaccionar. Me incorporé a la avenida de Dénia, que contaba con tres carriles, y pasé de largo el edificio Montreal, un icono de la ciudad por su forma de pirámide. Mi plan era darles esquinazo, tomar la salida de la circunvalación y conducir hasta el centro comercial Gran Vía, que era lo suficientemente grande como para perderme en él. Esperé unos segundos hasta verlos de nuevo pisándome los talones. Entonces, revolucioné el motor y aceleré con furia, provocando un estallido en la carretera. Disparado como un proyectil, adelanté a todos los coches, notando el peso de la carrocería sobre mi cuerpo.

Por el espejo retrovisor, a pesar de los esfuerzos, el Audi se alejaba hasta convertirse en un punto.

A la altura de la glorieta, tomé la salida de la fuente y subí por la avenida del pintor Javier Soler. Las sirenas de la policía sonaban a lo lejos, y esa no era una buena señal. Afortunadamente, la berlina alemana había desaparecido por completo de mi campo de visión cuando avisté el enorme centro comercial. Me aproximé al aparcamiento y bajé por la rampa del subterráneo.

«Eso ha estado cerca», pensé, mientras notaba cómo los latidos de mi corazón se relajaban. La verdad es que ya no tenía edad para esas aventuras, por mucho que las hubiese disfrutado en el pasado. Ahora, aproximándome a los cuarenta, la vida se presentaba de otra manera, con otro horizonte y unas ambiciones muy diferentes.

Estacioné en la primera plaza que encontré, lo suficientemente oscura como para pasar desapercibido, y busqué el teléfono para avisar a Rojo de lo ocurrido.

—Maldita sea… —murmuré al notar que no había señal ahí abajo.

Salí del vehículo, con el teléfono en la mano, sin prestar atención a nada más, y busqué la entrada que llevaba al centro comercial. Había estado allí antes, pero mucho tiempo atrás, y me confundía con tantas salidas. Cuando por fin vislumbré la puerta de

acceso al recinto comercial, escuché el chirrido de unos neumáticos sobre el pavimento. Sin esperarlo, el morro del vehículo alemán apareció a mi lado. En un primer momento, no presté atención al modelo hasta que reconocí el Audi. Desde la ventanilla del copiloto, emergió una mano con un guante negro sosteniendo un arma. Un nudo se formó en mi estómago y me vi en medio de la pista, sin nada con lo que protegerme. Todo ocurrió en cuestión de segundos, pero fueron suficientes para desatar el pánico en el interior del aparcamiento. Ya fuera por la confusión o por el instinto de supervivencia, no logré ver quién estaba dentro del coche. La mano que sostenía el arma apuntó hacia mí y tiró del gatillo, pero la bala se encasquilló y no salió. Oí una blasfemia en español y sospeché que eran españoles. No era una gran noticia, pero me alivió saber que no me habían enviado a dos balcánicos con ganas de romperme las piernas. Mi reacción fue la de cualquiera en un aprieto así. Me agaché e intenté protegerme entre dos coches. Por alguna razón, sentí cierta inexperiencia en mis verdugos, no obstante, no tenía tiempo para hacerme el valiente.

Me escabullí entre los vehículos y corrí hacia las escaleras mecánicas, sin tiempo para mirar si me seguían o no. Después, abriéndome paso entre la gente, logré alcanzar la primera planta. El corazón me latía a mil por hora y el flato se manifestaba como una punzada en el costado. Pero mi instinto de supervivencia era más fuerte. Cuando alcancé la primera planta, dos guardias de seguridad se dirigían hacia mí. Si la situación podía empeorar, ahora lo había hecho. Los guardias, un hombre y una mujer, ambos menores de treinta años, parecían indecisos en su manera de caminar. Su inseguridad me alentó a no rendirme y, con un barrido visual, encontré el ascensor que llevaba a las plantas superiores.

—Ahí está —dijo él a su compañera. Luego se dirigió a mí—: ¡Oiga, caballero!

—Ese es mi nombre… —comenté, con una sonrisa, y me di la vuelta para correr hacia el ascensor. Tuve la suerte de que las puertas se cerraran dejándolos fuera, pero sabía que no sería por mucho tiempo. Si no tenía suficiente con dos, ahora debía dar esquinazo a cuatro personas, sin saber cómo eran dos de ellas.

«Diablos, Gabri… ¿En qué líos te metes?», me pregunté, como si existiera una respuesta coherente para ello.

Llegué a la primera planta y salí de ella en busca de los guardias. Mis ojos se fijaron en el rótulo de un Zara al final del pasillo. Los probadores podrían ser un buen lugar donde ocultarme, al menos hasta que se cansaran de buscarme. Caminé hacia la tienda y entré como un cliente más, pasando desapercibido ante los ojos de los dependientes. Me acerqué a uno de los estantes donde había ropa casual y cogí una gorra que me puse de inmediato. Odiaba las gorras, pero detestaba aún más tener que darle la razón a Rojo. Luego pasé por delante de un estante de gafas de sol y me puse unas de aviador, como las del inspector. Continué caminando hacia los probadores, sin mirar atrás, en busca de una salida trasera de la tienda. Me colé en uno de los probadores, a pesar de la cola que algunas clientes hacían para entrar.

—¡Eh! ¡Estaba yo antes! —exclamó una.

—Será un momento, de verdad… —dije, sin detenerme a mirarla a los ojos, e interpreté que mi apariencia la frenó de seguir quejándose.

Pasé la cortina y me senté en un taburete de madera que había en el estrecho cuarto. Luego me miré al espejo y vi una versión ridícula y disfrazada de mí mismo. Suspiré e intenté recuperar el aliento y la claridad mental. Finalmente, saqué el teléfono y busqué el número del inspector en la agenda.

Durante un instante, vacilé en llamarlo, pero recordé su voz y eso me hizo recular. Bajo el nombre de Rojo, estaba el de Rosario.

Pulsé su nombre y la llamé, sin pensar en si estaría ocupada o en medio de su ponencia.

Tras varios tonos, la andaluza respondió a la llamada.

—Ozú, tú siempre tan oportuno, muchacho…

—¿Puedes hablar?

—No mucho. Estoy en el congreso… aunque no me importaría alejarme de esta gente por un rato…

—Estoy en un aprieto, Rosario. Necesito que me eches un cable.

—¿Qué mosca te ha picado? Espero que no sea dinero.

—Ojalá todo se solucionara con dinero.

—Chiquillo, lo del *parking* no era buena idea, te dije que te iba a costar un ojo de la cara…

—Escúchame, por favor. Es sobre el caso de Jorge Vidal.

—Ah, ¿sí? —preguntó, y su tono cambió hacia uno más atento

—. Soy todo oídos…

—Me han seguido y estoy atrapado en un centro comercial.

—Te han seguido, ¿quiénes? ¿Los hombretones de anoche? No me lo creo…

—No lo sé, pero no puedo estar mucho tiempo aquí. Maldita sea…

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo, mi alma? ¿Salvarte el pellejo?

—Por eso te he llamado. Pensaba que tendrías alguna solución. Dos mentes piensan mejor que una, ya sabes…

—¡Dios! Gabriel. ¿Por qué no te puedes estar quieto?

—No sería yo…

Ella suspiró y guardó silencio unos segundos. Aunque no podía verla, parecía que se alejaba de la multitud.

—Dime dónde estás exactamente. —Su voz estaba cambiada hacia una más concentrada en mi situación.

—En un probador de señoras del Zara.

—¿Qué?

—Es largo de explicar.

—No puedo ir a rescatarte. ¿Por qué no sales de ahí ahora mismo? No harás más que empeorar la situación.

—Han intentado dispararme.

—Dios mío… ¿Y tu amigo, el inspector?

—Será mejor que no lo metamos.

—¡Eh! ¡Has dicho que sería un momento y llevas un buen rato! —exclamó una voz femenina desde el otro lado.

—¿Qué sucede? —preguntó Rosario—. ¿Te habla a ti? Esa mujer no parece dispuesta a negociar.

—Tengo que salir de aquí antes de que me encuentren o será la última vez que hablemos.

—Eres un exagerado. Te encanta el drama —comentó, pero notó cómo ignoraba su comentario—. Está bien. No sé dónde estás, pero sé cómo funcionan los centros comerciales… Todas las tiendas tienen una puerta de emergencia que da a un pasillo, a un corredor ciego. Encuéntrala y sal por ahí. Con un poco de suerte, no te cruzarás con nadie. Eso es todo lo que se me ocurre, de verdad.

—¿Cómo sabes eso?

—Trabajé en un Stradivarius, para sacarme la carrera. No todos

lo tenemos tan fácil.

«¡Hay un hombre ahí dentro, que se ha colado, y no sale!»

«¿Un tipo moreno con camisa y vaqueros?»

«Sí. Ese es, con cara de pervertido».

—¿Qué carajo…? Mierda, tengo que largarme. Me han encontrado hasta los de seguridad.

—Date brío, chiquillo.

—Te debo una.

—Una cena como la de ayer, como mínimo. Tengo que dejarte, Gabriel.

—Gracias.

—Escríbeme cuando salgas a la calle… de ahí o de la comisaría.

—Muy graciosa —contesté, pero Rosario colgó. Entonces sentí que se dirigían hacia mi probador para ver qué sucedía.

Corrí la cortina, abandoné el cuarto, con la gorra y las gafas de sol puestas, y busqué la dichosa puerta que la andaluza había mencionado, con la esperanza de encontrarla antes de que me encontraran a mí.

19

Cuando salí de los probadores, localicé una salida de emergencia al final del pasillo, justo como Rosario había mencionado minutos antes. Podía oír las pisadas de los guardias de seguridad acercándose, así que no perdí tiempo en abandonar aquel lugar. Como por arte de magia, crucé la puerta y me encontré en un pasillo estrecho y silencioso, donde solo había una chica con el pelo recogido, fumando y vestida con el uniforme de una franquicia de comida rápida. Mi presencia no la sorprendió ni alertó; su atención estaba fija en la pantalla de su móvil. Actué con naturalidad y pasé por su lado disimulando, a pesar de llevar puesta la gorra y las gafas de sol. La tecnología, absorbiendo nuestros pensamientos, había hecho que la atención se convirtiera en un recurso más valioso que el oro, reflexioné, lamentando cómo el mundo se transformaba en un escenario digno de una película de terror.

El pasillo me llevó a otra puerta trasera que daba a unas escaleras de emergencia. Sin alertar a la trabajadora, empujé la puerta y descendí por ellas hasta la planta más baja, asomándome con cautela, para evitar más sorpresas. Afortunadamente, el área estaba despejada. Supuse que el verdadero alboroto estaría en el piso de arriba, y suspiré aliviado y orgulloso de haber logrado esquivar a aquellos que me perseguían. No obstante, sabía que debía permanecer alerta; la suerte es caprichosa y tiende a abandonarte cuando más la necesitas.

Crucé con naturalidad el interior del edificio y tomé las escaleras mecánicas que llevaban al aparcamiento. En el camino al coche, noté el morro de una berlina que me resultaba familiar. Reculé un momento y me agaché para evitar ser visto. Segundos después, confirmé que el vehículo estaba vacío.

«Qué extraño», pensé, y me acerqué al Audi que me había seguido.

Toqué el capó y sentí que estaba caliente, lo que confirmaba que no se trataba de otro coche. Dado que estaba aparcado como cualquier otro, deduje que mis perseguidores estarían dentro del centro comercial, buscándome. Sabía que no podía demorarme más si quería salir de esta situación con éxito, así que saqué mi teléfono para fotografiar la matrícula del coche y enviársela a Rojo, esperando que su ayuda aclarara las dudas sobre la identidad del propietario. Desafortunadamente, aún no tenía cobertura, por lo que tendría que esperar hasta salir de allí. Crucé el largo corredor hasta mi coche, me subí y me dirigí hacia la rampa de salida.

Una vez afuera, aseguré que la fotografía llegara a su destino. Dejaba atrás a los matones, los guardias de seguridad y el revuelo en el centro comercial, aunque sabía que la noticia no tardaría en llegar a la comisaría, y eso no era bueno para mí.

Antes de alcanzar el segundo semáforo de la larga avenida, sonó mi teléfono. Era Rojo.

—¿Qué es esto? —preguntó sin preámbulos.

—Necesito que identifiques a quién pertenece este coche.

—¿Para qué?

—Es largo de explicar.

—Y yo no tengo tiempo para tu explicación. Oye, ¿por qué no haces como todo el mundo y le dejas una nota en el limpiaparabrisas? Si le has dado un golpe, el seguro lo cubrirá.

—Muy gracioso.

—Y tú muy torpe. ¿Cuándo vas a aprender a aparcar?

—No estoy bromeando.

—Ni yo, *amic meu*, ni yo…

—Es importante, Rojo —insistí, mientras dividía mi atención entre la conversación y la carretera. Por alguna razón, no estaba completamente seguro de haberme deshecho de esos tipos—. Me temo que me han estado siguiendo…

Mis palabras provocaron una risa en el inspector. Una carcajada que sofocó sin mucho éxito.

—Caballero…

—Rojo…

—Mira, prefiero no saber la verdad. No estoy para tus juegos.

—¿Puedes hacerme este pequeño favor?

—Si me prometes que será el último.

—No puedo prometer algo que no pienso cumplir.

—Sabía que dirías eso.

—¿Cómo va el asunto de Vidal?

—Estamos trabajando en ello. Las cosas no avanzan tan rápido. ¿Dónde diablos estás? ¿Qué es ese ruido que se oye?

De pronto, el teléfono comenzó a emitir un ruido extraño.

—Tengo que dejarte, me llaman.

Rojo colgó y atendí la llamada entrante que estaba en espera. Era Rosario.

—Vaya, qué pronto me echas de menos…

—¿Dónde estás? ¿Qué es ese ruido?

—¿Por qué todos me preguntáis lo mismo?

—¿Todos? Es por el ruido de fondo, idiota —respondió, confundida—. En fin, me da igual.

—Seguro que sí.

—¿Alguna novedad sobre el asesinato de ese hombre?

—Yo también lo pasé muy bien anoche, a pesar de todo…

—Gabriel…

—¿Qué? ¿Dónde quedaron los preliminares?

—¿Perdona?

—Olvídalo. —De fondo, oía el bullicio de mucha gente, probablemente del congreso en el que se encontraba. Rosario no estaba de humor, al menos para seguirme la broma—. No sé nada nuevo. Me he reunido con Rojo esta mañana y no ha soltado prenda.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Respecto, ¿a qué?

Ella emitió un gruñido, molesta. Luego esperó unos segundos antes de seguir hablando.

—Me dijiste que no estabas interesado en este caso.

—Y no lo estoy.

—Pero te has molestado en preguntarle a tu amigo el inspector. ¿Crees que no te conozco?

—Rosario, Rosario… Hay partes de mí que todavía no has descubierto.

—Puedo morirme con la duda, créeme.

Sonreí y me miré en el espejo retrovisor del coche. Entonces, me di cuenta de lo ridículo que iba con esas gafas de aviador. Decidí

dejarme la gorra para pasar desapercibido, pero no las gafas. Me las quité y las tiré por la ventanilla, luego saqué mis preciadas Wayfarer del bolsillo de la americana y me las coloqué.

—¿Cuándo nos vemos?

—¿Cuándo me vas a contar lo que sabes?

—Lo tuyo es de frenopático. Deberías ver a alguien. No puedes vivir con esa tensión acumulada en el cuerpo. A menos que…

—Cierra el pico, ¿quieres? —preguntó e hizo una pausa, incómoda. A pesar de su desparpajo y su falta de vergüenza, el coqueteo la ponía nerviosa, a menos que llevara un par de vinos en la sangre—. Tengo una pausa al mediodía, para comer. Necesito salir de aquí y que me dé el aire, o acabaré como estos tipos.

—¿Amargados?

—No. Hablando de cosas que no le interesan a nadie.

No le faltaba razón, y esa era una de las causas por las que nunca había asistido a congresos de ninguna clase.

—Te llamaré más tarde —le dije, y me adelanté a sus preguntas explicando a dónde me dirigía—. Quiero visitar a los activistas que le lanzaron un huevo a Vicent Mandarino. Algo me dice que tenían sus motivos para hacerlo. Estoy convencido de que no les importará hablar.

—¿Qué tiene que ver eso con el arqueólogo?

—Solo estoy tanteando, mujer. Los puntos se unen al final.

—No sé dónde aprendiste a ejercer periodismo, pero tú sabrás cómo pierdes el tiempo.

—Disfruta las charlas. Te veré más tarde.

Colgué y encendí el reproductor de música. El disco de Coltrane seguía sonando en el coche, la mañana era espléndida y la brisa marina golpeaba mi rostro mientras conducía. Por alguna razón, la persecución había activado mis sentidos periodísticos, despertando una bestia que creía dormida. Parecía que el azar estaba de mi lado y sentía en mis adentros que estaba acercándome a un puzle difícil de resolver.

No me importaba.

Últimamente, la vida había sido demasiado aburrida por causa de la estabilidad. Quien busca el equilibrio, está predestinado a que nada sorprendente suceda a su alrededor. Todo es medible, todo es balanceado. Y no hay idea que deteste más que la de morir ante la

certeza de que no habrá más incertidumbre en el camino.

20

La sede de la plataforma ecologista se ubicaba en la parte alta de la ciudad, en una plaza de uno de los barrios obreros más humildes. Mi presencia no pasó inadvertida, ya que coches como el mío no eran comunes en esa zona. No obstante, estaba acostumbrado a llamar la atención allá donde pisaba, ya fuera intencionado o no.

Aparqué en doble fila frente a la sede, con la intención de que mi visita fuera lo más breve posible. Los activistas disponían de un local a pie de calle. En el cristal de la entrada se exhibían diversos carteles que anunciaban actos, eventos y demás actividades relacionadas con el ámbito ecologista, un mundo del que sabía poco y que nunca había despertado mi interés. Reflexionando sobre ello, me pregunté si esos activistas usarían coches o se desplazarían en bicicleta a todas partes.

Toqué a la puerta e intenté abrir, esperando que alguien me recibiera. Desafortunadamente, estaba cerrada con llave y a través del cristal no se observaba ninguna señal de actividad en el interior del local.

—Maldita sea… —murmuré en voz baja, lamentando haber hecho el viaje en vano. Tras unos segundos de espera y después de echar un vistazo al coche para evitar una multa, sentí la presencia de alguien que se acercaba, acompañada del sonido de unas llaves tintineando.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó una mujer. Al girarme para ver su rostro, la reconocí.

—¿Tú?

Ella me miró extrañada y pude reconocer en su expresión el estigma de los prejuicios que solemos tener sobre los demás, especialmente por la apariencia. Mi manera de vestir le generaba desconfianza, como si fuera el enemigo, pero necesitaba encontrar la forma de empatizar con ella para que colaborase.

—¿Nos conocemos?

—Ya lo creo. Estuviste ayer en el acto de la excavación arqueológica.

—¿Qué eres, el abogado de esas pirañas? —preguntó y se abrió paso, empujándome a un lado—. Perdona, pero no tengo tiempo para tus amenazas. Así que sé breve.

—Soy periodista. Mis armas son un lápiz y un bloc de notas.

—¡Oh! Peor me lo pones. —Lo más curioso era que mi presencia no le causaba ninguna clase de intimidación—. Si has venido a manipular mis palabras, mejor será que te marches. Somos gente seria —entró en el local e intentó cerrar la puerta dejándome fuera, pero fui más rápido y evité que lo hiciera, poniendo el pie delante —. ¿Qué haces? ¿Estás mal de la cabeza?

—Un poco.

—¿Se puede saber qué pretendes?

—Me gustaría hacerte unas preguntas.

—Y a mí me gustaría que se prohibieran los vehículos de combustión y que el centro de la ciudad fuera peatonal, pero aquí estamos y tú me estás poniendo nerviosa.

—Aunque no lo parezca, no he venido a sacar vuestros trapos sucios.

Ella me escuchó y cruzó los brazos.

—Te doy un minuto.

—Es sobre Jorge Vidal, el arqueólogo que fue encontrado muerto en el solar.

—Es una desgracia, pero no conocía a ese hombre. Su muerte es consecuencia de la codicia de los peces gordos que manejan los hilos. ¿La culpa? Ya la conoces: el capitalismo, el dinero, la desigualdad… Si lo hubiera hecho otro, ahora estaría en la cárcel. Pero la justicia no es igual para todos.

—Sí, claro —respondí, intentando parecer educado. Con esa gente, no podías bajar la guardia. Tenían el discurso listo para cualquier ocasión—. Entonces, ¿crees que lo mataron?

—Yo no he dicho tal cosa. ¿Ves cómo manipuláis la verdad? No se os puede tomar en serio. Solo miráis por el propio interés.

—Aún no se ha demostrado que haya sido un asesinato. Por ende, ya habrías dicho una mentira.

Ella chasqueó la lengua y negó con la cabeza, cansada de mí.

—Escucha, tío. No tengo tiempo para esto. Será mejor que te largues —contestó con hostilidad e intentó cerrar de nuevo, pero empujé con las manos para impedirlo. Mi gesto no le gustó y sentí que estaba tentando a la suerte—. Voy a llamar a la policía.

—Lo cierto es que no lo vas a hacer.

—Desaparece antes de que te busques un problema.

—Espera, Valentina, por favor…

Había probado todo y llamarla por su nombre era mi última carta. Las personas reaccionan de otra manera cuando se les llama por su nombre, como si el mero hecho de hacerlo generara una familiaridad que ya existía. Ella abrió los ojos y frunció el ceño, distante, pero también intrigada. De pronto, noté que dejaba de hacer fuerza sobre la puerta.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Ya te lo he dicho, soy periodista.

—¡Oh, vaya! Déjame en paz, te lo ruego. Mis compañeros están a punto de volver y no querrás que te vean aquí, créeme.

—Tu rostro está en las noticias y todos creen que tienes algo que ver con lo sucedido.

Ella me miró desconcertada.

—¿Estás manipulándome para sacarme información?

—Puedes hacer algo bueno por limpiar tu nombre.

—Corta el rollo y olvídame.

Aproveché ese momento de fragilidad para empujar un poco más y suspiré. Después, la miré fijamente a los ojos. Muy poca gente resistía a mi mirada.

—Tienes que ayudarme —insistí.

—¿Qué gano yo con ello?

—Yo te ayudaré a limpiar vuestra reputación.

—¿Por qué harías algo así?

—Algo me dice que Vidal se fue con un secreto a la tumba… y ese secreto quedó enterrado con su cuerpo. Si me ayudas a descubrirlo, podríamos impedir que Mandarino y Espumado se salgan con la suya.

21

A veces, es necesario apretar hasta sacar la última gota de jugo. Mis palabras la convencieron, aunque no eran del todo ciertas. Abrió la puerta del austero local y un ligero olor a rancio y a material de oficina me recibió. Alguien había encendido incienso previamente, y por la falta de ventilación, el aroma hacía el aire denso y pesado. La activista vestía una camiseta azul y unos pantalones bombachos negros que, aunque cómodos, resultaban poco estéticos. Ella tenía un rostro bonito y una mirada enigmática, pero no era el tipo de persona que destacara en mi campo de visión por su apariencia. Su nombre era Valentina Estrellado, tenía treinta y siete años y se dedicaba apasionadamente a la conservación del patrimonio natural y cultural de la región, según decía uno de los recortes de prensa clavados en un corcho sobre la pared.

—¿Un té? —preguntó, señalando un hornillo eléctrico con dos resistencias, en una esquina, junto a la tetera.

—No, gracias. Las infusiones me sientan fatal.

—Como quieras… —respondió y procedió a llenar la tetera de agua antes de ponerla a calentar—. Tengo mucho trabajo, así que te sugiero que vayas al grano.

—Ya veo, ya… —comenté por lo bajo, sospechando que dentro de ese lugar mataban las horas como yo en el salón de mi casa—. Verás…

—¿Estás seguro de que no quieres nada? ¿Una galletita?

«Me bastaría con que no me interrumpieras».

—¿De esas de la risa? —pregunté con sorna, pero no entendió el chiste—. Aprecio tu amabilidad, pero estoy bien, gracias.

—No voy a envenenarte, si es lo que piensas —dijo y sonrió, antes de darme la espalda—. Guárdate los prejuicios que traes de casa. Somos gente normal.

Al notar su expresión, arqueé las cejas. ¿Estaba coqueteando

conmigo?, me pregunté por un instante. Se dice que los opuestos se atraen, pero nosotros éramos de galaxias diferentes.

—No lo pongo en duda.

—Entonces, ¿vas a escribir una columna sobre ese mafioso?

—Un momento… ¿Cómo sabes que escribo?

—¿Disculpa? —preguntó y, acto seguido, hizo una pausa para retirar la tetera del hornillo, ya que el agua comenzó a hervir. Después, vertió un chorro sobre la taza donde había preparado el té —. Vivo en esta ciudad. Sé de sobra quién eres. No intentes ocultarlo.

—Por lo tanto, sabías quién era, cuando nos encontramos ayer.

Ella esquivó con elegancia mi pregunta. Poseía una feminidad innata y se movía en la conversación como un felino. Entonces comprendí por qué era la líder de la organización. Las personas que están al frente de grupos como ese, llegan ahí por méritos propios y no porque alguien los elija al azar o por descarte. En su caso, no necesitaba hablar mucho más con ella para saber que era organizadora, mandona y poseía las dotes necesarias para dirigir a la masa de simpatizantes que seguían su corriente de pensamiento. Valentina agarró su taza y se acercó a mí. Luego me ofreció un asiento junto a una larga mesa de madera. Se sentó al otro lado y me enfrentó para conversar, como si nos conociéramos de toda la vida. Al parecer, yo no era el único que usaba artimañas para empatizar con los demás.

—Dime…

—Puedes llamarme Gabriel.

—Está bien, Gabriel. ¿Qué te lleva a iniciar una guerra contra ese corrupto?

—¿Qué me puedes contar sobre él? Tengo la impresión de que sabes lo suficiente como para llenar un diario.

—Yo he preguntado primero —respondió y dio un sorbo a la humeante taza—. No parece que seas consciente del barrizal en el que te metes…

—No le tengo miedo. Ni a él, ni a nadie. Ni a ti, tampoco. Al menos, hablando de manera metafórica.

—Es un tipo peligroso y con las espaldas bien protegidas. No tiene horizonte, ya me entiendes… Es capaz de vender a su madre para cerrar una transacción.

—Nadie es capaz de hacer eso. Es una forma de hablar.

—Créeme, él sí lo haría… y luego la compraría de nuevo.

—Sus amenazas no me impresionan. Si te contara…

—Así que, ¿ya lo ha hecho?

—Nada reseñable. Recibo cientos de ellas todas las semanas —exageré—. De hecho, he recibido amenazas de un cuarto de los habitantes de esta ciudad. Ni siquiera soy capaz de escucharlas, ¿sabes?

—Tienes gracia —dijo, consciente de que bromeaba.

—El humor es el remedio para la vida.

Entonces, suspiró.

—Pero, con él, es diferente. Además, está blindado por gente poderosa.

—Parece que hablas desde la experiencia. ¿Qué me puedes decir de las iniciales J.M.G.? ¿Te sugieren algo?

Ella se quedó en blanco, sin desviar la mirada.

—No, nada. ¿Qué significan?

—No lo sé. Me preguntaba si pertenecerían a un asociado de Mandarino.

—Jamás las he escuchado. ¿Son importantes?

—No, no lo creo… Volviendo a ese empresario, ¿qué te ha hecho a ti, en concreto?

Mi pregunta la incomodó, como si removiera algo de su pasado.

—¿Acaso no es evidente? —planteó y cambió el tono de voz. Estaba sumergiéndose en el discurso—. Quiere construir un hotel frente al mar, sobre restos históricos. Eso significa más polución, más turismo y más calentamiento. Además, ¿qué nos quedará para los que vienen después?

—¿Desde cuándo un grupo ecologista se preocupa por unas ruinas arqueológicas? Este asunto no sería trascendental si no fuera porque hay un cadáver de por medio.

—No es el primero en su historial.

—Hasta donde sé, lo que pasó con aquel operario fue una cuestión monetaria… No es el primer pleito que escucho sobre eso. Puede ser un tirano, pero eso no lo convierte en un asesino.

Sentía que la conversación no llevaba a ninguna parte. Valentina no quería contarme los motivos por los que estaba obsesionada con Mandarino y yo sentía que le hablaba a un muro de piedra.

—Estudié Historia del Arte y Ecología. También coqueteé con el latín y algunas lenguas muertas. Eso me ayudó a entender el valor de lo que realmente permanece en el tiempo y tiene algo que aportar.

—Interesante.

—Soy activista desde que me independicé. Participé en reforestaciones y logré detener el pelotazo del ladrillo, como pude, a lo largo de estos años. ¿Crees que fue fácil? Para nada. Pero lo conseguimos.

—Tu familia estará orgullosa de ti.

—Prefiero no hablar de ellos —dijo, y se le dibujó una arruga en el rostro.

Mencionar a su familia le sentó como un golpe duro. Había dado con algo.

—Pues no lo entiendo. Yo lo estaría.

—No sigas, por favor —me rogó, esta vez con un gesto severo. Entonces entendí que tenía un pasado, como todos, y que de él sacaba esa fuerza.

—Como quieras…

A medida que la tensión se relajaba, me fijé en sus dedos y en las uñas limadas y cuidadas que mostraba. En el fondo, a pesar de la primera impresión, era una mujer coqueta a la que le gustaba estar perfecta. Su pelo estaba limpio y sedoso, lo que me hizo intuir que cuidaba su melena y que visitaba los salones de belleza con frecuencia. Al fijarme en sus uñas, también observé los tres anillos que lucía con timidez. Eran brillantes y sospeché que serían de plata pura. De un vistazo, saqué la suficiente información como para sospechar que Valentina podría ser la niña acomodada que, por principios o por rebeldía, se había enfrentado al resto de la familia.

—Hoy en día, llamamos arte a cualquier cosa y echamos por tierra el legado que nos dejaron. Lo peor de todo es que la naturaleza es el arte más puro que conservamos. Sin ella, no podríamos vivir.

—¿Qué le has echado a esa taza? Quiero probar un poco…

—Por favor, no seas infantil.

—No lo soy, pero empiezo a sospechar que usas tu discurso para eludir lo realmente importante de esta conversación.

—¿Y eso es…?

—Tú. —No esperaba mi respuesta y su mente cortocircuitó al oírla. Sentí que iba en buen camino.

—¿En serio piensas eso? —preguntó, alterada—. Lo que te estoy diciendo es muy grave. ¡Es como si alguien decidiera tapar el Coliseo para construir viviendas ocasionales! ¿Y tú te ríes en mi cara?

—Respira, Valentina. Reír es lo último que he venido a hacer.

—Esa es la diferencia que nos separa.

—Cada uno tiene sus causas y sus guerras personales, ¿no crees? No puedo estar en todas.

—Pues esta es la mía y haré lo posible para que detengan la construcción de ese hotel.

—Pero eso no lo decides tú.

—No tienes idea de cómo funcionan las cosas, ¿verdad, juntaletras?

—Te ruego que no empieces por los golpes bajos. De lo contrario, sacarás lo peor de mí y me obligarás a ponerme a tu altura y, créeme, saldrás perdiendo.

—El área tiene un valor histórico incalculable, incluso en la historia contemporánea de esta ciudad, y pienso llevar este asunto a Madrid y a donde haga falta, con tal de que prenda la chispa y los medios se hagan eco de ellos. La unión hace la fuerza y lograré encontrar el altavoz que necesitamos —continuó con su charla intoxicada por un discurso que sonaba como un disco rayado—. Si perdemos el poco patrimonio que tiene Alicante, nos convertiremos en una ciudad más del turismo masificado. ¿Eso es lo que quieren? Estupendo, porque tendrán que pasar por encima de mí. Esto no ha hecho más que empezar.

Me acerqué a ella y la miré a los ojos, con una sonrisa ligera y ladeando el rostro.

—Entre tú y yo, Valentina. Te lo preguntaré una vez más. ¿Qué te ha hecho ese hombre para ponerte tan tensa?

Ella se quedó sin aliento.

Mi respuesta a su discurso la había dejado fuera de juego. No era evidente que tuviera una cruzada con el empresario, pero había algo que ocultaba tras su mirada e intentaba maquillarlo con un lenguaje fútil. Entonces, en ese preciso momento, cuando pensaba que había roto su caparazón y estaba a punto de contarme la

verdad, alguien entró por la puerta.

Suspiré con exasperación. No sabía si era la mala vibra del lugar o el olor que flotaba en el ambiente.

Miré de reojo y reconocí a la mujer alta con una rasta y al hombre con barba, que la habían acompañado el día anterior. Era la misma mujer que le había lanzado el huevo al empresario.

—¿Interrumpimos algo? —preguntó el hombre, con recelo. Mi presencia no era del agrado de ninguno de ellos.

Valentina se dirigió al hombre.

—Guille, ¿has llamado a los del gas? —preguntó, preocupada, y él negó con la cabeza—. No te demores.

—¿Qué hace él aquí? —quiso averiguar la otra mujer mientras dejaba una bolsa con botes de espray sobre la mesa. No debería haber visto aquella bolsa, pero fingí no haberlo hecho y desvié la mirada.

—Yo me iba…

—Sí. Será mejor que te vayas. No nos gusta la prensa, ni los chismosos.

—Ni a mí, pero hay de todo en la vida del Señor, ¿verdad? Por cierto, no vendría mal que ventilarais este lugar un poco…

—¿Es tuyo el coche que hay fuera? —preguntó el hombre, mirando hacia el exterior—. El descapotable.

—Sí… —respondí, sintiéndome identificado—. ¿Ocurre algo?

—Creo que te han dejado un regalo —comentó, y asomé la cabeza para confirmar que tenía un tique de los agentes de movilidad—. Lo siento. Siempre andan por aquí. Los coches como ese no pasan desapercibidos. Saben bien que podéis pagar las multas.

—Todo un detalle —dije y me dirigí a Valentina—. Ha sido un placer. Hablaremos con calma en otra ocasión.

—No creo que la haya.

—¿Calma? Yo tampoco lo creo, pero seguro que nos encontramos de nuevo.

—Yo que tú, no volvería por aquí —advirtió la otra mujer—. No queremos que nos asocien contigo. No somos afines a los panfletistas.

—Soy independiente, autónomo y pago mis impuestos. No estoy asociado con nadie, ni con ninguna idea. Estoy soltero, profesional

y sentimentalmente.

—¿Te puedes largar? Estás haciendo el ridículo.

—De todos modos, gracias… —dije y me dispuse a marcharme, ante la hostilidad de aquellos sujetos. Antes de abandonar la oficina, me fijé en un sombrero polvoriento y arrugado que había colgado de la percha—. ¿Y esto? Vaya. Parece que se han puesto de moda otra vez.

—¡Largo! —me gritó la mujer, desde la distancia.

Al salir a la calle y respirar el aire puro, cogí el aviso de multa del limpiaparabrisas, lo arrugué y lo tiré al suelo. Luego subí al coche y arranqué. En ese momento, Valentina apareció en la puerta del local, aunque no sabía si era para advertirme por última vez o para disculparse.

—Tranquila, no hace falta que me lo repitas. He entendido a tus colegas a la primera.

—Te estás equivocando de presa. Aún estás a tiempo de echarte a un lado.

—¿Tú también? Qué desilusión, Valentina… Pensaba que habíamos congeniado.

—Simplemente, te estoy dando mi consejo. Hay mucho dinero en juego, Gabriel. Cuando te des cuenta del peligro que corres…

—Ya es tarde para eso.

—No escribas sobre esto. No es tu guerra.

—Hablas con mucha confianza sobre el asunto, como para estar al otro lado.

—Al enemigo se le combate conociéndolo.

—O traicionándolo… —le dije, prometiéndome que averiguaría todo lo que pudiera sobre ella. Pero mis palabras no la amilanaron ni un poco y sus ojos seguían clavados en mi rostro.

—Un error que cometas y Vicent Mandarino dejará de ser el mayor de tus problemas.

22

No logré descifrar bien las advertencias de aquella mujer. El encuentro había sido tan hostil que cualquier palabra podía malinterpretarse. Salí de allí con el objetivo de volver al centro de la ciudad, pero no sin antes detenerme en el Auditorio Principal para encontrarme con Rosario. Deseaba su ayuda, una segunda opinión, algo que me ayudara a aclarar toda la información que tenía en mi mente. También necesitaba una cerveza bien fría y un buen pincho de tortilla para recargar las baterías. Mientras conducía, pensé en Valentina, en sus seguidores y en las contradicciones que envolvían a la líder. Ella era la prueba de que las apariencias engañan a menudo. Mi problema era que no tenía tiempo para descubrir qué ocultaba bajo su coraza, aunque intuía que estaba relacionado con esos dos empresarios. Al llegar al auditorio, el sol del mediodía comenzaba a calentar la tapicería de mi coche. Aparqué en el estacionamiento del Auditorio y me dirigí al interior del enorme edificio. Mi casa estaba cerca y, durante muchos años, aquel descampado había sido el único lugar donde aparcar, hasta que la suerte me sonrió. El Porsche llegó a mi vida y me vi obligado a alquilar una plaza de garaje, si no quería que desvalijaran mi descapotable a la luz de la luna.

No sabía cómo reaccionaría Rosario al verme. No había tenido noticias suyas en la última hora y suponía que mi visita no la haría saltar de emoción. Sin embargo, reconocía que estaba allí por varias razones: la primera, para hablar con ella y ponerla al día de mis avances. En un avispero como ese, lleno de periodistas locales, regionales y nacionales, la información era un activo muy valioso y estaba convencido de que más de uno podría ayudarnos a esclarecer el misterio que envolvía la muerte de Vidal y los personajes a su alrededor. Por otro lado, tenía expectación por conocer a Mario Gómez, el organizador del evento y compañero de la andaluza. No

eran celos, sino curiosidad, aunque existe una fina línea entre ambos términos que, en ocasiones, resulta invisible. Sentía que debía asegurarme de que ella estaba bien y de que nadie intentaba aprovecharse de ella como periodista. Hasta la fecha, sigo sin entender la razón de ese sentimiento. Ni yo era un ángel protector, ni Rosario era mi responsabilidad, al menos, hasta ese momento.

Al entrar en el auditorio, me acerqué a una recepción a la derecha y mis ojos encontraron los de una pareja de jóvenes amables, vestidas con ropa de evento formal y con caras de aburrimiento. Sonreí al verlas. La sonrisa era la mejor manera de presentarse ante alguien.

—¡Hola, buenos días!… —dije y me acerqué al mostrador, apoyando las manos sobre este—. Vengo por el evento.

—¿Tiene la acreditación?

—¿Eh?

—La acreditación para el congreso de periodismo. Viene por eso, ¿verdad?

—Sí, claro… —improvisé, dándome cuenta de que vacilaba demasiado al hablar—. En realidad, me han invitado a venir, nada más.

—Espere un momento —dijo una de ellas, sacando una lista de papel que tenía agarrada a una carpeta—. Dígame su nombre, si es tan amable.

Arqueé una ceja y miré a su compañera.

—A eso lo llamo jugar con ventaja.

—¿Cómo dice?

Reculé un poco.

No había calculado bien el coqueteo, sobre todo, porque eran mucho más jóvenes que yo. Entonces comprendí que ya no tenía edad para hacer eso, si no quería convertirme en un palurdo.

—Gabriel Caballero.

—Un momento… —dijo y buscó en la lista con mucha concentración—. No encuentro su nombre, señor.

—Vengo por la señorita Rosario García. Es una de las ponentes.

—Ya, pero, si no está su nombre…

—De verdad, no he venido a comer el *catering* —les dije, con una segunda sonrisa, pero mis esfuerzos por hacerlas reír solo fracasaban—. Nadie sabrá que he estado aquí.

—Pero… —dijo la otra—. Es que no podemos dejarle pasar. Nos buscaremos un lío.

—¿Con quién? Yo no pienso chivarme.

—Con el jefe de la empresa.

—¿Mario Gómez?

—Con ese también —respondió la otra, con cara de asco. Al parecer, no caía muy bien entre el personal subcontratado—. ¿Le conoce?

—Más o menos… Un patán, ¿eh?

Dicen que una imagen vale más que mil palabras y las expresiones de esas dos jóvenes me bastaron para hacerme una idea del susodicho.

—Está bien —repuse y di un largo suspiro, antes de replegar mis intentos—. ¿Puedo esperar por aquí? Hace un calor horrible, ahí fuera.

Ellas se encogieron de hombros.

—Lo tomaré como un sí. —Me separé unos pasos del mostrador y miré hacia el exterior, con tal de matar los segundos. Lo cierto era que no podía permitirme el lujo de perder mucho tiempo allí dentro.

A lo lejos, de fondo, aprecié la voz de Rosario, que salía del auditorio más grande. Presté atención a lo que decía, aunque era ininteligible a mis oídos. De pronto, se escuchó un aplauso general y con mucha energía. La andaluza se había ganado a su público. Imaginé que, segundos después, aquel espacio vacío se llenaría de gente y comenzaría a ver rostros conocidos por todas partes. Fue entonces cuando unos tacones se acercaron a mí por la espalda.

—Me preguntaba dónde estarías… —dijo la voz aterciopelada de Lara Membrillos.

Me giré hacia ella. Estaba despampanante y me sacaba una cabeza con esos tacones. Membrillos sabía que debía ser la estrella del evento y lo había demostrado con un ajustado vestido que le realzaba el escote y la cintura. Llevaba además una minichaqueta vaquera que, aunque no abrigaba, le cubría los brazos.

—Vaya, qué sorpresa, Lara…

—Te he buscado en la ponencia de tu amiga, pero no te he visto —dijo, tocándome el brazo y acercándose a mí—. Por cierto, sin acritud, no ha sido la mejor.

—No he tenido el gusto de escucharla. No estoy registrado en el congreso.

—¡Ah! ¿No? Entonces, ¿qué haces aquí?

—Eso mismo me pregunto…

El murmullo crecía a medida que pasaban los segundos. En cuestión de segundos, los asistentes comenzaron a abandonar la sala por las puertas, como si fueran roedores en busca de una salida al exterior.

—Oye, Gabri. ¿Por qué no me invitas a comer? Tenemos mucho de lo que hablar.

—Me has visto cara de cajero automático.

—No seas bobo. Me da igual pagar, pero llévame a un buen sitio. Ya sabes, con vistas bonitas. Tú tenías buen gusto.

—Creo que lo sigo teniendo.

—Entonces, haz feliz a esta pobre mujer.

—La verdad, Lara, es que suena muy tentador, pero…

Ella me apretó el antebrazo y me embriagó con su perfume.

—Seguro que te interesa escuchar lo que Mandarino y Espumado me confesaron anoche.

Mis orejas se pusieron tiesas como las de un lobo.

No lo podía evitar.

A pesar de mis esfuerzos por ignorar todo aquello, el morbo de la noticia, de la información exclusiva, seguía dentro de mí. Era un sabueso en busca de su hueso, insaciable, inquieto y demasiado curioso como para llevar una vida libre de problemas. Aunque mi propósito de la visita había sido otro y era consciente de que acercarme a Lara traería problemas, no pude eludir la tentación de intentarlo con ella para sonsacarle hasta el último detalle. Uno de mis mayores defectos era el de creerme capaz de conseguir cualquier cosa, a pesar de que no fuera así. Eso hacía que me olvidara de las intenciones de la otra persona, que también jugaba sus mejores cartas para llegar a su fin.

Mi vida era un Edén en el que yo era Eva, y mordía la manzana, una y otra vez, a pesar de conocer las consecuencias. Y ese día, algo en mi interior me indicaba que, esa vez, no sería diferente.

23

Sorprender a Lara había sido tan difícil como intentar asombrar a un mago en su propio espectáculo. Después de haber degustado juntos los manjares de los restaurantes más renombrados de la ciudad en infinidad de ocasiones, me vi obligado a optar por lo seguro. Con un toque de astucia, le sugerí que abandonara el evento antes de que el resto de los asistentes hiciera su aparición estelar, para evitar ser interrumpidos en medio de nuestra huida no tan secreta. Lara, con su habitual aura de eminencia, era un imán para aquellos que buscaban acercarse por razones profesionales, o los más osados que intentaban, generalmente en vano, conseguir una cita a solas con ella. Yo, aunque me encontraba en la privilegiada posición de ser el único con acceso exclusivo a su agenda personal, admito que no me sentía especialmente afortunado en esos momentos.

Salí delante de ella, avanzando con pasos decididos hacia el estacionamiento, mientras rezaba internamente para que Rosario, con su ojo de lince, no descubriera que había estado allí. La verdadera sorpresa me la llevé yo al darme cuenta de este inesperado giro en los acontecimientos, pues Rosario seguramente no esperaba encontrarme en ese lugar, y mucho menos en esa compañía.

Cuando saqué el coche del aparcamiento y me detuve frente a la entrada, Lara apareció llevando unas gafas de sol y un diminuto bolso de Louis Vuitton colgando del brazo, el epítome de la elegancia casual.

Al ver el deportivo, una leve mueca se esbozó en su rostro, revelando una chispa de desgana. No era la primera vez que viajábamos en él, pero parecía que la novedad había perdido su brillo. Subió al coche y, sin decir palabra, tomó la gorra que había olvidado horas antes en el asiento del copiloto.

—¿Te importa? —preguntó, con una mirada interrogativa, refiriéndose a la gorra.

—Adelante —le respondí, colocándome las gafas de sol negras que guardaba en la guantera. A pesar del calor sofocante del mediodía, sabía que el fresco aire acondicionado nos proporcionaría un alivio inmediato en cuanto el vehículo comenzara a moverse.

—¿A dónde me llevas exactamente? —dijo con un tono de curiosidad moderada.

—A un lugar donde podamos comer tranquilos, sin distracciones —contesté mientras giraba por la bajada que llevaba al antiguo mercado de abastos.

Ella no emitió objeción alguna y se acomodó en su asiento, mientras por el estéreo salían las notas suaves del disco de Coltrane. Aunque no era la música que solía escuchar, Lara no puso pegas esta vez. No le pregunté si estaba cómoda, ni si le molestaba que no hubiera bajado la capota del coche.

Al observarla de reojo, podía percibir que estaba cansada de que todos se preocuparan constantemente por ella; lo único que deseaba era un trato normal y mundano, y eso era precisamente lo que yo le ofrecía.

El problema con la fama es que aparece acompañada de personas que no conoces, o que llegas a conocer una vez que ya eres famoso. Las relaciones se vuelven entonces un campo minado, complicado tanto por el estatus, como por esa extraña sensación de que el mundo te aprecia más por lo que representas que por quien realmente eres. Claro, mi breve coqueteo con la fama no tenía comparación con el de Lara. Lo suyo había sido un ascenso meteórico, comparable al de un cohete espacial alcanzando la luna, mientras que mi fama había sido más bien como un fuego artificial que explota antes de siquiera cruzar la atmósfera. Viajamos en un silencio cómplice, con Lara relajada en el asiento de piel, mientras yo continuaba la marcha hacia la carretera de Elche, bordeando la costa antes de encaminarme hacia el carril izquierdo que nos llevaría directamente a Santa Pola.

—¿Por qué estamos saliendo de la ciudad? —preguntó al ver el cartel que indicaba el pueblo costero—. ¿Me estás secuestrando?

—Ni en tus mejores sueños, Larita.

—Tengo que regresar pronto. No es necesario abandonar la

ciudad.

—¿Has avisado a la policía?

—No seas estúpido, Gabriel. No me hace ninguna gracia. Tengo la agenda de hoy muy apretada.

En el fondo, sabía que se quejaba por vicio y se irritaba con facilidad cuando las situaciones escapaban de su control. «Pero, ¿qué esperabas, querida? Ese es el precio de comer conmigo».

24

Salimos de la carretera secundaria y cruzamos el pueblo costero hasta que estacioné en el aparcamiento de la dársena del puerto, frente al restaurante Batiste. Era un clásico de clásicos, uno de esos lugares que te marcan desde la primera visita. Al menos, así había sido conmigo, muchos años atrás. De cocina tradicional, empleando productos frescos directamente de la Bahía de Santa Pola, era uno de esos lugares con manteles de tela, servicio atento y decoración náutica, como las marisquerías clásicas del resto del país, pero también especializados en arroces de marisco. En mi memoria, lo guardaba como uno de los rincones más especiales de Santa Pola, quizá por los recuerdos familiares que tenía, porque allí había celebrado mis primeros éxitos como escritor o porque, simplemente, siempre es agradable comer bien con vistas al mar.

Abrí la puerta y permití que Lara fuera la primera en pasar, por cortesía y porque sabía que a ella le gustaban esos gestos. Al verla entrar, el personal la identificó al instante. Después de todo, su rostro había aparecido a todas horas en la pantalla. Una elegante camarera nos recibió. Pedí una mesa, a pesar de no tener reserva, y, amablemente, nos llevaron hasta una que estaba situada frente a la cristalera que daba a la terraza. El lugar no podía ser más adecuado para nuestro encuentro y desde allí disfrutábamos de la inmensidad del mar.

—Me encanta este sitio. Desde pequeña, soñaba con venir aquí… —comentó, con una sonrisa—. Pero no sé por qué nunca he venido…

—Tú eres de Elche.

—¿Y qué?

—La gente de Elche suele veranear en Santa Pola, desde siempre.

—Lo sé, pero la vida te lleva por otros caminos y, aunque lo

quieras, no puedes visitar tu tierra tanto como te gustaría… Supongo que me olvidé de todo esto.

—Muy mal, Lara. Quien olvida sus raíces, tiende a olvidar quién es…

—No te pongas filosófico, ¿vale?

—Solo digo verdades como puños.

—A veces, envidio un poco a los que os quedasteis…

—No hay nada que envidiar. La vida es un cúmulo de decisiones y consecuencias. Tú has tomado las tuyas. Dudo que aquí te esperara un futuro más esperanzador que el que has tenido…

—Puede ser. Pero, los que os quedáis, guardáis la pureza de haber estado aquí, toda una vida.

—No te engañes. Hablas como los niños ricos que juegan a vivir como pobres, aunque se les pase pronto… Es una actitud habitual.

—¿Cuál? ¿La de vivir como pobres? No lo entiendo.

—No —dije y reí. No sabía si me estaba tomando el pelo o, realmente, no había entendido lo que decía—. Me refiero a lo de buscar tu identidad, tu pertenencia a algo… Las personas somos así. Necesitamos una familia.

—¿Qué vamos a pedir? —preguntó cuando nos ofrecieron la carta—. Para bien o para mal, eres uno de los pocos hombres de este planeta que aún logra sorprenderme.

—Tranquila. Esta vez, será para bien.

—Lo sé —dijo y miró hacia la ventana por la que se veía el mar —. Estoy convencida de que todo está muy rico…

—Sería un sacrilegio marcharnos sin haber pedido arroz.

—No sé por qué, pero no me sorprende que digas eso —dijo y cerró la carta—. Está bien. Te dejo elegir.

«Es lo que siempre haces. Odias decidir».

Encargué un poco de pan con tomate y alioli, gamba blanca de Santa Pola, unos zepelines, que era algo típico de la zona, hechos con un pedazo de merluza o bacaladilla y rebozados en una masa crujiente, y un arroz a banda para los dos. A la hora de beber, Lara lo dejó claro con una mirada, así que me decanté por una botella de Marina Alta, que acompañaba bien al pescado y al arroz. Dado que no podía apenas beber porque alguien debía conducir de regreso, decidí que dejaría que la presentadora disfrutara de la bebida y la conversación, y le sacaría toda la información posible, a medida que

el alcohol bajara la guardia.

—Me encantan los zepelines, Gabri… —dijo cuando llegó el plato. Sus ojos se ponían como los de la niña que llevaba dentro y que rara vez sacaba a relucir—. Me recuerdan a cuando era pequeña…

—A veces, nos olvidamos de las cosas más importantes de la vida, las que menos llaman la atención a simple vista.

—¿Cómo cuáles?

Odiaba ser impertinente y aguafiestas, pero la conversación empezaba a tomar unos derroteros que no me interesaban. Lara se estaba poniendo tierna y, aunque no me disgustaba, no era la razón por la que habíamos viajado hasta allí.

—Como, por ejemplo, la de comer, antes de que se enfríe el plato. —Ella se rio y meneó la cabeza. Después brindamos con el vino que nos sirvieron y auguré que no tardaría en subírsele a la cabeza. Así que me puse en marcha para avanzar con la investigación—. Si te soy sincero, no esperaba comer contigo hoy, aquí, a raíz del suceso de ayer y la muerte del arqueólogo… Quién lo iba a decir, ¿verdad? Qué manera más horrible de morir.

—¿Lo conocías?

—Todo el mundo lo conocía de algo. Tuve la suerte de entrevistarlo en un par de ocasiones, ya sabes, para Las Provincias. Era trabajo de batalla y había que rellenar las páginas traseras.

—Tú tienes un don para rellenar las páginas.

—Espero que no te refieras a mis novelas.

—No me malinterpretes. Sabes que soy una entusiasta de tu trabajo —dijo y levanté la mirada del plato para observar si intentaba quedarse conmigo—. Pero echo de menos tus reportajes.

—No eres la única.

—Deberías retomar lo que hacías. Eras bueno. La ciudad te escuchaba cuando escribías las noticias.

Sus palabras me recordaron a lo que la llamada anónima me dijo.

—Espera, ¿de dónde has sacado eso?

—¿El qué?

—Lo que acabas de decir. Jorge Vidal pensaba eso de mí.

—No lo sé. Puede que lo haya leído en algún sitio, ¿vale? —expresó y noté el sofoco y la actitud defensiva en ella. Para un

elogio que hacía, se sintió frustrada al notar mi indiferencia—. No tengo tanta literatura como tú.

—Es igual.

—¿Cómo sabes eso?

—Es una larga historia. Pero, ya ves cómo ha terminado.

—No tiene ninguna gracia. Ese hombre parecía ser buen tipo, por lo que he escuchado…

—¿Dónde has oído hablar de él?

Ella negó con la cabeza.

—No lo he oído, me lo han dicho. Vidal tenía una relación cordial con Vicent Mandarino. Al parecer, se conocían desde hacía años.

«Por lo que, era probable que tuvieran una relación de favores».

—Entiendo. Sigue…

—No tengo mucho más que añadir. Lamenta su pérdida y, lo que más le duele, es que lo acusen, sin pruebas, de que él lo enterró ahí.

—Eso es lo que él te ha dicho.

—Y lo que yo pienso.

La respuesta me inquietó. No entendía cómo la pólvora había corrido tan rápido. Hasta el momento, pensaba que serían suposiciones mías, pero me estaba dando cuenta de que no era así.

—¿Puedo preguntarte algo, Lara?

—Por supuesto.

—Quiero que seas honesta conmigo.

—Me subestimas, Gabriel. ¿Qué he estado haciendo hasta ahora? Detesto las frases que empiezan así.

—¿Qué haces aquí? En Alicante, quiero decir.

—Lo mismo que tú.

—Yo vivo aquí.

—Me refiero al reportaje de ese hombre.

—¿En serio? —pregunté, sorprendido—. Ahora me dirás que sabías que iba a morir…

—No seas cretino.

—Entonces, no me hagas reír.

—¡En serio! Es espeluznante lo que sucedió. Me eriza el vello pensar en ello. ¡Ni siquiera esperaba algo así!

—Ni yo, Lara, ni yo… —dije y bebí.

—Admiro la capacidad que tienes para digerir lo que pasó.

Sobre todo, cuando fuiste tú el que…

—No hace falta que lo recordemos, ¿verdad? Tú solo venías a inaugurar un acto controvertido que intentaban boicotear, por un lado, u otro…

—Y a decir unas palabras, pero no sé a qué te refieres. No estaba haciendo nada malo.

—Tú, no, pero esos dos hombros con los que ibas, debían de tener un humor de perros, después del hallazgo.

—Puede ser, pero eso no tiene que ver conmigo y lo sabes.

—La verdad es que para eso estamos aquí, para que me cuentes. Acerca de lo que sé, sé más bien poco…

—Se llama toma de contacto, Gabriel. Lo que pasa es que tú, solo quemas puentes por donde caminas.

—Es lo que tiene ser de aquí, que amas el fuego y la pirotecnia.

—La vida da muchas vueltas y nunca se sabe. Hoy estás arriba y mañana tienes que regresar al lugar de donde partiste, aunque no lo quieras.

—Con tu fama, existe una baja probabilidad de que eso suceda.

—Ah, ¿sí? Mírate.

—Lo hago a diario y me gusta lo que veo.

Ella resopló.

—En fin, me gusta mantener el contacto en mi tierra.

—Los contactos, dirás.

—En esta vida, nadie da algo a cambio de nada.

—Por eso estamos reunidos, ¿cierto? —le pregunté. A pesar de su aparente inocencia, de la ingenuidad de la que Rojo hablaba, Lara Membrillos había llegado a lo más alto por su astucia, aunque su apariencia también le hubiese ayudado un poco.

—¿Vas a contarme qué te llevas entre manos con esos dos empresarios?

—¡Qué directo eres, Gabri! Ni siquiera has esperado a los postres.

—No quiero que te atragantes.

—Detesto cuando hablas como un bruto.

—Y yo, cuando eres tan fina como el papel de fumar —le dije, pero ella se mostró ofendida, aunque yo supiera que fingía como una farsante—. Venga, mujer. Si no fuera porque te conozco, diría que te ha dolido… pero, en el fondo, sé que te estás divirtiendo.

Chasqueé la lengua.

A Lara le gustaban los juegos y era consciente de que todo tenía un precio, incluida la información. Por suerte, estaba relajada conmigo, algo que no era habitual. Eso me permitía ser más divertido con ella y, por consecuencia, dejar que actuara de un modo natural, sin restricciones.

—No puedo negar lo evidente —dijo y sonrió. Después dio un trago al vino y dejó la marca de pintalabios en la copa—. ¿Sabes? Yo también te conozco y sé que no me lo vas a decir.

—¿El qué? —pregunté, algo nervioso e intrigado por si se refería a Rosario—. Ya sabes que soy como un libro abierto. No tengo nada que ocultar.

—Para tu información, te diré que no son los ogros que aparentan… En esta provincia, la gente hecha a sí misma, está muy mal vista.

—Te refieres a Mandarino y Espumado, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿A quién, si no?

Suspiré, aliviado, sin que se notara demasiado.

—No tengo nada contra ellos. Simplemente, llevo muy mal las amenazas personales.

—¿Te han amenazado?

—Dejémoslo en una advertencia.

—Tienes un nombre, para lo bueno y para lo malo. Supongo que están cansados de que los calumnien en público.

—¿Quieres decir, que ya lo han hecho antes? —pregunté, con suma curiosidad. De ser así, podía entender la razón de Vicent Mandarino a la hora de acercarse a mí—. Aunque, no me sorprende.

—Mandarino tuvo un pequeño problema legal con un operario de la empresa de construcción que posee…

—Murió por un accidente laboral y se negó a indemnizar a la familia.

—¿Te has preguntado por qué?

—No he tenido la ocasión ni el interés. Ganó el juicio, eso es todo lo que sé.

Ella farfulló y dio un respingo. Llegaron los platos que faltaban y disfrutamos de la comida en silencio.

—Era un empleado conflictivo. Se negaba a utilizar el casco y bebía y fumaba en horas de trabajo. Cayó de un andamio, sin

protección, y en un estado cuestionable… Por eso se negó a indemnizar a la familia y por eso ganó el juicio. La autopsia y los testimonios de sus compañeros fueron suficientes para darle la razón.

—¿Por qué nadie habló de eso? —quise saber, como si hubiera seguido el caso. Lo cierto es que escuchaba por primera vez esa noticia.

—Alguien se molestó en que la verdad se publicara a medias. Al parecer, hay intereses creados para que Mandarino no haga negocios en la ciudad.

—¿Intereses? Qué curioso… ¿No será por esos ecologistas?

—¡Ja! —exclamó y se aguantó la risa—. ¿De verdad crees que son tan ingenuos?

—¿Qué? —pregunté y noté su mirada traviesa—. Sabes algo, ¿verdad?

—Lo suficiente.

—Tienen alguna cruzada personal con ellos.

—¿Has hecho los deberes, Gabri?

—No, pero me he molestado en pedir una segunda opinión. Valentina Estrellado se muestra muy interesada en amargarles la vida.

—Esa mujer… —dijo con rencor—. ¿También la conoces?

—La vi, como todos.

—Ella fue la que se encargó de que la información sobre el accidente laboral saliera en todos los medios de su "corte", ya me entiendes. Al final, el ruido termina contaminando el ambiente… —explicó y me miró con cierto recelo—. Pero, algo me dice que no te lo ha contado todo.

—No, ni la mitad. Aunque no hace falta ser un genio para adivinarlo. Son bastante reacios a la prensa.

—¿Y te has preguntado por qué?

—Quizá tengan miedo a que saquemos a la luz la verdad.

—Exacto… —dijo ella—. Sobre todo, cuando eres una hipócrita.

Arqueé una ceja.

—Repite eso. Creo que te he escuchado mal…

—No es que sea un secreto, pero tampoco van con un cartel en la cabeza —dijo y me miró a los ojos. Lara se dio cuenta de que no sabía nada del asunto—. Valentina es la sobrina de Romualdo

Espumado.

Al oír aquello, solté los cubiertos y estos cayeron sobre el plato. Me costaba creerlo, pero Lara no tenía razones para mentirme.

Aquella sí era una novedad. En ese momento, llegué a entender el odio visceral que sentía hacia ellos.

Para unos, Valentina se había pasado al lado oscuro y, para ella, su familia era el enemigo.

25

La revelación de Lara abrió una nueva teoría que hasta entonces había descartado. Que Valentina fuera la sobrina del empresario cambiaba mucho las cosas, más aún después de ver en la televisión cómo le había lanzado un huevo en público. Tras conocer aquello, mi cabeza comenzó a funcionar a toda velocidad, elaborando todo tipo de hipótesis y sentí la urgencia de marcharme de allí. Sin embargo, dada la astucia de la mujer que me acompañaba, debía mantenerme confiado, tranquilo y sin manifestar ninguna necesidad en mi rostro.

Después de contarme aquello, Membrillos decidió aparcar los temas laborales y la conversación tomó otros derroteros. No volvimos a sacar el asunto sobre la relación de Vidal con Mandarino. La botella de vino se vaciaba y ella se mostraba más amable de lo habitual. El alcohol nunca le había sentado bien y sentí que el volumen de su voz se elevaba más de la cuenta.

—Entonces, ¿estás saliendo con esa mujer? —preguntó, directa y sin preámbulos. Su tono de voz era desafiante, a la vez que misterioso. Lara tenía una actitud seductora, pero su mirada estaba algo desencajada y tenía los brillantes—. Puedes contármelo, Gabri.

—A pesar de tu insistencia, te repetiré que no —le respondí. No parecía quedarle claro lo que había entre Rosario y yo—. ¿A qué viene tanto interés?

—Te gusta, lo sé. He notado cómo la miras.

—Ah, ¿sí? No sabía que eras tan observadora. Será mejor que pida los cafés y la cuenta…

—No, espera —dijo y me tocó la mano—. Aún queda vino.

—No voy a beber más, tengo que conducir, y tú deberías seguir mi ejemplo.

—¡Oh! No seas como mi padre.

—Descuida, estaba pensando en la tapicería de mi coche. Es de

piel.

—Tengo mucho aguante, más de lo que crees, señorito… —me dijo con voz sugerente. Lara empleaba un juego de dobles intenciones al que no quería entrar.

—Jamás lo pondría en duda.

—¿Qué hace ella aquí?

—Trabajo. Hay un congreso de periodismo en Alicante. Me sorprende que no te invitaran…

Ella arqueó una ceja y sonrió.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó y la miré de reojo—. Hay plazas en las que una ya no torea, más que nada porque tiene un nombre y unos principios.

—Vaya. Olvidaba que estaba sentado a la mesa con una estrella de la televisión.

—Conozco a Mario Gómez, el organizador. ¿En serio, Gabri? ¿Crees que esta clase de eventos son adecuados para alguien como yo?

—Sinceramente, querida, desconozco qué está a la altura para ti.

—Te diré algo… —dijo y dio otro sorbo al vino. Si seguía así, pronto no podría decirme nada inteligible—. Ese tipo es un trepa con las mujeres… y supongo que, con todos, en general.

Entre líneas, entendí que se refería al posible peligro que podría correr Rosario al relacionarse con él. No obstante, tanto Lara como ella eran dos mujeres independientes y con el carácter suficiente para lidiar con una sabandija de ese calibre.

—¿Eso es todo?

—Pensé que deberías saberlo —respondió y la noté algo mareada. Su rostro había dejado de brillar y ahora sentía una nube encima que podía con ella. Dejó la servilleta sobre la mesa y se excusó para ir al baño. Le dije que se tomara su tiempo y después me fijé en sus pasos. A pesar de la melopea que llevaba, era capaz de moverse con soltura y aparentar que estaba sobria. Aproveché la ausencia para hacerme cargo de la cuenta. Después de todo, la reunión había merecido la pena y, una vez que dejara a la presentadora en su hotel, me las ingeniaría para tirar del hilo que me había dado. Luego comprobé el teléfono móvil. Tenía varias llamadas perdidas de Rosario y un mensaje de texto. Me había olvidado casi por completo de las consecuencias de no haberme

presentado allí, aunque solo esperé que lo entendiera más tarde.

«¿Dónde estás? Habíamos quedado, ¿no?», decía uno de los mensajes.

«Te estoy llamando y no respondes. No sé dónde te metes, pero no te preocupes. Mario me ha invitado a comer. Ah, esta noche ceno con otra gente en La Taberna del Gourmet. Ya hablaremos, ¿vale?», decía el segundo.

Al leerlo, sentí una pequeña traición en el corazón y la sensación de haber fallado a mi palabra, pero no era así. Entonces recordé lo que Lara me había comentado minutos antes y noté un brote de celos que se apoderaban de mi cuerpo.

Cuando Lara apareció, guardé el teléfono, antes de que comenzara con sus preguntas.

—¿Estás lista?

—Yo siempre lo estoy.

Nos dispusimos a salir con la intención de llamar la atención lo menos posible. Por desgracia, con ella, resultaba imposible no levantar las miradas, algo que la presentadora tenía más que naturalizado. Por el contrario, para mí, seguía siendo un momento curioso. A pesar del disimulo de los comensales y del personal del restaurante, tenía la sensación de que todos nos observaban.

26

Salimos del restaurante y nos subimos al deportivo. La tarde era hermosa, la brisa de levante resultaba agradable y supuse que a Lara le vendría bien algo de aire fresco. Por alguna razón, estaba más callada desde que había regresado del baño, lo cual era de agradecer. Ahora solo deseaba regresar a la ciudad y dejarla en su hotel.

—Gracias por la comida, Gabriel —me dijo mientras se ponía las gafas de sol—. Me ha encantado.

Arranqué el motor y sonreí.

—Esa era la intención.

Cuando tenía la mano derecha sobre la palanca de cambios, noté cómo sus dedos se posaban sobre ella.

—Te lo digo en serio —ahora sus ojos estaban puestos en mí, aunque yo solo podía verla por el rabillo del ojo.

En ese instante, podrían haber ocurrido muchas cosas y a la vez, ninguna. Son esos pequeños momentos en los que el tiempo se detiene y se abre una brecha de posibilidades futuras, tan difíciles de calcular, pero todas imaginables. Por momentos como aquel, grandes imperios habían caído, notorias personalidades habían destruido sus carreras y el mundo se había convertido en un lugar más hostil o quizá más agradable. Se habla mucho del impacto del aleteo de la mariposa, que es capaz de arrasar una ciudad. No obstante, poco se discute sobre el libre albedrío de una persona ante una situación como aquella. ¿Realmente era libre de elegir en ese momento?, me pregunté en un milisegundo. En cuanto a mí, tenía claro que no deseaba que mi relación profesional con ella trascendiera a algo más profundo. Por supuesto, esto solo era una conjetura que daba por hecha la atracción y el interés que Lara Membrillos tenía hacia mí. En otra circunstancia, en otro escenario y en otro momento de mi vida, nada me habría frenado, pero ahora

estaba Rosario en la ecuación y, a pesar de que no había nada serio entre nosotros, tener una aventura con Lara era lo mismo que verter napalm sobre mi relación con la andaluza. Así que respiré hondo, apreté los puños y dibujé la mejor de mis sonrisas cuando noté las yemas de sus dedos sobre mi piel. No quería ser un desagradecido ni un maleducado. Siempre he pensado que los rechazos hay que darlos con elegancia, educación y maestría, como si no lo fueran.

Puse la primera marcha, con naturalidad, y eso forzó a que sus dedos regresaran a su regazo. Aquel gesto fue suficiente para que ella reculara, sin perder todo el interés que sentía hacia mí.

Conduje en silencio, disfrutando de la tranquilidad de la carretera a esas horas y sin la conversación de Lara que, tras la comida y los efectos del vino, se había quedado dormida. Cuando la desperté, los rayos del atardecer se colaban por los huecos que dejaban los edificios e iluminaban el paseo de la Explanada. Nos encontrábamos en la entrada del hotel boutique Casa Arbeloa. A diferencia de otros hoteles, Casa Arbeloa era un antiguo palacete modernista, restaurado, y su localización estaba en una calle tranquila, lejos del tráfico de las avenidas. La historia de aquel edificio era de gran interés. Al parecer, la había construido un empresario eldense, a modo de venganza, tras no haber sido aceptado en el Palace.

—Lara —le dije, acariciándole el brazo para que despertara—. Hemos llegado.

Ella pestañeó y me miró, confundida, bajo sus gafas de sol. El sueño debía de haber sido tan profundo que parecía desubicada.

—¿A dónde? —preguntó y miró a la fachada del hotel—. ¿Qué hora es?

—No es tarde, pero tampoco es pronto. La hora de la merienda, para algunos… la de la cena, para otros.

Después, resopló. Le costó varios segundos tomar consciencia de la situación.

—¡Oh, Dios! ¡Me acabo de acordar! Tengo una cena esta noche.

—Una aspirina y una siesta… y en unas horas, estarás como nueva.

Lara miró a la puerta del hotel y luego me agarró del antebrazo.

—No puedo entrar sola.

—¿Cómo dices?

—No puedo entrar así, al hotel, digo. Acompáñame, por favor. Necesito que me cubras.

—Pero…

—Será un minuto, te lo juro.

Chasqueé la lengua sin entender el propósito ni la intención. No comprendía qué había de extraño en regresar a un hotel con unas copas de más. Después de todo, el personal del hotel era su único problema.

—Un minuto, ¿entendido? No eres la única que tiene obligaciones.

—Eres un cielo, Gabri. Que Dios te lo pague.

—Pues, vamos bien… —Aparqué como pude y le ayudé a bajar del vehículo. En efecto, entendí por qué me había pedido ayuda. Lara estaba un poco ebria y era notable. A pesar de que su voz lo disimulara bastante, sus piernas no lograban caminar con naturalidad. Algunas personas podían mantener la dicción tras varias copas, otras, como yo, sufrían el enroscamiento de lengua en cuanto el alcohol hacía su efecto.

La presentadora me sujetó con firmeza por el interior del brazo y yo la acompañé como si cargara con el paso de una procesión. Entramos en el hotel, saludamos al personal de la recepción y nos dirigimos hacia el ascensor, con las gafas de sol puestas y sin detenernos ni un segundo. Por fortuna, no encontramos mirones ni entrometidos en nuestro camino, y eso fue de gran alivio. La situación era divertida, y eso nos hizo reír a los dos. Finalmente, entramos en el ascensor y ella se quitó las gafas. Después resopló con un gran sofoco en su cuerpo.

—¡Ay, Dios! ¡Qué mal me ha sentado el vino!

—Has bebido casi una botella, tú solita…

—No me lo recuerdes, ¿vale?

—Tranquila. No seré yo quien lo haga —le dije y, en el siguiente momento, las puertas se abrieron y caminamos por un pasillo hasta la puerta de la habitación. La belleza de aquel hotel era única y la experiencia me hizo pensar en mi juventud, en la de la presentadora, y en un pasado en el que los hoteles formaban parte de mi vida. Finalmente, ella abrió la puerta y observé una habitación con vistas al mar. Lara caminó hacia la cama y se dejó caer encima de ella, bocabajo.

Me acerqué a la nevera del minibar y busqué una botella de agua para refrescarme y ofrecerle un poco a ella. El cuarto estaba hecho un desastre, pero, ¿quién era yo para juzgarla?, pensé. Tampoco entendía por qué alguien natural de Elche, con familia allí, dormía en Alicante, pero ese asunto no era de mi incumbencia. Acto seguido, abrí la ventana del balcón para que entrara la brisa marina, que era muy agradable a esas horas, y me percaté de que Lara se había quedado como un árbol de Navidad sobre el colchón.

—¿Lara? —pregunté, pero ella no respondió. Me acerqué y la zarandeé un poco, hasta que sentí sus ronquidos. Estaba dormida profundamente.

Bebí el agua de un trago y dejé el vaso sobre la mesilla. Después, abrí un armario y cogí una manta para colocársela por encima y que no se enfriara. Por su estado, ninguno de los dos sabía cuándo despertaría, pero ambos éramos conscientes de que no sería una situación agradable. Finalmente, salí de allí y regresé al vestíbulo del hotel por las escaleras. Mientras bajaba los escalones con la mente en blanco, sentí una presencia a mi alrededor, como si alguien me siguiera.

Me di la vuelta, pero no vi a nadie, aunque oí que el ascensor se movía hacia abajo. Fue entonces cuando bajé los últimos peldaños hasta la entrada principal y vi la espalda de un hombre que abandonaba el hotel con cierta prisa. Era alto y su silueta no me resultaba nada familiar.

Sin llamar la atención del personal de la recepción, me apresuré para alcanzar la salida y asegurarme de que estaba equivocado. Llegué al exterior y entonces vi cómo echaba a correr en dirección contraria a mi coche.

—¡Diablos! —murmuré y me dirigí a él—. ¡Eh, quieto!

Por desgracia, mi advertencia no lograría pararlo. Nos habían seguido y eso no era nada bueno, pensé. Dado que correr no serviría de mucho para ver su rostro, salté en el coche, que seguía aún en su sitio, y me dispuse a dar la vuelta a la manzana, con tal de reconocer al individuo. Temía que fuera uno de esos *paparazzi* sin alma, que se ganaban la vida entrometiéndose en la de los demás, para después publicar las fotografías en internet. Los tiempos habían cambiado y ya no se pagaban exclusivas como en las décadas anteriores. Sin embargo, había surgido un nuevo negocio,

más despiadado y sin ninguna clase de ética, y era el de los fotógrafos extorsionadores de famosos. Ahora que cualquiera tenía una cámara en el bolsillo, estas alimañas se dedicaban a perseguir rostros conocidos, para fotografiarlos en situaciones comprometidas y después chantajearlos a cambio de dinero. De ser así, sabía que no era por mí, sino por Lara.

Me puse en marcha, llegué a la esquina y tomé dirección opuesta a la que había tomado aquel individuo. Por suerte, Alicante no era Madrid y podía desenvolverme con soltura.

Callejeé, en busca de una silueta, sin demasiado éxito, hasta que reconocí la gorra azul, que se dirigía hacia la rambla. En ese momento, aceleré, pero un Mini Cooper entró en la calle, impidiéndome avanzar. La conductora iba en busca de aparcamiento, lo cual impedía que me pudiera mover más rápido. Pité con descaro, a pesar de que ella no tenía ninguna culpa. La gorra se alejaba de mi campo de visión, hasta que, finalmente, desapareció por una esquina. Cuando logré librarme del Mini y llegué al cruce, el hombre había desaparecido.

Lo había perdido y era probable que mi error tuviera consecuencias. Lo lamenté en silencio y me sentí mal por ello, mientras sentía el amargo sabor de la derrota en mi boca.

La noche abrazaba la ciudad y tenía la sensación de que aquello acabaría mal.

27

Con la cabeza hecha un lío y sin noticias de Rosario, dejé el coche en mi aparcamiento privado y me dejé caer cuesta abajo para pegar bocado y aclarar las ideas. Mis intentos de contactar con la andaluza resultaron vanos, lo que no hacía más que incrementar mi nerviosismo.

Sentía que la balanza se desequilibraba en mi vida.

Por un lado, estaba Lara Membrillos, quien, como siempre, había llegado aterrizando cual avión presidencial y arrasando con todo a su paso. Por otro, estaba la reportera, incapaz de manifestar sus sentimientos y escudándose en el congreso para no admitir que tenía ilusión de verme. Además, la muerte del arqueólogo seguía tocando la fibra periodística que llevaba dentro, a pesar de que la profesión se volvía cada vez más cuesta arriba para mí. Necesitaba pensar con calma y digerir la información obtenida en la comida. Así podría trazar un plan para acercarme a Espumado y descubrir qué clase de relación mantenía con su sobrina, para descartarla o no, como sospechosa del homicidio.

A esas alturas, nadie estaba libre de ser el autor de aquel macabro asesinato.

Era fácil señalar a los empresarios como principales sospechosos, e intuí que eso sería lo que la policía estaría haciendo en esos momentos. Que fuera lo más lógico, no significaba que fuese la realidad. De hecho, a lo largo de mi carrera había aprendido, a base de tropiezos y fracasos, que la mayoría de los asesinatos se cometían por pasión, avaricia o poder. En todos los casos, las personas actuaban más por emoción que por razón, dejando la lógica atrás y convirtiendo el crimen en una sucesión de pasos mal dados. Solo los psicópatas y los más calculadores, aquellos que planificaban sus actos con premeditación y estudio, eran los únicos capaces de burlar el ingenio de la policía, en la mayoría de las

ocasiones. Pero, tarde o temprano, guiados por los sentimientos, acababan exponiendo su anonimato a causa del ego y de los aires de grandeza.

Bajé hasta la parte trasera del Mercado Central para refrescarme el gaznate en el Guillermo y llenar el estómago. Para beber, había que comer algo, aunque no tuviera demasiado apetito. Pero, como decía mi abuela, al fin y al cabo, «comer y rascar, todo es empezar».

El destino me llevó a una hora complicada para encontrar un hueco en la barra de mi mesón favorito. Había olvidado qué día era y, dada la afluencia de clientes que tenía el bar, opté por rendirme cuando me asomé a la puerta. Por suerte, no era el único bar en la calle. A la vuelta de la esquina, con la calle de Juan de Herrera, se encontraba la cervecería Roberto «El Ferrao», otro clásico de la zona, con buen género, aunque con un horario más restringido. Fiel al Guillermo, «El Ferrao» era mi alternativa cuando no había sitio en el local y tenía que esconderme a hurtadillas, sin que los camareros del otro me vieran. Por desgracia, también estaba cerrado. Me vi obligado a caminar en dirección opuesta, donde se encontraba el «Club Taurino», un lugar clásico y con solera, y competidor directo del Guillermo.

Logré hacerme un hueco en la barra de madera oscura que dominaba el establecimiento, frente a una vitrina llena de salmonetes, sepias, ensaladilla, boquerones en vinagre, gambas y zamburiñas. Al otro lado de la barra, del techo, colgaban los jamones, sobre baldas llenas de quesos. El camarero servía las últimas cervezas a toda prisa, sin cerrar el grifo, para que la clientela no se quejara antes de pagar. Al verme, me hizo un gesto indicando que estaban al máximo de aforo, pero le señalé que sería algo rápido y que me iría antes de que cerraran. A un cliente habitual se le permiten ciertas concesiones y yo formaba parte de ese selecto club. Mientras esperaba, observé la parafernalia del local, los azulejos típicos de los bares taurinos y las cabezas de toro en el interior del comedor. Lo taurino se mezclaba con escudos del Hércules y carteles de corridas y fotografías de toreros. Aunque ajeno a ese mundo, acudía allí por los pinchos de tortilla y los bocadillos de mojama o sobrasada que preparaban.

—Estamos hasta la bandera —me dijo el camarero al verme—. Últimamente, tengo a los municipales encima.

—Será por las cabezas que tienes ahí colgadas —le dije con sorna, buscándole las cosquillas.

—No me hagas cambiar de opinión.

—Que no, hombre. Solo bromeo.

—Ya veo que has almorzado un payaso.

—Y una copa Ribera, anda… —dijo una voz rasgada que surgió tras de mí. Sus apariciones sin previo aviso ya no me sorprendían. El camarero desvió la vista para fijarse en el inspector Rojo y le hizo un gesto de camaradería. Por supuesto, también lo conocían por allí —. Vaya, tú por aquí…

—Tampoco has conseguido sitio en el Guillermo.

Él negó con la cabeza.

—Te he visto desde la calle.

—Y te ha apetecido entrar a saludarme. ¿Hay algún lugar en esta ciudad donde no te conozcan?

—Alguno habrá —dijo y observó cómo el camarero servía la cerveza y el vino. Luego acompañó la bebida con un plato de olivas partidas—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que estarías en ese congreso de juntaletras embusteros…

Las llegadas de Rojo nunca eran casuales, aunque intentara dar la impresión de lo contrario. En realidad, no se esforzaba mucho en disimular, pero le gustaba jugar a que lo hacía. Por tanto, deduje que necesitaría información o estaría tras una pista y precisaba contrastar sus datos.

—No, ya sabes que no. Hace tiempo que dejé de hacer periodismo.

—¿Alguna vez lo hiciste realmente?

—¿Existe tal cosa? —le repliqué y ambos reímos.

—Buen apunte —comentó, mirando el plato que nos habían servido—. ¿Qué has averiguado?

—Poca cosa.

—Pero algo has averiguado…

Lo miré a los ojos y supe que él también tenía noticias. Ahora solo se trataba de un intercambio de información.

—Intentas averiguar qué sé, pero debes entender que también estoy implicado en el caso.

—Lo único que sé es que no eres policía y que este reportaje no es para ti. Suéltalo ya, y te ayudaré a librarte del muerto.

No sé si pretendía hacer un juego de palabras con lo sucedido, aun así, solo me provocó un escalofrío.

—Todo lo que tengo son conjeturas.

—Dime algo que no sepa.

—Hoy he comido con Membrillos. Me ha confesado que Valentina Estrellado es sobrina de Espumado, el dueño del solar donde iban a construir ese hotel.

Rojo reflexionó sobre mis palabras e intentó conectar los puntos.

—¿Y quién es ella?

—Pensaba que lo sabrías. Es la líder de la organización ecologista.

—Ah, esa mujer.

—¿Ni siquiera es sospechosa para vosotros?

—Estamos barajando otras hipótesis. ¿Qué te hace pensar que ella podría haber matado al arqueólogo?

—Bueno, si consideramos que su tío se encuentra junto a los tramposos, no me sorprendería que desearan complicarle la vida.

—Esa no es la respuesta. Piensa más a fondo.

—Cierto… Quizá el arqueólogo sabía algo que podría afectarla personalmente.

—Eso me gusta más, aunque sigue siendo bastante abstracto.

—¿Me estás poniendo a prueba?

—Reflexiona con cabeza y ve más allá de lo obvio. ¿Por qué alguien querría esconder un cadáver en la excavación, horas antes de un evento que jamás debería haber ocurrido?

—Entonces, me das la razón. No fue un accidente. Lo mataron.

—A estas alturas, no te mentiré. Las máquinas se retiraron días antes y no había operarios trabajando a esas horas en el terreno. Todavía es pronto para averiguar si la víctima llegó allí por su propio pie, o si ya había fallecido cuando entró en el agujero. Lo único que puedo decirte es que recibió un golpe en la nuca, por la espalda, y murió desangrado. Podrían haberlo salvado, pero no lo hicieron.

—Eso cambia mis conjeturas.

—Ah, ¿sí? ¿Qué te hace cambiar de opinión?

—Hay que ser muy cruel, un verdadero desalmado y un psicópata. Esa mujer no lo es.

—Vaya, te ha convencido rápido de su inocencia. Parece que le

interesa tener a la prensa de su lado.

—Deja que me explique. Esta mañana he hablado con ella, antes de comer con Membrillos —le contesté, provocando una expresión de desagrado en su rostro. A Rojo no le gustaba que estuviera entrometiéndome en su investigación. Como en los viejos tiempos, mucho antes de que nuestra amistad se consolidara, sentía que me convertía en un obstáculo para él, más que en un aliado—. Puede que tenga problemas con su familia, que sea una niña de papá jugando a ser ecologista, o quién sabe qué más, pero no la veo capaz de matar a alguien. Y menos aún de esa manera…

Rojo dio un sorbo a su copa y se rio. Acto seguido, se volvió serio.

—Empiezo a pensar que tienes un problema. Te crees a cualquier mujer que te mira con ojos de cordero…

—Se llama empatía, Rojo.

—Yo lo llamo manipulación, especialmente si consideramos que esa señora intenta llevarte a su terreno.

—¿Y cuál es ese terreno?

—Convencerte de que estás en el lado equivocado. Con suerte, escribirás en tu columna contra su tío y, especialmente, contra Vicent Mandarino.

—No tenía pensado en tocarle las narices a Mandarino. ¿Qué tienen contra él?

—No lo sabemos con certeza, más allá de lo personal… pero no hay indicios de que fuera él quien mató al arqueólogo, aunque intenten convencer a la opinión pública de lo contrario —aclaró—. Mandarino tiene coartada, hay testigos, y no aparenta que tuviera interés en acabar con ese hombre. De hecho, hasta donde sabemos, la familia ha confirmado que mantenían una relación cordial.

En ese momento recordé las palabras de la presentadora, que confirmaban lo que el inspector decía. Por un instante, fue un alivio saber que ambos eran honestos conmigo.

—Esa mujer, Estrellado… ¿Te ha hablado de su relación con Jorge Vidal?

—No, ¿por qué?

—Nada…

—Rojo…

—Tal vez supiera la razón por la que su tío había decidido no

oponerse al freno de la construcción del hotel.

—¿Cómo dices?

—No se presentaron alegaciones para continuar con la construcción.

—Pero…

—Sí. Los ricos no son ricos por su filantropía. Hay algo de más valor ahí abajo.

—¿Más que un complejo hotelero? Vaya. Eso sí que es fuerte… —comenté, sorprendido—. ¿Tiene algo que ver con la nota que mencionaste?

—En la nota había escrito dos frases en un idioma ininteligible —dijo y Rojo sacó el terminal de su bolsillo. Encendió la pantalla y me mostró una fotografía—. A ver qué piensas de esto…

«Launna enca turdetan. Esetro badalon la herriada».

Negué con la cabeza.

Como era de esperar, debido a mi escaso conocimiento de otros idiomas, las dos frases no me decían nada, aunque algo me hacía sospechar que guardaban un secreto más poderoso que la construcción de ese hotel.

28

Leí el texto en voz alta.

—¿Euskera?

—No. ¿Desde cuándo sabes euskera?

—Estaba suponiendo. En realidad, no tengo ni idea de lo que significa esto… —contesté, observando la fotografía en el teléfono—. ¿Es algún tipo de acertijo o refrán?

—Todavía está por confirmar. Es difícil encontrar a un especialista en tan poco tiempo.

—Entiendo… —respondí y saqué mi teléfono del bolsillo del pantalón. Acto seguido, fotografié la pantalla que mostraba la fotografía de la nota. Quizás no fuera el documento más nítido que había guardado, pero era la única manera de hacer una copia. Tan pronto como disparé, Rojo apartó el teléfono de mi alcance.

—¿Qué *collons* crees que haces? Es una prueba.

Guardé mi terminal, antes de que me lo quitara de las manos.

—¿Qué te hace pensar que yo podría aportar algo de luz?

Finalmente, a pesar del enfado, Rojo apagó la pantalla y guardó el teléfono y después dio un trago a la copa.

—Sé de sobra que no sabes lo que significa, porque los idiomas no son lo tuyo, y tampoco los acertijos… —contestó, con sorna—. Tengo a varios de mis compañeros haciendo su trabajo, pero necesitamos más tiempo. Ahora que lo tienes, debes prometer que no lo verá nadie más.

—Tranquilo. No saldrá de aquí.

—Eso es lo que dicen antes de que se esparza como un virus.

—¿Vas a decirme lo que es?

—Hasta la fecha, todo apunta a que es una clase de lenguaje íbero que se hablaba en esta zona.

—Un momento, ¿me estás diciendo que el arqueólogo hablaba íbero? ¿Con qué fin?

Rojo me observó, extrañado, y se apuntó a la cabeza.

—¿Te has dado un golpe?

—No.

—Entonces se confirma que eres bobo.

—¿Qué?

—Olvídalo… —dijo y resopló—. Es muy probable que Vidal no lo hablara, sino que lo copiara de alguna ruina que encontró ahí abajo, para analizarlo más tarde. La clave está en resolver por qué guardaba esta frase en su bolsillo.

—Ajá. ¿Y si fuera al contrario?

—¿Qué? A veces, pienso que subestimo tu inteligencia. ¿En qué diablos estabas pensando?

Lo cierto era que mi cabeza no dejaba de funcionar a mil revoluciones por segundo. Ninguno de los dos entendíamos lo que representaba aquel texto y era probable que tardáramos en desentrañarlo. Sin embargo, la revelación de ese documento me hizo pensar en algo más que podía acercarnos a la resolución del crimen.

—Evidentemente, no estoy pensando en Vidal, ni tampoco en esa nota —le dije, con cara de esconder un secreto—. Más bien, estoy pensando en Valentina Estrellado.

—¿Puedes dejar de pensar en las mujeres por un momento?

—Te estoy hablando en serio, Rojo —apunté para que me prestara atención—. Durante nuestra conversación, me ha confesado que había estudiado latín y lenguas muertas, entre otras cosas, antes de decantarse por el activismo.

—Interesante. —Rojo arqueó una ceja y entendí que tenía información extra que no me había dado—. La gente pudiente tiene tiempo para todo… Sigue.

—Sabiendo que es sobrina de Espumado y que tiene una cruzada personal con su familia, en mi cabeza se plantea una hipótesis.

—Espera, no vayas tan rápido. ¿Eso te lo ha dicho ella o lo has deducido tú solo?

—Me lo ha dado a entender, que es una mezcla de ambas cosas.

—En ese caso, debes ser consciente de que puedes equivocarte.

—Hace un rato, pensaba eso, pero empiezo a cambiar de opinión.

—¿A santo de qué?

—Puede que estemos pasando por alto algo.

—Muchas cosas, Caballero, pero, te recuerdo que hay un cadáver y una investigación de asesinato.

—Por eso mismo, escucha lo que tengo que plantear.

—Sé por dónde vas y no puedes demostrar nada. Tan solo ha sido una conversación. Tu hipótesis la relaciona con el crimen de ese hombre, por el simple hecho de tener el mismo conocimiento que él, en caso de que fuera así. ¿Cierto?

—No, del todo, pero podría ser una parte de ella.

—Para resumirlo, intentas convencerme de que Valentina descubrió lo que Jorge Vidal había resuelto y por eso lo mató.

—No, sin embargo, tú acabas de mencionar, por primera vez, que a Vidal lo mataron. ¡Eso lo cambia todo!

—No cambia nada, liante.

—La consideras como una posible sospechosa. ¿La habéis interrogado ya?

—Tiene una coartada, como todos. La noche en la que Vidal murió, ella había estado con su pareja, en el apartamento que alquilan juntos.

—¡Lo sabía! —exclamé, pero Rojo hizo un gesto para que me calmara—. Un momento, ¿has dicho pareja? Vaya, pensé que ligaba conmigo…

—Lo mejor viene ahora —señaló y prosiguió—. Durante su declaración, confirmó haberse reunido con Vidal y con Espumado en el despacho de este último. ¿Cómo te quedas? Eso no te lo ha contado, ¿verdad?

La explicación de Rojo rompía mis esquemas.

En ningún momento habría imaginado eso. Además, no entendí por qué no me había mencionado aquello, ni lo de su pareja, aunque no era de mi incumbencia. En cualquiera de los casos, ahora lograba atar los cabos sueltos.

—¿Con qué motivo?

—La nota, aunque no termino de creer su versión del todo. Sé que esa mujer nos oculta algo.

—Ya te lo he dicho antes. Es una niña de papá jugando a arreglar el mundo, aunque, en el fondo, lo hace por su propio interés. Supongo que todos necesitamos llamar la atención de quien no nos la da, sobresalir para ser vistos.

—Todos, todos… no.

—Sé muy bien de lo que hablo y, en la mayoría de los casos, esa manera de proceder termina pasando factura.

—Necesitáis llamar la atención tú y todos los que sufrís de un narcisismo palpable a kilómetros, pero no me refería a eso.

—Ah, ¿no? Porque yo, sí.

—Verás… —dijo y chasqueó la lengua, para hacer hincapié en lo que me contaría a continuación—. Hasta donde sabemos, el texto fue encontrado en una baldosa enterrada, una pequeña tablilla de arcilla. Por supuesto, todo el foco se puso en las ruinas que encontraron debajo, ya que impedían colocar los cimientos para levantar el aparcamiento. Sin embargo, el arqueólogo estaba más preocupado por la tablilla que había encontrado y por su contenido. No era capaz de traducir lo escrito por cuenta propia y Espumado lo invitó a reunirse con su sobrina.

—¿Y no te resulta extraño que el dueño del terreno tienda su mano a quien le impide que se desarrolle el proyecto hotelero? Estamos hablando de millones de euros.

—He visto cosas más extrañas.

—¿Habéis revisado las cámaras de seguridad?

—¿Qué? No, no hay nada de eso. Pero sospecho que algo tuvo que cambiar el interés de Espumado cuando descubrió lo que decía ese mensaje.

—Algo tan revelador que iba a tumbar los planes de Valentina Estrellado —dije y Rojo frunció el ceño—. Dale una vuelta a esa reflexión, amigo. No estoy señalando a nadie.

—Últimamente, no aciertas una, escritor. No me gustaría creer que tu amiga, la andaluza, te ha cambiado…

—Ella está fuera de esto. Su presencia aquí es por otro motivo.

—¿Han salido esas palabras de su boca?

—¿Por qué eres tan mal pensado?

—Alguien ha estado haciendo preguntas por…

—En cualquier caso, volviendo a lo que realmente me interesa, no puedo ni insinuar que Estrellado está salpicada de la muerte del arqueólogo.

—Te he expuesto mis razones.

—Tú lo has dicho, son tus conjeturas contra las pruebas… Un par de evidencias y un testimonio bastante cuestionable.

—Pero, al fin y al cabo, conjeturas que pueden llevarte al asesino de Jorge Vidal o, mejor dicho, a una presunta asesina.

—Ya.

—No sé, Rojo… De acuerdo con lo expuesto, es probable que Vidal y Estrellado fueran capaces de traducir esa inscripción que habían hallado y que, a uno de ellos no le agradara su descubrimiento. El contenido de ese texto te llevará a entender lo que ocurrió.

—¿Y si estamos equivocados?

—Es una posibilidad.

—No puedo permitirme un error… ni montar un revuelo y señalar a una sospechosa sin pruebas evidentes. Si el fiscal lo aprueba, el juez lo tumbará todo y seremos el hazmerreír en la comisaría, sin contar con los daños colaterales. Espumado y el alcalde son buenos amigos, como también lo es Vicent Mandarino.

—Hablando de Mandarino, ¿qué sabes de él?

—Está cubierto y descartado.

—No quiero que esto se convierta en un chiste de mal gusto, pero…

—Es un asunto serio, ¿me has oído bien?

—Últimamente, repites mucho esa frase.

—Solo quiero asegurarme de que ni tú, ni nadie, se mete en esto y me pone una zancadilla. Esta conversación no puede salir de aquí, ¿te ha quedado claro?

Miré a mi amigo con cierto recelo y comprendí su preocupación.

Algo ocurría en el trabajo que lo ponía tan nervioso. Un asunto que estaba por encima de mí y de mis patanerías.

—Descuida, sé guardar un secreto —le dije y bostecé, de manera inesperada, acusado por el cansancio que arrastraba tras estar todo el día fuera de casa. Comprobé la hora que era y el reloj de mi muñeca aún no marcaba la medianoche.

Cuando Rojo se animó a pedir una segunda ronda, le hice un gesto para que no lo hiciera para mí.

—¿Qué te ocurre? No son ni las doce.

—Estoy agotado. Ha sido un día largo —le dije y él me miró con la cara de quien espera algo, que ya no está. De pronto, su teléfono sonó y comprobé la pantalla. Le hizo un gesto al camarero para que no le sirviera y atendió la llamada.

—Sí, soy yo… —respondió, con voz seria—. No, estoy fuera. ¿Qué sucede?

No lograba entender qué le comunicaban al otro lado del aparato, pero su expresión se transformaba, a medida que escuchaba las palabras. Cuando terminó, concluyó con una frase breve y colgó, más nervioso que antes.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé, pero tengo que marcharme —dijo, sacó la cartera y buscó dinero para pagar la cuenta. Le hice un ademán para que no se preocupara y él se despidió, de manera abrupta, dándome una palmada en la espalda, a modo de agradecimiento—. Lo siento, es urgente. No saben arreglárselas sin mí en la comisaría. Seguiremos en contacto.

—¡Rojo! —exclamé, antes de que saliera por la puerta—. ¿Está relacionado con el caso?

Pero el inspector no se giró y tampoco me contestó. Al acercarme para determinar qué dirección había tomado, él había desaparecido de la calle.

—Parece que tu amigo tenía prisa —dijo el camarero del bar, que esperaba a que abonara la cuenta.

—Ese es el problema —le respondí y le di el dinero—, que mi amigo nunca tiene prisa.

29

Abandoné la taberna y me encontré con la multitud de la calle, que entraba y salía del Guillermo y de los bares colindantes. Era de noche y la ciudad se convertía en un caldo preparado para la fiesta y para quemar los problemas hasta altas horas de la madrugada. Entre el bullicio, se podían diferenciar diferentes idiomas, sobre todo el inglés y el alemán. Después de toda la conversación que había mantenido con Rojo, llegué a la conclusión de que debía hablar con Rosario. Lo cierto era que estaba confundido. Todo apuntaba a que Valentina Estrellado tenía una relación directa con la muerte de ese arqueólogo, pero temía equivocarme si me precipitaba a culparla. Después de todo, existía la posibilidad de que solo hubieran hablado, como Rojo afirmaba. Ella tenía una coartada y Espumado también.

¿Quién iba a demostrar lo contrario?, me pregunté, algo cansado y con la mente distraída. Era como si las respuestas tardaran en llegar a tiempo.

A medida que subía hacia mi apartamento, decidí que el primer paso sería reunirme con Espumado. Mi conocimiento sobre lenguas íberas era nulo. Lo mismo ocurría en general con todo lo que estuviera relacionado con el pasado de la provincia. Una cosa era lo que se estudiaba en las escuelas, lo que se escuchaba de oídas, y otra muy distinta era saber quién había vivido antes que tú en el mismo solar de tierra. Sin embargo, la posesión del documento me ayudaría a abrir otras puertas.

Me felicité por haber sido tan rápido a la hora de fotografiar la pantalla del móvil de Rojo. De lo contrario, habría sido incapaz de recordar esa frase.

«Launna enca turdetan. Esetro badalon la herriada», leí para mis adentros. Seguía sin entender cómo había permitido aquel gesto, aunque Rojo no tenía descuidos ni dejaba las cosas al azar.

Era tarde y la calle se volvía solitaria y tranquila, a medida que me alejaba del mercado de abastos y me acercaba a la subida que comenzaba desde la plaza de toros. Mientras divagaba, dándoles vueltas a los argumentos que tenía para culpar a Estrellado y no a Mandarino, comencé a preguntarme por el papel que jugaba en todo eso el señor Espumado. A fin de cuentas, el solar era suyo. En caso de que el arqueólogo hubiese descubierto algo valioso bajo aquellas ruinas, ¿cómo de valioso sería para detener la construcción de un hotel?, me planteé, aunque aquel disparate no fuera más que un delirio de los muchos que se me ocurrían.

A punto de llegar a mi edificio, me distraje con las luces del Auditorio de la Diputación, que seguían encendidas, a pesar de la hora que era.

Caminé por la acera del otro lado, la que subía hasta el edificio donde vivía, y observé, desde la distancia, a los últimos empleados que merodeaban por allí. De nuevo pensé en Rosario, en contarle todo aquello para conocer su opinión, su enfoque. Un destello me vino a la mente en forma de imagen y recordé lo que me había dicho sobre esa noche.

La llamé dos veces, pero la andaluza no atendía a las llamadas.

Debido a mi urgencia por resolver aquel enigma, no podía esperar a la mañana siguiente para reunirme con ella. Sabía lo que me contestaría, que no pasaría nada por esperar unas horas, pero eso no era del todo cierto. Esas horas que separaban la noche del día eran más que suficientes para que la fortuna jugara en nuestra contra. Debió de ser el vino o el ardiente deseo de hacer el bien y meterme en un asunto que no era de mi incumbencia, pero estaba decido a encontrarla en la ciudad.

Llamé a un taxi que, por suerte, bajaba hacia el centro, y le di las coordenadas exactas para que me llevara a la puerta de la Taberna del Gourmet del paseo de la Explanada, que era un coqueto restaurante. Con un poco de suerte, la encontraría en su hotel.

¿Era disparatado? Probablemente, me dije, pero tenía la confianza suficiente con ella como para abordarla a esas horas.

Un cuarto de hora más tarde, el taxi me dejó a escasos metros de la puerta del restaurante, que ya comenzaba a recoger. Me planté en la entrada y la busqué con la mirada entre las últimas mesas que terminaban la cena.

—¿Le puedo ayudar en algo? —me preguntó un mozo del servicio.

—Estoy buscando a una mujer… —dije y lo miré—. Es una mujer andaluza, morena, con una mirada única…

El tipo me miró como si le estuviera pidiendo algo imposible.

—Lo siento, pero no puedo ayudarle.

—Estaba cenando aquí, con un grupo numeroso. Seguro que la ha visto, o alguno de sus compañeros —insistí—. Rosario no pasa desapercibida, por muchas razones.

—¿Se refiere a una mujer con acento andaluz?

Lo miré en silencio y me pregunté si me estaba tomando el pelo.

—Sí.

—La cena de los periodistas…

—¡Eso es!

—Lamento decirle que se han marchado hace un rato. Ahora que lo menciona, sí… Me acuerdo de ella… —No dejé que terminara la frase cuando ya me alejaba de él, para poner rumbo al hotel en el que se hospedaba Rosario. Por suerte, no estaba muy lejos de allí y podía ir a pie—. ¡Oiga, espere! Hay algo que no le he dicho…

—¡Lo siento, chico! ¡No tengo tiempo que perder! —exclamé, sin darme la vuelta—. Al menos, contigo…

Caminé hasta la plaza del ayuntamiento, que estaba poco transitada a esas horas, y recordé, en un instante, los buenos y malos momentos que había vivido en el interior de ese hotel. De alguna manera, era como un viaje al pasado. Cuando llegué al paso de cebra, me fijé en la entrada del hotel y en las personas que había allí delante. Eran dos. Una de ellas era Rosario, aunque no logró verme a tiempo. El hombre que se acercaba a ella y la besaba, debía ser ese Mario Gómez. Todo pasó muy rápido, como el beso que le dio el tipo, antes de que ella girara el rostro en la dirección en la que me encontraba.

Sin darme cuenta, me había quedado en medio de la carretera.

Entonces, lo vi en sus ojos felinos y sentí el peligro, viniendo hacia mí.

—¡Cuidado, Gabriel!

Aturdido, tras lo que había presenciado, no fui capaz de ver el vehículo que venía hacia mí. Por desgracia, era el mismo coche que me había seguido anteriormente.

El coche me arrolló y mi cuerpo salió despedido por encima del cristal hasta que caí al suelo. De pronto, estaba encima del vehículo y, un segundo más tarde, sentía la brisa y el impacto contra el suelo. Todo ocurrió en un instante que se hizo eterno. Cuando caí, sabía que estaba vivo, porque podía respirar y sentir el dolor de la sacudida contra los adoquines.

Abrí un ojo, lentamente, y vi unos pies que se bajaban del coche y se acercaban a mí.

En un primer momento, pensé que el conductor se acercaba a socorrerme, a disculparse por lo que había sucedido, hasta que descubrí que no era así.

El individuo me zarandeó y luego me quitó el teléfono del bolsillo del pantalón. Finalmente, apresurado, regresó de nuevo al vehículo.

—¡No! ¡Oye! Mi teléfono… —murmuré, sin apenas fuerzas, y me quedé bocarriba, tirado en el suelo. Por suerte, era consciente de que el atropello no me había roto ningún hueso. De lo contrario, estaría gritando de dolor o, simplemente, no habría sentido las extremidades.

El coche aceleró y salió disparado por la vía, a pesar de la presencia de los testigos. Entonces oí los pasos de Rosario taconeando contra el pavimento, corriendo hacia mí.

—¡Gabriel! ¿Estás bien? —preguntó y vi su rostro delante de mis ojos, rodeado del manto negro del cielo y las farolas de la calle—. ¡Dime que sí!

—He estado mejor… No sé qué me duele más, mujer…

—¿Qué?

—¿Te has quedado… con la matrícula…?

—¿De qué estás hablando?

Entonces, se acercó el rostro del hombre que estaba con ella.

—Tú…

—¿Está consciente?

—Tipo listo… ¿Eh? —pregunté, aún aturdido—. No te lo voy a poner tan fácil…

Él me miró con los ojos de quien observa a un oponente. Yo le sonreí, a pesar de que mi aspecto daba pena.

—Está diciendo tonterías, así que el golpe ha debido de ser fuerte —replicó el hombre—. Será mejor que lo vea un médico.

—¡Por favor, que alguien llame a una ambulancia! —exclamó Rosario, visiblemente preocupada.

30

El golpe había sido lo suficientemente fuerte como para que perdiera el conocimiento por unos segundos, aunque quizá fueron unos minutos. Cuando desperté, lo primero que vi fueron los ojos de Rosario y su larga melena, cayendo por ambos lados del cuello. A su lado, la cabeza de ese truhan que la había besado, delante de mí. Enfrente, me fijé en el rostro de una bonita sanitaria, con el uniforme del SAMUR. Por un instante, no sabía dónde estaba, hasta que reconocí las luces de las farolas de la calle y el olor a mar que procedía de la playa.

—Parece que despierta —dijo el tipo.

—¿Me oye, señor?

—¿Gabriel? —preguntó Rosario.

Abrí los párpados y sentí que me dolían como si jamás los hubiera utilizado. Después, noté una amarga sequedad en mi boca. Hice un intento por levantarme, pero la médica me indicó que no me moviera.

—Será mejor que lo traslademos a Urgencias. Necesitamos hacerle pruebas.

—¿Pruebas? —pregunté, confundido, y aparté sus manos de mi ropa—. Estoy bien, intacto. Por favor, no me hables de usted, que no soy tan viejo.

—Eso lo tendrán que decir en el hospital.

—No tengo tiempo para jugar a los médicos —insistí y me levanté, lentamente. Por suerte, estaba intacto y eso significaba que un ángel guardián me había ahorrado una desgracia. Tal vez fuera el espíritu de ese arqueólogo o la mala maniobra de la persona que iba al volante. En cualquier caso, ahora, lo único que importaba era recuperar mi teléfono.

—Por favor, no sea terco. Es por su salud.

—¿Mi salud, eh? —pregunté y me quité el polvo de la ropa—. Al

menos, decidme que habéis tomado su matrícula.

Miré a Rosario y a Mario, pero ambos se morían de vergüenza.

Entonces, dos tipos fornidos, vestidos del SAMUR, se acercaron con una camilla para asistirme.

—Es un milagro. Puedo caminar.

—Tiene que venir con nosotros —dijo uno de ellos, con el rostro tieso y los brazos tan fuertes como dos barras de hierro—. No es una invitación.

—Yo iré con él —dijo Rosario y me sujetó por el antebrazo. Hice un gesto para deshacerme de ella, pero se negó y continuó presionándome—. Ya la has oído. No seas terco.

—No es necesario que vengas. Seguro que tienes algo mejor que hacer —respondí y señalé con la cabeza a su acompañante.

Ella resopló y miró al cielo.

—Virgen Santa… —dijo y echamos a andar hacia la ambulancia.

—¡Rosario! Te llamaré mañana.

Los miembros del SAMUR me sujetaban para que no cometiera ninguna estupidez, pero yo observaba a la andaluza, que ignoraba por completo al organizador del evento. Subimos al vehículo y me tumbé sobre la camilla. Ella se sentó a mi lado, en silencio, y después me sujetó la mano. Aquel gesto me revolucionó las tripas. Era la primera vez que mostraba afecto de esa manera, aunque no supe muy bien cómo interpretarlo, después de lo que había presenciado antes de que me atropellaran. Preferí dejar las preguntas a un lado y me concentré en aliviar el dolor de cabeza que me abrasaba las sienes. Miré hacia el techo, mientras dejaba que me auscultaran y me hicieran preguntas para comprobar mi estado.

—Parece que se encuentra estable.

—Y en la mejor de las compañías —le dije a la doctora y le provoqué una sonrisa—. Supongo que hoy es mi día de suerte.

Por el rabillo del ojo, también vi que mi compañera sonreía. Era un paso más.

Ella no iba a decir nada en público sobre lo que había pasado, ni yo iba a preguntarle por lo ocurrido, pero lo cierto era que ahora necesitaba su ayuda y no quería generar una discusión absurda que no llevaría a ninguna parte.

Llegué a Urgencias y me explicaron que me llevarían a una sala

donde compartía espacio con otros pacientes que tampoco habían tenido mejor suerte esa noche. La situación resultaba absurda, ya que me trataban como a un niño y eso me hacía reír, aumentando las sospechas de que el accidente podría haberme causado una conmoción cerebral.

Desafortunadamente, Urgencias no era el lugar más adecuado para contar chistes o hacer bromas.

Aunque siempre he detestado los hospitales, son, al igual que los aeropuertos, uno de los lugares más sinceros que existen. Ni siquiera en los funerales se percibe tanta honestidad sobre las personas, a pesar de que todos acudan por la misma razón. Allí, las sonrisas son auténticas, aunque difíciles de provocar. Los hospitales muestran esa faceta que nadie quiere ver, el fracaso que todos llevamos dentro, sin éxito al que aspirar. Los corredores de la muerte, dispuestos a decidir quién se queda y quién se va; el taller humano, donde la máquina somos nosotros y confiamos en un igual para que nos repare, siempre que sea posible. Al fin y al cabo, es el reflejo de la verdad, la evidencia de que no somos inmortales, ni de piedra. Simplemente, existimos, hasta que dejamos de hacerlo.

Tras varios intentos de insistencia, la amable médico me dejó con Rosario a solas durante un minuto, ya que no podía acompañarme al interior de la sala. Sin embargo, necesitaba hablar con ella urgentemente. Con el teléfono perdido, las fotografías de esas frases podrían acabar en manos equivocadas, si es que no lo habían hecho ya.

—¿Estás bien? Chiquillo, qué susto me has dado…

—Pues anda, que tú a mí.

—¿Qué? —Ella abrió los ojos negros y estos se clavaron en mi cara—. No puede ser verdad.

—Es tu vida, ¿vale? Ahí no me meto. Puedes hacer lo que quieras, cuando quieras y con quien quieras… ¿Qué te voy a decir yo?

Rosario me dio un golpe en el brazo, a modo de reprimenda.

—El golpe tendría que haber sido más fuerte.

—Eres un encanto.

—¿Es eso tan importante que ibas a contarme?

—Lo cierto es que no, pero debo reconocer que tampoco me lo esperaba.

—Y para zanjar el tema, no he sido yo.
—¿Cómo?
—Él ha intentado besarme.
—Yo también lo habría hecho.
—Y tanto que sí. ¿Por qué tengo que darte explicaciones?
—Has empezado tú, mujer.
—¡Ay, Dios! Si lo llego a saber…

Le tomé la mano para que se relajara y respirara. Estaba nerviosa, preocupada por mí, y yo no hacía más que caldear el ambiente.

—Escúchame, Rosario —le dije, llamándola por su nombre para que me prestara atención, y luego llené los pulmones—. Agradezco lo que has hecho por mí, pero necesito que hagas algo más.

—Ya sabía que pedirías algo.

—No dispongo de tiempo y mucho menos si no me dejan salir de aquí, pero debes recuperar el teléfono móvil que me han robado.

—Es un móvil, Gabri. Tu vida es más importante.

—Puede ser, pero también lo es la vida de Jorge Vidal. —Al mencionar al arqueólogo, su expresión cambió—. En el teléfono tenía unas imágenes de unas tablillas encontradas en la excavación. Al parecer, esas tablillas contenían un mensaje escrito en una clase de lengua ibérica que revelan algo sobre lo que hay debajo. La persona que me atropelló sabía que las guardaba, por lo que sospecho que me había seguido anteriormente…

—Illo, no tan rápido que me vas a volver loca… ¿Tú no me habías dicho que…?

—Pero he cambiado de opinión.

—¿Por qué? ¿Quién?

—¿De verdad vamos a tener esa conversación ahora? —le pregunté, y vi que la médica del SAMUR se acercaba a nosotros—. Confío en ti, Rosario, por encima de cualquier otra persona, y lo sabes.

—No me dores la píldora, que me tienes cabreada.

—De lo contrario, no te diría esto.

—¡Ejem, ejem! —carraspeó la médica.

—Un minuto, por favor.

—Ya se lo he dado.

Sin decir una palabra, la andaluza respondió con una mirada

penetrante que hizo que la mujer retrocediera.

—Vaya. Eso es saber intimidar a alguien.

—Date prisa y desembucha. La próxima vez, vendrá con refuerzos.

—Creo que sé por qué mataron a Jorge Vidal.

—¿Quién?

—No estoy seguro, tengo mis dudas. En este momento, todo indica que fue Valentina Estrellado.

—Ponme al día, Gabriel, o te juro que me estás hablando en chino.

—Es una larga historia —le dije, y Rosario sacó un bolígrafo y un pequeño bloc de notas del tamaño de su mano. Luego lo abrió y empezó a anotar—. Estrellado, búscala. Es la líder de los activistas que le lanzaron el huevo a Mandarino. También es la sobrina de Romualdo Espumado.

—¿Y quién es?

—El dueño del solar.

—¿Y por qué piensas que lo mató ella y no ese engominado de Mandarino?

—Eso es lo que intento explicarte.

—Pues lo haces fatal.

—Valentina estudió lenguas muertas antes de convertirse en ecologista radical. Por eso, el arqueólogo se acercó a ella, a través de su tío… Al descifrar lo escrito en las tablillas, descubrieron que el solar escondía algo más importante debajo, y eso fue lo que hizo cambiar de opinión a Espumado para paralizar la construcción del hotel.

—¿Algo con más valor? Pocas cosas se me ocurren, la verdad. Estamos hablando de un hotel a escasos metros de la playa… A pesar de ello, aún no tengo idea de por qué sospechas que fue ella quien lo asesinó.

—La guerra familiar que los separa.

—Así, sin más.

—A ver…

—¿Y si fue Mandarino quien descubrió el plan y la trampa que el dueño del solar le iba a poner? Sin arqueólogo, no hay excavación.

—Tiene coartada. Además, mantenían una buena relación.

—Los tipos como él siempre tienen todo lo que necesitan. Y buenos abogados.

—Eso es lo que Rojo opina al respecto.

—Rojo, tu amigo, el inspector…

—¿Qué mosca te ha picado ahora?

—Ya, entiendo lo que quieres decir, pero debes comprender que una buena periodista debe cuestionar todo. Algo que tú no estás haciendo.

—Me acabas de decir a la cara que soy un mal periodista. ¡Fantástico!

—¿También has descartado al propio Espumado?

—¿Debería?

—Quizá le importe un pimiento lo que haya bajo la tierra y solo quisiera quedar bien ante la sobrina.

—Es bastante retorcido.

—No me fastidies, chiquillo. Peores cosas hemos visto.

—En esta ciudad, todo es posible… —dije y oí los pasos que se acercaban a nosotros. Esta vez, la médica no venía sola, sino acompañada por dos celadores—. Vaya, se acabó el minuto de cortesía.

—Tenemos que hacerle pruebas. Además, la policía está ahí fuera para tomarle declaración.

—No voy a denunciar a nadie.

—Eso no me lo cuente a mí.

Miré de reojo y vi a los dos agentes uniformados, esperando a que me atendieran los médicos.

—Dudo mucho que esos dos tengan ganas de hablar.

—¿Nos acompaña?

Cuando me giré, Rosario había desaparecido de mi campo de visión y su figura se movía al final del pasillo. La vi desvanecerse como una sombra, sin dejar más rastro que el dulce perfume que siempre llevaba. Ahora que le había dado toda la información que tenía, me sentía desnudo y, a la vez, aliviado de que estuviera en manos adecuadas.

31

Los resultados de las pruebas tardarían en llegar, tiempo que los agentes aprovecharon para interrogarme sobre el accidente. No los conocía, aunque sus rostros me resultaban familiares. Probablemente, los había visto alguna vez en la comisaría, en alguna de mis frecuentes visitas al inspector. Sin embargo, ninguno de los dos actuaba como si me conocieran de nada, ni siquiera por haberme visto con el policía, ni por la fama que precedía mi nombre. Así que asumí que no serían grandes lectores, al menos de literatura de calidad.

—Un empleado del hotel ha afirmado que le han robado el teléfono móvil.

—Sí.

—¿Cómo era?

—Viejo.

El agente arqueó una ceja y guardó silencio por un segundo, dubitativo de si le estaba provocando.

—El modelo, señor.

—¡Ah! Un iPhone 4, bastante antiguo. Dudo que lo encuentren.

—¿Como este? —preguntó el agente y me mostró mi teléfono con la pantalla hecha añicos.

—Precisamente, creo que es ese —dije y acerqué la mano. Él lo alejó—. Pensaba que…

—Lo hemos encontrado en una papelera, así que no podrá denunciar el robo.

—Ya. —Había algo extraño en su manera de proceder—. ¿Puedo quedármelo?

—¿Está seguro de que es suyo? —dijo y tomó varias notas—. ¿Qué interés podrían tener en un aparato tan antiguo?

—No lo sé, agente. No soy policía —contesté con sorna. El policía me entregó el móvil y, acto seguido, quise comprobar que

las fotografías aún estaban almacenadas en la memoria. Pero no era así. Las habían borrado todas—. Demonios…

—¿Sucede algo, señor Caballero?

—Tengo la batería baja.

Los dos agentes se miraron y dieron un respingo para proceder con el interrogatorio.

—Siguiendo con el accidente, ¿recuerda el modelo del vehículo?

—Un Audi negro y alargado. Tal vez un A4, un A6, no lo sé…

—¿Sospecha que le estaban siguiendo?

—¿A mí? ¿Por qué?

—Responda, por favor.

—Estaba en medio de un paso de cebra.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el otro—. El conductor debería haber parado.

—Pero no lo hizo, agente.

—¿De verdad que no quiere poner una denuncia?

«No sé para qué», pensé, pero mantuve la boca cerrada.

—¿Saben? Soy de los que creen en el karma. El destino se cebará con él.

—Como quiera.

—Me gustaría irme a casa. Nada más.

—¿Han terminado? —preguntó la médica.

—Sí —dijo el agente—. Por nuestra parte, está todo dicho.

—Y por la mía. ¿Me puedo largar?

—Lo siento, pero debe pasar la noche aquí, señor Caballero.

—¿Y si me escapo? —pregunté y vi los rostros de los agentes que se giraban, como dos perros que reaccionan al ladrido de otro —. Estaba de broma, agentes… No iré a ninguna parte.

Ella fingió una sonrisa y yo caminé hasta la sala. Sin comerlo ni beberlo, sentía que me habían tendido una trampa para estar allí. En realidad, no les había dicho ninguna mentira a esos agentes. Creía en el karma y en los bofetones que nos da la vida para ponernos en nuestro sitio, sobre todo, si los merecemos. Por desgracia, estos no siempre llegan a tiempo y, en ocasiones, los recibimos antes de hora. En cuanto a mí, esa noche, sentía que debía salir de allí, como fuera, antes de que el karma tocara a mi puerta.

La médica me llevó a una sala de espera en la que había varias

personas, aguardando para ser atendidas. La situación era poco esperanzadora, tanto para mí como para quienes me acompañaban.

—Espere aquí y no se mueva, señor Caballero.

—Por supuesto… —dije y tomé asiento, junto a un tipo que tenía la cara magullada. No le pregunté nada al respecto, pero, por su aspecto, era probable que se hubiera metido en un lío.

Sus ojos hinchados se clavaron en mí y desvié la mirada de él. No quería que mi rostro se convirtiera en un reflejo del suyo.

Miré al techo y después comprobé la hora. Empezaba a desesperarme allí dentro, se acercaban las dos de la mañana y el olor de aquella sala me generaba náuseas.

«Ahora o nunca, Gabri», me dije, al ver que la sala se quedaba vacía y que no había rastro de la enfermera ni de los celadores a nuestro alrededor. Con disimulo y sin llamar la atención, me puse en pie, haciéndome el despistado, y salí de allí como quien ha olvidado algo en el exterior. A medida que me alejaba de la sala y cruzaba el pasillo, sentía la adrenalina que recorría mi cuerpo. ¿Estaba haciendo algo prohibido o ilegal? ¿Acaso no tenía derecho a marcharme a mi casa y dormir en mi confortable cama?, me preguntaba mientras caminaba con paso decidido, aunque algo nervioso. Lo cierto era que no lo sabía, pero jamás me había molestado en conocer lo que podía o no hacer, en aprenderme las normas, en conocer mis derechos. Allí dentro, llevarle la contraria al personal era como saltarse las reglas del sistema, o así lo sentía yo. Por un momento, llegué a pensar que Rojo tenía razón y que, realmente, estaba perdiendo la cabeza con tanta reflexión absurda.

Al llegar al exterior del hospital, miré a ambos lados y respiré profundamente el aire húmedo de la noche. Una ligera sensación de victoria se apoderó de mi cuerpo. Lo había conseguido, estaba fuera, era libre. Pero, por desgracia, la sensación me duró poco, el mismo lapso desde que salí y tropecé con la mirada de uno de los agentes de policía que me habían interrogado previamente.

Sin pensarlo dos veces, pestañeé y caminé hacia la salida, en dirección contraria, para evadir el encuentro fortuito. Durante un instante, pensé que su presencia era una auténtica coincidencia, pero cambié de opinión al ver que comenzaron a moverse en mi dirección. ¿Me estaban siguiendo?, me planteé. No podía ser cierto, pero tampoco tenía tiempo para averiguarlo. De hacerlo, me

intrigaba la razón que tenían para ello. Puesto a salir de dudas, decidí comprobar si realmente seguían mis pasos o había sido otra de mis alucinaciones.

Bordeé el hospital y salí por la Gran Vía, que estaba despejada a esa hora. No había rastro de los policías, aun así, no debía confiarme. Con el corazón en un puño, me acerqué a un taxi que había parado, a la espera de su próxima carrera. Eso era mi salvación.

Levanté la mano para tomarlo, cuando vi a un tipo que corría hacia él.

—Pero, ¿qué demonios? —pensé en voz alta y me acerqué al coche, al anticipar la jugada del desconocido—. ¡Oiga! Yo lo he visto antes.

—¿Acaso lleva su nombre? —preguntó al abrir la puerta.

Miré al taxista, que se encogió de hombros, como si no le importara a quién llevar.

—¿En serio? —pregunté y vi cómo abría la puerta—. Este taxi es mío…

Cuando intentó cerrar la puerta, la sujeté para que no lo hiciera.

—¿Qué haces, pedazo de idiota?

—Solucionemos esto como hombres —le dije, dispuesto a dialogar.

—¿Es lo que quieres? —preguntó, sin darme el derecho a replicarle—. Ven aquí, que se te van a quitar las ganas de hablar.

—¿Cómo? ¡No! A ver, me refería a lanzar una moneda…

En ese momento, el hombre se mostró enfurecido y decidido a obrar, aunque sin diálogo de por medio. Sin que lo esperara, intentó golpearme, pero su lentitud fue mi salvación para lograr esquivar el puñetazo.

—¿Será verdad que ha intentado agredirme?

La hizo por segunda vez y no tuve más remedio que responder.

Ágil, al ver su brazo por encima, lo agarré, a modo de defensa, y tiré de él para lanzarlo contra los contenedores de basura que había a escasos metros de nosotros. La llave fue rápida, aunque sin ninguna elegancia. El tipo salió hacia ellos, chocó con el exterior de uno y quedó aturdido tras el choque. No había sido un impacto severo, pero lo suficiente como para desconcertarlo. Me asomé a la puerta del conductor y le pedí que me llevara antes de que la

situación empeorara.

—Esto no habría pasado si me hubiese hecho caso.

—Lo que usted diga. ¿A dónde vamos?

Antes de darle mi dirección, avisté unos faros que se asomaban por el cruce de la calle de atrás. No eran los de la policía, sino los de otro coche que había visto antes.

—Oh, no… —murmuré al ver el Audi negro que recortaba la distancia.

—¿Se va a decidir? —preguntó y miró de reojo al individuo que me había atacado, que se ponía en pie y se acercaba al vehículo—. Si no, tendrá que bajarse del taxi y cruzar unas palabras con ese tipo.

—Salga de aquí. ¡Vamos! Tire por la Gran Vía y después baje a la rambla. Eso bastará.

—Como quiera —murmuró y nos pusimos en marcha. El conductor no se había dado cuenta de la presencia del otro coche, hasta que el vehículo de la policía apareció en su radar. Sus ojos se clavaron en el espejo retrovisor—. Lo sabía, ellos siempre tan oportunos.

32

Miré hacia atrás, observando el coche patrulla, y tuve un mal presentimiento sobre lo que iba a suceder. No sabía si perseguían al otro vehículo o a mí, pero era esencial desaparecer de la vista de ambos si queríamos evitar problemas. En ese instante, vi un semáforo a punto de cambiar de color. Si nos deteníamos, probablemente nos encontraríamos en una encerrona. Me incliné hacia el asiento del conductor desde atrás para hablarle.

—Escuche, seré claro con usted. Nos están siguiendo en ese Audi, ¿lo ve?

El taxista, confundido, observó por el retrovisor y reconoció el vehículo.

—¿A nosotros?

—Sí.

—Mierda…

—Por favor, tiene que esquivar ese coche, o nos encontraremos en un gran problema.

—¿Esquivar? ¿Y qué hay de la policía? ¡Está justo detrás!

—¡Lo sé! Pero no es el momento más adecuado para detenernos a charlar.

El hombre aceleró un poco y notó cómo la berlina alemana ganaba terreno rápidamente. Tras reflexionar sobre mis palabras, preguntó:

—¿Son peligrosos?

—Me temo que sí.

—Carajo… Y hoy no debería estar trabajando —murmuró, sin quitar los ojos del espejo retrovisor. Luego, me miró y vio el temor en mi rostro—. Póngase el cinturón y sujétese bien.

Me recliné, asegurándome de que el cinturón de seguridad estaba bien ajustado. Al oír el clic, vi cómo la mano del conductor se posaba sobre la palanca de cambios. Primero, cambió de marcha;

después, el motor rugió con fuerza y, finalmente, pisó el acelerador a fondo. La adrenalina inundó mi cuerpo mientras el taxi parecía despegar del asfalto.

Después de pasar el semáforo, el conductor verificó que los otros dos coches se quedaran atrás. Sin embargo, en la recta de la Gran Vía, el Audi aceleró y consiguió seguirnos. La temeridad de ambos conductores provocó que el coche patrulla diera el primer aviso.

—Estupendo… Ahora tenemos compañía… —masculló el taxista, transformándose en un improvisado piloto de carreras.

La policía activó la sirena y las luces antes de unirse a la persecución. Si ya teníamos problemas, ahora el motor alemán se acercaba peligrosamente. Miré hacia atrás y vi los intimidantes faros del Audi.

—¡Haga algo! ¡Nos están alcanzando!

—¡Estoy en ello!

El primer choque ocurrió segundos después, cuando el Audi golpeó la puerta de mi lado. La oscuridad impidió que viera los rostros de los ocupantes, aunque distinguí dos siluetas. Antes de que pudiera fijarme más, el coche hizo un giro brusco intentando sacarnos de la carretera. El taxista maniobró rápidamente, casi llevándonos a la acera. Por suerte, fue lo suficientemente ágil para encontrar una salida rápida. El Audi continuó de largo, como un proyectil.

—¡Uf! Eso ha estado cerca… —exclamé al ver cómo se alejaba en la oscuridad. Entonces, el resplandor de las luces azules llenó el retrovisor—. Pero ahora están más cerca.

—Maldita sea, voy a perder mi licencia por su culpa.

—No es momento de lloriquear, ¿no cree?

La policía se acercaba cada vez más.

—Le juro que, cuando esto acabe, se acordará de mí.

—Concéntrese en conducir y deje las amenazas. Ahora somos un equipo.

—¿Un equipo?

—Piénselo así. Ambos estamos en el mismo lío.

—Hay que joderse —dijo y siguió conduciendo, a pesar de que el coche patrulla nos pisaba los talones.

Afortunadamente, parecía que los agentes no estaban familiarizados con los recovecos y secretos que guardaba el norte de

la ciudad, una ventaja que el taxista explotaba con habilidad. Con una destreza que solo pueden tener aquellos que han recorrido esas calles incontables veces, maniobraba el vehículo con una soltura que casi podía considerarse artística. Sin embargo, en un instante que pareció cortar el continuo fluir del tiempo, el taxista ejecutó un giro inesperado y brusco, abandonando la carretera principal para adentrarse por un camino de asfalto irregular y poco transitado, que se internaba en un solar abandonado y desolado.

Al sumergirnos en la oscuridad con las luces apagadas, el silencio del exterior pareció engullirnos. La tensión en el aire era palpable, y mi pregunta no tardó en romperla.

—¿Qué hace? —mi voz sonó más aguda de lo que pretendía.

—Desaparecer. ¿No era eso lo que quería? Pues ahora lo ha conseguido —respondió él con un tono que rozaba la indiferencia.

—Pero…

—Tranquilo. Confíe en mí. Somos un equipo, ¿no? —su respuesta intentaba ser reconfortante, pero la incertidumbre tejía una red que se cerraba sobre mi raciocinio.

—No estoy tranquilo, ni confío en usted —confesé, sintiendo cómo cada palabra incrementaba la distancia invisible entre nosotros.

—No se preocupe —dijo luego, lanzándome una mirada que capté a través del espejo retrovisor. Sus ojos brillaban con un matiz de sospecha y secreto—. Pronto se habrán olvidado de nosotros.

Tragué saliva, intentando disimular mi nerviosismo creciente, y miré a ambos lados.

El paisaje, que antes se definía por luces y sombras urbanas, ahora era un oscuro manto de vegetación y silencio. La seguridad del pestillo en la puerta me recordaba que no tenía escapatoria fácil sin riesgo. No sería tan imprudente como para intentar abrir la puerta en movimiento, pero la ansiedad de permanecer más tiempo del necesario en ese vehículo cerrado comenzaba a ser abrumadora.

A medida que nos adentrábamos más en ese laberinto de oscuridad, nos alejábamos cada vez más de la seguridad de la ciudad, del cemento y de las edificaciones medio terminadas que formaban parte de un horizonte cada vez más lejano. No sabía a dónde nos dirigíamos, y cada minuto que pasaba, la inquietante sensación de peligro se apoderaba cada vez más de mí.

Las palabras del taxista resonaban en mi mente, martilleando la duda y el temor.

¿Realmente había sido una buena idea subir a ese coche? La incertidumbre era ahora mi única compañera en ese viaje hacia lo desconocido.

33

El conductor salió de la carretera secundaria, envuelta en oscuridad, y detuvo el coche al borde del camino de grava. Nos quedamos en silencio durante unos instantes. Contuve las palabras un poco más, aunque no parecía que fuese a suceder nada allí. Cualquier grito de auxilio se perdería en el interior del vehículo. El hombre suspiró, cansado como un oso tras una larga jornada de caza, bajó la ventanilla y dejó que el aire húmedo de la noche invadiera el coche.

—Parece que ya no nos siguen —comentó, mirándome a través del espejo—. Puede quitarse el cinturón. Parece algo agobiado.

Seguí su consejo y me liberé del cinturón. Luego, exhalé todo el aire que me quedaba en los pulmones. Aunque no debía relajarme, podía sentir que el peligro había desaparecido.

—¿Dónde estamos?

—¿Qué más da, verdad?

—Hombre, no quiero ser grosero, pero sí que importa…

—Al norte de la ciudad. La policía no suele pasar por aquí —explicó, sin transmitirme mucha seguridad—. Me gusta detenerme en este lugar cuando necesito echar una siestecita. Nadie me molesta.

—No hace falta que lo jure, especialmente a estas horas. ¿Podemos regresar?

—¿Y que nos vean de nuevo? Ni hablar. Además, seguro que tienen la matrícula del taxi. Cojones, ¿qué le contaré ahora a mi cuñado…?

—¿Qué tiene que ver su cuñado en esto?

—La licencia y el taxi son suyos. En fin, ya apañaremos algo, ¿verdad?

—Prometo pagarle por el servicio, pero, ¿podría llevarme a mi casa? —le pregunté, insistente y algo desconfiado por el carácter cambiante del hombre. Había tenido suficientes intrigas y aventuras

por hoy—. Me gustaría descansar.

El hombre ignoró mis palabras y buscó un paquete de cigarrillos en la guantera. Me ofreció uno, pero lo rechacé cortésmente.

—¿Le importa?

—¿A su cuñado?

—A mí me importa tres cojones lo que le importe a mi cuñado.

—En ese caso, adelante.

El hombre rio y encendió el cigarrillo.

Luego, exhaló el humo por la ventanilla y me echó un vistazo a través del retrovisor.

—Su cara me suena, ¿es político o algo por el estilo? Creo que lo he visto en algún lugar.

Tosí para aclararme la garganta. No sabía a dónde me llevaría la conversación ni qué intenciones tenía conmigo. Aunque miraba a mi alrededor, todo estaba oscuro y no tenía posibilidad de escapar de allí con vida. Así que me relajé, o al menos lo intenté.

—No lo sé. Tal vez haya subido antes a este taxi. ¿Quién sabe?

—Ya… Creo que lo he visto en algún lugar.

—¿Por qué seguimos aquí?

—Ya se lo he dicho. Estamos esperando a que las moscas se alejen.

—Creo que ya les ha dado esquinazo.

El hombre seguía reflexionando sobre el porqué de su pregunta.

—¿Es famoso?

—No…

—Vaya. Yo diría que sí… —dijo y se rio. Luego, dio una larga calada al cigarrillo y lo apagó en el cenicero del coche. Después, arrancó el motor—. Ya sé de qué lo conozco.

El individuo volvió a reír, esta vez con una cierta complicidad. No entendía el motivo ni la razón, pero tampoco quería averiguar más. Solo deseaba estar en mi cama.

—Sería mejor que volviéramos al centro de la ciudad, ¿no le parece? Empieza a hacer frío aquí dentro.

—Si quiere, pongo la calefacción.

—No es necesario. Me gustaría regresar a mi casa.

—Usted manda.

El conductor puso el coche en marcha y nos dirigimos al centro, por el mismo camino que había usado para alejarnos de los otros

coches. El trayecto apenas duró un cuarto de hora, pero se hizo eterno.

No podía quitarme la sensación de ser perseguido por los otros dos vehículos.

Era consciente de que lo ocurrido esa noche me traería más problemas de los que ya tenía, pero, a veces, lo único que podemos hacer es entregarnos a la marea del destino. El taxista me dejó en la puerta del edificio donde vivía. Saqué la cartera para pagarle la carrera, pero él se negó a cobrar el servicio.

—En serio, no hace falta. No todos los días uno lleva a un famoso en medio de una persecución.

—Si insiste…

—¿Podría hacerme una foto con usted? Seguro que mi cuñado lo entenderá.

—Claro… —le dije y me coloqué en el hueco que había entre los asientos. El tipo sacó el teléfono y tomó una fotografía frontal que inmortalizó el momento. Cuando me la mostró, vi mi rostro, desencajado, pálido y agotado—. Hemos salido estupendamente.

Bajé del coche y me despedí, sin esperar a que se fuera, y me apuré para entrar en el portal del edificio. Al cerrar la puerta del rellano, sentí un enorme alivio por todo el cuerpo.

Estaba a salvo, en casa, de una maldita vez.

Tomé el ascensor y subí hasta el apartamento. Una vez dentro, comprobé la hora y vi que eran las dos de la madrugada. No me importó, pues solo pensaba en dormir, como si no hubiese mañana, como si no existiera para nadie. Aunque no llegué a preguntarle, me rondaba la duda de por qué ese hombre me había confundido con una persona famosa. No lo era, jamás lo había sido y, la poca fama que había tenido, de ningún modo había trascendido tanto. No le di más vueltas y decidí poner fin a la jornada, de una maldita vez, pensando que, cuando amaneciera, se reiniciaría el contador de la vida.

Tras una ducha, me metí en la cama y caí profundamente en el sueño. A lo lejos, me pareció oír el zumbido del teléfono y el sonido de una notificación del móvil. No me moví y seguí durmiendo. En unas horas, descubriría por qué ese hombre me había reconocido.

34

Tras una larga pesadilla en la que un coche negro me perseguía, el sonido del teléfono me despertó. Había dormido apenas cinco horas y me sentía exhausto, pero el continuo zumbido de las notificaciones me obligó a levantarme de la cama. El «modo avión» era el mejor invento de los teléfonos inteligentes, especialmente antes de dormir, pero la noche anterior, había olvidado activarlo. Al coger el móvil, la cantidad de mensajes en la aplicación de mensajería me abrumó.

¿Qué había pasado en esas cinco horas?, me pregunté agobiado, creyendo por un momento que aún soñaba. Sin embargo, hubiera preferido que así fuera, pero la pesadilla se había trasladado al mundo real.

Al abrir la aplicación, encontré varios mensajes de Lara preguntándome qué había hecho. El tono de los mensajes se iba caldeando debido a un enfado que parecía injustificado. Se preguntaba por qué había sido tan despreciable, tan oportunista, y me amenazaba con llevarme a los tribunales, dado el contexto, si no retractaba y admitía mi culpa públicamente. Quería que hiciera una declaración sobre algo que desconocía y comencé a sospechar que se refería a los excesos de la tarde anterior. Desafortunadamente, los mensajes se prolongaban y ella aprovechaba para lanzar toda clase de insultos a su alcance.

«Estás acabado», fue su golpe final, sin yo entender bien el motivo.

A continuación, adjuntaba un enlace a un periódico sensacionalista de tirada nacional. Al abrirlo, comprendí la razón de su ira y la mía empezaba a crecer.

Alguien nos había fotografiado juntos durante la comida en el restaurante de Santa Pola y también en el hotel. Las imágenes, tomadas de cerca, nos mostraban en una situación comprometida,

especialmente a ella, muy cariñosa y apasionada.

Era una manipulación flagrante, pero incontestable.

Nos habían atrapado juntos en un hotel. Nuestros rostros mostraban claros signos de embriaguez, así como nuestros movimientos al salir del descapotable. Habíamos caído en una trampa muy baja y el enfado de Lara era más que justificable. El problema era que ella creía que yo había orquestado todo.

Lamenté lo ocurrido mientras intentaba calmar el odio que crecía dentro de mí. A pesar del dolor, no podía desviarme del asunto principal. La noche anterior, aquel Audi me había perseguido y ahora estaba seguro de que alguien trataba de sabotearme para que no investigara sobre la muerte de Vidal. Existen métodos muy ruines para eliminar a alguien de la ecuación, especialmente si se convierte en un problema. El descrédito era uno de ellos, mucho más efectivo que el asesinato o la detención. Yo representaba un gran problema para quienes no querían que siguiera indagando en sus asuntos, como una garrapata que no se suelta, y parecían dispuestos a todo para hacerme desaparecer.

Esa mañana, ni la música de Coltrane conseguiría aliviarme el mal humor. Tomé una ducha y me vestí con una camisa color salmón y unos pantalones chinos blancos para recibir el día veraniego que asomaba por la ventana. Nuestra vestimenta y cómo nos mostramos al mundo también dicen mucho de nosotros. Aunque no lucía mi mejor aspecto, no iba a permitir que eso desluciera mi presencia.

Preparé café en la cocina y encendí la radio para escuchar las noticias locales de la mañana. No esperaba gran cosa de un medio convencional, pero pensé que quizás la publicación de las fotos estuviera relacionada con algún acontecimiento reciente. No fue así; nadie mencionó a Lara ni a mí, algo que ya anticipaba. Sin embargo, uno de los locutores sí habló de lo ocurrido días atrás en una excavación arqueológica. Tan pronto como empezó a hablar del tema, presté atención. La policía continuaba con la investigación, aunque oficialmente se consideraba un crimen. ¿Pasional?, pensé, aunque no confirmaron nada al respecto. No obstante, la escucha valió la pena cuando mencionaron el perfil de Jorge Vidal, divorciado y sin hijos.

Esa información me llevó directamente al anillo que guardaba

en la mesilla de mi habitación. Caminé hacia el dormitorio, abrí el cajón del mueble y lo encontré entre los tiques del aparcamiento y las cajas de aspirinas. Lo observé detenidamente en busca de alguna inscripción que hubiese pasado por alto, pero el interior estaba limpio, no había nada escrito en él.

—Es extraño… —me dije, cuando, en ese momento, el móvil comenzó a vibrar. Guardé el anillo en el bolsillo del pantalón, pensando que podría ser útil más adelante, y me dirigí hacia el aparato.

Al comprobar la pantalla, leí el nombre de Rosario.

—Buenos días. Yo también te echaba de menos.

—¡Eres un cretino!

—Pero no de esa manera. ¿Te ha sentado mal el café? ¿O las noticias?

—Vete al diablo, muchacho. Yo, preocupada por ti, dejándote mensajes, y tú por ahí, con esa pelandusca…

—¿Perdona? ¿Desde cuándo…?

—¡Mira! Me da igual que tengas un lío con esa presentadora, pero, al menos, puedes contestar a mis mensajes, ¿no crees? Se llama educación.

Me detuve por un instante y sonreí para mis adentros.

¿Era la primera discusión de pareja que teníamos?, me pregunté.

Sí, lo era. Pero no podía comentárselo. ¿Éramos una pareja?, me volví a preguntar. Quizás, aunque no en el sentido que la gente suele entender las relaciones. Lo que había entre Rosario y yo era una tensión sin resolver. A menudo me preguntaba a dónde me llevaría todo eso.

—Ha sido una trampa, Rosario. Tienes que creerme.

—Si me dieran un euro por cada vez que has dicho eso… Me habría comprado un chalet en Puerto Banús.

—No hay nada entre Lara y yo, tienes mi palabra.

—Tu palabra tiene un precio, Gabriel. Además, es bastante bajo. ¿Estás negando lo evidente?

—¿Dónde has visto esas fotografías?

—Están por todo el ciberespacio.

—No es lo que parece.

—Te digo lo que se ve, no lo que parece. Lo primero es objetivo, lo segundo es una interpretación. Desafortunadamente, en este

mundo en el que vivimos, lo segundo tiene más importancia que lo primero.

—¿También para ti?

—Eso no importa ahora, pero es indiscutible que nadie te va a tomar en serio, menos aún después de esto.

—¿Tú tampoco? —le pregunté, insistiendo. La andaluza tenía una maestría innata en esquivar mis preguntas capciosas—. Debes confiar en mí. Solo fuimos a comer para que me contara lo que tramaba con esos dos empresarios.

—No me des explicaciones, Gabriel. No las necesito.

—Si te cuento la verdad, te enfadarás aún más.

—Ah, ¿sí? No estoy enfadada. Puedes intentarlo.

«Buena jugada, pero no voy a caer en tu trampa», me dije, sabiendo que era un cebo para que mordiera el anzuelo.

—Te daré un dato importante. El anillo que te mostré, ¿lo recuerdas?

—Como para olvidarlo… Hace tiempo que no veía algo tan feo.

—Sospecho que no es del arqueólogo.

Rosario hizo una pausa momentánea, un silencio de sorpresa.

—¿Entonces?

—Jorge Vidal estaba divorciado, sin hijos. Es extraño que alguien lleve el anillo de una relación fallida.

—Una ruptura sin superar, un modo de encajar en la sociedad… Se me ocurren muchas maneras de usarlo.

—Y a mí muchas otras para no volver a usarlo.

—Porque eres un rencoroso y un vengativo.

—¿En serio?

—Tan solo bromeaba. Sigue…

—Si contamos con que la persona que lo enterró perdió el anillo, cerraremos el cerco de sospechosos.

—No sabía que teníamos uno.

—Ahora sí.

—¿Qué has averiguado?

—Es largo de explicar.

—¡Oh, no! Eso significa que no tienes nada.

—Durante la excavación, encontraron una tablilla con unas frases escritas en algún tipo de idioma íbero. Vidal no estaba seguro del significado, así que pidió una segunda opinión. Y eso me dirige

a Espumado.

—¿El dueño del terreno?

—Mis pesquisas me han llevado a descubrir que Valentina Estrellado es su sobrina. Él fue quien los puso en contacto para descubrir qué significaban esas frases.

—Y crees que esa es la razón por la que lo mataron.

—Puede ser. Desconocemos el significado, pero estoy seguro de que tiene más valor de lo que podríamos pensar.

—Me pones nerviosa cuando empiezas con tus juegos, Indiana Jones.

—Tan solo quiero hablar con él, averiguar qué pasó en ese encuentro y por qué lo mataron. Ahora que sé que el anillo no pertenece al arqueólogo, debo encontrar a la persona cercana a él que lo perdió, y…

—Estás jugando con fuego. Te vas a quemar y vas a meter la pata hasta el fondo. Deberías dejarlo en manos de tu amigo. No dirás que no te lo advertí.

Pero ambos sabíamos que el caso se ponía mucho más interesante.

—¿Y que se quede otro periodista con la exclusiva? Ni hablar —afirmé, con orgullo—. Si solo otras dos personas conocían el significado, es evidente que el asesino debió de ser Espumado o Valentina.

—¿Qué hay del resto?

—¿Resto?

—Espumado tiene una estrecha relación con Mandarino, así como la tenía el arqueólogo. Ni que decir tiene, que esa activista lo compartiera con su grupo de amigos… Si no quieres que algo se sepa, no lo digas, o entiérralo. Los secretos tienen patas y suelen caminar muchos kilómetros.

La reflexión de Rosario no iba desencaminada, pero tenía un poso de pesimismo que no estaba dispuesto a tolerar. Si el secreto había salido de esa reunión, me enteraría, de una manera u otra. Para aclarar inquietudes, debía entrevistarme con Espumado. Iba determinado a averiguar quién había matado a Vidal y estaba seguro de que ese anillo pertenecía a la misma persona.

35

Dado que no tenía noticias sobre Rojo y su teléfono móvil no funcionaba, no tuve más remedio que utilizar el ingenio para localizar la dirección de las oficinas de Romualdo Espumado. Me desconcertó, dada la manera en que se había despedido la noche anterior, tras nuestro encuentro en el bar. Sin embargo, conocía su manera de actuar y decidí seguir adelante con mi día.

Antes de que me diera cuenta, su sombra acabaría cayendo sobre la mía.

El promotor contaba con una página web sobria, con un número de teléfono y una dirección que bastaron para localizarlo en el mapa de la ciudad. A su edad, supuse que preferiría dedicarse a la venta de terrenos o a la promoción de obras, en vez de disfrutar de su jubilación, compartir tiempo con la familia o broncearse bajo el sol mientras leía novelas del oeste. Se dice que el dinero llama al dinero y Espumado era uno de esos que nunca parecían tener suficiente. Pero, al igual que el agua es capaz de resquebrajar un muro, la fortuna también se escurre entre los dedos cuando pesa demasiado. Algo similar le sucedía a Espumado, especialmente después de descubrir que Valentina Estrellado era parte de su familia. No me sorprendió que mantuviera a la activista, siempre que ella siguiera desempeñando su papel. ¿No es así como funciona el mundo?, me pregunté de forma retórica.

Salí de casa y me subí al Porsche para conducir hasta la oficina en la calle Castaños. Llegar allí no sería complicado, a pesar del tráfico matutino y de las dificultades para manejar por esas calles. Con gafas de sol y perfumado como si fuera a una primera cita, bajé la capota del cabriolé y dejé que el sol matinal inundara el vehículo. Por suerte, los rayos aún no eran lo suficientemente intensos como para convertir la tapicería en un asador. Quienes no conducen descapotables suelen pensar que son vehículos estivales. En

realidad, son poco prácticos y adecuados para alguien caprichoso como yo, sin necesidad de otro tipo de vehículo para el día a día. Contrariamente a la creencia popular, no hay nada peor que conducir un descapotable en verano, al menos en el Levante y durante el día, hasta que cae el sol y la noche se torna más agradable.

Y, aun así, nunca me arrepentí de esa compra.

Estacioné en el aparcamiento de la Muntanyeta y caminé por los estrechos callejones del casco antiguo, evocando momentos del pasado, que habría preferido olvidar. Finalmente, llegué a la tranquila calle de los bares, aún dormida por la resaca de la noche anterior. La oficina estaba en el entresuelo de uno de los edificios al final de la calle. Crucé el robusto portal y subí las escaleras hasta la entreplanta. Apenas entré y la secretaria me lanzó una mirada, como si no esperara mi presencia.

Adopté mi táctica habitual, sonreí y me quité las gafas. Mi presencia era suficientemente encantadora para desarmarla.

—Buenos días —le dije, antes de que pudiera interrogarme y comenzar a sospechar—. Vengo a ver a don Romualdo.

Ella levantó una ceja, confundida, y sus ojos se clavaron en la agenda que tenía delante. Como era de esperar, mi nombre no figuraba en ella, pero mi confianza hizo que dudara de sí misma y temiera haberse equivocado. En ese momento, noté que era un poco despistada, lo cual podía jugar a mi favor.

—¿Tenía una reunión?

—Así es.

—El señor Espumado aún no ha llegado. No tenía constancia de que… ¿Cómo se llama?

—Vaya. —Chasqueé la lengua y luego carraspeé—. Debe de ser un error. Había quedado con él aquí, en su oficina.

Luego, comprobé la hora en el Tissot que llevaba para la ocasión y permití que ella lo viera. No era un gran reloj, de hecho, era bastante normal, nada comparado con los Rolex que solía usar el dueño de la promotora, pero lo suficientemente brillante como para captar su interés.

—Lo llamaré —dijo, nerviosa.

—Gracias.

Avancé hacia el interior de la oficina, mostrándome tranquilo.

No estaba invadiendo ningún lugar prohibido, ni podía ser denunciado por esa visita. Así que seguiría desempeñando mi papel hasta el último segundo. Ella descolgó el teléfono y esperó unos instantes hasta que Espumado respondió.

—Buenos días, don Romualdo. Sí, soy yo. Hay un hombre preguntando por usted —dijo, y por el rabillo del ojo noté cómo me miraba y bajaba el tono de voz—. No lo sé, no me lo ha dicho. Está bien, gracias.

Colgó y aproveché la ocasión para girarme hacia ella.

—¿Todo bien?

—El señor Espumado está a punto de llegar. Todavía no me ha dicho su nombre.

—Él sabe quién soy.

—Pero yo, no…

Le sonreí por segunda vez. En esta ocasión, me evaluó con su vistazo y me hice una idea de lo que ese hombre le habría dicho. ¿Esperaba acaso mi visita? De ser así, me habría asombrado.

No tuve tiempo para escabullirme de su escrutinio. Antes de que pudiera inventarme una excusa, Romualdo Espumado apareció por la puerta, vestido con un traje holgado y un sombrero similar al que llevaba el día fatídico de nuestra presentación, y con el rostro tenso, una expresión que parecía habitual en él. Sus ojos se clavaron en los de la secretaria, a quien saludó brevemente. Se quitó el sombrero y lo colgó en un perchero de la entrada, junto a otros tres. Luego, se fijó en mí y frunció el ceño. No, no me esperaba, y lo supe al notar su reacción.

—Usted.

—El mismo que viste y calza. Bonita colección de sombreros, por cierto.

Durante un instante, vaciló en tomar una decisión.

Por su comportamiento, intuí que debatía entre atenderme o echarme a la calle. Sorprendentemente, algo lo hizo elegir la primera opción.

—Marisa, no me pases visitas hasta que te lo diga, ¿entendido?

—Sí, don Romualdo —respondió, y los dos me miraron en silencio por unos segundos.

—Por favor, sígame —me dijo luego el hombre y lo acompañé hasta una sala de reuniones, con cristales opacos. Entramos y él

cerró la puerta.

36

—¿Café? —me preguntó, sentado en un extremo, con los codos apoyados en la mesa de roble—. Aprovéchelo ahora. La próxima vez, no seré tan amable.

—No hará falta, créame. Pero, un café estará bien… —le dije y el hombre llamó a la secretaria para pedir que trajera dos cafés. Luego, regresó a su asiento. Me sorprendió que me esperara, y eso no era bueno, al menos para mí—. Debo reconocer que me ha sorprendido su actitud.

—Vaya al grano, juntaletras. Supongo que quiere dinero. ¿No es así? Ponga una cifra, no sea tímido.

—¿Cómo dice? —pregunté, desconcertado—. No sé por quién me toma…

—No se ande con rodeos, ni con chantajes. Soy un hombre ocupado y no tengo toda la mañana… —dijo y chasqueó la lengua —. Ha descubierto que Valentina es mi sobrina y ahora piensa verter barbaridades e infamias sobre nuestra familia, hasta que alguien le cierre el pico. Pues bien, ya lo tiene. Le firmaré un cheque y se olvidará del asunto.

Fruncí el ceño y me sentí ofendido, por un segundo. Aunque la oferta era buena y no solía desperdiciar ocasiones como esa, me molestó que me tomara por esa clase de periodista. Al final, tendría que darle la razón a Rosario.

—Escuche, no estoy aquí por eso.

Pero el hombre me miró desafiante.

—Dígame algo. ¿Ha sido ella? Lo sabía. Maldita cría consentida.

—No, no ha sido ella. Ni siquiera me ha hablado de usted. Estoy aquí por el asesinato de Jorge Vidal.

Por primera vez, llamaba a los hechos por su nombre, sin temor a las represalias.

—¿Cómo dice?

—Por eso he venido a hablar con usted. Tengo una idea de lo que ocurrió la noche en la que Vidal murió asesinado… y estoy investigando los hechos.

—¿Asesinado?

¿Bromea?

—En absoluto, aunque, ahora que lo dice…

Por un instante, pensé que me estaría tomando el pelo, pero su expresión era natural.

—Desconozco si es tan ingenuo como parece o pretende tomarme por idiota, pero Jorge Vidal no cayó por accidente en ese hoyo. Alguien lo enterró allí después de que descubrieran el significado de esas tablillas… —A medida que hablaba, su rostro se convertía en un sinfín de pliegues—. Me pregunto qué escondían esas tablillas como para frenar la construcción de un hotel, pero lo cierto es que le costó la vida a ese hombre, así que debió de ser importante.

—Cretino…

—Hasta donde sé, solo dos personas más conocen el contenido de esas tablas. Vaya… parece sorprendido.

—¡Ella no lo hizo!

—¿Se refiere a su sobrina? —pregunté y noté el brillo en sus ojos. Entonces, reculé para evitar la confrontación—. Nadie la está acusando, señor Espumado.

Con una reacción muy diferente a la que había mostrado el día que se descubrió el cadáver, ahora el promotor de terrenos parecía asfixiado en ese despacho. Se aflojó el nudo de la corbata y noté el sudor de su frente. Una mano invisible lo agarraba de la garganta. Entonces, abrió la ventana para que corriera el aire. Estaba preocupado porque mis pesquisas llevaran a su sobrina, a pesar de que yo era el primero que no tenía ninguna sospecha sobre ella. Tal vez, tuviera que empezar a considerar esa opción.

—Valentina siempre ha sido una mujer conflictiva, un tanto peculiar. Es buena persona, pero tiene problemas a la hora de elegir las causas… —explicó, a medida que se recuperaba del sofoco—. Tiene razón. Ella estaba conmigo. Solo nosotros supimos lo que contenían esas tablillas.

—¿Qué significaban?

—¡Y yo qué demonios sé! —bramó. Noté cierto aire esquivo en

sus palabras—. Créame, si lo supiera, ni usted ni yo estaríamos aquí.

—¿Por qué dice eso? No existe ninguna explicación que cambie los hechos.

—Ese hombre está muerto y ese solar está maldito. Se ha llevado el secreto a la tumba. ¿Sabe por qué? Porque ellos no quieren que se sepa.

—¿Ellos? Lo siento, pero creo que me he perdido… Hay demasiada gente en esta ecuación.

—¡Los muertos, maldita sea! ¿Es que no lo ve? Desde el principio, supe que levantar un hotel ahí, no era una buena idea.

—Ni ahí, ni en ninguna parte.

—Llámeme escéptico, pero pongo en duda que haya sido un fantasma.

—¡Ni lo mencione!

—Está bien.

—Lo que más lamento es tener cierta culpa en todo esto. No sé si volveré a dormir.

—Estoy seguro de que su médico puede recetarle algo —dije y busqué la manera de cambiar de tema. No entendí muy bien que, un tipo como él, tuviera aprensión a los fantasmas, pero todos poseemos nuestros temores. Busqué el anillo en el bolsillo del pantalón y lo saqué para mostrárselo, con la esperanza de que aclarara la situación—. ¿Le resulta familiar?

Los ojos saltones de aquel hombre enjuto se posaron sobre él, como si fuera la primera vez que lo veía. Esa no era una buena señal, pues esperaba que desviara la mirada o que respondiera de manera errática. Para mi sorpresa, su reacción fue de lo más natural.

—No lo he visto jamás. ¿Qué es?

—Un anillo.

—Es evidente. Y muy feo, además. ¿Es del difunto?

—No estoy seguro.

—¡Por Dios! Aparte eso de mi vista.

—Le acabo de decir que no estoy seguro. Jorge Vidal estaba divorciado.

—¿Entonces? ¿Por qué me lo muestra?

Me fijé en sus dedos gruesos y peludos. Había una alianza

dorada en uno de ellos.

—Es evidente que no es suyo. Me preguntaba si podría pertenecer a su sobrina.

—¿Qué? —preguntó, desconcertado—. No, ni hablar.

—¿Alguna idea?

El gesto del hombre se volvió misterioso.

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Eso no importa ahora. Responda, por favor.

—Si es una prueba válida, ¿no debería estar en poder de la policía?

Cerré el puño y aparté el anillo de su vista, antes de que intentara arrebatármelo. Era obvio que sabía algo sobre él, aunque no me quería contar la razón.

—Este anillo estaba enterrado, cerca del cadáver de Jorge Vidal. Aunque no es una prueba irrefutable, ni aporta nada a la investigación, tengo la sensación de que podría llevarnos a la persona que mató y enterró al arqueólogo. Por eso tengo tanto interés en encontrar al dueño.

—Ajá. Entiendo… —dijo y se frotó el mentón, pensativo—. Por eso piensa que podría ser mío o de mi sobrina, porque nosotros fuimos los únicos que hablamos con ese hombre.

—En efecto.

—Ya. No está mal reflexionado —respondió y caminó hacia la puerta, con ademán de echarme de allí—. Pero, siento no poder ayudarle más.

—Si se le ocurre algo… Cualquier cosa, podría ser de utilidad. Como, por ejemplo, el contenido de esas tablillas.

—Me gustaría mentirle, pero no puedo. Esas tablillas no dicen nada racional. Deben contener un poema, o algo similar. Soy demasiado viejo para eso.

—Comprendo.

—Todo lo que ha dicho tiene sentido y parece bastante razonable, pero, le diré algo que ha pasado por alto. Está equivocado en un pequeño detalle.

—Rara vez yerro, aun así, le escucho. Quizá tenga razón.

El hombre sonrió, como si él fuera el único que no se equivocaba.

—Después de nuestro encuentro, esa mujer la llamó.

Mi atención regresó a él, cuando pensaba que todo estaba perdido.

—Se refiere a…

—Sí, la de la rasta. La maleducada que lanzó el huevo…

—Sé de quién me habla. ¿Qué pasó?

—No lo sé, pero acordaron en verse después.

—Ajá. Desconfía de ella.

—Valentina airea demasiados secretos cuando se emociona, ya sea para bien o para mal. Puede que hablara más de la cuenta.

Me quedé en silencio, durante unos segundos, y mantuve la mirada al hombre de cejas gruesas y cuello ancho, que tenía delante. No hacía falta decir nada más al respecto y aquel dato daba un giro a mi investigación.

Abrió la puerta y dejó que la secretaria nos viera juntos. Ella parecía absorta en la pantalla de su teléfono móvil y cuando nos vio aparecer, fingió estar ocupada con el ordenador.

—Gracias por su tiempo, señor Espumado. Si recuerda algo, búsqueme.

—No lo haré. Y no vuelva a aparecer por aquí, ¿quiere? —me dijo y se giró para cerrar la puerta—. Ahora, si me permite… Tengo mucho trabajo.

La puerta se cerró. Encontré los ojos de la secretaria, clavados en mí. Saqué el anillo del bolsillo y se lo mostré.

—¿Te parece un anillo apropiado para regalárselo a una mujer?

Ella lo observó y se encogió de hombros. Después suspiró y ladeó la cabeza.

—Como mujer, dejaría al hombre que me lo regalara.

—Gracias… —respondí y lo guardé—. Lo tendré en cuenta cuando quiera romper con alguien.

37

Abandoné la oficina con un ligero sabor a victoria y la inquietud en el cuerpo, por estar acercándome a la resolución de esa historia. Durante mi visita, mi teléfono no había dejado de recibir llamadas, pero la falta de cobertura en el interior de esa oficina había hecho que todas terminasen en el contestador automático. Al salir a la calle y ser recibido de lleno por la claridad, me abrumó ver la cantidad de mensajes de voz acumulados. En ese momento, simplemente no me veía capaz de escucharlos todos. No era habitual recibir tantas llamadas en una hora. De hecho, para mí, no era común recibir llamadas en general, desde que mi vida pública había pasado a un segundo plano en los últimos años. No obstante, ingenuo de mí, había olvidado por completo la publicación de las fotografías junto a Lara Membrillos, el enfado de la presentadora y las consecuencias que tendrían las imágenes para mí.

No me atreví a abrir los tabloides digitales para descubrir qué estaban escribiendo sobre nosotros esa mañana, pero auguré que no sería nada de mi agrado. Cuando alguien hablaba de Lara Membrillos, el precio del pan subía en el país.

Salí de allí para volver al coche y vi a un grupo de *paparazzi* sueltos como perros de caza buscando una presa. Al verme en el reflejo del cristal de la inmobiliaria que tenía enfrente, entendí que yo era la presa y que vendrían a por mí si no actuaba con rapidez.

Por suerte, había olvidado que el lado más turbio del periodismo, el amarillo, el sensacionalista, aún existía.

—¿Cómo han sabido que estaba aquí? —me pregunté y mis ojos se clavaron en la oficina. En lo alto, vi la silueta de ese promotor, que observaba la calle desde su despacho. Al darse cuenta de que lo miraba, se escondió.

Espumado me había puesto la trampa, en mi cara, y yo había caído como un aficionado. No se lo tuve en cuenta, pues estaba en

su derecho de proteger a la sobrina. Por desgracia, su mala pasada no había hecho más que aumentar las ganas de escarbar en el turbio asunto que intentaba ocultar.

Antes de que los despiadados fotógrafos se acercaran, di la vuelta para que no me reconocieran. Me puse las gafas de sol y eché a andar hacia el aparcamiento. Poco tardaron en percatarse de que era yo quien caminaba por delante, con paso ágil y ganas de desaparecer. A mi paso, la gente se apartaba, y no era por mí, sino por los que me seguían. En caso de regresar al aparcamiento, me encontraría atrapado en un callejón sin salida. Es cierto que poco tenían que hacer frente a la potencia de mi descapotable, pero la ciudad no estaba hecha para la velocidad ni para una persecución al estilo de Steve McQueen. Así que no me dejaron otra opción que echar a correr por Castaños, a pesar del revuelo que iba a montar con mi presencia.

Giré a la derecha y seguí hacia la Rambla de Méndez Núñez, con la intención de meterme en las estrechas calles del Barrio y perderlos de vista. A la altura del Banco de España, crucé la carretera con el semáforo en rojo, a pesar de los coches que cruzaban en sendas direcciones. Los vehículos tocaban el claxon, pero logré pasar airoso, dejando a mis persecutores atrás. Después, tomé las escaleras de piedra que subían hacia la ciudad antigua y me dejé caer en dirección a la Concatedral. A esas horas, el viejo casco antiguo de la ciudad estaba desierto, los bares aún no tenían el movimiento de la noche y los turistas extranjeros estaban tomando el sol en la playa del Postiguet. Cuando bordeaba la enorme iglesia, sonó el teléfono. Era Rosario.

—No es el mejor momento para hablar, Rosario, tengo…

—Lo que tienes, es una jeta increíble.

—Me enamoras con tus piropos.

—¿Por qué no respondes a mis llamadas? Te noto muy esquivo estos días. De verdad que no te entiendo.

Rosario me estaba llamando por teléfono, después de la discusión y el enfado de la mañana, así que supuse que sería tan urgente, que era capaz de dejar a un lado las rencillas personales.

Me apoyé en la pared de la iglesia, bajo una sombra que me permitía respirar.

—Es largo de explicar.

—No te he pedido que lo hagas. Solo quiero hablar contigo.

—Me pillas en mal momento.

—Siempre lo hago. ¿Estás con tu amiguita? No sea que te moleste…

—Dispara.

—Es sobre Valentina Estrellado. He descubierto algo que te puede interesar.

—Yo también. ¿Dónde nos vemos? ¿Sigues en ese congreso de tertulianos?

—No. Estoy en el hotel. He decidido que iría un poco más tarde.

Pensé en recogerla en el hotel, pero, después del atropello y dada la situación en la que me encontraba, pensé que sería mejor adoptar un perfil bajo y pasar desapercibidos ante los ojos de esos buitres. Lo que menos me hacía falta en ese momento, era que me vieran en público con otra mujer y que Rosario formara parte de un supuesto triángulo amoroso que solo perjudicaría a las dos mujeres implicadas en él.

—Sal del hotel y nos encontraremos.

—¿Por qué no vienes a la puerta? —preguntó y sentí los pasos de esos reporteros como zumbidos de abeja—. Sé un caballero y haz honor a tu apellido. No conozco la ciudad lo suficiente.

—Te espero en la Layton en diez minutos. Es una cervecería cercana al hotel. Te lo explicaré todo cuando nos veamos.

—Está bien.

—Intenta no llamar la atención, ¿quieres?

—Tranquilo. Nadie te puede hacer sombra respecto a eso.

—A veces, me pregunto por qué estás tan sola.

—No te preocupes por mí. Bastante tienes con arreglar lo tuyo.

Rosario colgó, guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón y seguí mi paso, cuando vi a uno de esos fotógrafos, con las enormes cámaras, dispuestos a captar cada segundo. Agaché la mirada para que no me viera y pasé por su lado, con gracia, en un momento de confusión. Después me metí por el callejón adyacente y desaparecí de su campo de visión, antes de que se diera cuenta de mi presencia.

38

Era mediodía, y eso significaba que la cervecería Layton se llenaría de clientes en cuestión de minutos. A pesar de ubicarse en el corazón de la ciudad y con el riesgo de morir de éxito, el establecimiento había perdurado décadas gracias a la lealtad de los clientes locales, que esquivaban las tendencias gastronómicas efímeras. Era un sitio sencillo y económico, con su barra de zinc, su mostrador de productos frescos y una carta que se especializaba en recetas y productos regionales. En la planta superior, un comedor austero con mesas de madera, sillas de mimbre rústicas, manteles de papel y un televisor para ver el fútbol.

La Layton había sido mi comedor habitual durante mis años como reportero en Las Provincias, mi hogar, mi patria. Porque los bares auténticos también pueden convertirse en patria cuando las ciudades se transforman en monstruos al servicio del turismo masivo. Allí, los *paparazzi*, venidos de la capital, no nos encontrarían. Se requería astucia y experiencia para encontrarme en ese sitio.

Al abrir la puerta, observé las caras de los que estaban en la barra y sentí el bullicio que me envolvía como una ola de calor. Al fondo, bajo el televisor y junto a la pata de jamón serrano, encontré a Rosario, concentrada en su teléfono móvil, con una copa de vino blanco sobre la barra y un platillo de olivas partidas, al lado. Levantó la vista de la pantalla al percibir mi presencia. Estaba sofocado y dentro empezaba a hacer más calor. La saludé con un gesto y el camarero estableció contacto visual conmigo.

—Un vermú en vaso ancho y bajo, con mucho hielo y una aceituna, por favor.

—Sí, claro. ¿Y qué más? ¿Le pongo también una sombrilla?

—¿Qué? —pregunté, confundido—. No lo he entendido bien.

Rosario se rio y el camarero puso los ojos en blanco, como si

hubiera pedido algo propio de un sibarita. En efecto, en la cervecería Layton no había lugar para las excentricidades de mi pasado, algo de lo que me costaba desprenderme.

—¿Por qué te ríes? No le veo la gracia.

—«En vaso ancho, con mucho hielo…» —respondió, imitándome con exageración—. Admítelo. Eres muy gracioso.

—Si tú lo dices.

—Aquí tienes, marqués —dijo el camarero, esta vez con una sonrisa amable, y me sirvió el vermú tal y como lo había pedido—. ¿Algo para picar?

—Media de ensaladilla rusa, para ir abriendo boca… —ordené y tomé un sorbo del vermú, lo que me revitalizó hasta el punto de hacerme olvidar lo que había vivido minutos antes—. ¡Uf! Qué gusto. No sabes cuánto lo echaba de menos…

—Ni que hubieras corrido una maratón. ¿Qué te pasa? Has estado raro estos días.

—No es para menos. Llevo detrás a un grupo de *paparazzi* hambrientos.

—¡Ah! Era eso…

De pronto, noté esa tensión que nos distanciaba en ocasiones. A pesar de todo, la agarré por los hombros, con delicadeza, y sentí su piel desnuda y tostada, suave como un albaricoque. Luego me fijé en sus ojos negros y también en su boca. Era difícil resistirse a ambas cosas… y ella lo sabía, pero debía esforzarme por convencerla de que me creyera.

—Esta mañana me he reunido con Romualdo Espumado. Intenta proteger a su sobrina.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No lo pienso, lo he visto. Se ha mostrado esquivo, al notar que sabía más de lo que esperaba.

—Aun así, ha colaborado.

—Más o menos. Me ha confesado que Valentina Estrellado se vio con otra persona, después del encuentro con el arquitecto.

—¿Y esa persona es?

—La mujer de la rasta, la que le lanzó el huevo a Mandarino. Una tal Paula. La vi en el acto. No parece tener un carácter fácil.

—¿Te has preguntado por qué lo ha hecho?

—Porque sabe que voy tras ellos y ha querido esquivar el

problema.

—¡Ay, Virgen Santa! Dame paciencia con este hombre…

—¿Qué he hecho mal? Estoy utilizando un método deductivo racional…

—Claro que sí, Sherlock. ¿Te ha contado que la sobrina está casada?

—¿Qué? —pregunté y me quedé sin habla—. No, no lo ha hecho. ¿Con quién?

Ella dio un respingo y se quedó en silencio. Por un segundo, noté que se arrepentía de haberme compartido esa información.

—No te he dicho nada.

—No, ahora, habla.

—Era tu trabajo preguntarle.

—Y me ha confesado la verdad, que no lo está —dije y le mostré el anillo que guardaba en el bolsillo del pantalón—. Cuando lo vio, no sintió nada más allá del mismo estupor que sienten todos al verlo.

—Es feo con avaricia.

—Lo cual, no podría ser de Estrellado.

—¿Tan bien la conoces?

—Es una niña de familia con dinero. Se ha criado viendo joyas, no baratijas. Reniegue o no de ello, sigue siendo presumida y con buen gusto.

Rosario entrecerró los ojos y me evaluó. Me estaba analizando y juzgando, sin hablar.

—Me resulta intrigante que seas capaz de deducir todo eso de una persona, sin conocerla de nada.

—Hablé con ella. Sabes que me fijo en los detalles. Además, siempre he tenido un talento especial para los perfiles psicológicos.

—Sí. Se llama psicopatía y me aterra que cada día esté más desarrollada. ¿Cómo puedes ser tan mezquino, Gabriel?

—Rara vez me equivoco.

—No quiero saber qué piensas de mí… —dijo y la tensión se reavivó, pero esta vez, estaba cargada de atracción. Lo que había entre nosotros era como una partida de tenis en la que golpeábamos, cada vez con más fuerza.

—¿Realmente quieres saberlo? —le pregunté, con media sonrisa, sosteniéndole la mirada. Poco a poco, lograba estirar sus labios para

que sonriera, como si fueran las puertas de una fortaleza. En el fondo, era ella la que estaba haciendo esfuerzos por contenerse e imaginé el castillo de fuegos artificiales en su interior.

La andaluza tomó la copa de vino y dio un trago largo. Después, dejó la copa sobre la superficie de aluminio y el camarero llegó con la tapa de ensaladilla.

—Está bien, centrémonos en lo importante.

—Todo es importante… —dije y retrocedí—, pero quiero que me cuentes de dónde has sacado eso de que está casada. ¿Es oficial?

Rosario me miró, recelosa. No entendí por qué reaccionaba así. Siempre había sido transparente con ella, confesándole la verdad. Y así me lo pagaba.

En el fondo, las personas siguen siendo las mismas, aunque creamos que han cambiado. Por mucho que lo deseara, por mucho que intentara convencerme de que tenía otras intenciones, Rosario estaba en Alicante por una simple razón.

—Me lo ha dicho Mario —aclaró, finalmente, con cierto pudor en sus palabras—. Me contó que estuvieron saliendo juntos, en otra época.

«Ajá. Entiendo. Ahora es Mario».

—Juntos, pero no revueltos. Te escucho. Esto parece interesante.

—La típica relación de jóvenes que dura más de lo previsto por presiones familiares. Hacían buena pareja. Él viene de una familia adinerada y ella, bueno… nada que no sepas. Desde luego, poco se parecía a la Valentina Estrellado que conocemos hoy.

—¿Te ha contado por qué lo dejaron?

—No, no entré en detalles, pero entendí entre líneas que era insoportable.

—Las personas nunca dejan de sorprender.

—En serio, Gabriel. Más insoportable de lo que imaginas —matizó, como si yo tuviera algún juicio formado sobre el carácter de esa dama—. Necesitaba llamar la atención, que todos los hombres se fijaran en ella y que todas las mujeres la envidiaran cuando salía a la calle. Él simplemente no podía vivir bajo ese yugo. Ser el señor perfecto era una presión constante y agotadora.

—Vaya, no parece que haya aprendido la lección. Sigue igual.

—No seas cretino.

—Bueno, es el precio que se paga por estar junto a ciertas

personas.

—Lo suyo era enfermizo, según me contó… Él no iba a desperdiciar su vida con alguien que solo lo quería por lo que representaba para los demás. Y le doy la razón. Es patético.

—¿Acaso esta sociedad no lo es?

—No te pongas huraño. Simplemente, elegimos mal, en la mayoría de los casos. Nos han vendido un cuento que no existe.

Reflexioné sobre sus palabras acerca de Valentina Estrellado y lo que me contaba de su relación fallida. Si era cierto que había sido una mujer insoportable, me preguntaba cómo había sabido gestionar toda esa falta de atención para transformarla en liderazgo. Las casualidades no existen, y la suya era el mismo cuento de siempre.

—Me has dicho que está casada, pero entiendo que no fue con él.

—No.

—¿Quién es el afortunado? —quise saber. Solo alguien a su nivel podría hacer algo así.

—No lo sé. No me ha dicho más. Solo me ha contado que oyó que había pasado por los juzgados. Qué cosas, ¿eh? Quien la sigue, la consigue.

Preferí no decir nada antes de meter la pata y arruinar el momento. Pero, lo cierto es que no siempre es así, por muy esperanzador que sea el dicho.

—Pagaría por ver una fotografía suya de entonces.

—¿Tanto interés tienes?

Me mordí la lengua antes de seguir con ese juego. Temía que nuestros rifirrafes pudieran terminar quemándonos.

Comimos y bebimos, mientras hablábamos del asunto y teorizábamos sobre las diferentes vidas pasadas que podría haber llevado Valentina Estrellado y las múltiples razones que la habrían forzado a cambiar de carácter. En la mayoría de los casos, no son más que un acto de rebeldía interior, una necesidad superior de romper con lo establecido, para alcanzar la libertad o una manera de liberar la ansiedad con una válvula de escape. Lo más singular es que, a pesar de que los cambios aparentes resulten drásticos, es muy difícil que alguien deje de ser quien era, en su totalidad. El adicto reemplaza una adicción por otra, apartando las sustancias para

centrarse en el deporte o en el trabajo. El controlador pone su atención en otra cosa que pueda controlar, aunque no esté a la vista de la mayoría. El enfermo no se cura, sino que encuentra otra enfermedad a la que curar en silencio.

Aunque era evidente que Valentina había sido el centro de atención durante su juventud, desconocíamos cuál era el episodio que la había llevado a convertirse en la antítesis de lo que representaba, colocándose en el frente de guerra para luchar contra todo lo que había sido anteriormente.

Quizá ahí estuviera la respuesta, pensé.

Uno odia lo que amó, cuando ese amor nunca fue del todo correspondido.

A esas alturas, en las que la edad juega un papel importante, debía tener en cuenta otros condicionantes. Si había contraído matrimonio durante ese tiempo, podría haber sido por diversas causas, como formar una familia o sentirse querida después de tanto sufrimiento.

Estaba divagando más de la cuenta sobre esa cuestión y le eché la culpa al segundo vermú. Seguimos comiendo y hablando sobre el asunto, y concluí en que saldría de dudas con una visita a la oficina. Con esa información y, ahora que conocía una de sus fragilidades, Estrellado no se resistiría a mis preguntas. Tras el breve tentempié, pedí dos cafés y la cuenta, cuando el teléfono de Rosario sonó.

Ella desvió su mirada hacia la barra y luego hacia mí.

—Cógelo, no muerde.

—Sí —dijo después de agarrar el dispositivo, al ver en la pantalla el nombre del organizador del evento—. Perdona, es Mario.

Acto seguido, se alejó unos metros hacia la salida, algo que no había hecho delante de mí hasta ese momento. Sentí celos, pero también que algo estaba cambiando. ¿Le habría gustado ese tipo?, me pregunté. Era probable y no era mi problema. Aproveché su ausencia para hacerme cargo de la cuenta y agradecí que los reporteros hubiesen desaparecido de mi vista.

Ahora tendría el camino libre para visitar a esa mujer.

Finalmente, Rosario regresó.

—¿Todo en orden? —le pregunté, antes de marcharme.

—Sí, claro que sí —respondió, distraída.

39

Me dirigí a mi apartamento, con el propósito de facilitar la digestión y dejar pasar las horas y los sentimientos encontrados antes de presentarme en la sede de la organización ecologista. No había tenido noticias de Lara Membrillos ni de las fotografías, y eso no auguraba nada bueno. Suponía que estaría enfadada y que se habría ocultado como un cangrejo marino, esperando que la marea bajase. En cuanto a Rosario y su extraña forma de actuar, preferí no pensar demasiado en ello. Los trenes no solo pasan una vez en la vida, pero si no te subes, llegará el día en que lo hará otra persona.

Antes de llegar a casa, hice una parada en el bar Guillermo y me apropié del rincón de la barra que, a esas horas, no estaba muy concurrida.

Las peores premoniciones se cumplieron en cuanto oí el sonido de una notificación telefónica.

Abrí la bandeja de los mensajes y encontré un correo con un enlace a una noticia.

«Alicante y el periodismo al servicio del mejor postor», rezaba el titular de la columna de opinión.

Reconozco que me sentí atraído por el texto, hasta que encontré mi nombre en él.

Lara Membrillos se despachaba a gusto en una columna digital del periódico más leído de la provincia, en la que volcaba su despecho con difamaciones sobre Rosario y sobre mí, acusándonos de no conocer la diferencia entre la ética y el morbo. Aunque mencionaba a mi compañera, se centraba en mi persona y en la numerosa lista de fracasos y éxitos malogrados que acumulaba en mi palmarés. Sin duda, era toda una declaración de intenciones, de alguien que se había sentido utilizada y solo buscaba la manera de sanar causando daño ajeno.

Pedí el segundo café de la tarde, bien fuerte, y un chupito de

Cantueso Oro, un licor digestivo de la zona, para aclimatar el cuerpo y la mente.

Después, apagué el teléfono y decidí que Rosario no tendría por qué estar al tanto de lo sucedido.

Mi cabeza era un mar de dudas en todos los aspectos, aunque debía centrarme en resolver el caso del asesinato del arqueólogo. Los desmanes y las provocaciones de Membrillos no podían descentrarme de mi objetivo principal.

A pesar de la información que había recopilado hasta el momento, me costaba señalar a un principal sospechoso. Si en un principio todo parecía indicar a Vicent Mandarino, el empresario sin escrúpulos que montaba negocios donde había oportunidades, ahora, sentía que no podía estar más equivocado y mis acusaciones se desvanecían. Primero, porque lo había juzgado demasiado pronto. Después de escuchar testimonios de otras personas, Mandarino empezó a parecerme alguien con ética, valores y, lo más importante, un mínimo de humanidad. Sin embargo, hacía horas que no tenía noticias suyas.

—¿Dónde diablos te habrás metido? —me pregunté en voz alta.

Era difícil deshacerse de la idea de que él había ordenado la muerte del arqueólogo para ocultar su descubrimiento, pero el hallazgo de esas tablillas había cambiado el juego. El encuentro con Espumado había sido desagradable y había introducido a otros sospechosos en el juego. Uno de ellos era él, aunque no se lo había dicho en persona. ¿Quién podía asegurarme que el promotor, tras su falsa modestia, no había sido el artífice de eliminar a Vidal de un plumazo?, me pregunté.

Todo era posible, incluso que su sobrina, tras reconocer el valor de esas tablillas, decidiera asestar un golpe a la reputación familiar. Podría ser una conclusión extrema y retorcida, pero, la verdad sea dicha, cosas peores se habían visto y leído en los periódicos. El oscuro pasado de Valentina Estrellado y su personalidad histriónica solo habían servido para cambiar el enfoque de mi investigación. Pero ahí no terminaba todo. Si había comenzado con un sospechoso principal, ahora tenía tres y seguía sumando.

«Esa mujer, Paula, la mano derecha de Valentina», recordé.

No podía ignorar su presencia, después de que Espumado la mencionara. Resultaba evidente que era una persona con carácter y

una rabia contenida, palpable, lo suficiente como para lanzar huevos en público y asumir las consecuencias. Pero no podía apostar a que ella hubiese acabado con Vidal. Una cosa era lanzar huevos y otra, muy diferente, matar a alguien y enterrarlo en un agujero. Simplemente, al pensar en ello, dejaba mi teoría coja. Por supuesto que, aparentemente, el asesinato de Vidal no había sido un acto frío y premeditado. Más bien, parecía ser la consecuencia de una discusión, de una frase mal dicha, de una falta de cálculo, de un arranque de rabia o de muchas vicisitudes, la mayoría emocionales y desacertadas, que tenían mucho que ver con el azar y el conflicto de emociones.

Avanzada la tarde, subí al descapotable y conduje hacia el norte de la ciudad, para presentarme en esa sede. El tráfico era fluido, así que calculé que llegaría allí en menos tiempo del que indicaba la aplicación de mapas. De camino, intenté llamar al inspector Rojo, pero su contestador saltaba cada vez que marcaba el número.

—Tú en tu línea, *amic meu* —mascullé.

Subí hacia las Cigarreras, dejándome llevar por el impulso del saxofón de Coltrane, permitiendo que la melodía perfecta de sus notas pusiera banda sonora a la tragicomedia que era mi vida, una llena de claroscuros, diversión y melancolía. Ser Gabriel Caballero no es fácil, pero ser otra persona es más triste.

Al asomar por la plaza, el ambiente de la calle era tranquilo. El calor y la hora de la siesta liberaban la plaza de niños que aún estaban en los colegios y de padres que no habían salido de sus puestos de trabajo. Era alentador pensar que aún había espacio para el silencio y para apreciar el canto de los gorriones, aunque fuese por unas horas. Aparqué en doble fila y observé la puerta de la sede, que parecía abierta. Eso me hizo suponer que Estrellado estaría dentro, planeando el ataque al Nuevo Orden Mundial o, simplemente, averiguando cómo fastidiar a su tío.

Caminé con paso firme y decidido, con las ideas claras y los nervios a flor de piel. No entendía la reacción de mi cuerpo, pero intuía que no estaba preparado para enfrentarme a una asesina en potencia. Me estaba haciendo mayor para esa clase de aventuras.

Me alisé las arrugas de la camisa, colgué las gafas de sol en el cuello de esta y carraspeé para aclararme la garganta, antes de entrar en el local. Al girar la manivela, noté que estaba suelta y que

había un hueco bajo ella, en la puerta. Miré a ambos lados de la calle, para asegurarme de que nadie me observaba, y empujé hacia dentro. El local estaba vacío y la música de una radio salía del interior del almacén. En el ambiente flotaba un olor dulzón y pesado que dificultaba la respiración. No hacía falta ser un genio para deducir que habían estado fumando allí dentro y me cuestioné si llegaba en un buen momento.

—¿Hola? —pregunté, pero nadie respondió.

Por la radio sonaba Phil Collins en la clásica emisora de éxitos de los años 80. Avancé unos pasos, suponiendo que no estaría solo, y me acerqué a la parte interior del local. Sobre uno de los escritorios, encontré varios diarios de días anteriores, abiertos por las páginas donde se hablaba del hotel que Mandarino y Espumado iban a construir. Mis ojos hicieron un recorrido por la mesa y fueron hasta un tablón de corcho lleno de recortes sobre manifestaciones o noticias de los activistas, que parecían medallas conseguidas en unas olimpiadas. Entendí que tomaban en serio su trabajo, aunque había cierta obsesión en todo aquello, que me causaba repulsión.

—¿Hay alguien por aquí? Deberíais limpiar un poco esta pocilga, huele a cerrado… —dije en voz alta por segunda vez, esta vez con ánimos de provocar una respuesta, y decidí guiarme por el sonido de la radio, que estaba sobre una balda pegada a la puerta de la habitación que había al fondo. Aquella salida tenía todo el aspecto de pertenecer a un trastero o a un almacén.

En ese instante, debido al volumen de la música y a la tranquilidad del local, se me pasaron muchas hipótesis por la cabeza y no quería interrumpir ningún momento de pasión entre miembros de la organización. Después de todo, yo no debía estar allí dentro.

Me acerqué lentamente, sin hacer ruido, y pegué el oído a la madera, con tal de percatarme de algún gemido o una respiración que demostrara la actividad humana, pero no se oía nada, a pesar de mis altas expectativas. Puede que fuera un mal pensado, pero son los mal pensados los que, habitualmente, aciertan. En un estado de incertidumbre absoluto, solo apreciaba el zumbido del altavoz de la radio y la voz de Phil Collins, que nunca había sido santo de mi devoción. Paré la música, miré hacia atrás y no encontré a nadie en

el local. Alzar la voz habría sido en vano, así que decidí averiguar qué había tras esa puerta. Después, respiré hondo, a pesar del olor a fumadero, y agarré con firmeza el pomo de la puerta. El metal no estaba del todo frío y el tacto era pegajoso. No fue la sensación más agradable y sospeché que alguien había puesto su mano allí con anterioridad. En efecto, daba bastante grima, pero, para entonces, había mordido el cebo de la curiosidad y no era consciente del error. Ese detalle no me dio buen augurio.

Cuando accioné y tiré del pomo, sentí que la puerta se atascaba por un segundo y que algo no iba bien. Acto seguido, antes de que pudiera reaccionar, noté un peso sobre la madera y vislumbré el peor de los desenlaces.

—Mierda… —murmuré.

Mi corazón estuvo a punto de estallar cuando sentí que el peso del tablero caía sobre mí.

Retrocedí, solté la manivela y la puerta se abrió de par en par, dejando a la vista el cuerpo que escondía dentro.

40

Se desplomó bocarriba, extendiendo los brazos hacia fuera. La reconocí por su aspecto. Era esa mujer, Paula, la compañera de Valentina Estrellado, la activista que había lanzado el huevo. Me puse muy nervioso. No esperaba encontrar un cadáver allí, ni que fuera el de esa persona. El olor del interior me impregnaba los pulmones, dificultándome la respiración. Luego, el nombre de esa mujer resonaba en mi cabeza, impidiéndome pensar con claridad. Retrocedí y observé la escena al completo. A simple vista, no presentaba signos de tortura, ni de algún tipo de agresión. No sabía si estaba viva o inconsciente. Era difícil de pronosticar, pero el miedo me paralizó en ese momento. A pesar de la confusión, del momento de pánico, sabía que no estaba delirando, ni que era una alucinación. La rasta de su pelo me hacía no tener dudas de que era ella.

—Santo cielo…

Paula no se movió, ni mostró ninguna intención de hacerlo. Me apresuré a asegurarme de que tenía pulso, para socorrerla. No reflexioné sobre las consecuencias de permanecer allí, pero ahora solo importaba la vida de esa mujer. Al acercarme a ella, descubrí que tenía unas rozaduras en el cuello. Me había equivocado en un primer análisis, a Paula la habían estrangulado. Acto seguido, le busqué el pulso en la muñeca, pero no tenía, y eso confirmó la peor de mis sospechas. Me fijé en sus dedos y no encontré ninguna alianza de casada, ni siquiera una marca de esta.

¿Podría el anillo ser suyo?, me cuestioné.

Al fijarme en su rostro sin vida, me extrañó que tuviera un gusto tan horrible para algo así, aunque todo era posible. Antes, tendría que averiguar cuál era su estado civil y aclarar ciertos asuntos. No podía continuar señalando sospechosos por el mero hecho de tener o no un anillo en la mano. Durante el instante en que tuve la

certeza de la muerte de esa mujer, algo cambió por completo en mí. Jorge Vidal había arriesgado su vida para guardar un secreto, así que era probable que esa mujer también lo conociera. Las pesquisas me llevaban a Valentina Estrellado que, junto a Espumado, eran las únicas personas que conocían a ambas víctimas.

«Esto se complica más de lo que me hubiese gustado».

No podía olvidar lo que había ocurrido en las últimas horas, ni el accidente, ni el robo del móvil, ni que habían intentado matarme. ¿Era posible que Rojo tuviera razón y fuera un pusilánime que se dejaba persuadir con los primeros ojos de cordero que me observaban? Suspiré profundamente. Me costaba aceptarlo, aunque era posible que Valentina Estrellado me hubiese manipulado. Pero, ¿lo había hecho sola?

Me incorporé, di un paso atrás y sentí que estaba siendo observado. La habitación se volvía cada vez más pequeña. Ahora, lo único que debía hacer era abandonar ese lugar sin dejar rastro, sin que nadie me viera.

Con torpeza, caminé hacia atrás y tropecé con la estantería donde estaba la radio. Esta cayó contra el suelo. El impacto provocó un fuerte ruido, pero no llegó a romperla. En aquel instante, percibí que alguien abría la puerta exterior. Dada mi posición, no podía observar quién era, a causa de la profundidad del cuarto. Eché un vistazo a la mesa que tenía al lado y busqué algo con lo que defenderme. Por desgracia, lo único que encontré fueron unas tijeras de supermercado para recortar papel. Las tomé y las escondí tras la cintura. Los pasos se dirigieron hacia el umbral del cuarto y entonces entendí a quién pertenecían.

Aquel sí que fue un revés inesperado.

—¿Mandarino? Qué oportuna la visita.

Su mirada tensa bajo las cejas rectas se clavó en mí.

—Le dije que se metiera en sus asuntos.

—Por su bien, le recomiendo que se vaya.

—¿Dónde está la gente?

—Eso me pregunto yo…

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, y sus ojos se desviaron hacia el cadáver de la mujer que, casualmente, parecía ocultar con mi presencia—. Pero, ¿qué cojones has hecho?

Debió de ser una pregunta retórica, porque no me dio tiempo a

responder, cuando el empresario me echó a un lado con un empujón y después descubrió la verdad.

—Puedo explicarlo, se lo juro. La acabo de encontrar en ese cuarto. Yo no la he tocado.

Acto seguido, se abalanzó contra mí, me agarró por el cuello de la camisa y me empujó contra la pared. Sentí el golpe en la espalda y su aliento amargo a cigarrillos en mi cara. Su rostro se acercaba a mí como el de un toro enfurecido.

—¡La has matado, cerdo asesino! —exclamó y negué con la cabeza—. Ya sabía que eras un problema.

—¡Le prometo que no es así!

—Supongo que ahora también tienes una explicación, ¿verdad? Todos la tenéis… pero no quiero escucharla. Vas a quedarte aquí hasta que venga la policía.

—¿En serio?

—No voy a permitir que te muevas un centímetro, pedazo de mierda.

—Piénselo bien, Mandarino. No tiene sentido que yo mate a esa mujer, ¡por Dios! ¿Con qué motivo? —dije y me liberé de sus manos. Aun así, el empresario no se movía de su posición y me mantenía arrinconado contra la pared—. ¿Es que no lo ve? Es obvio que alguien está a disgusto por el hecho de que ciertos asuntos salgan a la luz…

—¿De qué diablos hablas ahora, tarado? Lo único cierto es que has matado a esa pobre mujer.

—Yo no lo he hecho. Tiene que creerme.

—Créeme a mí. Si pudiera, haría lo mismo contigo.

Le lancé una mirada desafiante, aunque él no captó el motivo.

—¿Qué hace usted aquí?

El tipo se abalanzó y coloqué las manos para que no me zarandeara.

—¡Que te calles, joder! ¿Ahora eres tú el que hace las preguntas?

—¡No hay por qué ponerse así!

—No me pongas peor, o saldrás con los pies por delante.

Sus amenazas eran las propias del perro que ladra desde el balcón.

—Relajémonos, como dos caballeros. Si quiere policía, llame a la

policía, pero no puede retenerme.

—Y tanto que puedo —dijo y soltó una carcajada nerviosa—. Mira, voy a llamar ahora mismo y tú no te moverás de aquí hasta que lleguen y se aclare esto.

Mandarino sacó el teléfono móvil y marcó el número de la comisaría para dar el aviso. Por supuesto, ahora que se había iniciado la cuenta atrás, debía escabullirme antes de que aparecieran los hombres de Rojo.

—¿Le ha contado Espumado los motivos por los que no se ha opuesto a la paralización del proyecto del hotel?

—Hay ruinas. Es la ley. ¿Qué puede hacer?

—Reclamar.

—Me refiero a hacer algo útil.

—No parece que le moleste tampoco… —comenté, con un tono de sospecha—. ¿Sabe lo que han encontrado ahí abajo?

—Ruinas y más ruinas. Esta ciudad está llena de ellas. Pero demostraremos que no son de valor para el patrimonio de la ciudad, ni para nadie. No nos llevará más de unos meses.

—Eso no lo decide usted, sino un arqueólogo.

—¿Cuál es la diferencia, imbécil? —preguntó con superioridad. Sus palabras calaron en mí y me hicieron reflexionar dos veces antes de continuar. Había descartado a ese hombre demasiado rápido como sospechoso.

—Usted era amigo de Jorge Vidal.

—Sí.

—¿Y no le contó lo que encontró en esa excavación?

—No, por desgracia. —Su rostro se tensó al recordar algo. Parecía dolido y lleno de culpa—. Me dijo que tenía que hablar conmigo, que era urgente, pero jamás le devolví la llamada. Prefiero no pensar en ello, aunque, supongo que es algo con lo que cargaré el resto de mi vida. Si le hubiera hecho caso, es probable que siguiera vivo.

—Eso nunca lo sabrá. No podemos cargar con los errores de otros. ¿Espumado no le contó nada?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que descubrió Vidal esa noche.

Mandarino sonrió. Parecía ajeno a las últimas revelaciones del arqueólogo, pero también desconfiaba de mí por completo. Por un

instante, había logrado sacarlo de su juicio, pero, por desgracia, algo había hecho clic en él otra vez.

—Sé a lo que juegas, he leído sobre ti… y no pienso dejar que te salgas con la tuya hasta que venga la policía. ¡Cerdo, asesino!

Entonces, vi su puño alzándose en el aire, preparado para torpedear mi rostro. Más rápido que él, le asesté un rodillazo en la entrepierna y el empresario se retorció del dolor. Aquello me ayudó a escabullirme de sus manos por un momento. Aproveché su confusión y busqué la salida, aunque Mandarino no iba a ponérmelo tan fácil. Agarró la radio del suelo y la lanzó contra mí, como si fuera King Kong. Esta vez, el aparato dio en la esquina de la pared y se rompió en pedazos por el impacto.

—¡Estás acabado!

Lo dejé atrás, caminé hacia la puerta y la abrí para salir. No podía creer que me hubiera deshecho del empresario. Procedí a abrir la puerta, pero el pomo parecía atascado.

—Maldita sea…

Tiré hacia dentro con nerviosismo, sin olvidar la sombra de ese grandullón, que se acercaba a mí como un buitre a punto de atacar a su presa.

—¡Vamos, carajo! —exclamé y tiré con fuerza. La puerta se abrió y, tras ella, vi de frente a un agente de policía. No sé muy bien por qué, pero reaccioné girándome hacia atrás. Cuando mi cara se volteó, vi el puño de Mandarino surcando el cielo, como un cohete espacial, hasta que terminó en mi rostro. Después, sentí un fuerte dolor, una enorme pérdida de equilibrio y todo se volvió oscuro.

41

El mandoble de Mandarino me había dejado en «knockout», como dirían los anglosajones. Sin conocimiento, abatido y con un dolor tan fuerte en la cara, que sería lo que me haría recuperar el sentido. Todo había sucedido muy rápido y sospeché que avisar a la policía solo iba a empeorar mi situación.

De allí nos trasladaron a la comisaría, donde me dieron un poco de hielo para el golpe y después me encerraron en una celda. Había sido detenido por el presunto asesinato de esa mujer y Mandarino era quien iba a denunciarme por ello.

Craso error, del que se arrepentiría más tarde, o tal vez no.

A esas alturas, me importaba bien poco lo que el empresario pensara al respecto. La persona que había matado a esa mujer y, probablemente, también a Vidal, quedaba libre de culpa, al otro lado de los barrotes del calabozo, mientras yo pagaba por sus pecados y por mis errores. Necesitaba encontrar una solución antes de que las pruebas apuntaran hacia mí, si es que aún tenía tiempo para que la caprichosa suerte girara a mi favor.

No era la primera vez que dormía en el calabozo de la comisaría, pero hubiese preferido hacerlo en mi amada cama. El calabozo no es uno de los lugares a los que uno sueña con volver en el futuro. Dicen que no hay que regresar al lugar en el que fuimos felices alguna vez, por temor a que se rompa el hechizo del recuerdo. Tampoco hay que visitar los sitios donde no lo fuimos, porque no sirve de nada.

Esa noche, a diferencia de otras de mis visitas anteriores, contaba con compañía. Junto a mí, había dos tipos. El primero de ellos estaba sentado en el banco de piedra e intentaba dar una cabezada mientras pasaban las horas. Tenía un aspecto deplorable, pero no iba mal vestido, ni parecía haberse metido en un lío muy gordo. El segundo, por el contrario, parecía el menos cuerdo de los

tres, aunque, tras mi experiencia, uno nunca puede fiarse de las apariencias. El tipo rascaba uno de los barrotes con la uña, a modo de acabar con el aburrimiento. Yo estaba sentado en un extremo del banco de piedra, a la espera de que se aclarara lo sucedido y me dejaran marchar. Por desgracia, sabía que no iba a ser un procedimiento rápido y sencillo. Ni siquiera estaba seguro de que Rojo pudiera sacarme de allí. ¿La había fastidiado hasta el fondo?, me pregunté, buscando la respuesta en ese agujero inmundo, inhóspito y maloliente.

Era probable que sí, me dijeron los ecos de las paredes.

Puede que el golpe y el éxtasis de la situación no me hubiesen puesto los pies sobre la tierra, pero lo cierto era que estaba de fango hasta el cuello y no tenía manera de demostrar mi inocencia. Tal vez fuera un ingenuo de los que creen en la justicia, que es muy diferente a confiar en el sistema judicial. El primero es un ideal y, el segundo, una maquinaria que puede funcionar en tu contra, hasta aplastarte.

Pese a todo, no estaba nervioso. Más bien, sentía la rabia de haber llegado tarde a esa oficina. Así que empecé a pensar en la razón por la que habrían asesinado a esa mujer. A esas alturas, quedaba descartada la muerte accidental. A Paula la habían matado, quizá porque sabía demasiado o porque estaba a punto de enterarse de la verdad… o de divulgarla. Regresé al asunto de las tablillas y eso me llevó a conectar los puntos de la conversación con Mandarino. Una de dos, me dije: Mandarino estaba mintiendo o no estaba al corriente del contenido de esas tablas y del posible tesoro que se escondía bajo la excavación. Dada la situación, me costaba decantarme por la segunda opción, más que por la primera. En cuestión de días, me había dado cuenta del nido de serpientes que rodeaban ese terreno, por unas razones o por otras.

Estaba convencido de que me dejaba algo en el tintero. Lo peor de todo era que mi cabeza no estaba en plenas condiciones para pensar con claridad.

La oscuridad del calabozo era casi palpable, el olor a humedad y desinfectante usado en exceso se mezclaba en el aire estancado, formando una atmósfera casi tangible. En aquel reducido espacio, acompañado solo por las sombras tenues de dos desconocidos, sentía la pesadez de la situación en cada respiro. ¿Cómo había

llegado a este punto?, me pregunté. La respuesta me golpeó con una crudeza inesperada. Pronto, el mundo sabría de mi supuesto crimen, y aquellos que alguna vez dudaron de mí tendrían su confirmación. El bufón, como me llamaban algunos, había volado demasiado cerca del sol y ahora estaba pagando el precio.

Mientras las sombras danzaban en las paredes al compás de las luces distantes que se filtraban por la pequeña ventana, las voces de desprecio y burla resonaban en mi mente. Esa gente que nunca había creído en mí, ahora tendría material de sobra para llenar sus conversaciones venenosas. Sin embargo, sabía que no todos compartían esa visión de mí. Personas como Rosario, con su fe inquebrantable en mi talento y su apoyo constante, se mantenían como faros en la oscuridad de mi actual encierro. Vidal, con su entusiasmo y su esperanza en mi trabajo, también había sido uno de esos faros, aunque ahora estuviera perdido para siempre en las sombras del misterio que rodeaba su muerte.

Reflexionar sobre su esperanza en mí brindaba un consuelo extraño y poderoso. A veces, saber que alguien cree en ti es el empujón necesario para seguir adelante, incluso cuando dudas de ti mismo. Respiré profundamente, intentando liberar parte del peso que me aplastaba el pecho, y levanté la mirada del suelo frío y desgastado del calabozo.

Fue entonces cuando noté que el hombre sentado en el otro extremo del banco me observaba. Había algo en su mirada que no pude descifrar de inmediato, una mezcla de curiosidad y algo más, algo que rozaba la urgencia. Decidí romper el hielo.

—¿Todo bien? —pregunté, girando hacia él, intentando infundir una nota de camaradería forzada en mi voz. Un rayo de luz de la calle iluminó su rostro parcialmente, revelando las arrugas marcadas por el tiempo y los ojos intensos que me miraban con un brillo peculiar.

—¿Te lo parece? —respondió con un tono que llevaba un peso de realidad que el entorno solo acentuaba.

No era la respuesta que esperaba, pero algo en su voz captó mi atención. No era el lugar para establecer amistades, cierto, pero las circunstancias a veces generan conexiones en lugares más imprevistos.

—Quizá no —admití, suspirando—, pero, a veces, hablar ayuda.

Al menos un poco.

Él asintió, pareciendo considerar mis palabras. Luego, con un gesto casi imperceptible hacia mi chaqueta que descansaba a un lado, hizo una pregunta que cambió el curso de mi noche.

—¿Eres el periodista que ha estado husmeando alrededor de la excavación de Vidal, cierto? He oído cosas sobre ti.

En la sombra del calabozo, la pregunta del hombre me sorprendió. Lo observé más detenidamente, tratando de leer sus intenciones.

—¿Cómo sabes tú de mi investigación? —pregunté. Mi voz era apenas un susurro.

El hombre, cuyo aspecto desaliñado indicaba días, tal vez semanas, en la calle o en el calabozo, se encogió de hombros.

—Uno escucha cosas, más aún cuando la gente piensa que eres invisible porque vives en la calle.

—¿Conociste personalmente a Vidal?

—¿Se llega a conocer a alguien en esta vida? —preguntó e hizo una pausa larga. No le iba a responder—. Sí, lo conocí. Ese arqueólogo tenía corazón, me daba comida a veces, cuando trabajaba en la excavación por las noches.

Me incliné hacia delante, intrigado.

—¿Estabas allí la noche en la que desapareció?

—Justo esa noche, sí. No muy cerca, pero lo suficientemente cerca para observar el ir y venir de la gente.

Sus palabras activaron algo en mi mente.

—¿Viste a alguien anormal durante la madrugada?

El vagabundo se rascó la barba, pensativo.

—Había un tipo… no parecía un trabajador. Demasiado bien vestido, y con prisa.

—¿Puedes describirlo?

—Alto, corpulento… llevaba un abrigo largo y desgastado, aunque la noche no estaba tan fría como para eso. ¡Ah! Y un sombrero, algo raro de ver por estos lugares.

Un escalofrío me recorrió la espalda. La descripción coincidía con alguien que yo conocía, alguien a quien nunca habría sospechado antes. Un detalle aparentemente trivial, el sombrero, era la pieza que faltaba en mi rompecabezas.

—Gracias, me has dado mucho en qué pensar —murmuré,

mientras una oleada de sospechas me inundaba.

El hombre apenas asintió y volvió a refugiarse en su silencio habitual. Me recliné contra la pared fría del calabozo. Los engranajes de mi mente giraban a toda velocidad. ¿Podría ser posible que ese hombre bien vestido, que no encajaba en el equipo general de la excavación, estuviera involucrado en el asesinato de Vidal? Todo empezaba a tener un sentido relativo, aunque de una manera nueva y preocupante.

Mientras mi mente procesaba esta nueva información, los sonidos de llaves y el chirriar de la pesada puerta del calabozo cortó nuestros bisbiseos. Un oficial de policía apareció en la entrada. Su silueta estaba recortada contra la luz del pasillo.

—Es tu día de suerte, estás libre de irte —anunció el oficial, mirándome con una mezcla de sorpresa y alivio.

Aún desconcertado por la noticia y por la repentina libertad, me incorporé con rapidez. Al pasar junto al hombre que me había proporcionado la pista, le ofrecí un gesto de gratitud silenciosa. Mientras me alejaba del calabozo, los engranajes de mi mente comenzaron a expandirse con nuevas teorías acerca del sospechoso recién descubierto. El caso Vidal acababa de tomar un giro inesperado.

42

La noche no podía deparar más sorpresas, eso pensaba yo, pero estaba equivocado. La guinda del pastel llegó cuando vi a Rosario, a la salida de la comisaría, después de haber recogido mis pertenencias y tras sentirme como un criminal, habiendo firmado un acta. Pero la andaluza no me esperaba sola. Iluso de mí, al creer que ella se había encargado de mi libertad. En parte, había sido así, pero no del todo. Rosario me esperaba junto a Mario Gómez, el organizador del congreso y mi competidor directo por su atención.

—¡Gabriel! —exclamó ella al verme y corrió para darme un abrazo que no esperaba. Me dejé envolver por sus brazos y observé al acompañante, aprovechando que ella no veía mi expresión—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—¿Qué hace él aquí? —pregunté.

Rosario se separó de mí.

—Mario ha pagado la fianza. Deberías mostrar más agradecimiento.

—Es la primera noticia que tengo. Nadie me ha dicho nada al respecto. Además, no te he pedido que te hicieras cargo de esto.

—¡No seas infantil, Caballero! —exclamó el director del congreso.

—¡La Virgen! ¡Ya lo sé, ya! —respondió ella, avergonzada—. ¿Es que no has aprendido nada en todo ese rato? No hagas que me arrepienta, muchacho.

—Solo quiero que conste en acta que yo no he solicitado ayuda.

—¿Os importaría discutir fuera? —preguntó Gómez y señaló la entrada principal—. Este no es lugar para ello.

El oficial que me había sacado de la celda nos pidió que bajáramos el tono de voz. Era tarde, de noche, por lo que podía sospechar. Había perdido la noción del tiempo que llevaba ahí dentro.

—Quiero hablar con el inspector Rojo, de la Brigada de Homicidios. Es importante —le respondí al policía.

Este me miró con cara de no entender nada, hasta que apareció una agente de uniforme, con el pelo recogido en una coleta y la mirada de quien no espera réplica.

—El inspector Rojo no quiere hablar con usted. Será mejor que se vaya, señor Caballero. Hoy ha tenido suerte. Tómelo como un regalo.

—Gracias, agente, pero no me gustan las limosnas… —le dije y no pareció agradarle mi comentario. La verdad era que se me había agriado el humor a causa del mal trago que había pasado en ese calabozo.

—Sin duda —dijo Rosario y me agarró del brazo para sacarme de allí—. ¿Es que no puedes cerrar el pico?

Los ánimos se calmaron cuando abandonamos el edificio, como si la mala vibra fuese una influencia de ese lugar. Una vez que comprendí que la libertad era real, comencé a sentirme un poco culpable porque ese hombre hubiera pagado mi rescate. Dentro de la comisaría, no había dicho ninguna tontería. No necesitaba que nadie hiciera eso por mí, aunque agradecía el detalle, pues eso me ayudaría a no perder ni un minuto más con la investigación. La única cosa que tenía clara era que un tipo como Gómez no iba a soltar un fardo de billetes a cambio de nada.

Puede que yo fuera la razón, quizá Rosario, o tal vez alguien al que había pasado por alto.

Dos no discuten si uno no quiere y yo no iba a discutir con ninguno de los dos, después de lo ocurrido y, todavía menos, por una cerveza. Me convencieron para ir a «El Bocaíto», un mesón alicantino de los de siempre, con su carta clásica, sus azulejos tradicionales, los taburetes de madera alrededor de la barra y un producto fresco y de calidad.

El local estaba hasta arriba de gente, tanto en la barra como en las mesas. Sin embargo, teníamos la suerte de ir con Gómez que, a mi pesar, era más conocido que yo, al menos, allí dentro. Bastó con entrar en el lugar para que uno de los jefes de barra que mandaba allí, se fijara en él. Gómez se acercó a saludar y, de buenas maneras, preguntó si tenían alguna mesa libre. El empleado le hizo un gesto para que esperara un minuto y, acto seguido, le indicó que teníamos

un sitio en el interior del salón. Mientras tanto, miré a Rosario, que no se dejaba impresionar, pero ahora se sentía halagada por el detalle del otro. Por mi parte, no entendía nada. Conmigo no se había puesto así. Más bien, no lo había hecho de ninguna manera, pero mi cabeza, en ese momento, no estaba para dialogar con los sentimientos.

—La suerte sigue de nuestro lado —comentó Rosario, mientras nos sentábamos a la mesa—. Así, cualquiera va a los sitios.

—Venía mucho por aquí, sobre todo, cuando cubría las ruedas de prensa de la policía… —explicó Gómez—. Es la inversión de dejar buenas propinas. La gente se acuerda de ti.

—Para bien o para mal, pero que te recuerden.

—Discrepo de eso. ¿No es mejor que te recuerden por lo bueno?

—Prefiero que me odien por quién soy, a que me adulen por lo que no soy —contesté.

La rivalidad comenzó a palparse en el ambiente. Era lógico para ambos y la testosterona se notaba alrededor de esa mesa.

—¿Dalí?

—Simenon. —La disposición era de cuatro sillas, dos a un lado y otras dos enfrentadas a estas. Rosario se sentó junto a Gómez y yo me quedé al otro lado. Aquel era un detalle que decía demasiado.

Me preguntaba cuándo llegaría el momento del interrogatorio. Gómez aún no había confesado cuánto le había costado la fianza, aunque sospeché que no habría sido mucha cantidad. A medida que trascurrían los minutos, el organizador del congreso iba mostrando lentamente sus cartas, como si estuviéramos jugando una partida. Era cuestión de tiempo que manifestara sus intenciones y eso no me preocupaba. El problema era si lograba atraparme en un callejón sin salida. Pedimos una botella de vino blanco, un revuelto de setas con gambas, un poco de quisquilla de Santa Pola y unos boquerones a la andaluza, para empezar. El vino era el mejor lubricante social.

No había llegado la comida cuando Rosario tomó el control de la conversación con sus preguntas.

—Después del periodo de cortesía, quiero que nos cuentes qué diablos ha pasado y por qué te han detenido.

—Sinceramente, me sorprende que me lo preguntes.

—No nos han contado nada… y mira que hemos insistido —respondió Gómez—. Vicent Mandarino te ha denunciado por el

asesinato de Paula Montalbán.

—Dios mío. Me tendieron una trampa. Soy inocente.

—Eso lo determinará la policía. Hasta entonces, nadie te acusa de nada.

—¿Es cierto que estabas ahí, Gabriel? —preguntó Rosario, expectante a la respuesta—. Debes detallarnos lo que sucedió. Estoy segura de que existe una explicación.

—Esto es alucinante. ¡Ni siquiera estás escuchando lo que digo! ¿Qué clase de preguntas son estas? —Pero sus ojos hablaban por ella—. ¡Maldita sea, Rosario! No me tratéis como a algo que no soy. Vicent Mandarino cree que yo la maté, pero, tal como he dicho, he sido víctima de una trampa. ¿Es que no lo veis? Tú me conoces, mujer. Sabes de sobra que no soy la clase de persona que hace algo así.

—Tal vez, ocurrió un accidente y no viste otra salida —argumentó Gómez—. Escucha, Gabriel. Puedes confiar en nosotros. Tienes nuestra palabra.

—¿En ti? No, gracias.

—No estamos diciendo que lo hayas hecho, pero, reconoce que la situación tiene muy mala pinta para ti.

—Gracias por recordármelo.

—Lo que Mario quiere decir, es que podemos mover hilos antes de que sea tarde.

—¿Hilos, Rosario? ¿De qué hilos hablas?

—Una publicación, un reportaje a doble página, ya sabes… —intervino el otro—. La opinión pública tiene una fuerte influencia sobre los jueces.

—No necesito un periódico para demostrar mi inocencia.

—Además, recuerda que, como periodistas, tenemos el código deontológico de…

—Puedes meterte ese código por donde te quepa —le interrumpí.

—Gabriel…

—Supongo que es una broma, ¿no? —les pregunté, de nuevo, pero parecían haberse creído la película que les habían contado—. Os lo diré por última vez. Yo no toqué a esa mujer. Si estoy aquí, significa que no tienen pruebas para retenerme.

—Y que alguien ha pagado por tu salida. Deberías estar más

agradecido.

—Por supuesto, el fiscal ha desestimado la denuncia, aunque eso no significa que…

—No significa nada, Rosario. ¿Tan difícil es de creer lo que digo?

—Rojo no quiere saber de ti.

—¿Y tú qué sabes de lo que quiere o no quiere Rojo? Ese es su problema, no el mío.

—Es evidente que tú tienes otro, más grave, ahora.

—Me siento desaventajado con vosotros y empiezo a notar que me tratáis como a lo que no soy. Por última vez, no tengo nada que ver. Yo descubrí el cadáver y esto lo reconozco. Pero, después, llegó Mandarino y malinterpretó los hechos. A todo esto, ¿qué hacía él ahí?

—La cuestión, Gabriel, es que…

—Sí, que la persona que ha matado a esa mujer, es probable que también asesinara a Vidal. Lo que pasa es que no queréis escuchar…

—Está bien, eres inocente —dijo Gómez—. Supongamos que es así.

—Esto parece una película de Bill Murray.

—Intentamos ayudarte, Gabriel. Pero no colaboras con nosotros.

—¿Colaborar? Soy inocente. Deben demostrar lo contrario, no al revés.

—Entonces, ¿qué hacías allí?

Me quedé atónito ante la cuestión, ante la falta de credibilidad de mis palabras. Gómez me observaba con detenimiento y Rosario esperaba que respondiera con franqueza.

Aquella actitud, tan desagradable y ofensiva, me hizo poner los pies sobre la tierra. Era consciente de que me había quedado sin el único apoyo que tenía. Rosario estaba confundida, tal vez por ese tipo, por las noticias o por el vaivén de los acontecimientos. Por eso, en esos momentos desconfiaba de su lealtad y, lo peor de todo, es que era tarde para hacerla cambiar de parecer.

43

En el bar se oían muchas risas y conversaciones entre los comensales, lo que parecía desvanecerse cuando nos sumergíamos en nuestra burbuja de confidencias y revelaciones. Desafortunadamente, yo no me sentía en la misma sintonía que el resto. Mi corazón latía con fuerza en el pecho, consciente de que los próximos minutos podrían ser decisivos no solo para mí, sino para todo lo que habíamos estado investigando. Las dos personas que me acompañaban me veían como el culpable por la muerte de esa mujer y parecían dispuestas a exprimirme como a un cítrico hasta sacarme la verdad.

—Si me disculpáis, tengo que ir al baño —dijo Gómez, levantándose de la mesa—. Seguro que tenéis de qué hablar…

Aproveché la ausencia de aquel tipo para centrar toda mi atención en Rosario.

—Rosario, necesito que me escuches detenidamente, con mucha atención. Lo que voy a decirte puede sonar extremo, difícil de creer, pero te aseguro que cada detalle es cierto —le expliqué, notando cómo su mirada se agudizaba, en una mezcla de escepticismo y una abierta disposición a escuchar.

—Para eso estoy aquí, ¿no, Gabri?

—No lo sé.

—Puedes confiar en mí.

—Eso tampoco lo sé.

Ella chasqueó la lengua.

—Por favor, hazlo.

Vacié los pulmones, los volví a llenar y le di un largo trago a la copa de vino.

—Durante mi breve estancia en el calabozo, he tenido una conversación reveladora con un hombre que había sido detenido. No es alguien que esperarías que tuviera información delicada, pero

lo que me ha contado podría ser la pieza que necesitamos para resolver el asesinato de Vidal —expliqué, marcando cada palabra con un tono de apremio que pareció captar su atención.

Rosario continuó mirándome con una mezcla de sospecha y preocupación, con los brazos aún cruzados sobre su pecho. Su expresión era la de alguien que se encontraba en la encrucijada entre el escepticismo y la necesidad de creer.

—¿Quién es ese tipo? ¿Alguien que conozcamos?

—No, precisamente. Es difícil que llame tu atención.

—¿Por qué razón?

—Vive en la calle.

—Ajá.

—Escucha…

—Está bien, está bien. En el periodismo, nunca se sabe.

—Sabía quién era yo. Me reconoció.

—Pero, ¿cómo puedes estar seguro de que el vagabundo no estaba simplemente inventando cosas? —cuestionó con un tono que denotaba su conflicto interno—. Después de todo, él podría tener sus propios motivos para tergiversar la verdad.

—No seas mezquina.

—Lo barajo todo, Gabriel.

—Lo sé. No hace falta que lo jures. Me siento en el punto de mira.

—No seas tan duro contigo.

—Mira, entiendo tus objeciones, y son completamente válidas —respondí, intentando mantener la calma y la claridad en mi voz—. Sin embargo, debes comprender que este hombre no tenía nada que ganar al inventar una historia como esta. Estoy seguro de que lo último que busca son problemas. Además, su relato es demasiado específico y coincide con otros detalles que hemos estado escudriñando.

—¿Hemos? Vaya. Primera noticia que tengo.

—No lo estás poniendo fácil.

—Pero, ¿y si solo vio lo que quería ver? ¿Y si confundió a las personas o las fechas? —insistió. Su mente trabajaba para encontrar lagunas en mi argumentación—. No quiero desconfiar de su testimonio, pero…

—No fue un simple avistamiento. Me contó que vio a dos

siluetas. Una de ellas, a la que reconoció en la oscuridad, llevaba abrigo y sombrero, y era corpulenta. Lo del sombrero y el anillo… esos son hechos concretos, cosas que podemos verificar.

—Ah, ¿sí? —preguntó con desdén, ofendida por no haber sido informada antes.

—He intentado hablar contigo, pero no he tenido oportunidad.

—Si, al menos, atendieras a mis llamadas…

—Cuando visité a Romualdo Espumado en su oficina, vi la colección de sombreros que tenía colgados en la percha. Él mismo llevaba uno durante el acto con el alcalde. Poca gente los lleva hoy en día. No le di importancia, si no fuera porque había visto uno parecido en la sede de esa organización ecologista, cuando hablé con Valentina por primera vez. ¿Moda? No lo creo.

—Se supone que tienen una mala relación de familia.

—Eso intentan hacernos creer, pero, de ser así, ¿por qué habría un sombrero de su tío allí?

—Puede ser. Sigue.

—Espumado confesó que solo ella y él conocían el contenido de la frase que Vidal había encontrado en las tablillas.

—Pero… —dijo y se quedó mirándome. Me molestaba que siempre tuviera algo que decir—. ¿Qué? Siempre hay un pero.

—Al parecer, Valentina no sabe guardar un secreto.

—Paula Montalbán.

—Me cuesta creerlo, pero todo apunta a ello.

—¿De qué manera puede ser capaz de matar a su compañera?

—Tal vez su tío tenga algo que ver, ¿no crees?

—Tu teoría no se sostiene. Sería estúpido que ese hombre se manchara las manos con algo tan atroz. Pasaría el resto de su vida en prisión.

—Mis sospechas son que Valentina le confesó el secreto a Paula y esta reaccionó del modo que no esperaba. Cuando Valentina habló con su tío, Espumado no vio otra manera de actuar que tendiéndole una trampa… Al visitar la oficina, olía a algo denso, como si hubieran fumado algo, pero el aire estaba viciado. Era como si hubiesen estado reunidos, sin que ella sospechara nada, poco antes de que la mataran.

—¡Ozú! Se me ha erizado el vello de los brazos.

—Mira, encontré este anillo junto al cadáver… —me detuve un

momento, buscando en mi bolsillo y sacando una pequeña bolsa de plástico que contenía el anillo en cuestión—. Este anillo tan feo, debe de ser de Valentina.

Rosario se recostó en la silla, sus ojos aún fijos en el anillo que sostenía entre mis dedos. A pesar de las pruebas, podía notar la rueda de sus pensamientos girando frenéticamente.

—Pero, Gabriel, ya hemos hablado de eso. Estrellado está divorciada.

—¿Y qué? Puede haber rehecho su vida.

—En ese caso, lo sabríamos. Además, ¿cómo puedes estar seguro de que el detenido no confundió a Espumado con alguien más? —Su voz denotaba una mezcla de curiosidad y preocupación—. Describe a alguien corpulento y con abrigo, pero Espumado es todo lo contrario, es más bien delgado.

—Tienes razón, mujer, y eso es algo que también me ha tenido dando vueltas. El sombrero es definitivamente el tipo de sombrero que Espumado usa, y no barajo duda de eso. Pero lo del abrigo y la corpulencia… No sé, eso podría indicar que estamos hablando de otra persona —expliqué, tratando de ordenar mis propias dudas en voz alta.

—¿Qué hay de Mandarino? —preguntó la periodista, rápidamente. Su cerebro trabajaba tan rápido como el mío—. Él sí que encajaría con la descripción de corpulento y, además, tiene motivos para ello.

—¿Cuáles?

—Puedo hacerte una lista. Para empezar, la traición.

—Sí, eso es algo que no puedo descartar —admití con un suspiro —. Pero hay otra cosa en todo esto, que no me cuadra del todo. Mandarino es demasiado cuidadoso para dejarse ver así, de manera tan abierta. Además, ¿por qué usaría un sombrero tan distintivo de Espumado? Es como si quisiera despistar o…

—O quizás sea una pista falsa, un intento de echarle la culpa a otro —interrumpió ella, terminando mi pensamiento.

—Exactamente. Y eso nos lleva de nuevo a Valentina. El anillo, Rosario. Es demasiado específico, demasiado personal, como para ser una coincidencia que estuviera justo allí donde encontraron a Vidal —insistí, esperando que ella viera la conexión que yo contemplaba.

—Espero que no estés actuando por despecho.

—¿Perdona? Sería lo último que haría —le dije y me aclaré la voz para hacerle una confesión—. Sé que te cuesta creerme, que todo esto es confuso, pero tengo una corazonada. Te recuerdo que han intentado matarme dos veces y sé que han sido ellos. Lo que hay debajo de ese solar, tiene más valor que el hotel y que cualquier proyecto millonario, y por eso Mandarino y su sobrina quieren esconder el secreto hasta que puedan cobrarlo.

Rosario respiró profundamente y luego exhaló todo el aire. Su escepticismo inicial parecía estar desmoronándose, reemplazado ahora por una creciente aceptación de la complejidad del asunto.

—Espera un momento. Imaginemos que tienes razón y que el anillo de compromiso es de Estrellado. En ese supuesto, ¿quién es su pareja?

—¿Qué importa eso ahora?

—Importa y mucho. Esto parece más y más una red de mentiras y engaños, pero no me sorprende que la codicia de una familia sea capaz de superar lo que sea necesario —manifestó, finalmente—. Y si Valentina y Espumado están involucrados, incluso indirectamente, necesitamos averiguar cómo y por qué.

—Y para eso necesito que estés de mi lado, Rosario —dije, extendiendo mi mano hacia ella sobre la mesa, un gesto simbólico pidiendo su colaboración y confianza—. No solo para probar mi inocencia, sino también para desentrañar esta conspiración antes de que otra persona sea herida.

Ella miró mi mano extendida y luego, lentamente, extendió la suya, entrelazando sus dedos con los míos. Su apretón fue firme, decidido.

—Mira, no sé cómo, pero lo has conseguido. Te doy un voto de fe, Gabriel —declaró y sus ojos encontraron los míos—. Hagamos esto de una vez.

Sentí un gran alivio para enfrentar lo que viniera. De repente, con Rosario a mi lado, las piezas del rompecabezas parecían encajar y podía imaginar un final donde la justicia sería la prioridad. En ese instante estelar, Mario regresó con el semblante alegre, completamente ajeno al pacto que acabábamos de formar.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó con una sonrisa despreocupada—. Parece que me he perdido algo. ¿Has confesado

tus pecados, Caballero?

—No, Mario —respondió ella, tramando el siguiente paso—. Gabriel y yo hemos encontrado la manera en la que puedes ayudarnos a solucionar esto.

44

Habíamos terminado la cena y el ambiente había cambiado por completo entre los tres. Ahora contaba con el apoyo y la astucia de Rosario, lo que me preparaba mejor para afrontar el problema final. Sus preguntas, siempre acertadas, surgían cuando menos lo esperaba, pero justo cuando más las necesitaba. Sin embargo, ahora me encontraba en un aprieto. Quería mostrarle a ese cretino la única prueba que tenía, corriendo el riesgo de que Gómez lo arruinara todo.

—Bueno, estoy expectante. ¿Qué es eso que me queréis contar?

Miré de reojo a Rosario, quien me animaba a proceder. Internamente, sentía que traicionaba una parte de mí, pero, después de todo, ese hombre había pagado mi fianza para sacarme del calabozo.

Inspiré profundamente, introduje la mano en el bolsillo del pantalón y extraje la bolsita de plástico donde guardaba el horrible anillo. Lo coloqué frente a sus ojos, como si fuera un objeto hipnótico, y sus manos se acercaron a la bolsita para tomarla. Me resistí un instante, pero sabía que no ayudaría a que hablase y, finalmente, se la entregué. Antes de que respondiera, observé detenidamente su rostro. Aunque había leído decenas de artículos sobre la comunicación no verbal, no me consideraba experto para hacer un diagnóstico acertado, pero tampoco me hacía falta. La reacción del hombre frente a mí me decía que nunca había visto ese anillo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es obvio, ¿no?

—¿Era de la víctima? —quiso saber, arqueando una ceja e intentando leer la inscripción interior. En ese momento, un pliegue pronunciado se formó en el lateral de su rostro. Gómez frunció el ceño, visiblemente molesto, y supe que él tenía la respuesta.

—Dínoslo tú.

Gómez aguantó unos segundos sin hablar e intercambió varias miradas silenciosas con ambos. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, emocionado al comprobar que ese hombre sabía algo que vacilaba en contarnos.

—Mario, si hay algo que debas contarnos, esta es la ocasión.

—¿Pertenece a Valentina?

Él negó con la cabeza y me devolvió el anillo. Luego, alzó la copa con el vino que le había quedado, ya caliente, y se aclaró la garganta con un trago.

—El anillo tiene una fecha grabada. Es del día de la boda de Valentina —comentó Rosario, arqueando una ceja, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes? Pensaba que no tenías contacto con ella.

—Lo siento. Quizá no te haya contado todos los detalles. Tampoco pensé que fueran necesarios.

—Pero no figura ningún nombre.

—No, pero dadas las circunstancias, sería una casualidad que perteneciera a otra persona, ¿no?

—Yo no creo en las casualidades.

Gómez desvió la vista hacia el mantel y juntó las manos. Luego pedimos tres cafés más. Esa noche nos acompañaría la cafeína.

—No os puedo asegurar que sea suyo, pues nunca he visto este anillo, pero sé que se casó un cinco de mayo, porque era un secreto a voces.

—Un secreto a voces, ¿eh? —le pregunté, buscándole las cosquillas.

—A pesar de todo, Valentina formó parte de mi vida, en algún momento.

El hombre que tenía delante no había olvidado a Valentina, con el paso del tiempo, por mucho que se esforzara en disimular. Algunas personas dejan una huella imborrable en otras, aunque esto no signifique algo positivo. Simplemente, son personas capaces de manchar o de romper algo que se encontraba intacto. Yo sabía de lo que hablaba porque lo había sufrido en mis propias carnes anteriormente y, en la mayoría de los casos, me preguntaba si todo aquello había merecido la pena. Por suerte o por desgracia, solo nos queda aceptar el pasado, pues este no tiene arreglo y las mochilas pesan demasiado como para arrastrarlas hacia el futuro.

A mi lado, Rosario pensaba a toda velocidad y podía notar en su rostro el brillo de la maquinaria mental, revolucionada, a punto de cruzar los límites de la velocidad.

—¿Quién era él?

Gómez salió del trance hipnótico de recuerdos y nostalgia en el que se había sumergido y desvió los ojos hacia la andaluza.

—Un imbécil.

—Te pediría que fueras más preciso —le dije. Es una práctica habitual que la gente cometa el mismo error dos veces.

El comentario no cayó en gracia.

—No lo sé. Un tal José, creo recordar, José Mirete… En serio, no lo había visto en mi vida, no pertenecía al círculo de amistades que compartíamos. Para entonces, ella ya se había convertido en una *hippie* y consideré enfermizo investigar a ese tipo.

—Ya —dije, mirando a Gómez y sabiendo que no nos estaba contando toda la verdad. Miré a Rosario de reojo y encontré su mirada cómplice, como si me estuviera enviando un mensaje telepático.

La penumbra del bar apenas dejaba filtrar un resplandor tenue contra la oscuridad exterior, proyectando sombras en las paredes que parecían vibrar al ritmo de las conversaciones dispersas. Mi mente, generalmente llena de pensamientos y teorías, había encontrado una sorprendente claridad tras mi tercer sorbo de vino. Quizá fuese el efecto embriagador de la bebida, o la atmósfera cargada del lugar, pero experimenté una revelación.

Primero, visualicé los papeles esparcidos sobre el escritorio del inspector Rojo. Habíamos revisado varios nombres, pero en aquel momento no había logrado conectar los puntos. Sin embargo, ahora, un detalle que en su momento pareció trivial volvió a mi mente, con la claridad de un rayo: las iniciales “J.G.M.”, escritas rápidamente con un bolígrafo casi sin tinta en la esquina de una hoja.

—Pero, espera… —susurré para mí, atrayendo una mirada interrogante de Rosario, quien frunció el ceño, curiosa.

—¿Qué pasa, Gabriel? Pareces haber descubierto algo.

Tomé otro trago, sintiendo cómo el vino calentaba mi garganta mientras organizaba mis pensamientos.

—Sigo dándole vueltas a lo que ese vagabundo ha confesado. La

noche del asesinato de Vidal, vio a un hombre alto, corpulento y con sombrero. Si es el mismo que perdió el anillo, y este corresponde a ese tal José Mirete, es probable que nos estemos acercando a algo. Recuerdo una lista de nombres que Rojo tenía… y las iniciales “J.G.M.” en ella.

Rosario se quedó pensativa un momento.

—Podría ser cualquiera, Gabriel.

—Cualquiera, no. Era una lista de sospechosos. Así que la policía ya habrá interrogado a esta persona.

—¿Qué más recuerdas?

Inhalé profundamente, hilando los recuerdos que empezaban a formar una imagen más clara.

—Luego está Valentina… —proseguí, recordando mi primera visita a la enigmática mujer que se había convertido en un elemento crucial de la investigación, de forma casi accidental. Ella había sido evasiva con sus respuestas vagas, pero hubo un momento, un destello de reconocimiento cuando mencioné a un tal “J.G.M.”

—¿Qué respondió?

—Que jamás había oído esas iniciales.

—Obvio… —comentó Gómez.

Rosario asintió lentamente, su interés claramente se había avivado con mis pesquisas.

—José Mirete… J.M. —murmuró ella, haciendo la conexión—. ¿Dices que Rojo anotó los nombres? No tendría sentido hacerlo con uno y no con el otro.

—Por eso mismo. Algo se nos escapa.

—¿Crees que podría ser él?

—Lo creería, en caso de que estuviera utilizando el segundo nombre, o el primer apellido. Por esa razón, ha pasado desapercibido ante nosotros —añadí, recordando otro fragmento relevante de aquellos días—. Si nos encontramos con la misma persona, es probable que también haya asesinado a su compañera.

La noticia de que Paula había sido encontrada muerta cambió drásticamente el curso de la investigación. Su muerte no solo había sido un golpe emocional, sino que también eliminaba una fuente vital de información.

—Lo de esa chica ha sido terrible… —dijo Rosario con preocupación—. Pero es demasiado pronto para sacar conclusiones

acerca de lo ocurrido. Eso complica las cosas. Mario, ¿qué sabes de ese tal José Mirete? ¿Lo reconocerías si lo tuvieras delante?

El periodista se encogió de hombros.

—Han pasado muchos años, Rosario. La gente cambia.

—Illo, no me fastidies… Si lo has visto, lo reconoces.

—Si es cierto que el marido de Valentina Estrellado está involucrado en este crimen, y Paula era una buena amiga de ella, es probable que conociera lo que habían descubierto, antes que su marido.

—Me pides demasiado, mujer.

—Te pido que colabores, muchacho.

El hombre suspiró. Parecía estar en un aprieto.

—De alguna manera, ese tipo tuvo la habilidad de estar en el lugar correcto en el momento adecuado, cuando Valentina y yo rompimos…

—Rosario no se refería a tu situación sentimental, Mario. Lo que queremos decir es que, si esa chica había estado siguiendo a José Mirete, eso podría explicar que…

Dejé la frase en el aire. La implicación era demasiado grande para verbalizarla completamente.

Rosario miró su vino, luego levantó la vista hacia mí con decisión.

—Necesitas revisar esos papeles de Rojo otra vez. Algo me indica que la clave se encuentra en esas iniciales, en descubrir el nombre que falta, y quizás en lo que Paula investigó antes de morir.

—Tienes razón —concedí, sintiendo cómo la red de intriga se tejía más apretada a nuestro alrededor—. Mañana iré a la comisaría. Necesito ver esas notas.

Rosario asintió con firmeza.

—Y yo investigaré qué conexión podría tener ese tal Mirete con todo esto. Si Paula estaba siguiéndolo, debe haber una razón.

Nuestra conversación se disolvió mientras el bar comenzaba a vaciarse, dejándonos inmersos en un mar de sospechas y teorías. A pesar del cansancio que pesaba sobre mis hombros, la carga de la noche apenas comenzaba a tomar forma.

«Guille, ¿has llamado a los del gas?»

De pronto, sentí un fuerte latigazo en la espalda y mi corazón comenzó a latir con más y más fuerza.

—Jota, Ge, Eme…

—¿Estás bien? —me preguntó Gómez.

—Debe de habérsele subido el vino —comentó Rosario—. ¿Gabriel, estás ahí?

«Eran dos. Uno de ellos era alto, corpulento, llevaba un sombrero y un abrigo».

No sabía cómo no había podido verlo antes, todo ese tiempo. Estaba delante de mí. El anillo no pertenecía a Valentina Estrellado, sino a su marido, José Guillermo Mirete. ¿Y el sombrero? Eso añadía a un tercero en la ecuación: Espumado. Al final, todo quedaba en familia, me dije. Pensándolo bien, ¿quién mejor que un esposo para confesarle a su pareja lo que había descubierto?

45

Salimos del mesón con el estómago lleno, la conciencia revuelta y la certeza de que las próximas horas serían decisivas. La brisa húmeda de la noche se colaba en nuestros cuerpos, mientras dejábamos atrás el calor y el griterío del local. El contraste entre el estómago lleno y el torbellino de preocupaciones que ocupaba nuestra mente era agudo. Al alejarnos de la tenue iluminación del establecimiento y adentrarnos en la oscuridad de las calles casi desiertas, el plan que debíamos ejecutar se volvía cada vez más arriesgado.

Rosario caminaba a mi lado, sin hablar. Yo la notaba abstraída, por lo que supuse que estaría pensando a fondo en lo que le había contado. Por otra parte, Gómez parecía haber perdido la atención de la andaluza y, por ende, el interés en ella.

—Debemos decidir si vamos a la casa de Valentina esta noche —dije, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros.

Rosario asintió. Sus ojos oscuros estaban perdidos en el horizonte urbano.

—Sí, pero si Valentina ha decidido proteger a su marido, podríamos encontrarnos con más de una sorpresa. No sabemos qué defensas o qué trampas podría haber preparado ahora que sabe que estamos tras ella.

—Sin mencionar a Espumado, claro —añadió Gómez.

La idea de irrumpir en el domicilio de Valentina no era algo que tomábamos a la ligera ninguno de los tres. No era la hora ni el momento más idóneo. Además, sospechábamos que pudiera utilizar nuestro movimiento para volverlo en nuestra contra. Una denuncia por acoso y la fiesta estaría servida.

Pensándolo bien, era una medida desesperada, motivada por la revelación de que, bajo el terreno de la propiedad de su tío se ocultaba algo de tal valor o peligro, que había llevado a hombres y mujeres al límite, hasta el punto de derramar sangre.

—Jorge Vidal y Paula Montalbán merecen justicia. Cada momento que perdemos, Valentina y su marido podrían estar encubriendo más pruebas —continué, sintiendo el peso de cada decisión que tomábamos.

Rosario se dio cuenta de que nuestra situación era difícil.

—Lo sé, Gabriel. Pero recuerda que ya hemos cometido errores antes, por actuar sin pensar. No podemos permitirnos otro paso en falso.

La presión de actuar correctamente era aplastante. Habíamos avanzado tanto en nuestra investigación, desentrañando capas de secretos y mentiras, que ahora, cualquier error podría deshacer todo el progreso logrado. Además, la estabilidad de futuro pendía de un hilo, con mi reputación y libertad en juego. Me había convertido en un foco de atención no solo para los aliados de Valentina, sino también para las autoridades que observaban cada uno de mis movimientos con desconfianza.

—Tal vez debería intentar hablar con Rojo otra vez —murmuré, más para mí mismo que para Rosario.

—¿Crees que esta vez escuchará? —preguntó Rosario, mirándome con una mezcla de escepticismo y preocupación.

—No lo sé, pero debe entender la gravedad de lo que está en juego. Si puedo convencerlo de que lo que descubrimos bajo la propiedad de Espumado es clave para el caso, quizás pueda ayudarnos a mover las piezas a nuestro favor.

El acceso a Rojo no era fácil, especialmente después de mis últimas acciones que lo habían dejado molesto y desconfiado. Sin embargo, era una de nuestras pocas esperanzas. Necesitábamos un aliado dentro del sistema, alguien que pudiera influir desde dentro para equilibrar las fuerzas.

Los tres continuamos caminando en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. La decisión que tomáramos esa noche definiría el curso de nuestra investigación. Era un juego peligroso de ajedrez donde cada movimiento debía ser calculado con precisión, y aunque el riesgo de derrota era alto, no estábamos dispuestos a rendirnos.

—Vamos a prepararnos —dije finalmente, con determinación en la voz—. Haremos un último intento con Rojo y luego decidiremos cómo proceder con Valentina.

—Está bien, pero seamos inteligentes. No podemos permitirnos perder lo poco que nos queda.

En ese momento, Mario Gómez carraspeó.

—Me temo que yo no iré a ninguna parte.

—¿Cómo dices? —le preguntó la andaluza, sorprendida—. Mario…

—Hace tiempo que decidí mantenerme al margen del periodismo de campo. Lo siento, de verdad. Tengo una reputación en esta ciudad.

—¿En serio? No me vengas ahora con eso. Te había tomado por un valiente —le dije, con tal de animarlo—. Dime que no es por ella, antes de que cambie de opinión…

A pesar de que no me agradaba su presencia, lo cierto era que nos interesaba que viniera con nosotros y se enfrentara a Valentina Estrellado. Era obvio que aún quedaban brasas calientes en su corazón, sentimientos capaces de desestabilizar a la líder de la organización.

—Ya me has oído, Caballero. Os ayudaré hasta donde pueda, pero, a partir de aquí, debéis caminar solos… Alicante es un pueblo, una ciudad en la que todos nos conocemos y no tengo ningún interés en crearme enemigos con la familia Espumado.

«Al fin saltó la liebre».

El discurso enervó a la periodista, que no toleraba la falta de principios en la profesión. Rosario era una idealista y eso también tenía sus fallos. En su caso, parecía una niña inocente, incapaz de aceptar que formaba parte de un negocio podrido desde lo más alto de la jerarquía.

—¿De verdad, Mario? Entonces, ¿qué sentido tienen todas esas conferencias sobre periodismo ético, la lucha por la objetividad y lo de no rendirse ante los poderes fácticos? —le preguntó con un tono recriminatorio. A medida que hablaba, se acercaba a él, señalándolo con el dedo acusador—. Si eres capaz de mirar a otro lado cuando la verdad afecta a tus intereses personales, me estás demostrando que eres un cobarde y un hipócrita.

—Rosario, tienes que entender…

—Lo único que entiendo es que Gabriel y yo no vacilamos a la hora de jugarnos el pellejo para hacer justicia a quienes ya no pueden hablar, a quienes callan porque no tienen apoyo. Sin

embargo, tú… Me has decepcionado como persona.

El hombre dio un respingo y se mostró ofendido por las palabras de la periodista. Resoplé, sin intención de añadir nada a lo que había dicho. En ese momento, la tensión era notoria y Gómez había perdido todas las posibilidades de una cita íntima con ella. No quería parecer un desalmado, pero no habría mejor ocasión que esa, en un estado tan frágil, para convencerlo de que debía venir con nosotros a visitar a Estrellado.

—Aunque corroboro todo lo que ha dicho Rosario, te diré algo, Mario —le dije, con un tono conciliador, antes de que decidiera mandarnos al infierno—. Hazlo por ti, por nadie más. Aunque te resulte difícil de creer, sé lo que se siente cuando te dejan con la miel en los labios, con la palabra en la boca, con mil cuestiones sin responder…

Mis palabras despertaron el interés del individuo, quien, por un momento, pensé que habría tirado la toalla y se habría cansado de lidiar con nosotros.

—Es complicado.

—Desconozco lo que ocurrió entre vosotros —proseguí—, pero no hace falta que me lo cuentes para percibir que llevas demasiados años esperando la oportunidad para hablar con ella. Demasiado tiempo guardándote las palabras que, probablemente, siempre quisiste decirle. Quizá, tus plegarias se hayan cumplido y este tren no vuelva a pasar hasta dentro de mucho tiempo o, puede que, dada la situación en la que nos encontramos, nunca lo haga otra vez.

—En serio, ¿Gabriel?

—Hazme caso, que, de esto sé un poco. Cierra un capítulo de tu vida y esta noche descansarás mejor.

46

Mario Gómez tardó varios segundos en aceptar que, esa noche, se enfrentaría a los fantasmas de su pasado. En cambio, algo me hacía suponer que Valentina Estrellado no esperaba la visita. El organizador del evento se ofreció para llevarnos en su coche hasta la residencia de la activista. A Rosario y a mí nos extrañó que conociera el paradero de su expareja, aunque, a esas alturas de la conversación, ya nada me sorprendía. Gómez había guardado silencio más de lo debido, pero todos los mentirosos acaban por revelarse y, poco a poco, fuera con palabras o con actos, había desvelado la verdad.

Estaba oscuro en la calle, la ciudad respiraba tranquila y nos acercábamos a la medianoche. Gómez se dirigió al norte de la ciudad para llevarnos hacia el núcleo urbano de San Juan, el pueblo costero que lindaba con la ciudad y que, poco a poco, había sido absorbido por el crecimiento urbanístico. Rosario iba sentada en el asiento delantero, en silencio, y yo observaba a ambos desde atrás. Una vez más, intenté llamar por teléfono a Rojo para conocer sus movimientos, pero su teléfono seguía apagado. No era extraño en él, pero temía que la velada nos diera un giro inesperado y que necesitáramos su ayuda. No sabíamos qué encontraríamos en esa casa. Si Valentina protegía a su marido, probablemente, no nos recibiría con los brazos abiertos.

A medida que dejábamos Alicante atrás, el paisaje urbano dio paso a una zona más residencial, donde las calles se ensanchaban y los edificios altos eran sustituidos por viviendas unifamiliares dispersas entre vastos terrenos. Las propiedades que empezaban a desfilar ante nuestros ojos eran impresionantes, verdaderas mansiones rodeadas de jardines meticulosamente cuidados y altos setos que prometían privacidad y exclusividad. No era el tipo de lugar que uno asociaría con alguien que denunciaba públicamente

la contaminación urbanística y la expansión desmedida de las ciudades.

Rosario, mirando por la ventana del coche, no pudo contener su asombro al observar la opulencia que nos rodeaba.

—¡Madre mía, qué casoplones! —exclamó, pegando la nariz al cristal del coche para obtener una mejor vista de las mansiones que parecían sacadas de una revista de arquitectura—. ¿Estás seguro de que es por aquí?

Su tono llevaba una mezcla de incredulidad y fascinación, como si la ironía de la situación le resultara tan chocante como reveladora.

—Sí, lo estoy —respondió, con una mezcla de resentimiento y resignación que luchaba por no mostrar—. Por desgracia, estoy más seguro de lo que me gustaría.

El ambiente en el coche se volvió más tenso, un silencio incómodo se instaló momentáneamente mientras seguíamos avanzando por la calle principal de la urbanización. El conocimiento que tenía de este lugar no era algo de lo que se enorgulleciera; era un recordatorio de los días en que las emociones habían nublado su juicio, de un tiempo en que la obsesión y el celo le habían llevado a cometer errores que prefería dejar en el pasado.

Yo lo sabía, aunque no lo confesara. Rosario pareció captar la gravedad de sus palabras y optó por no indagar más en el asunto. Sabía que había líneas que no debía cruzar, especialmente cuando se trataba de asuntos personales tan delicados.

—Entiendo —dijo, volviendo su atención hacia el frente, observando la calle que nos llevaría directamente a la casa de Valentina Estrellado, esa mujer que era un enigma en sí misma. Había luchado contra la hipocresía de su propia familia, pleiteando los negocios turbios que ayudaban a expandir la mancha urbana que tanto criticaba. Sin embargo, nunca había renunciado a su herencia, a ese mundo de lujo y comodidad en el que había nacido. A todos nos gusta vivir bien, era cierto, y Valentina no era la excepción, aunque eso supusiera vivir en medio de la paradoja que ella misma denunciaba.

Mientras nos acercábamos a la dirección indicada, la ironía de la situación no se perdía en ninguno de nosotros. Valentina, la crítica de la expansión urbana, vivía en una de las urbanizaciones más

exclusivas y menos sostenibles de la ciudad.

—Es aquí —dijo Gómez, señalando una puerta de hierro forjado que marcaba la entrada a una de las propiedades más impresionantes de la calle.

A continuación, detuvo el vehículo justo frente al portón, y por unos instantes permanecimos en silencio, observando la imponente casa que se alzaba tras los setos y árboles que la ocultaban parcialmente de la vista de los curiosos.

—Nos ha ahorrado un arduo trabajo y unas cuantas horas, eso es cierto —murmuró Rosario.

Era cierto, Gómez nos había llevado directamente a ella, evitando horas de búsqueda y especulación. Ahora, lo que quedaba era enfrentar lo que venía a continuación, y esperar que Valentina estuviera dispuesta a escuchar y cooperar.

Al salir del vehículo, la luz amarillenta de las farolas caía sobre nosotros, alargando las sombras al caminar. A esas horas, lo único que se oía por allí eran los motores de los coches que pasaban a lo lejos y el maullido de los gatos salvajes.

Había luz dentro de la casa, aunque no se oía actividad. Me acerqué a tocar el timbre, pero Gómez me frenó.

—Yo me encargo.

—Tus palabras son órdenes —le dije y miré a mi compañera, que guardaba silencio, alerta. Después me acerqué a ella y le susurré—: ¿Tienes un plan?

—¿Un plan? —preguntó ella, en voz baja. Gómez tocó el timbre y esperamos unos segundos. Alguien nos observaba por la pequeña cámara de vigilancia—. Se supone que eres tú el que tiene un plan.

—No, Rosario. Yo tengo sospechas, nada más —dije y sentí un ligero cosquilleo en la parte baja del abdomen. No eran mariposas, sino un mal augurio de lo que estaba por llegar—. Preparémonos para lo que pueda suceder, ¿entendido?

—Nunca bajo la guardia.

Gómez miró a la cámara y, acto seguido, la puerta se abrió, como si esperara su visita. No era una buena señal. Me gustaba llegar cuando nadie lo esperaba. De lo contrario, el sorprendido terminaba siendo yo.

47

Valentina Estrellado, con su aspecto cansado y desgastado por unas aparentes y recientes lágrimas, nos recibió en el umbral de su hogar, una casita de suaves paredes color crema con enredaderas trepadoras que apenas disimulaban el desgaste de los años. Vestía ropa holgada, típica para estar en casa, y su cabello, normalmente recogido en un moño estricto, caía en mechones desordenados alrededor de su rostro marcado por la angustia. Al principio, asumí que su vergüenza se debía a la presencia de Gómez, pero pronto quedó claro que algo más agitaba profundamente su ánimo.

—Mario —susurró con una voz quebrada al reconocer a uno de nosotros. Luego, sus ojos, hinchados e irritados, se posaron sobre el resto del grupo, con una mezcla de sorpresa y recelo—. ¿Qué hacéis aquí?

Su tono era más de súplica que de interrogación, como si nuestra presencia allí fuera el último golpe en una serie de contratiempos.

Rosario, con su habitual brío, avanzó con paso firme, ignorando la clara señal de angustia de nuestra anfitriona.

—Lo siento, Estrellado, pero el drama termina aquí, junto a tus mentiras. Lo sabemos todo —declaró con firmeza, cruzando el umbral como si la débil resistencia de Valentina fuera baladí.

Sus palabras resonaron con la autoridad de quien tiene las respuestas, aunque aún no se hubieran formulado todas las preguntas.

—Vosotros no sabéis nada. Será mejor que os larguéis de mi casa.

—¿Dónde está? —insistió la andaluza. Su voz reverberaba contra las paredes decoradas con cuadros de paisajes.

—¿Quién? —preguntó ella, como si no supiera nada.

—¿Quién va a ser? ¡Tu marido!

Valentina, claramente sobrepasada por la situación, se dirigió a

Mario, mezclando escepticismo y reproche en su expresión.

—¿Qué hace ella aquí? —le preguntó, esquivando la cuestión. Su voz temblorosa indicaba que la presencia de Rosario era tan provocadora como sus preguntas—. ¿Y tú, con ellos? Me has decepcionado mucho…

Mario, atrapado entre su pasado con Valentina y las exigencias del presente, intentó mediar.

—Es una larga historia, Valen —comenzó y, con la mirada buscó algún vestigio de comprensión. Pero antes de que pudiera continuar, la activista levantó una mano, cortando el aire con un gesto desesperado.

—¡No me vuelvas a llamar así! ¡Nadie me llama así desde hace años!

—Perdona…

En ese momento, vi lo pusilánime que era Gómez y lo malcriada que era su expareja. No había cambiado en todo ese tiempo.

—Vaya, con la marquesa, ¿eh? —comentó Rosario.

—No eres la única que tiene carácter —le respondí.

Gómez se amilanaba por segundos y titubeaba al hablar.

—¡No podéis entrar así en mi casa! Me niego. ¡Esto es una violación de mi privacidad! —exclamó la anfitriona, dando un paso atrás, como si físicamente pudiera repeler la intrusión de quienes una vez fueron de confianza—. ¡Pienso denunciar esto! ¡No tenéis ningún derecho a entrar aquí!

Ahora, su voz iba ganando fuerza a medida que hablaba, aunque su postura revelaba una vulnerabilidad clara.

Rosario, sin embargo, no tenía paciencia para más demoras.

—En ese caso, llama a la policía. Estaremos encantados de que escuchen lo que tienes que decir.

—¡No me tientes, señorita! ¡Eres una cucaracha como el resto!

La reportera se acercó a Valentina, reduciendo el espacio entre ellas.

—Esta cucaracha piensa enterrarte viva, pero, a diferencia de tu marido, lo haré llevándote a los tribunales. —Sus palabras sonaban con tanta certeza que daban miedo—. Estás protegiendo a un asesino. Sabemos lo que tu tío, tu marido y tú ocultáis, Estrellado. Puedes bajar esos humos, contárnoslo aquí y ahora, o puedes esperar a que te los baje la policía.

Valentina miró a su alrededor, como buscando alguna escapatoria o alivio a la presión que se cerraba en torno a ella. Sus ojos se encontraron con los de Mario. Pero él desvió la mirada.

—¿Cómo has podido traerlos aquí, a mi casa, Mario? ¿Cómo?

—Yo que tú, no entraría en esa pelea de lodo —le dije al compañero.

—¿No has tenido suficiente con todo el tiempo que le has hecho sentir mal? —le reprochó la reportera—. Es un poco tarde para echarle algo en cara, ¿no lo crees?

Lo que Rosario creyera o no, era cosa de los otros. Mario, con un suspiro de resignación y quizás de remordimiento, solo pudo ofrecer una disculpa silenciosa con la mirada. Estaba claro que las decisiones tomadas antes de llegar a la puerta de Valentina habían sido difíciles, y ahora se enfrentaba a las consecuencias, tan dolorosas como las revelaciones que esperaba descubrir.

—Valentina, escucha…

La andaluza, que no tenía humor para más telenovelas, se aproximó más a ella, hasta quedar a escasos centímetros de su rostro, a modo de intimidación. Cuando quería, Rosario podía ser la más macarra de todos.

—Créeme, será mucho peor para ti y para él si no colaboras con nosotros ahora.

—Oh, Dios. No puede ser…

—Y tanto que puede —comenté, por lo bajo—. No sabes con quién has topado…

—Mi marido no está aquí —dijo, con los ojos empañados. Parecía que iba a romper a llorar de nuevo, pero yo desconfiaba de sus lágrimas—. Debéis marcharos, antes de que hagáis más el ridículo. No sabéis nada de este asunto y lo que decís no son más que infamias. Os estoy haciendo un favor, antes de que os caiga una multa que no podáis pagar.

—Tenías razón cuando decías que era una niña rica, Gabriel. Nunca dejó de serlo.

—Suelo tener razón, hasta cuando me equivoco.

—¿Y tú, Mario? ¿Te has rebajado a juntarte con esta calaña? ¿Me acusas también de un bulo, después de lo que le ha pasado a Paula? De veras, que eres repugnante.

—¡Valen! Yo confío en que eres inocente.

—Nadie dice lo contrario —añadió Rosario—, pero estás encubriendo un asesinato.

—Yo sé que eres una buena persona, pese a todo. Por una vez, ¡por Dios! Haz lo correcto.

—Lo correcto fue dejarte hace tantos años.

—Oh, no. Olvidaba el drama que arrastraban estos dos… —comentó Rosario, tapándose la cara por la vergüenza.

—Luego te quejas de mí… —comenté.

—Lo tuyo no tiene remedio.

Mi compañera y yo nos quedamos perplejos ante el momento de escena de final de temporada de culebrón televisivo. Los dos enmudecieron sin despegar la mirada del otro. Podíamos sentir las chispas en la distancia, aunque supuse que se debía a motivos dispares. Por un lado, él aún sentía lo mismo que antes. Por el otro, ¿qué demonios? Ya no sabía qué pensar. Me costaba creer que estuvieran hechos el uno para el otro.

—Prométeme que no volverás a entrar en mi vida, después de esto —le pidió la mujer a su expareja, desde la puerta de la vivienda.

Rosario me dio un golpecito con el codo, para que pusiera atención. ¿A qué se referiría con aquello? ¿También nos había estado mintiendo Gómez, acerca de los detalles de su relación con Estrellado?

Pero este se había quedado sin palabras.

—¿A qué esperas, Mario? —le pregunté, con cierto nerviosismo—. ¡Prométeselo!

Este giró el rostro para lanzarme una mirada fulminante.

En efecto, la historia que nos había contado, seguramente, poco tenía que ver con lo que había sucedido entre esos dos en la realidad. Pero, la única certeza era que, esa noche, tendría que cerrar un episodio de su vida, o quedarse en él para siempre.

48

Ostentosidad era lo último que esperaba encontrar en la vivienda de la activista, pero mi capacidad para sorprenderme parecía haber alcanzado su límite. Valentina Estrellado nos permitió entrar en la propiedad. Antes de ascender por las escaleras que llevaban al interior del adosado, desvié la mirada hacia la cochera, donde solo había un vehículo, aunque era evidente que faltaba un segundo.

—Hemos discutido —confesó finalmente—, antes de que preguntarais por él. —Luego miró al cielo y suspiró—. No está aquí, ya os lo he dicho.

—Tu marido conduce un Audi de color negro, ¿verdad?

Ella se mordió el labio inferior y se negó a verbalizar la verdad, aunque no eran necesarias las palabras. Su mirada lo decía todo.

—No quiero hablar de esto aquí fuera.

Cruzamos la puerta principal de la vivienda de Valentina Estrellado y nos encontramos en un amplio vestíbulo que emanaba un aire de dignidad y cierta tensión reprimida. Valentina, con su expresión cambiante, nos condujo hacia el salón adyacente. A pesar de la gravedad de la situación, su elegancia innata no había desaparecido del todo; cada uno de sus movimientos parecía calculado, casi ensayado.

El salón estaba decorado con sofás largos de terciopelo y una gran televisión que parecía poco usada. Las paredes estaban adornadas con cuadros impresionistas, cuyos colores vibrantes contrastaban agudamente con la atmósfera sombría que Valentina arrastraba consigo como un manto invisible.

Al pasar junto a un portarretrato que estaba sobre una pequeña mesa de madera, me detuve un momento. La fotografía mostraba a Valentina y a su marido en un momento evidentemente feliz y despreocupado, una imagen en discordancia con la realidad actual.

—Sin sus características gafas y la barba que solía ocultar parte

de su rostro, es casi irreconocible —comenté, más para mí que para los demás.

Valentina siguió mi mirada hacia la fotografía y suspiró profundamente.

—Sí, él solía cambiar su apariencia con frecuencia. Decía que le gustaba ver cómo la gente lo miraba diferente —dijo con un tono de melancolía que rápidamente se endureció—. Pero ya no quiero hablar de eso. Es hora de aclarar ciertas cosas.

Rosario, siempre directa, no perdió tiempo en abordar el tema que nos había llevado hasta allí.

—¿Por qué romper el silencio después de tanto defender a tu marido? Lo siento, pero me cuesta creerte.

—¿Whisky? —preguntó Valentina, con su característico arte de esquivar las cuestiones, al acercarse a una botella de cristal llena de líquido de color ámbar. Rosario y Mario rechazaron la invitación, pero yo me negué a dejarla beber en soledad. Ella me sirvió tres dedos en un vaso y me lo entregó—. Aquí tienes.

—Gracias. Ante todo, la educación siempre por delante.

—No deberías beber alcohol, Valentina, en tu estado…

—Un buen escocés, por cierto.

—No me digas lo que tengo que hacer, cretino.

—¿Estado? —preguntó Rosario y arqueó una ceja, intrigada por la información que se le escapaba. ¿Le estaba siendo infiel a Mirete? No iba a ser yo quien le diera una explicación, pero algo me hizo intuir que esos dos se habían visto en más de una ocasión, después de la mencionada ruptura, y de manera reciente—. En fin, aclaremos esto de una vez. ¿Dónde está tu marido?

—Ya os lo he dicho. Hemos discutido y se ha marchado. No he podido detenerlo.

—Discutir, ¿por qué motivo?

—¿Eres consciente de que ha asesinado a dos personas? —le pregunté—. Te diría que podrían haber sido más…

Valentina se dejó caer en uno de los sofás y cruzó las piernas con elegancia. Luego se aclaró la garganta con el destilado.

—Veréis, siempre creí en la inocencia de Guillermo, en su integridad. Pero hay un límite para todo. Me he dado cuenta de que no puedo cargar con la culpa de sus acciones. Él me mintió, a todos nos mintió.

—¿Estás diciendo que sabías que él fue responsable de la muerte de Vidal? —la interrumpió, con la voz llena de frustración.

—No directamente —respondió ella, con una calma perturbadora—. Pero he descubierto cosas, documentos, conversaciones que indican que no era el hombre que creía conocer. Y no, no estoy dispuesta a perder mi libertad por él.

—¿Por qué no me dijiste nada al respecto?

—¡Porque eres un bocazas!

—¿Tienes esos documentos aquí? —pregunté, antes de que comenzaran a discutir—. Podrían ser cruciales para el caso. Si lo acusamos sin pruebas, es probable que el esfuerzo no sirva para nada.

Valentina se levantó y caminó hacia un escritorio al otro lado de la sala. Abrió un cajón y sacó varios papeles y una pequeña grabadora.

—Aquí está todo. Tomadlo, no quiero nada de esto.

—Un momento, ¿cuándo descubriste que tu marido asesinó a Vidal? Sospecho que la noche en la que tu tío te llamó para que te reunieras con el arqueólogo.

Ella llenó los pulmones de oxígeno.

—Así es —confesó—. Ese fue mi error. Le conté la verdad, lo que habíamos descubierto.

—Esas frases imposibles de recordar, escritas en las tablillas.

—«Launna enca turdetan. Esetro badalon la herriada».

La andaluza la miró impresionada, ante la facilidad que tenía para recitarlas de corrido.

—Vaya.

—Puede ser un dialecto del íbero, aunque Vidal tenía la teoría de que era tarteso… En cualquiera de los casos, significaría algo como «La fortuna está bajo la tierra. La mala intención la enterrará».

—La fortuna —comentó Rosario, intrigada—. La misma que llevó a tu tío a cambiar de parecer, cuando descubristeis lo que había bajo la tierra.

—Es evidente que la buena intención enterró al pobre arqueólogo, pero no hay evidencias de que el solar entierre una civilización, ¿o sí las hay?

Valentina se mostró compungida ante nuestra acusación, lo cual

significaba que íbamos bien encaminados.

—Aunque se han dicho muchas cosas sobre mí, nadie ha acertado a la hora de juzgarme. Si tan solo me hubiesen preguntado, habrían sabido la razón por la que soy como soy, y no como esperan que sea. ¿Verdad, Mario?

—Prefiero que me mantengas al margen de tus responsabilidades.

—Está bien… Me echaron de un mundo al que pertenecía o, mejor dicho, decidí abandonarlo —explicó con el dramatismo que la caracterizaba. Tal vez no fuera la mejor activista, pero podría haber hecho carrera en Hollywood—. El porqué de romper con mi familia y, en especial, con mi tío, no era la fortuna que poseen, sino la codicia que los alimenta. Están dispuestos a cualquier cosa, con tal de amasar más dinero… Lo que desconocía era que tenía al enemigo en mi propia casa.

49

Las revelaciones de Valentina comenzaban a encajar piezas en el complicado rompecabezas que era el caso de Vidal.

—Tras descifrar el contenido de las tablillas, Vidal se convenció de que, debajo del solar había restos valiosos de una civilización íbera. Un tesoro que había que proteger —prosiguió con dolor en sus palabras—. Mi alegría se derrumbó cuando le transmití la noticia a Guillermo y le expliqué lo importante que sería para el patrimonio de esta ciudad. Debíamos protegerlo. ¡Es por lo que luchamos!

—¿No reaccionó como esperabas? —le preguntó la periodista con ironía—. Cualquiera lo diría.

—No, exactamente. Me dijo que había perdido la cabeza y que no podía contárselo a nadie. Según él, a nadie le importarían esas ruinas. Sin embargo, si le pedíamos a mi tío una parte, solucionaríamos el acuerdo.

—Entonces, Romualdo Espumado estaba dispuesto a hacer negocio con ello… —respondí.

—Me resulta gracioso que lo cuestiones. ¡Es obvio! No obstante, yo no era el mayor de sus problemas… Conmigo, lo tenía fácil. Tan solo tenía que cortarme el grifo económico y dejarme sin la ayuda que me presta todos los meses. ¿Creías que vivía de la asociación?

—No, lo cierto es que alguien tenía que pagar por esto, y vosotros no parecéis tener alma de trabajadores… —comentó Rosario, con desdén.

—Entonces, ¿quién es el verdadero culpable aquí?

—Vicent Mandarino —apostilló Valentina con un tono que dejaba claro que no había dudas en su mente—. El acuerdo estaba firmado y solo una inspección urbanística podía frenar el proyecto. Por tanto, tras el descubrimiento, los ojos de mi tío cambiaron hacia un color dorado y supuso que el solar tenía más valor que la

construcción de un hotel.

—Pero, ¿es eso cierto? —preguntó Gómez, intrigado, con una voz cargada de escepticismo y curiosidad. Nos volvimos hacia él, sorprendidos por su intervención, dado su frecuente silencio. Los tres lo miramos, como si su participación no estuviera permitida—. Perdón…

Valentina asintió con seriedad.

—Lo único cierto es que Mandarino iba a construir el hotel sobre el terreno de mi tío, bajo la condición de poseer el cincuenta y uno por ciento de la sociedad, cuando esta se conformara. Eso está firmado por escrito y eso lo convertiría en el propietario mayoritario del solar.

—Así que, si él se enteraba de sus planes, si descubría que estaba dispuesto a frenar el hotel por sus propios intereses, desataría la furia de Mandarino y de sus abogados.

—No obstante, la codicia fue superior a sus fuerzas —continuó la mujer, sus ojos reflejando una mezcla de desdén y tristeza—. De haber actuado en solitario, no lo habría hecho. Pero, esta vez, tuvo la mala suerte de que la noticia llegara a mi marido.

—Por ti —acentué.

Ella me miró con frialdad.

—Sí, por mí.

Rosario, siempre buscando claridad, se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Detente un momento. Estás diciendo que tu marido también estaba involucrado, pero, ¿cómo? ¿Qué papel jugaba exactamente en todo esto?

Valentina tomó un profundo respiro antes de responder.

—Guillermo, al enterarse de las posibilidades del terreno, decidió que podía sacar provecho de la situación. Se convirtió en un eslabón entre mi tío y Mandarino. Aunque al principio parecía que estaba ayudando a proteger el patrimonio, su verdadera intención era beneficiarse económicamente de cualquier acuerdo que se pudiera formar.

—Así que estaba metido en el ajo, desde hacía un tiempo.

—Fui una ingenua, lo sé.

—Y eso, ¿cómo afectó a tu relación con él? —preguntó Mario, ahora con una voz suave, fingiendo desinterés. Pero su pregunta iba

cargada sutilmente de una intención que buscaba algo más que respuestas superficiales. Los celos y la sensación de haber sido manipulado por su despecho lo superaban.

—Destrozó todo lo que creíamos tener —confesó ella—. Cuando descubrí sus verdaderas intenciones, nuestra relación se volvió insostenible. Comencé a pensar que se había acercado a mí por dinero, y no por quién soy… El engaño y la traición fueron duros para mí, pero me manipulaba de tal manera, que no podía hacer otra cosa que protegerlo. Según él, era el único modo de salvarnos.

—Me perseguisteis y me disparasteis en un centro comercial.

—Estaba desesperada, ¿vale? Hacía lo que me indicaba.

Había algo en su discurso que no terminaba de convencerme del todo. Era probable que Valentina intentara engañarme, como había hecho desde el principio, pero solo quería que llegara al final de la historia.

—Y, a pesar de todo lo que hiciste por él, mató a tu amiga Paula. ¿A ella también se lo contaste?

—No —respondió, tajante—. Ella descubrió que algo pasaba entre nosotros. Guillermo comenzó a actuar de forma inusual, tras la aparición del cadáver de Vidal. Ella lo siguió y me lo contó. Yo fui tan estúpida de advertirle de que ella había notado su comportamiento… Fue entonces cuando decidí que no podía seguir encubriéndolo.

—Mientras tanto, me utilizabas y te acostabas conmigo… —añadió Gómez.

Ni Rosario ni yo lo esperábamos.

La confesión era un duro golpe de realidad para el periodista. Tan fuerte, que oí cómo su corazón se rompía en pedazos al caer al suelo. Más allá de la ficción, nadie había muerto de desamor, así que no había por qué preocuparse.

—No seré yo quien interrumpa vuestra discusión sentimental, pero hay algo que me preocupa —dije, separando verbalmente a los dos—. Ahora que has admitido tu complicidad, ¿qué esperas de nosotros? ¿Qué es lo que buscas al contarnos todo esto? Lo tenemos todo para actuar en tu contra, si lo estimamos.

Valentina levantó la vista, su expresión era la de una mujer determinada a cambiar el curso de su vida.

—Justicia, por una vez —dijo simplemente—. Sé que puede

sonar extraño, pero quiero que se sepa la verdad. Que no soy yo quien debe cargar con la culpa de estos crímenes. Quizá no pueda resolver algunas cosas, pero sí puedo frenar este sinsentido.

Rosario tomó los documentos y la grabadora que nos había entregado y los examinó brevemente.

—Si la policía obtiene estas pruebas, podría cambiar completamente el curso de la investigación. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Valentina asintió, su rostro era una máscara de resolución y resignación.

El peso de sus palabras se asentó entre nosotros como una promesa de más conflictos por venir, pero también como la posibilidad de resolución. Mario asintió con respeto, reconociendo la entereza de Valentina al enfrentarse a la verdad, sin olvidar todo el daño que le había hecho y sin importar cuán destructiva pudiera ser la consecuencia de su decisión.

—Completamente segura. Ya he tomado mi decisión. No más mentiras, no más encubrimientos. Me importa muy poco el dinero que se pierda. Mi marido es un asesino, yo casi me convierto en una y todo esto ha ocurrido a causa de la codicia de mi tío. Es hora de que todos aceptemos las consecuencias de nuestras acciones.

La firmeza en su voz dejaba poco espacio para dudas. Mientras Rosario guardaba los documentos con cuidado, Valentina se acercó a la ventana y miró hacia el jardín exterior, donde las sombras de la noche se perdían en la penumbra.

En su mirada había un destello de alivio, como si un peso enorme hubiera sido levantado de sus hombros, pero también una sombra de tristeza por todo lo que había perdido.

—Bien, ahora que lo sabemos todo, iremos juntos a la policía —comenté.

—Ya os he dicho lo que queríais escuchar y tenéis lo que necesitáis. A cambio, necesito que hagáis algo por mí.

—No —intervino Mario Gómez, con voz firme y decidida—. Irás a la comisaría y testificarás contra tu marido. Yo me encargaré de buscarte un buen abogado.

—¿Bromeas? No necesito un guardaespaldas. Solo os estoy pidiendo un favor.

—Entonces, esperaré hasta que una patrulla venga hasta aquí —

dijo y se dirigió a nosotros. Acto seguido, lanzó las llaves del coche a Rosario y esta las cogió al vuelo—. Vosotros iréis a buscar a Espumado, antes de que cometa otra estupidez.

—¿A Espumado? —pregunté, desconcertado—. ¿Por qué?

Rosario se levantó del sofá y se dirigió hacia la salida.

—Guillermo está desesperado —respondió Valentina—. Eliminará toda prueba posible… Ha llamado a mi tío para reunirse en su despacho y aclarar lo ocurrido.

—¿A estas horas? ¿Por qué accedería Espumado a una llamada tan sospechosa?

—Porque teme que Guillermo cometa una estupidez. En el fondo, él es el único que puede calmarlo.

—Por desgracia, aunque Mirete confía en que Valentina no hablará, no piensa lo mismo de su tío, ¿verdad? —dejó en el aire la periodista andaluza y salió de la casa con celeridad—. ¡Vamos, Gabriel! ¡Aún podemos evitar una desgracia!

Me giré hacia Estrellado y la miré a los ojos.

En efecto, de nuevo se estaba saliendo con la suya. No solo nos había mentido, sino que había engañado a su marido, haciéndole creer que la había conseguido controlar. En realidad, lo estaba utilizando para deshacerse de su tío.

50

El ritmo del reloj oscilaba con una insistencia casi burlona, determinando el transcurso de un tiempo que parecía fugaz y eterno a partes iguales. Cada segundo que transcurría parecía desvanecerse, como granos de arena escurriéndose inevitablemente entre los dedos, dejando atrás una estela de momentos irrecuperables. La confesión de Estrellado había sido la culminación dramática de una larga y tediosa investigación que nos había consumido más horas y recursos de los que inicialmente habíamos anticipado. Pese a ello, el descanso de un caso cerrado aún se nos negaba; todavía quedaban hilos sueltos que atar, detalles que verificar. No podíamos permitirnos el lujo de la complacencia.

Los dos crímenes investigados habían desvelado una trama más compleja de lo esperado, tejida con la astucia de quien juega a dos bandas. A pesar de haber escuchado de los labios de Valentina Estrellado la supuesta verdad, no podíamos bajar la guardia. Las experiencias anteriores nos habían revelado que, en las últimas horas de una investigación, todo podía cambiar de rumbo, todo podía ser un espejismo. Habíamos pasado demasiado tiempo en esa casa, más del debido. Habíamos permitido que Estrellado diera rodeos con sus respuestas, diluyendo la verdad en un mar de evasivas y medias verdades. No obstante, a pesar de las dificultades y trampas en el camino, no todo había resultado tan malo como podría haber sido. Dentro del vasto universo de posibilidades, algunas piezas habían encajado, algunas verdades habían florecido.

Decidimos no darle más vueltas a los eventos del día y nos dirigimos hacia la oficina de Espumado. Una intuición me decía que aquel lugar sería crucial en el desenlace de nuestro caso. Era allí donde el empresario guardaba los documentos más comprometedores, los papeles que, suponíamos, perseguía Mirete como si no hubiera mañana.

Rosario tomó el volante mientras yo me acomodaba en el asiento del copiloto. Bajé la ventanilla, permitiendo que la brisa nocturna se colara en el coche. El aire fresco y ligeramente húmedo era un bálsamo reconfortante tras las tensiones del día. Disfruté de la sensación del viento acariciando mi rostro, despejando mi mente, aunque solo fuera por un momento.

Con la ayuda del navegador del vehículo, ingresé la dirección de la oficina de Espumado y comencé a dar instrucciones a Rosario sobre la ruta a seguir. Le señalé que tomara la salida que nos conduciría hacia el núcleo urbano, de regreso al corazón de la ciudad. A esa hora, las calles por las que transitábamos estaban tranquilas y casi desiertas. Con un poco de suerte, pensé que llegaríamos sin contratiempos.

Sin embargo, ambos sabíamos que esa calma era engañosa, como un breve interludio antes de la tempestad que probablemente desataría nuestra llegada al centro de la ciudad. La noche aún nos guardaba secretos y desafíos, y mientras nos acercábamos a nuestro destino, la anticipación y el nerviosismo empezaban a anudarse en mi estómago. Era el silencio antes de la tormenta.

Para cubrirnos las espaldas, intenté localizar a Rojo con mi teléfono móvil, pero el contestador saltaba con cada llamada.

—¿No responde?

—Me salta el contestador.

—Genial. ¿Para qué quieres un amigo policía si no te puede ayudar cuando estás en apuros?

—Sabes que eso no es del todo así.

—Ya. —Rosario tensó el semblante al escuchar mi respuesta. Entre nosotros quedaban muchas conversaciones pendientes sobre mi amistad con Rojo y algunos momentos que ella había presenciado y que ponían en cuestión sus principios—. ¿Has probado en la comisaría?

—Prefiero no usar esa carta.

—Tú mismo.

El coche frenó suavemente hasta detenerse en un semáforo en rojo, el único punto de luz en una calle desierta y silenciosa.

—¿Estamos seguros de que estarán allí? —preguntó Rosario, con una nota de escepticismo en su voz mientras observaba el semáforo—. Después de escuchar a esa mujer, no me creo ya nada de lo que

dice.

—Lo sé. Por suerte, tu instinto no te falla —le respondí, intentando leer su expresión en la oscuridad del coche—. No, no lo estoy completamente, pero es lo que yo haría si quisiera eliminar las pruebas que me relacionan con Espumado, ¿no crees?

Intentaba construir un razonamiento lógico a partir de las pistas fragmentadas que teníamos.

Rosario guardó silencio, sus ojos seguían todavía fijos en la luz roja del semáforo. Pude notar cómo su mente trabajaba a toda velocidad, procesando cada detalle.

—¿Qué te hace pensar que Espumado no tiene una copia de esos documentos, en alguna otra parte? —me sorprendió con una pregunta que, de alguna manera, yo no había considerado completamente o, mejor dicho, para nada. Sinceramente, había olvidado esa posibilidad.

—No había pensado en eso, la verdad —admití, sintiendo una punzada de frustración por mi descuido.

Entonces, algo se transformó en ella. Su postura se tensó, como si se preparara para actuar. Su agarre en el volante se hizo más firme. R espiró profundamente y su voz vibró con urgencia mientras el coche rugía bajo su control.

—¡Maldita sea! —exclamó de nuevo. Ahora, su frustración era palpable dentro del automóvil.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué esa reacción tan brusca? —pregunté, intentando seguir el ritmo de sus pensamientos.

—No solo es Espumado… es todo lo que está en juego. Si él se entera de que estamos cerca de descubrirlo todo, ¡no dudará en eliminar a quien sea necesario para protegerse! —explicó. Su voz subía de tono mientras maniobraba el coche por una curva cerrada.

—¿Estás diciendo que Espumado…? —Mis palabras apenas lograban mantener la calma, pero el peso de sus implicaciones me golpeaba con fuerza.

—¡Caray, Gabriel! Piensa con la cabeza, que para eso la tienes —respondió—. Recordemos que nadie que juega tan sucio como él deja cabos sueltos, y menos con lo que hemos descubierto hoy. Esa mujer no deja de ser su sobrina, por lo que, seguramente, el maquiavelismo le viene de familia.

—Ahora estoy algo confundido.

—Sigo pensando que te diste un golpe al nacer.

—¿Quién está en peligro en este momento? Además de Espumado, claro… —Mis dedos se apretaron contra el asiento, tratando de prepararme para lo peor—. Necesito que seas más específica… y que conduzcas con más cuidado.

—Si lo piensas en frío, es posible que Espumado se haya adelantado a la jugada de su verdugo. Guillermo sabe demasiado y, si Espumado lo manipuló, lo más probable es que quiera lavarse las manos, a la vez que engaña al otro… —Su voz se quebró un momento—. Solo hay una persona con tanto interés como nosotros por saber quién ha hecho esto.

—¿La policía? —concluí, algo perdido, aunque atando los cabos de la deducción de mi compañera, pero ella negó con la cabeza—. ¡Oh, no! Ese hombre…

—Exactamente, Vicent Mandarino. Si no llegamos a tiempo, temo que lo que encontraremos no será nada agradable. —Rosario apretó el acelerador aún más.

—Entonces, no perdamos un segundo más en esta conversación —afirmé, sintiendo cómo la adrenalina comenzaba a correr por mis venas. Me aseguré de que el cinturón estaba bien sujeto y me preparé para lo que nos esperaba al final de aquel frenético viaje nocturno.

51

Aparcamos en un garaje subterráneo situado a pocos minutos de la oficina de Espumado. El amplio y húmedo espacio era un lugar descuidado, en el que resonaba el sonido de nuestros pasos.

Al salir de allí, después de un breve recorrido por las calles más concurridas del centro, llegamos a nuestro destino. La zona estaba sospechosamente tranquila para ser una noche en el centro de la ciudad. Aunque los sonidos de la vida urbana eran audibles desde la lejana avenida Castaños, aquí reinaba una calma inusual.

Rosario miró hacia todas direcciones con evidente desconcierto y me preguntó:

—¿Es por aquí?

Su voz tenía un tinte de incertidumbre que reflejaba su desconexión con aquel entorno urbano. Observé el edificio situado frente a nosotros. Era una estructura antigua con la pintura desgastada y ventanas que miraban hacia la calle con una mirada tan vacía como la nuestra. Señalé hacia la primera planta.

—Es ahí —le indiqué en voz baja, apuntando hacia una ventana donde la luz se filtraba a través de una cortina parcialmente cerrada.

Nos acercamos a la puerta principal del edificio y, al llegar, noté que estaba entreabierta. No supe interpretar si era una invitación o una trampa, pero mi mano se detuvo antes de empujarla completamente.

—Espero que hayamos llegado a tiempo.

Con cautela, entramos y comenzamos a subir las escaleras. El interior estaba oscuro. La luz filtrada desde la calle alumbraba los escalones gastados. El silencio dentro del edificio era casi abrumador. Rosario, que me seguía de cerca, parecía contener la respiración con cada paso.

A medida que subíamos, la tensión crecía y el desasosiego me

inundaba. Le hice una señal a Rosario para que mantuviera el silencio, con el fin de escuchar cualquier ruido o movimiento extraño. Pero el silencio era total, como si el edificio hubiera sido abandonado apresuradamente.

Finalmente, llegamos al nivel donde se encontraba la oficina. La puerta estaba entornada. Era una invitación demasiado evidente para no ser sospechosa.

—Qué extraño… —susurré, mientras sentía cómo Rosario se acercaba más a mí.

—Nadie es tan descuidado de dejar la puerta abierta, ¿verdad? —comentó en un susurro, casi pegada a mi espalda.

Asentí lentamente. Mi cabeza trabajaba a toda velocidad.

—¿Crees que ha sido Guillermo Mirete? —le pregunté, evaluando nuestras opciones y preparándome para cualquier percance.

Rosario frunció el ceño y miró atentamente la puerta, con desconfianza.

—Es obvio que sí. Dudar de ello sería una ofensa a nuestro sentido común —dijo, dejando claro que estaba lista para enfrentar lo que fuera necesario—. Prepárate para lo peor.

No me gustó cómo sonaba aquello.

Por primera vez, Rosario empleaba un tono demasiado serio para ser ella.

Di un suspiro, agarré la manija de la puerta y me preparé para abrir. Con un gesto de cabeza a Rosario, le indiqué que estaba listo para entrar y le pedí que me cubriera. Cuatro ojos veían más que dos. Con cuidado, empujé la puerta y entramos en la oficina de Espumado.

El vestíbulo era un espacio oscuro que apenas recibía un fino resplandor filtrado por debajo de la puerta del despacho. La tenue luz amarillenta dibujaba una línea delgada sobre el suelo, como una barrera que nos separaba de lo desconocido. Nos encontrábamos en un momento tenso, parados frente a la recepción, sumidos en un silencio casi perfecto, interrumpido solo por nuestras respiraciones entrecortadas, la de Rosario pareciendo resonar con un eco sutil en la penumbra.

—¿Has oído eso? —preguntó.

—Aquí no hay nadie más…

Mis ojos se adaptaban lentamente a la falta de luz, escaneando el entorno en busca de cualquier señal que pudiera indicar movimiento en el interior del despacho. Sin embargo, no se oía nada que sugiriera la presencia de un tercer, aunque ambos sabíamos que no podíamos relajarnos. La posibilidad de que Mirete estuviera allí, oculto en alguna parte, hacía que cada sombra pareciera amenazadora y el silencio, un mal presagio. Conocíamos la peligrosidad de aquel tipo y lo impredecible que podía ser.

De repente, mi compañera, impulsada quizás por un arrebato de coraje o impaciencia, dio un paso hacia el despacho. Mi corazón se aceleró al verla moverse; no quería que ella se adelantara a un posible peligro. Movido por un instinto protector, extendí una mano y la tomé del brazo, deteniéndola suavemente. Sentí la tensión en su músculo, bajo mi agarre. En un acto reflejo, ella se giró hacia mí.

Nuestros dedos se rozaron y se entrelazaron casi automáticamente, en un gesto de comprensión sin palabras. Rosario me apretó la mano y, en la casi completa oscuridad del vestíbulo, nuestros ojos se encontraron, compartiendo un momento de complicidad. Un chispazo de conexión avivó nuestros cuerpos, como una corriente de valentía y tensión compartida.

¿Qué significaba eso?, me pregunté. Podía notar el pulso en su mano, el brotar de la sangre al estar en contacto conmigo.

A menudo, empujado por el instinto o el impulso momentáneo, el cuerpo se adelanta en reaccionar ante una verdad que la mente tarda en aceptar. Reconozco que, a veces, yerro con más frecuencia de lo aceptable, pero, si algo tuve siempre claro, es que no vacilaba cuando estaba con una mujer. Recordé cómo había dejado a Lara Membrillos en el coche después de aquel almuerzo, sintiendo que ese camino no llevaba a buen puerto. En cambio, la relación con Rosario era diferente. Había algo genuino en nuestra conexión, lo que me hacía confiar más en las emociones, en momentos difíciles.

Independientemente de lo que descubriéramos al abrir esa puerta, Rosario y yo estábamos en esto juntos. Y con esa certeza, con esa mano firme sobre la mía, me sentí listo para enfrentar lo que fuera necesario.

52

El despacho de Espumado era el epítome de lo que uno esperaría de un hombre de negocios exitoso: amplio, elegantemente amueblado y con una gran ventana que ofrecía vista sobre la ciudad. Sin embargo, al entrar se desencadenó una situación inesperada.

Quizá no fue la gran idea que imaginé.

—¿Qué demonios?

Frente a mí, la escena era caótica. Lo primero que captó mi atención fue la caja fuerte de Espumado, claramente forzada y abierta, vacía, con su contenido esparcido y los papeles tirados por todo el suelo. Parecía que alguien había buscado algo muy específico.

Tal vez ese fue mi error, haberme distraído por la falsa zanahoria tirada delante. La confusión y el desorden en el despacho fueron suficientes para desviar mi atención de cualquier peligro inminente.

—¡Cuidado, Gabri! —gritó Rosario desde atrás.

A pesar de su advertencia y de mi intento por ponerme en guardia, el aviso llegó demasiado tarde. No vi venir el golpe. Fue como si la gravedad y la mala fortuna se hubieran alineado en mi contra en ese preciso momento.

Un extintor lanzado con una fuerza tremenda me golpeó en el torso. El impacto no fue todo lo certero que mi agresor hubiera deseado, pero fue suficiente para hacerme caer sobre el escritorio de Espumado. Aturdido, perdí el equilibrio y resbalé hasta el suelo, cayendo como un soldado derribado en el campo de batalla.

Apenas recuperé el aliento, que vi la silueta de un hombre grande y trajeado que sujetaba el extintor con ambas manos. No era Guillermo Mirete, como habíamos esperado, ni tampoco Espumado, lo que complicaba aún más la situación. Era Vicent Mandarino quien me observaba con una mezcla de furia y satisfacción,

respirando con pesar y claramente agitado por el esfuerzo.

Se acercó a mí peligrosamente, preparado para asestarme otro golpe.

—Ahora que estás en el suelo, podría romperte los huesos sin mayor dificultad, desgraciado —dijo con un tono venenoso, casi disfrutando de la ventaja que había ganado sobre mí.

—¿Qué demonios hace aquí, Mandarino? —conseguí decir, tratando de ganar tiempo y recuperar algo de control sobre la situación.

Mandarino se rio con una carcajada baja y amenazante.

—Creías que ibas a salir airoso tan fácilmente, ¿eh? Puede que tu amigo, el inspector, te saque las castañas del fuego, o que logres comerle el tarro a Espumado o a su sobrina. Después de todo, ellos son solo peones en este juego… pero tú, charlatán de tres al cuarto, acabas de entrar en el tablero de los grandes y te voy a sacar de la partida a golpes. Mataste a mi amigo y pagarás por ello.

Su opinión, aunque vaga, revelaba una declaración de intenciones más profunda y peligrosa de lo que habíamos anticipado previamente.

Rosario estaba ahora en la puerta, evaluando la situación. Nuestras miradas se cruzaron por un momento; ambos sabíamos que cualquier movimiento en falso podría ocasionar un desastre.

Mandarino, mientras tanto, se preparaba para lo que parecía ser el golpe final. Con el extintor aún en sus manos, dio un paso adelante, listo para acabar con todo. Pensé en rezar el mantra que me había acompañado a lo largo del día, pero ni las mejores oraciones me iban a salvar de una buena sacudida. Mi compañera no podría frenar la ira de ese hombre y sacarme de allí de una sola pieza.

—¡Eh, tú!

Para mi sorpresa, Rosario irrumpió en escena, con un espray de pimienta en la mano, del que roció en la cara del empresario. Uno nunca imagina que un envase tan pequeño puede desestabilizar a una persona tan grande, hasta que la ve en acción.

—¡Ah, desgraciada! —gritó el grandullón, frotándose los ojos y moviéndose por la habitación como un enjambre enfurecido de avispas—. ¡Mis ojos!

La periodista se acercó a socorrerme y reconozco que fingí

encontrarme peor de lo que estaba.

—¡Gabriel! ¿Estás bien? —me preguntó y se agachó para verme de cerca. Noté sus dedos acariciándome el pelo. Sonreí y me mostré dolorido.

—Más o menos. Aunque no sé si volveré a caminar…

A todos nos gusta sentirnos queridos, aunque sea por una fracción de tiempo mínima. En el fondo, Rosario tenía un gran corazón, pero la vida la había obligado a protegerlo con uñas y dientes.

Por desgracia, el cuento me duró poco.

—Sobrevivirás —me dijo y chasqueó los dedos para que me pusiera en pie. Yo me quedé unos segundos en el suelo, disfrutando de las vistas que tenía de su espalda. Ella se giró para asegurarse de que me levantaba y, al sorprenderme mirándola con deseo, me propinó un puntapié para que me apresurara.

—¡No seas infantil!

—¡Demonios! ¡Casi me dejas ciego!

—¿Qué esperabas, Mandarino? Has atacado a mi compañero. Espero que tengas una buena explicación…

—¿Este? ¡Maldita sea! —exclamó señalándome con saña—. ¡Te advertí que iría a por ti, trozo de mierda! Vosotros vais a tener que explicarme, si queréis salir de aquí vivos. Sé lo que habéis venido a hacer, pero no os vais a librar de pagar por la muerte de esa chica, ni de mi amigo.

—Un momento… —dije y me puse en pie, recuperando el aliento—. ¿Te refieres a Vidal?

No importaba lo que argumentara. Ese hombre me acusaba de haber asesinado al arqueólogo.

—¿Crees que no lo sé? Me he enterado de todo. ¡Tengo pruebas! Vosotros lo amenazasteis para que contara la verdad, con tal de que Espumado pagara por el chantaje.

—¿Perdona? Nosotros tenemos las pruebas —argumentó la periodista.

—¿Cómo dices? Esa muchacha lo descubrió todo y murió intoxicada, por eso te encontré en la sede. ¡Querías que pareciera un accidente!

—Un respiro, ¿quieres? —Le hice un gesto con la mano, a modo de tiempo muerto, para que nos diera un momento para pensar,

pero Mandarino no era precisamente una persona paciente. Miré a Rosario y ella encogió los hombros. Su mirada era un poema. Luego regresé a él—. ¿Quién diablos te ha contado eso?

—La policía averiguó que había un escape de gas en el local, pero no pienso deciros nada más. Lo que importa es qué habéis venido a buscar aquí, a estas horas, en este maldito despacho.

Sus palabras me devolvieron a la escena en la que descubrí el cadáver. Aquel olor tenía un motivo.

—Hemos venido a buscar lo mismo que tú —dije y Rosario se unió a mí—. ¡A Guillermo Mirete!

El nombre del marido de Estrellado arrugó su semblante. Nuestras voces sonaron con tal convicción, que lograron que bajara el extintor al suelo.

En la tensa atmósfera del despacho de Espumado, a pesar de lidiar con el ardor del *spray* pimienta, Mandarino mostraba una expresión que reflejaba una mezcla de dolor y confusión. Rosario y yo aprovechamos ese momento de vulnerabilidad para intervenir, no solo para salvarnos, sino para intentar esclarecer la maraña de engaños en la que todos nos habíamos enredado.

—Escucha, Vicent… ¿Puedo tutearte, verdad?

—No, no puedes.

—Está bien, Mandarino —comencé, por segunda vez, encontrando fuerzas para ponerme de pie, apoyándome en el borde del escritorio—. No estamos aquí por las razones que crees, sean las que sean. Mirete y Espumado te han estado engañando.

Rosario, con su habitual directividad, tomó la palabra.

—Han manipulado toda la situación para quedarse con el terreno. Han movido los hilos detrás de las bambalinas, y tú… tú eres solo otro tonto que ha caído en su juego.

Mandarino, frotándose los ojos con el dorso de la mano, nos miró con escepticismo.

—¿Y por qué debería creeros? ¿Venís aquí y esperáis que os crea solo porque sí?

—Porque Mirete mató a Vidal y a Paula, para proteger su pacto con Espumado —dijo Rosario, acercándose un paso más—. No porque fueran una amenaza para él directamente, sino porque descubrieron la verdad sobre lo que realmente está enterrado bajo ese terreno. Algo que Espumado quiere mantener en secreto a

cualquier coste.

La expresión de Mandarino cambió gradualmente de ira a una especie de comprensión dudosa. Se dejó caer en la silla tras el escritorio, el extintor ahora descansaba a un lado.

—Vidal estaba a punto de hacer público su descubrimiento arqueológico —continué, intentando conectar todos los puntos para él—. Era algo que habría incrementado el valor del terreno enormemente, algo que Espumado quería explotar por sí mismo… sin ti. De ahí que no pusiera objeciones a frenar el proyecto.

—Bastardo, hijo de…

—Y esa chica, Paula —añadió Rosario—. Ella solo quería ayudar a Vidal… o eso queremos pensar. Sabía que había riesgos, pero nunca imaginó que Mirete llegaría tan lejos. Cuando se dio cuenta de que estaba en peligro, ya era demasiado tarde.

Mandarino se pasó una mano por el cabello, claramente acalorado por la información.

—Siempre supe que Espumado era un tiburón en los negocios, pero esto… esto es asesinato.

—Exactamente —afirmé—. Y por eso estamos aquí. No solo para desenmascarar el fraude, sino para detener la cadena de violencia que Mirete ha empezado. Sabíamos que esta noche vendría aquí, porque Espumado guardaba la única prueba válida en esa caja fuerte. Al menos, eso le hizo creer. Pero no dejaremos que más vidas se pierdan por la avaricia de unos pocos.

Rosario asintió, mostrando una carpeta que habíamos traído con nosotros.

—Tenemos evidencias acerca de todo lo que estamos diciendo. Documentos, comunicaciones entre Mirete y Espumado, incluso testimonios de personas que trabajaban en el sitio arqueológico con Vidal.

Por un momento, el despacho quedó en un silencio tenso. Mandarino miró la carpeta, luego a nosotros, y finalmente asintió lentamente.

—Está bien. Vamos a ver esas pruebas. Y si lo que decís es cierto… —Hizo una pausa, con la voz cargada de una determinación sombría—. Entonces ayudaré a llevar a esos bastardos ante la justicia.

—No, nada de eso —respondió Rosario, antes de que se acercara

a ella, que era la que custodiaba los documentos—. Tendrás que confiar en nosotros y esperar.

—Esperar, ¿a qué?

Respiré profundamente y lo examiné con firmeza. A veces, no todo el mundo está preparado para escuchar la verdad, ni tampoco para decirla.

—Me temo que Guillermo Mirete ha encontrado esa caja fuerte vacía, por eso estás aquí, ¿verdad? —le pregunté y noté que lo ponía en una situación delicada—. No fue él quien te contó eso, sino Valentina Estrellado, ¿me equivoco?

La cara del empresario comenzó a descomponerse. Rosario comprendió los cabos que había atado y se sumó a mi resolución.

—Sabía que su tío iba a destruir los documentos que demostraban lo que había hecho a tus espaldas, así que te hizo una confesión de última hora, entre sollozos y arrepentida por no contártelo antes… —explicó mientras veía cómo lo desarmaba—. Valentina no te iba a mentir. Después de todo, era morder la mano que le daba de comer, pero, ambos sabéis que la mezquindad de su tío no tiene límites, y había llegado demasiado lejos… Así que, te dijo que aún estabas a tiempo, antes de que su tío retirara los documentos.

—Yo no he matado a nadie. Soy una víctima más de esta artimaña de Espumado.

—Lo sabemos, Mandarino —le dije—, pero no solo de él, sino también de Valentina. Por desgracia, no eres el único al que ha enredado con sus cantos de sirena. Por desgracia, a diferencia de ti, Mirete tiene otro carácter y no ha temblado a la hora de acabar con Jorge Vidal y Paula Montalbán. Debes ayudarnos a encontrar a Espumado antes de que nos quedemos sin él.

—Demonios…

—¡Piensa, por favor! —le pidió la periodista—. Seguro que tiene que haberlo llevado a algún lugar que conoces…

—¡No lo sé! No puedo pensar. ¡Me estáis poniendo nervioso con tanta insistencia!

—Un sitio de interés en el que Mirete se sienta seguro… —sugirió Rosario.

—Un lugar donde Romualdo Espumado pierda lo que más le importa, ante los ojos de su verdugo… —añadí.

Mis palabras provocaron un destello en la mirada del empresario. De repente, levantó el índice y señaló hacia el techo, a modo de advertencia.

—En los últimos meses, solo ha habido una cosa que obsesionaba a Romualdo las veinticuatro horas.

—¿Su familia?

—¡Ja! Qué más quisieran ellos… Lamentablemente, solo le preocupaba la venta de ese maldito terreno.

53

Vicent Mandarino nos esperaba junto a su coche, un Mercedes negro con acabados cromados que brillaban bajo la farola. Pese a la tensión de la reunión que acabábamos de tener, Mandarino parecía ansioso por llegar al origen de todos nuestros problemas: la excavación arqueológica que había revelado más de lo que cualquiera de nosotros deseaba saber.

Subimos al coche en silencio. Mandarino se acomodó en el asiento del conductor y arrancó el motor con un rugido que rompió el silencio de la noche. Maniobró con destreza fuera del aparcamiento. Sus manos aferraban el volante con una firmeza que transmitía más que agresividad, una especie de desesperación controlada. Rosario y yo intercambiamos una mirada; ambos sabíamos que algo grave sucedería en cuanto se enfrentara al que iba a ser su socio.

El vehículo se lanzó hacia la avenida principal, avanzando rápidamente entre los pocos coches que transitaban a esa hora. Mandarino apenas parpadeaba, su mirada estaba fija en la carretera, y su mandíbula tan tensa que parecía a punto de romperse. El silencio solo era interrumpido por el zumbido constante del motor y el ocasional crujido de la grava bajo las ruedas.

Mi compañera se sujetaba al asiento, visiblemente incómoda por la velocidad a la que nos movíamos.

—¿No puede ir más despacio?

Mandarino, sin desviar la mirada de la carretera, respondió secamente:

—Si no te gusta, puedes ir andando.

Ella apretó los labios y se resignó a seguir agarrada al brazo de la puerta. Luego la vi cerrar los ojos, en un intento por calmar su ansiedad.

Al aproximarnos al desvío que conducía hacia la excavación, Mandarino ignoró un semáforo en rojo. Aceleró aún más, y el coche se lanzó como un proyectil en la oscuridad. El corazón me latía con fuerza, podía sentir el pulso en mis sienes mientras el paisaje urbano se convertía en un borrón a través de las ventanas. Rosario dejó escapar un jadeo ahogado cuando Mandarino tomó una curva cerrada y el coche se inclinó peligrosamente antes de estabilizarse de nuevo.

A pesar de la velocidad, el viaje pareció eterno. La tensión era palpable, y la incertidumbre sobre lo que encontraríamos en la excavación solo añadía más peso al mutismo que nos envolvía. Finalmente, el coche se deslizó hacia el paraje arqueológico, una zona aislada donde la única iluminación provenía de las luces de seguridad que parpadeaban débilmente.

Mandarino detuvo el coche con un frenazo que nos sacudió a todos. Antes de que pudiéramos decir algo, se bajó y cerró la puerta con un golpe. La andaluza y yo nos miramos, sabiendo que el siguiente paso podría cambiarlo todo.

La conducción temeraria de Mandarino había servido para agitar la coctelera emocional que llevábamos dentro.

—No lo podemos perder —dijo ella—. Es capaz de cometer cualquier locura.

Con un profundo suspiro, salimos del coche y seguimos al empresario hacia la incierta oscuridad de la excavación.

La penumbra había caído como un manto pesado sobre el terreno de la excavación y solo se oía el zumbido ocasional de la maquinaria pesada en reposo. Nuestra llegada apenas había levantado más que una nube de tierra. Cuando la cortina de polvo desapareció, entonces los vimos.

La escena era propia de una pesadilla. En el resplandor intermitente de una única y temblorosa luz de obra, Guillermo Mirete se movía alrededor de Romualdo Espumado, quien estaba grotescamente maniatado a una silla. Su silueta se recortaba contra la luz. No muy lejos de ellos, una hormigonera giraba con un ruido sordo y siniestro.

—¡Oh, no! —exclamó Mandarino, consternado—. ¡La madre que los parió!

—¿Es Guillermo Mirete? —preguntó Rosario.

—Sí —respondí, observando la escena con horror—. Y el otro es Espumado.

Mirete, a un escaso metro del agujero recientemente excavado, donde el cadáver de Jorge Vidal había sido desenterrado apenas días antes, estaba a punto de cometer un acto de venganza brutal y final. En esta ocasión, Espumado no lograría salvarse; estaba destinado a sufrir una muerte lenta y dolorosa. Si lo encontraban, la policía necesitaría mucho más que palas para desenterrar su cuerpo del cemento endurecido.

Sin pensar en las consecuencias, Mandarino corrió hacia ellos, impulsado por las emociones. Su enorme figura no pasó desapercibida para el verdugo, quien, al verlo precipitarse, no dudó en sacar un arma de su cinturón.

—¡Cuidado, Vicent! —grité, pero Mandarino, cegado por la furia, no mostraba signos de amedrentarse.

Mirete disparó dos veces.

Los estallidos resonaron en la enorme excavación, provocando un eco desolador. Instintivamente, Rosario y yo nos lanzamos al suelo y gateamos rápidamente hacia el muro de la fábrica más cercano para protegernos de futuros disparos.

—¡Será cabrón! —gritó Mandarino, al darse cuenta del error. Acto segundo, corrió de vuelta hacia nosotros. Con una agilidad sorprendente para su tamaño, se lanzó al suelo detrás del vehículo para cubrirse—. ¡Es un lunático!

Desde nuestra posición, detrás del muro, observamos a Mandarino. Su rostro era una máscara de furia y frustración.

—¿Qué esperaba, Mandarino? —le pregunté con regañina. Mi voz, aunque tranquila, tenía una intensidad de reproche e incredulidad. Nuestro mayor desconcierto era si ese hombre volviera a disparar—. Debemos hallar la forma de distraerlo si queremos impedir que sepulte a Espumado en cemento.

—¿Distraerlo? —preguntó Mandarino—. ¡Ni hablar! Pensándolo bien, tal vez no sería mala idea que esa comadreja probara su propia medicina. ¿Qué hay de la policía? Ellos están para encargarse de esto.

—Descartado —respondió Rosario—. Simplemente, no llegarán a tiempo.

—Pues no se me ocurren muchas más cosas… —murmuró el

empresario, asomándose por el lateral del vehículo para mirar al horizonte. Pero, tan pronto como sacó la cabeza, otro disparo impactó en la tierra, sin llegar a alcanzar el vehículo, aunque resonando lo suficiente como para hacernos retroceder—. ¡Diablos! ¡Casi me alcanza!

—¡Te he dicho que no avances, Mandarino! —gritó Mirete desde su posición—. ¡Este asunto no va contigo!

—Maldita sea, ¿cómo que no? —preguntó al aire, de espaldas al tirador. Yo lo veía desde mi posición, acurrucado tras la carrocería —. Es mi dinero y los dos me habéis engañado. ¡Debería ser yo quien sujetara el arma!

—¿Qué clase de pistola lleva? —le pregunté al empresario. En función de lo que me dijera, podría determinar lo larga que sería la espera—. ¿La ha podido ver?

—¿Qué? ¿Yo qué carajo sé? ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Es obvio que no dispara para hacer puntería.

Mandarino sería muy bueno en los negocios, pero poco hábil a la hora de preparar una emboscada.

—Guárdate tus chistes. Si vas a decir algo, mejor que sea relevante.

Aunque no era un entendido, había escrito algún que otro artículo en el pasado y Rojo me había corroborado mis pesquisas. Comprar un revólver no era tan complicado y apenas costaba unos 300 euros en el mercado negro. No me sorprendió que aquel hombre tuviera uno en su poder. Todo era ponerse manos a la obra. Y lo mismo ocurría con las pistolas de diferente calibre, aunque el revólver era lo más habitual en el mercado negro.

Por desgracia, Mirete se encontraba lo suficientemente lejos como para apreciar con qué nos apuntaba.

—¿En qué piensas, Gabri? —preguntó Rosario, pegada a la pared, como si dos ventosas sujetaran sus manos al muro. Aunque no temblaba, podía notar la tensión en su cuerpo. Tal vez fuera la luz de la noche o la adrenalina, pero la vi más hermosa que nunca —. Espero que no estés tramando ninguna locura.

Me la jugué al azar y dejé que las estadísticas decidieran por mí.

—Dame una piedra.

—¿Qué?

—Ya me has oído —le repetí—. Dame una piedra que pueda

lanzar.

Ella asintió y se agachó a recoger una piedra de tamaño medio, que pudiera sujetar con la mano. Mandarino, que escuchaba desde el otro extremo, se sorprendió.

—¿Estás de coña? Solo lograrás enfadarlo más… ¡Ya has visto de lo que es capaz!

Ignoré sus palabras, tomé la piedra que Rosario había recogido y la lancé con todas mis fuerzas contra la hormigonera. Por desgracia, me faltó fuerza y el alcance no fue suficiente para impactar contra la maquinaria, pero sí para provocar el enfado del ecologista. Acto seguido, apuntó al coche y disparó de nuevo, sin un objetivo claro.

—Cuatro, cinco… —conté.

Una de las balas impactó en la luna delantera del vehículo y la otra se incrustó en la chapa. Mandarino brincó de miedo al oír los disparos, cada vez más cercanos a él.

—¡Estás loco! ¡Te lo he dicho! ¡Ahora está enfadado y nos va a matar!

—¿Sabes qué? ¡Estoy harto de escucharte! —le grité, me quedé al descubierto y me agaché para coger un puñado de tierra y guardarlo entre los dedos.

—¿A dónde crees que vas?

—¡Serás muchas cosas, pero, ante todo, eres un cobarde!

—¡Gabri, no! —exclamó Rosario.

Con el corazón en un puño y un montón de tierra en el otro, eché a correr hacia Mirete y Espumado, con la esperanza de haber calculado bien y que el tambor del revólver se hubiera quedado sin balas. Por desgracia, no lo sabría hasta que me enfrentara a ese hombre.

54

La red que delimitaba el perímetro apenas se sostenía por estacas clavadas de forma precaria en el suelo seco y agrietado. Con el corazón latiendo a un ritmo frenético y los oídos zumbando por la adrenalina, tomé una decisión impulsiva que ni yo mismo esperaba. Sin embargo, crucé la barrera sin escuchar los gritos de advertencia a lo lejos. Mi cuerpo se movía por instinto, cada músculo actuando en un acto de rebeldía.

Salté hacia el lateral del agujero, donde las sombras eran más densas y los secretos más profundos y oscuros. Mis pies encontraron un apoyo incierto en el borde de la excavación y, por un momento, el equilibrio fue lo único que me separó de una caída hacia el olvido. No fui consciente de la situación de peligro en la que me encontraba, hasta que vi la profundidad del agujero que había a escasos metros de mí. Fue entonces cuando los vi: Espumado y Mirete en una escena que parecía sacada de una película de cine negro, cargada de desesperación y malas decisiones.

Espumado estaba atado a una silla antigua, su rostro una mezcla de terror y resignación. Las gruesas gotas que le atravesaban las sienes delineaban el semblante de su rostro en la escasa iluminación. Su mirada estaba fija, perdida en un punto indefinido, más allá del peligro que lo rodeaba. Por otro lado, Mirete, con su chaqueta de cuero desgastada y su cabello alborotado, sostenía un revólver con una mano temblorosa. Su expresión se transformó de concentración a pura incredulidad cuando me vio irrumpir en la escena.

—¿Tú?

—Al menos, te acuerdas de mí. ¿Interrumpo algo?

Reconozco que eso fue atrevido, pero los nervios me traicionaron.

—La has cagado, idiota —gruñó al verme, cargando cada sílaba

de veneno.

La mano que sostenía el arma se tensó, y en un movimiento que pareció durar una eternidad, apretó el gatillo.

En ese instante, dudé de mi plan.

Es muy fácil cambiar de parecer cuando tienes un cañón apuntándote a la cara.

Su gesto fue tan decidido, que sospeché que aún quedaba una bala en el tambor.

Mi corazón se detuvo, al igual que el tiempo, mientras un eco sordo llenaba el aire. Un chasquido seco y final me indicó que el tambor estaba vacío.

Sospeché que el muy cazurro había contado mal y ahora no tenía munición.

Aprovechando la confusión en sus ojos, abrí el puño y arrojé un puñado de tierra suelta hacia su cara. No era lo más heroico, pero Mirete tampoco estaba preparado para un acto tan desesperado y básico como ese.

—¡Ah! ¡Mis ojos! —gritó, llevándose las manos a la cara en un intento vano por limpiar la irritación que lo cegaba. El revólver cayó al suelo con un golpe sordo, y el sonido metálico del arma al contacto con la tierra resonó en el silencio que rodeaba la disputa.

Sin perder un segundo más, avancé hacia él, movido más por la necesidad de salvar a Espumado que por el miedo a lo que Mirete pudiera hacerme si recuperaba la vista. Mientras este se debatía por recuperar el control, ciego y desorientado, me agaché para recoger el revólver, asegurándome de mantenerlo bien lejos de su alcance.

El promotor del terreno, aún atado y visiblemente angustiado, movió los labios en una mezcla de agradecimiento y advertencia. Su mirada seguía fija en su verdugo, que aún intentaba recuperarse del ataque sorpresa. Sabía que tenía que actuar rápido y liberarlo antes de que el otro se recuperara. De lo contrario, su furia nos golpearía sin compasión.

55

Después de asegurarme de que el revólver no contenía más balas, lo arrojé lejos en un acto impulsivo e imprudente, confiando en mi habilidad para controlar lo que sucedería sin necesidad de armas de fuego. Sin pensar más, me giré hacia Espumado, cuyos ojos reflejaban una mezcla de sorpresa y desdén, incapaz de entender mi acción desinteresada o quizás simplemente indiferente a cualquier gesto de humanidad.

Con movimientos rápidos y decididos, lo desaté de las cuerdas que lo mantenían prisionero a la silla. Las fibras resistían, estaban enredadas y tensas, pero finalmente cedieron bajo la presión de mis dedos que trabajaban con apremio. Una vez libre, Espumado no mostró gratitud; sus ojos fríos y calculadores apenas se posaron en mí antes de desviar la mirada, como si evaluara su próxima jugada.

De haberlo sabido, lo habría dejado atado en la silla.

En aquel momento, un ruido sutil, pero en aumento, llamó mi atención. Era el sonido de pasos apresurados sobre la grava. Mi corazón se avivó y la adrenalina fluyó con apremio por mis venas. Aunque había liberado a Espumado, la situación estaba lejos de resolverse.

—¡Gabriel, cuidado! —exclamó la voz de Rosario, impregnada de pánico y desesperación, que cortó el aire como un clarín de batalla.

Al girarme, el tiempo pareció detenerse.

La figura de Mirete emergió de las sombras. Tenía el rostro distorsionado por la ira y el dolor, con los ojos inyectados en sangre y una expresión que no auguraba nada bueno. En su mano, un puñal emitía un brillo intenso, elevado con un gesto amenazante y decidido.

Retrocedí por instinto, pero mis movimientos fueron torpes, demasiado lentos para la velocidad con la que Mirete se abalanzaba

hacia mí. Levanté el brazo en un intento desesperado por bloquear el ataque, pero cometí un grave error. El puñal bajó con una precisión mortal, cortando el aire y mi piel en un solo movimiento. Sentí el corte de la hoja, grité con fuerza y el dolor se extendió a través de mi mano, recordándome que era mortal.

El impacto del cuchillo, aunque superficial, fue suficiente para desequilibrarme por completo. Caí hacia atrás, aterrizando torpemente sobre el suelo de tierra compacta. El golpe contra el suelo sacudió mi cuerpo, y por un momento, todo lo que pude hacer fue quedarme allí, mirando hacia un cielo negro y casi infernal, mientras Mirete se preparaba para el estoque final.

Con la mirada salvaje y el pulso claramente acelerado por la adrenalina, el asesino parecía más un animal acorralado que un hombre frío y calculador. Su mirada furiosa barría el área, calculando las escasas opciones que le quedaban.

—¡No tienes escapatoria, Mirete! —gritó Vicent Mandarino—. ¡No lo agraves más!

Al escuchar las palabras de Mandarino, su rostro se torció en una mueca de desesperación y furia. En un movimiento rápido y temerario, su mano se desplazó hacia Espumado, quien hasta entonces había permanecido en un angustioso segundo plano.

Antes de que alguien pudiera reaccionar, Mirete agarró a Espumado por el pescuezo con una fuerza brutal y lo arrastró hacia sí, convirtiéndolo en un escudo humano. Espumado, con los ojos desorbitados por el terror, intentó zafarse, pero la presión en su cuello solo aumentaba a medida que Mirete ajustaba su agarre. La hoja del cuchillo se posó con malicia sobre la delicada piel de la garganta de Espumado.

—¡Todo el mundo quieto o le rebano el gaznate! —exclamó, nervioso y acorralado. Su tono era de pura desesperación mezclada con una amenaza mortal—. ¡Si no me dejáis marchar, le rajaré el cuello!

El empresario de la cadena hotelera, que hasta ese momento había intentado controlar la situación con autoridad, se encontró desarmado y vulnerable. Su rostro, usualmente impasible, ahora reflejaba una preocupación genuina. Me pregunté qué motivos tendría para estremecerse de esa manera.

—¡No, espera! —gritó Mandarino, buscando la manera de

apaciguarlo—. Aún podemos arreglar esto…

Tan solo había que observar la situación para sospechar que cualquier movimiento en falso podría desencadenar una tragedia.

Mandarino avanzó lentamente, con las manos todavía en alto, hablando con una voz suave, pero firme, tratando de penetrar la barrera de pánico que había envuelto al verdugo.

—Mirete, no tienes que hacer esto. Podemos encontrar una salida que funcione para todos. Nadie más tiene que salir herido…

El otro vaciló al oír aquello.

Al observar su expresión, comprendí que no podía creer ni una sola palabra de lo que le decía el empresario. El cuchillo temblaba en su mano y simbolizaba la lucha interna que enfrentaba entre la desesperación y el instinto de supervivencia. Por un momento, pareció que la razón de Mandarino estaba alcanzando su mente enajenada.

—¡Cállate o lo mataré! Él es el único que merece morir, el verdadero culpable de todo lo que ha pasado —dijo y apretó la hoja del cuchillo contra su cuello—. ¡Nos ha manipulado a todos!

—Tranquilízate y no causes más daño del que ya has hecho… Si quieres justicia, debes dejarlo vivo.

—Mirete, no seas cafre, aún puedes largarte a un país, bien lejos… —le dijo Espumado, con dificultad.

—¿Y dejar que te salgas con la tuya? Ni hablar, Romualdo, ni hablar… Me engañaste como a un bobo, me convenciste de que recibiría mi parte.

—¿Tu parte? ¡Serás canalla! —exclamó el otro, mirándolo hacia atrás, por encima de su hombro—. Ahora mismo la tendrías, si no hubieses sido tan estúpido de enterrar a Vidal aquí. ¿Cómo se puede ser tan imbécil?

—¡Hice lo que me pediste! ¡Solo piensas en ti y nunca en las consecuencias!

—¡Te dije que lo callaras, no que lo mataras! ¡Así que fallaste a tu parte del trato! —le reprochó—. ¿Y esa chica? ¿Qué me dices de ella? ¿También tenías que hacerlo…? Maldito inútil.

Mandarino escuchaba con atención, estupefacto y consciente de la traición del otro hombre hacia él.

—Así que, ¿es cierto?

—¡No! ¡No fue así!

—Claro que es cierto —le tapó Espumado.

—Te engañó como a mí, como ha hecho siempre… —explicó el asesino, cada vez más tenso—. Primero, para que Vidal no contara lo que había descubierto. Él solo piensa en el dinero que recibirá por la protección del patrimonio histórico que hay aquí debajo, sin tener que invertir ni darte un céntimo… Como un imbécil, confié en que tendría mi parte, igual que Valentina…

—Deja de mentirte, bastardo… —le dijo Espumado—. Además de ser un memo que no sabe hacer negocios, ni cumplir con su parte, eres el auténtico enfermo y culpable de todo lo que ha sucedido… ¡No tienes escrúpulos! ¡Primero mataste a Vidal y después a esa chica! ¡Pero no tienes cojones a matarme delante de todos!

Espumado, que no parecía ser consciente del peligro que corría, provocó la ira del hombre que lo sujetaba. De repente, ambos se zarandearon y el cuchillo cortó a Espumado por el cuello. Se oyó un grito seco y doloroso y el empresario cayó al suelo, con las manos sobre la garganta. En ese momento, Mirete se dio cuenta de lo que había hecho, conducido por las emociones.

De pronto, las luces y el ruido de los motores nos acecharon y varios coches de policía irrumpieron en la excavación. Del interior de uno de los vehículos, apareció Rojo, junto a varios agentes más. Todos ellos iban armados y apuntaban ahora al homicida, que sujetaba el puñal y se sentía cercado. Junto a él, Espumado aún respiraba y lograba moverse. El corte no había sido tan profundo como todos habíamos supuesto, pero necesitaba asistencia médica o no sobreviviría.

—¡Alto, policía! ¡Baje el arma!

De la parte trasera del último vehículo, salió Valentina Estrellado, acompañada de Mario Gómez, como era de esperar. Mis ojos se dirigieron a ella y noté la preocupación en su mirada al ver a Espumado en el suelo, arrastrándose hacia la hormigonera.

—¡Guillermo, no lo hagas! —gritó ella, suplicando que se rindiera—. ¡Entrégate, por favor!

—Vaya, con la mosquita muerta, siempre en el momento adecuado… —murmuró Rosario, que estaba a mi lado.

Mirete era incapaz de soltar el puñal, a pesar de los policías que le apuntaban.

—¡Baje el arma de una vez! ¡No queremos hacerle daño!

—De verdad, Guillermo, estoy contigo, querido. No lo hagas…

—Estoy acabado, Valen.

—No, no digas eso —respondió ella, con unas lágrimas de cocodrilo dignas de un Óscar a la mejor actriz—. Siempre hay una salida y prometo ayudarte a encontrarla…

—¿De verdad?

—De verdad.

—Está bien… —murmuró Mirete, con una voz quebrada por el pánico y la derrota. A pesar de su resistencia inicial, la realidad de su situación lo había alcanzado finalmente. Su decisión de rendirse parecía ser el único camino viable ante la certeza de un final violento, si continuaba resistiéndose. Con movimientos lentos y deliberados, intentó mostrar su sumisión al bajar el arma, buscando poner el cuchillo en el suelo para demostrar su intención de no provocar más daño y poner fin a esa pesadilla. Sin embargo, el mal sueño no había terminado para todos.

56

Al inclinarse para dejar el puñal en el suelo, su pie impactó contra una piedra suelta. La tierra, desplazada y suelta, no ofreció la resistencia necesaria. Mirete resbaló de manera espectacular, perdiendo el equilibrio en un instante crítico. Sus brazos se agitaron en el aire, buscando algo a qué aferrarse, pero no había nada, solo el vacío que lo separaba del borde del hoyo recién excavado.

Con un grito ahogado, cayó hacia atrás en el agujero oscuro y profundo de donde Vidal había sido sacado. Un grito de horror escapó de la boca de los observadores mientras lo veíamos desaparecer en las profundidades de la tierra.

Espumado, cercano a la hormigonera, actuó con decisión fría y rápida. Ya fuera por pánico, confusión o un impulso oscuro de finalizar la amenaza del cómplice de una vez por todas, accionó la palanca que controlaba el bidón de la hormigonera. Con un rugido mecánico, la enorme máquina obedeció, volcando su contenido de hormigón líquido en el foso donde Mirete había caído.

—¡No, deténgase! —gritó el agente de policía más cercano, corriendo hacia Espumado para detener la catástrofe. Pero fue demasiado tarde. El hormigón fluyó como una cascada gris y espesa, llenando el agujero con rapidez alarmante, cubriendo a Mirete en una tumba líquida que pronto se solidificaría, sellando su destino de la manera más macabra y menos imaginable.

Mientras el hormigón se vertía, los presentes observaban con horror mezclado con incredulidad. La escena, tan repentina y dramática, parecía sacada de una pesadilla. El ruido de la mezcla al caer en el hoyo resonaba en el aire ahora frío de la madrugada.

La vida de Guillermo Mirete, con todas sus aspiraciones frustradas, se desvaneció en cuestión de segundos bajo la masa gris y pesada del hormigón. Nadie, ni siquiera aquellos que lo habían perseguido, deseaba un final tan atroz. La tragedia del momento nos

dejó a todos los presentes en un estado de desolación, reflexionando sobre la crueldad final de los eventos que habían desencadenado este desenlace catastrófico.

El agente que había intentado intervenir se quedó de pie, mirando el lugar donde Mirete había desaparecido, mientras el silencio caía sobre el grupo como un pesado velo. No había nada más que hacer, sino esperar a que los servicios de rescate lo sacaran de allí, aunque ya fuera tarde para que sobreviviera.

Segundos más tarde, Romualdo Espumado, cuyo rostro estaba pálido y sus ojos vidriosos, mostraba signos claros de la gravedad de su estado. Después de haber sido utilizado como escudo humano, la combinación del corte, su edad avanzada y el estrés extremo de la situación habían empezado a pasarle factura de mala manera. La sangre se filtraba lentamente entre sus dedos mientras trataba inútilmente de presionar la herida con las manos temblorosas.

Con cada segundo que pasaba, la fuerza vital parecía abandonar su cuerpo. El dueño del terreno intentó arrastrarse, buscando algo de seguridad o quizás un lugar donde poder recibir ayuda. Sus movimientos eran lentos y desesperados, su respiración se hacía cada vez más superficial y entrecortada. Con mucho esfuerzo, logró desplazarse apenas un metro más, dejando un rastro de sangre en la tierra debajo de él. Finalmente, después de ese último intento por moverse, la energía pareció abandonarlo por completo. Su cuerpo se tensó por un momento y luego se relajó de repente, dejando su cabeza hacia un lado, con un gesto que denotaba una resignación final. Los ojos de Espumado, que hasta hace un instante mostraban un destello de lucha, se tornaron opacos y su mirada se quedó perdida en el vacío.

—¡Tío Romualdo! ¡No! —gritó Valentina Estrellado, desde la distancia. Mario Gómez la abrazó con fuerza para que llorara sobre su hombro. Un teatro que solo el cándido de Gómez era capaz de creer.

Después de aquello, un silencio sepulcral cayó sobre el resto de los presentes. Me resultó paradójico y, a la vez, desconcertante, que la ambiciosa vida de Espumado terminara en una tragicomedia como aquella, muriendo sobre lo que más había protegido; siendo víctima de su propia codicia.

Uno de los policías, el más cercano a él, se inclinó para

comprobar su pulso. Acto seguido, sacudió la cabeza de forma sombría hacia los demás. No había nada más que hacer; el promotor se había desvanecido para siempre.

—Lo siento por ti —le dije a Rosario con guasa, refiriéndome a Gómez.

—Por mí no debes preocuparte. Más lo sentirá él, cuando se acuerde en el futuro. Esa mujer le sacará hasta la última gota de paciencia.

En ese momento, supe que los secretos que Jorge Vidal, un hombre dedicado y brillante en su campo, tardarían tiempo en ver la luz. Con él también se marchaban las revelaciones que prometían reescribir capítulos enteros de la historia antigua de nuestra región. Pero esos secretos, aquellos fragmentos de conocimiento que había excavado con tanta pasión y esmero, ahora yacerían en silencio, ocultos bajo capas de tierra y hormigón, custodiados por el espíritu del arqueólogo. En un momento reflexivo, no pude evitar sentir que de alguna manera él estaba allí, velando por que la verdad que tanto había luchado por descubrir no cayera en manos equivocadas o se utilizara para fines nefastos. Al menos, siempre que Valentina Estrellado estuviera dispuesta a permanecer callada.

Lo que más me sorprendió no fue que Mirete hubiera quemado sus alas por querer volar tan cerca del sol, ni que Espumado hubiese sido víctima de la codicia que lo había guiado a lo largo de su vida, sino que, después de todo, Guillermo Mirete, impulsado por una avaricia desmedida, había buscado elevarse al estatus de un Ícaro moderno. Pero, como el mítico personaje griego, había volado demasiado cerca del sol y sus alas se habían derretido, dejándolo caer en una espiral de desesperación y, finalmente, en un agujero. Confucio decía que antes de empezar un viaje de venganza, hay que cavar dos tumbas. Y algo parecido le había sucedido a Guillermo Mirete. En cuanto al promotor, había sido consumido por la codicia que había dirigido cada paso de su vida y su destino había sido sellado por las mismas fuerzas oscuras que había elegido servir.

Definitivamente, había una lección en los acontecimientos. Todo un recordatorio de que aquellos que se rinden a la avaricia a menudo encuentran un final acorde a su traición.

Pero, si a alguien se debía destacar en aquella historia, era a ella, sin lugar a duda: Valentina Estrellado. Una mujer de

enigmática presencia y aguda inteligencia, que había navegado por las turbulentas aguas de este drama, con una habilidad que desafiaba la comprensión. Ella había logrado, a través de una mezcla de astucia, oportunismo e indiferencia calculada hacia la moralidad más convencional, maniobrar a través de los eventos, sin ensuciarse las manos y sin atraer sospechas hacia ella misma. Su capacidad para manipular la situación y salir no solo ilesa, sino también probablemente enriquecida, era algo que me dejaba asombrado y, a la vez, inquieto.

En ese momento, de pie entre los escombros de ambiciones rotas y vidas perdidas, no podía evitar preguntarme qué futuro construiría Valentina sobre los tesoros que ahora custodiaba.

Era una incógnita que, por el momento, permanecería sin respuesta, envuelta en el misterio del carácter impenetrable de una mujer que podría ser, en efecto, de un mundo más inteligente que el nuestro.

57

Habían pasado veinticuatro horas desde la fatídica noche en la que todo terminó, aunque no del todo, porque las sombras de la noche anterior se cernían sobre mí con una persistencia sombría. El sol de Alicante radiaba con una intensidad que anunciaba la llegada del verano, y aunque en circunstancias normales hubiera disfrutado del clima, en ese momento buscaba cualquier manera de desaparecer, de esconderme de las miradas que sentía clavadas en mi espalda. Esa mañana, encontré un rincón agradable del puerto, donde las olas besaban suavemente el muelle, mientras trataba de sumergirme en las noticias del día, para evadir la realidad, aunque fuera por un momento. Estaba leyendo el periódico y esperaba a que me sirvieran el segundo café, con la esperanza de que el aire salino y el murmullo de las olas lograran distraerme de las noticias que ocupaban cada línea del diario. Pero, no había nada peor que los tabloides, para evadirse de los acontecimientos.

«Guillermo Mirete, el asesino activista», rezaba el titular. La falta de ingenio en el periodismo se estaba convirtiendo en una epidemia.

Lo acusaban del asesinato de Jorge Vidal y Paula Montalbán, dos nombres que quedarían grabados a fuego en mi memoria. Al pasar la página, una nueva revelación se destacaba en negrita: la trama de corrupción que implicaba a Espumado y Mandarino, y cómo la protección urbanística del ayuntamiento había salvaguardado la excavación arqueológica, un detalle crucial que seguía alimentando las columnas de los periódicos locales. Los miserables de los periodistas de la redacción no podían haber elegido una fotografía peor para documentar la noticia. En el centro y ocupando media página, aparecía una de las instantáneas que habían tomado de los empresarios junto a Lara Membrillos. Aunque su nombre no figuraba en la trama, resultaría muy fácil crear una asociación entre

rostros. Sabía que lo habían hecho adrede, y eso no tenía perdón.

Me sirvieron la taza y tomé un trago de café. El calor y el amargor me recordaron que cada sorbo de información venía con su propia dosis de realidad, y me alegré de que mi apellido no apareciera por ninguna parte. Mis ojos recorrieron un último titular antes de que decidiera cerrar el diario.

«Valentina Estrellado, la principal heredera de los terrenos de Espumado».

No pude evitar fruncir el ceño. Valentina, esa mujer de mirada tan calculadora como la de su tío, parecía haber ganado la partida de intrigas para derrocarlo y reclamar lo que consideraba suyo por derecho o por venganza.

Sin esperarlo, una presencia me abordó por detrás. Antes de que me diera cuenta, Rojo se deslizó en la silla frente a mí con su habitual aplomo.

—Curioso, ¿eh? —preguntó, haciendo referencia a la noticia—. Esperó a que todos cayeran como piezas de dominó, poco a poco.

—Vaya. Tan oportuno como siempre, Rojo —le dije y doblé el diario—. Para una vez que quería esfumarme…

—Eres un hombre de costumbres y eso te hace frágil y predecible.

—Humano, más bien. ¿Habéis descubierto algo nuevo?

—¿No has tenido suficiente con los últimos días? —su tono era medio en serio, medio resignado—. Aparentemente, el caso está cerrado, aunque nos llevará un tiempo investigar los chanchullos que Espumado llevaba entre manos y la presunta implicación de Mandarino. El fiscal y el juez están valorando la situación.

—Pensaba que era inocente.

—Lo es, hasta que se demuestre lo contrario. Es una pena que ya no pueda contarnos nada. De todos modos, debemos asegurarnos de no cometer más errores.

—Ya —respondí y suspiré profundamente.

—¿Qué te ronda ahora por la cabeza? ¿Una mujer?

—Estoy pensando en Valentina Estrellado.

—Lo tuyo no hay por dónde cogerlo. Ya has visto cómo se las gasta. Es una pena que te equivoques fijándote en la que nunca te hace caso.

—No me refiero a eso, Rojo. ¿No crees que interfirió en los

planes de su tío, para acabar con él y heredarlo todo?

Rojo se removió incómodo en su asiento.

—No tenemos pruebas que lo demuestren. ¿Qué te hace pensar eso?

—Todavía no lo sé… Simplemente, me parece todo demasiado casual como para creérmelo.

—A veces, la suerte toca a tu puerta.

—O si no, la llamas tú, a tiempo. ¿Qué sabes del Audi A4 que me persiguió? —le pregunté, esperando alguna conexión reveladora —. Ella confesó que era el coche de su marido, por lo que, probablemente, existe la posibilidad de que también lo condujera.

Rojo suspiró, mirando hacia el mar antes de responder.

—El Audi A4… Siento decirte que lo encontraron calcinado en un descampado. Estamos investigando la razón, pero no quiero darte esperanzas. Parece que el rastro se enfría ahí y que las huellas son de Mirete. No iremos muy lejos con el número de bastidor, sabiendo que él era el propietario… Sin embargo, si te sirve de consuelo, te confirmo que él fue quien te robó el teléfono y, gracias a eso, pudimos acceder a la geolocalización y seguir sus pasos.

Ese dato me hizo arquear una ceja, sintiendo cómo las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar, aunque de una forma que me disgustaba.

—Fuisteis vosotros quienes encontrasteis mi móvil… y le colocasteis un localizador.

—Recuperamos el teléfono, no te puedes quejar.

—Me parece un abuso de la privacidad.

—No seas llorón. Tuviste suerte de que se deshicieran de él, después de borrar las fotografías. Seguramente, temían que los pudiéramos localizar. Sin embargo, el tramo que recorrieron fue suficiente para que localizáramos al vehículo más tarde, gracias a las cámaras de tráfico.

—Podrías haberme informado de ello antes.

—Pero decidí no hacerlo. No lo consideré necesario.

—Ya. De ser así, existe algo que no se ajusta a la realidad.

—Hoy estás especialmente tocapelotas. Deberías dejar de ver a esa reportera andaluza.

—Dime una cosa, Rojo. Si es cierto que él me robó el teléfono, ¿por qué no evitasteis el asesinato de Paula Montalbán? —le

pregunté con la voz teñida de un escepticismo que conocía bien—. Todo demuestra que él cometió el asesinato.

Rojo miró fijamente hacia el periódico en mis manos, luego hacia el horizonte donde el sol se reflejaba en el mar. Su silencio era elocuente y estaba cargado de duda.

—No siempre llegamos a tiempo, Caballero. Y cuando lo hacemos, a veces ya es demasiado tarde —murmuró finalmente en voz baja, como si fuera un susurro entre el ruido del bar y el chocar de las olas—. Sabes de sobra cómo funciona esto. Pero no dejamos piedra sin mover.

Le devolví la mirada y sentí una mezcla de frustración y resignación. Entendía su posición, pero no podía aceptarla tan fácilmente. Era consciente de que no iba a confesar que había sido una negligencia o un mero despiste, pero tampoco iba a presionarlo para que lo hiciera. Detrás de cada fracaso en nuestra línea de trabajo, había una historia no contada, un secreto oculto que quizá nunca saldría a la luz. El problema era que yo no opinaba que eso tuviera que ser así.

—Vais a necesitar más que suerte para desentrañar todo esto —dije, cerrando el periódico con un golpe seco—, aun así, prometo mantenerme al margen del asunto.

—¿Prometes, eh?

—Así es, *amic meu*.

—¿Y tu amiga? ¿También lo promete?

Buena pregunta, me dije.

La resignación en su voz me golpeó con la fuerza de una ola fría. Sabía que no todo se podía prevenir, pero eso no hacía más fácil aceptarlo. Las ruedas de la justicia giraban, a veces, demasiado lentas para mi gusto, y, mientras tanto, nosotros nos quedábamos atrapados en el remolino de eventos y consecuencias que a menudo nos superaban. Él con sus problemas y yo con los míos.

—Tengo que dejarte. Estos días, la comisaría parece un gallinero —me dijo y se puso en pie, antes de darme una palmada en el hombro y despedirse—. ¿Puedo decirte algo?

—Por supuesto. Esto no ocurre a menudo.

—Decídete de una vez.

No entendí a qué se refería con aquello.

—¿A qué viene eso ahora?

—No te hagas el profundo conmigo, *collons*. Los dos sabemos que no estás pensando en el trabajo.

—Hombre, trabajo da, aunque no dé para comer.

—En la vida, al igual que en el ajedrez, si esperas demasiado para hacer una jugada, terminarás perdiendo la partida…

—Gracias por el recordatorio.

—No seas idiota y elige a quien realmente mueva tu mundo, no a quien simplemente te haga girar en círculos.

Rojo era un poeta de bar, un filósofo de taberna, pero, por encima de todo, un amigo que se preocupaba por mí, aunque no supiera manifestarlo como una persona normal. Se marchó y desapareció tras la pared que separaba el bar flotante de la calle. Sus palabras recalaron en mi conciencia más de lo que imaginaba, y me llevaron a pensar en el verdadero conflicto que rondaba en mi cabeza.

Con tanta adrenalina en las últimas horas, había olvidado temporalmente los dos asuntos que más me agobiaban. Por un lado, estaba aquel reportaje sobre Vidal, una idea que había desechado, pero que cobraba fuerza de nuevo, ahora que mi compañera andaluza tenía las pruebas y conocía los detalles de primera mano. Por otro, mi relación con ella.

Había algo en el aire, tal vez el cambio imperceptible de las estaciones o el murmullo constante de la ciudad que nunca duerme, que me hacía cuestionar cada decisión. ¿Debería ceder y pasarle la exclusiva a Rosario, permitiéndole cosechar los frutos de una historia que ambos habíamos cultivado? ¿O debería mantener mi curso, pelear por lo que creía que era justo para mi carrera? ¿Debía abrirme emocionalmente a ella o aceptar la realidad, lejos de ideales, y dar lo nuestro por imposible?

La dualidad de mis pensamientos era tan agitada como el mar frente al café.

Después del ambiguo cierre de nuestro último encuentro, donde las palabras habían sido tan escasas como las miradas compartidas, Rosario había regresado a su hotel. Nos habíamos separado con una tensión sin resolver, dejando un sabor agridulce que no había podido sacudirme del cuerpo. No habíamos vuelto a hablar del asunto desde entonces y no sabía cuáles eran sus planes al respecto.

Sin embargo, en la pantalla de mi teléfono, un mensaje de ella

brillaba con la insistencia de una estrella fugaz en la noche: «Llámame antes de marcharme».

El reloj marcaba las horas con una lentitud perversa y cada tic tac resonaba como un martillo en mi conciencia. Sabía que el tiempo se nos escapaba, que el motivo de su visita, esa colaboración tensa, pero fructífera, llegaba a su fin. Rosario subiría a un tren esa tarde, partiendo hacia Madrid para tomar un segundo a Sevilla. Un billete de ida que podría no incluir un regreso.

Miré la pantalla del aparato una vez más, debatiéndome entre la necesidad de resolver nuestras diferencias y el orgullo que me decía que dejara las cosas como estaban. Finalmente, mi sentido de honradez, o tal vez mi deseo de verla una vez más, me impulsó a levantarme.

Guardé el teléfono en el bolsillo de mi pantalón y pagué los cafés antes de abandonar aquel lugar.

58

Algunas horas después y con la digestión de un merecido almuerzo en la barra del Cantó, notaba cómo la tarde caía sobre el Hotel Boutique Casa Carbonell, con la suavidad de un velo deslizándose sobre los hombros de una dama. La luz del crepúsculo jugaba con las fachadas de los edificios, tintándolas de naranja y sombras que danzaban con la brisa del Mediterráneo. Me dirigí a ese lugar, no por casualidad ni por deseo, sino por la necesidad de cerrar capítulos que pesaban en mi conciencia, como plomo.

Lara Membrillos, con su habitual imprevisibilidad, se encontraba hospedada en el hotel, y aunque las razones de mi visita eran claras en mi mente, no dejaba de sentir un malestar por lo sucedido entre nosotros. La última columna que escribió, donde mis acciones y mi carrera fueron el blanco de sus difamaciones, resonaba aún en mi memoria, con el eco de la traición y el despecho. Después de lo que había hecho por ella, pensé que merecía una explicación y poner el cerrojo a aquel episodio.

Al pisar el elegante vestíbulo, la recepcionista me saludó con una sonrisa ensayada. Pregunté por la presentadora y me indicó que la encontraría en el bar del hotel. El ambiente en ese lugar era de una calma tensa, como la quietud que precede a las tormentas. Aún recordaba cómo Lara podía cambiar el aire de una habitación con solo entrar en ella y, mientras me acercaba al bar, me preparé para cualquier tipo de escenario.

Al llegar al bar, la encontré sentada sola, mirando un vaso de Martini, como si pudiera descifrar los misterios del universo en su color ámbar. Su perfil, iluminado por la luz tenue del bar, conservaba esa mezcla de beligerancia y fragilidad que siempre me había atraído y repelido a partes iguales.

—Lara —la llamé, anunciando mi presencia—. No sabía que disfrutabas bebiendo a solas…

Ella se volvió y, por un momento, su expresión fue indescifrable, antes de que una sonrisa forzada apareciera en su rostro.

—Gabriel, qué sorpresa. ¿Te has perdido o alguien se ha chivado? —preguntó con su típico humor ácido.

—Ni lo uno ni lo otro. Solo vengo a hablar.

—Entonces, habla —dijo y señaló con un gesto de la mano, la silla frente a ella.

Me senté, consciente de cada movimiento en ese espacio cargado de historias no contadas y palabras no dichas. Lara jugueteaba con su vaso antes de mirarme directamente a los ojos, con una sinceridad que no esperaba. Pedí un negroni y la acompañé.

—Lo siento, de veras. Por la columna… por todo. No fue justo, y lo sabía incluso mientras lo escribía, pero estaba tan enfadada…

Me sorprendió escuchar sus palabras. Lara siempre había sido una fortaleza, impenetrable y segura. Verla así, vulnerable, con las inseguridades filtrándose por sus palabras, era insólito.

—¿Por qué lo hiciste, Lara? —pregunté, no buscando herir, sino entender.

—Envidia —confesó con un suspiro—. Siempre has sido el aventurero, el que no teme ensuciarse las manos en la búsqueda de la verdad. Y yo… Yo me quedé atrás, escribiendo desde la seguridad de mi escritorio, ante la cámara, sonriente y siendo una imagen, un maniquí, en lugar de una voz.

Esa confesión abrió una compuerta en ella y las palabras comenzaron a fluir con más libertad. Quise decirle que era mucho más que eso, pero preferí no interrumpir su discurso.

—Y luego está Espumado… Me utilizó, Gabri. Usó mi rostro para sus campañas, prometiéndome exposición y luego dejándome con las manos vacías. Y ahora, con todo este escándalo, temo que mi carrera esté acabada, antes de poder siquiera salvarme.

—Nadie te va a juzgar por algo que no has hecho.

—¿Has leído la prensa de hoy? —preguntó, horrorizada—. Aparecemos los tres en la misma fotografía. Mi nombre quedará salpicado por ese crimen para siempre. Seré una vergüenza en la provincia.

La frustración y el miedo en su voz eran evidentes, y por un momento, la vi, no como la periodista que rivalizaba conmigo, sino como una persona que luchaba contra las mismas tormentas que el

resto. Lara se abría a mí, por una vez, como la compañera que era.

—Estoy cansada de todo esto, y… —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. No sé cómo decírtelo y no sé si es el momento más adecuado, pero…

—Después de todo lo que me has contado, no creo que nada me sorprenda ya.

Sus ojos se encendieron. Di un trago profundo al negroni.

—No sé lo que es, a ciencia cierta, pero creo que estoy enamorada de ti, Gabriel. Siempre lo he estado y… cada vez que te veo, es como si toda la compostura se me escapara entre los dedos.

Su confesión cayó entre nosotros como una piedra en un estanque quieto, creando ondas que se extendían hacia lugares de mi corazón que había cerrado hace tiempo. Por un lado, Membrillos había sido uno de mis amores platónicos durante los años de universidad, una mujer cuya inteligencia y belleza siempre me habían cautivado. Pero, ahora, Rosario ocupaba mis pensamientos, y su imagen venía a mí con una fuerza que no podía ignorar.

—Lara, no sé qué decir —murmuré, sinceramente confundido—. No me lo esperaba.

Ella sonrió tristemente, como si entendiera la tormenta que se agitaba dentro de mí. Después, me acarició el rostro con la mano.

Aunque no lo viera, podía oír cómo su corazón se rompía en pedazos.

—No tienes que decir nada, Gabri. Solo… solo quería que lo supieras antes de que todo entre nosotros se vuelva más complicado de lo que ya es.

Nos quedamos en silencio, el ruido del bar llenaba los espacios entre nosotros. Sabía que tenía que tomar una decisión, pero en ese momento, todo lo que podía hacer era sentir el peso de su confesión y la complejidad de nuestros corazones entrelazados en una historia que era tanto de amor como de despedida. Y, mientras yo pensaba, ella pasaba a la acción, en un arrebato movido por el alcohol y la pasión. Se acercó a mí y me besó en los labios, tal vez como un regalo para ella o como el broche a una declaración de intenciones. No entendí muy bien aquel gesto y, aunque no lo rechacé, sentí que estaba traicionando una parte de mi interior. Por el contrario, ella sí que obtuvo todas las respuestas que necesitaba para saber que debía dejarme marchar.

Al abrir los ojos, encontré los suyos cerrados, disfrutando del momento, como si supiera que se perderían en un océano de recuerdos segundos más tarde.

—Es hora de que te vayas, Gabriel —me dijo, con una sonrisa en el rostro y los ojos cristalinos, aguantando las lágrimas—. Ahora. Hazme ese último favor.

Asentí en silencio, le acaricié el rostro y le regalé una última sonrisa sincera, antes de abandonar el bar del hotel. Ahora, Membrillos lo tenía más claro y yo también. Sentí que perdía una oportunidad para siempre. Ella, con el tiempo, se olvidaría de mí y cerraría esa herida que tardaría en sanar. Elegir entre Lara y Rosario era como decidir en qué tren subirse, sabiendo que uno te lleva a un destino conocido lleno de recuerdos, y el otro, hacia un horizonte lleno de posibilidades y descubrimientos nuevos. Después de lo ocurrido con Soledad, la pérdida de Desastres y lo que acababa de suceder con Membrillos, para mí, había llegado la hora de decir adiós al pasado y empezar de nuevo, comprando un billete hacia el futuro.

59

El sol ya comenzaba a eclipsarse sobre la estación de trenes de Alicante, proyectando largas sombras sobre los andenes y bañándolo todo en una luz dorada que parecía sacada de un cuadro impresionista. Yo, el mismísimo Gabriel Caballero, truhan de truhanes, letraherido, antihéroe y escritor venido a menos, me encontraba de pie frente a las vías, observando cómo los pasajeros apresuraban el paso hacia sus respectivos destinos. En mi pecho, un puñal clavado como una estaca y rodeado de un torbellino de emociones que amenazaba con desbordarse justo cuando la vi aparecer.

Rosario, con su maleta de mano y ese aire de determinación que siempre la caracterizaba, esperaba a su tren, a punto de marcharse para siempre.

El día ya venía cargado de momentos, y ahora había decidido poner la guinda al pastel.

—¡Rosario! —la llamé, mientras ella se giraba sorprendida, como si no esperase verme allí.

—Gabriel, ¿qué haces aquí? —preguntó, confundida, con una mezcla de sorpresa y cautela—. Pensaba que estabas ocupado. Ni siquiera has respondido a mi mensaje.

—Sé que va a sonar raro, pero necesitaba verte y hablar contigo antes de que te fueras.

Ella asintió lentamente, acercándose lo suficiente para que pudiera captar el matiz de preocupación en sus ojos esmeralda.

—No quiero ser borde, pero tendrías que haberlo pensado mejor. Solo faltan unos minutos para marcharme, Gabriel —dijo, mirando hacia el tren que pronto partiría hacia Madrid—. ¿Tan importante es? No puedo perder el tren. Me espera mucho trabajo en los próximos días.

La aparté de la cola de espera para cruzar el control y nos

sentamos en un banco cercano, alejados del gentío, sumidos en un silencio incómodo que ambos sabíamos que estaba cargado de palabras no dichas y sentimientos ocultos. El aire se llenaba con el sonido de los anuncios de partida y las palabras de despedida, de los viajeros.

—Es sobre el reportaje… —comencé, rompiendo el silencio.

—Sí, el reportaje —replicó ella, esquivando mi mirada—. ¿Has decidido qué vamos a hacer?

—He estado pensando… —respondí, eligiendo mis palabras con cuidado—. Tal vez deberías escribirlo tú. Tienes las pruebas, conoces los detalles… y todo esto se te da mejor que a mí.

—¡Ozú! Venga, ya —dijo incrédula, pero notó que no bromeaba —. ¿En serio? No me lo puedo creer. ¿Estás renunciando a la historia? ¿A santo de qué?

—Es largo de explicar, pero no lo llamaría renunciar. Tengo mis motivos y supongo que te lo mereces.

Rosario suspiró, mirando hacia las vías del tren.

—No se trata de merecer, Gabriel. Se trata de hacerlo bien. Juntos, somos mejores. Lo sabes. No tengo ningún problema en repartir el reconocimiento. ¿A qué viene esto ahora?

—Lo sé —admití, sintiendo cómo el tiempo se escurría entre mis dedos—. Pero también sé que hay algo más entre nosotros, algo que no estamos diciendo… y que interferirá en nuestras carreras si no lo aclaramos… y decidimos seguir trabajando juntos.

Ella se giró para enfrentarme. Sus ojos buscaban los míos con una intensidad que me dejó sin aliento.

—¿Y qué es eso que no estamos diciendo, Gabriel? —Ahora su voz era suave, casi un susurro—. Creo que me he perdido.

Tragué saliva, buscando el coraje para decir lo que había venido a decir. Sin embargo, las palabras se atoraban en mi garganta.

—Hay algo más que necesito aclarar contigo, algo personal, algo que… —mi voz se apagó mientras la miraba, buscando el valor para continuar.

—¿Que…? —continuó, pero el sonido de un silbato de tren nos interrumpió.

—No sé por dónde empezar, la verdad… Parece que no encuentro las palabras adecuadas.

—Me cuesta creerte, con lo charlatán que eres para lo que

quieres.

—Es diferente, ¿sabes?

Rosario suspiró, un poco nerviosa, y se puso de pie, de golpe, mirando hacia el tren que ya estaba listo para partir.

—Gabriel, si hay algo que decir, dilo ahora. No tenemos mucho tiempo y… —su mirada se desvió hacia el panel de salidas, donde los minutos hasta la partida de su tren disminuían rápidamente. Nerviosa y algo fría, agarró la maleta y se puso en pie—. De verdad, ¿no es algo que podamos hablar por teléfono? Tengo que irme.

—Espera, Rosario —pedí, levantándome también. Esta vez, no podría meter la pata.

—No puedo, el tren…

—Desde que empezamos a trabajar en este reportaje, he sentido que hay algo más entre nosotros, algo que va más allá del trabajo. Y no puedo dejar que te vayas sin…

Ella me interrumpió, poniendo una mano sobre la mía. Su tacto era suave pero firme. No me gustó la dirección en la que iba ese gesto.

—Gabriel, ¿estás hablando de… sentimientos? —preguntó. Apenas oía su voz entre el bullicio de la estación—. ¿Ahora?

Asentí, incapaz de formular las palabras.

—Sí, exactamente. Y me ha sido difícil admitirlo, incluso a mí mismo. No solo porque temo que no sientas lo mismo, sino porque… porque no quiero poner en riesgo nuestra amistad, ni nuestra colaboración profesional.

Rosario retiró su mano lentamente, mirando hacia el tren que emitía un suave zumbido, señal de que pronto estaría en movimiento.

—En serio, alucino contigo. ¿Qué pretendes decirme? —preguntó, confundida, y comencé a sentir que no estaba sucediendo como había imaginado. Su rostro era la viva imagen de alguien que alucinaba al escuchar aquello—. De verdad, siempre pensé que solo te interesaba el trabajo, que eras inmune a estas cosas… He sido tan ingenua al creer que me has dado algunas señales, pero nunca estaba segura… Pensé que preferías mantener todo en un nivel profesional. Y ahora… me vienes con esto. ¡Ni siquiera me ha quedado claro qué es lo que insinúas!

Lo cierto era que abrirme emocionalmente no era mi mayor

talento. No era Romeo, ni ella Julieta, y tampoco estaba acostumbrado a declarar mis sentimientos a menudo.

—Bueno, han pasado muchas cosas desde que nos conocimos.

A pesar de los avisos para subir al tren, ella seguía allí, delante de mí, esperando a que me decidiera para dar el paso, hasta que se hartó.

—Tengo que irme, Gabriel. Esto… esto que me dices cambia muchas cosas, pero necesito tiempo para procesarlo. No puedo perderte como amigo, eso sería demasiado doloroso.

«Oh, no. La maldita palabra».

Pero no pude terminar y decirle que no me bastaba con ser su amigo. Esa era la palabra prohibida, la que les decían a los rechazados, la que se utilizaba para mandar al cuerno a quien no te interesaba. La amistad estaba bien, pero no tenía lugar en la atracción, y eso era algo que tenía muy claro desde el principio. A esas alturas, prefería perderla que no tener nada.

La vi alejarse, con paso decidido y firme, hacia el control de seguridad. Me quedé parado, sintiendo cómo mi oportunidad se escurría como arena entre los dedos. La observé mientras cruzaba el control y comprobé que giraba para darme una última mirada, una que llevaba consigo todo el peso de la última decepción.

Para entonces, el andén estaba abarrotado de gente, cada uno absorto en su despedida o concentrado en la pantalla de su dispositivo móvil, creando un mosaico de adioses y bienvenidas. El aire vibraba con el bullicio de las conversaciones y el ocasional pitido de los trenes que llegaban y partían. En medio de este follón controlado, mi corazón latía a un ritmo frenético, impulsado por un cóctel de nerviosismo y las chispas del negroni.

Entonces, lo tuve claro y decidí que no podía dejarla ir, no sin decirle todo lo que sentía, no sin intentar cambiar el destino que parecía empeñado en separarnos. Puede que mi intento fracasara, como en tantas ocasiones, y que el ridículo me abrazara como había hecho antes. Pero la historia nunca la escriben los que se quedan sentados en el sofá. Para vivir plenamente, hay que arriesgar, por mucho que duela.

Cuando la vi a punto de subir al vagón, algo dentro de mí se rompió. No podía ser un adiós, no de esa manera. Ignoré el protocolo, los anuncios por los altavoces y las miradas de

desconcierto de quienes nos rodeaban.

—¡Rosario! —grité con todo el aire que mis pulmones podían reunir. Mi voz se elevó por encima del tumulto.

Ella se detuvo en seco, su mano aún en el pasamanos del vagón. Se volvió hacia mí y vi sus ojos verdes, agrandados por la sorpresa y, tal vez, una chispa de algo más. La azafata le instó a continuar, pero Rosario la ignoró. Eché a correr a toda velocidad. Ahora tenía su mirada fija en mí y yo me abría paso entre la multitud, empujando suavemente a las personas y esquivando maletas olvidadas.

Los guardias de seguridad ya habían notado mi carrera y me seguían por los adoquines del andén. Pero en ese momento, nada importaba. Rosario estaba delante, y cada paso que daba me acercaba más a ella.

Al llegar a su lado, sin detenerme a pensar en las consecuencias, me lancé hacia delante, capturé su rostro entre mis manos y la miré profundamente, buscando en ellos alguna señal de reciprocidad, algún indicio de que no estaba cometiendo un error.

—Hay algo más —susurré, justo antes de que nuestros labios se encontraran.

El beso fue un choque de realidades, un cruce de emociones que se desató como una tormenta. Por un momento, el mundo exterior se silenció y solo existíamos Rosario y yo, conectados por un beso que contenía todas las emociones contenidas a lo largo del tiempo que habíamos pasado juntos. Fue eléctrico, transformador, como si con ese simple gesto, todos los muros que habíamos construido entre nosotros se derrumbaran. Sentí que volvía a tener veinte años.

Pero la realidad me precipitó con la fuerza de una apisonadora.

Los brazos de los guardias de seguridad me envolvieron, separándonos con una eficiencia fría y profesional. Me encontré de repente en el suelo, sujetado firmemente, mirando hacia arriba mientras ellos aseguraban que no haría otro movimiento impulsivo.

—¡Soy un idiota, Rosario! ¡Pero siempre lo he sido! —le dije, desde el suelo—. ¡Debemos intentarlo!

A pesar de la fuerza con la que me sujetaban, mi mirada estaba fija en Rosario, buscando en su rostro algún rastro de lo que había pasado. Ella me miraba, con la mano en sus labios, como si intentara retener la sensación del beso. Un guardia le indicaba que

era hora de subir al tren, que no podía demorarse más.

—Hasta pronto, Gabri —dijo, antes de que los guardias me arrastraran lejos de ella y la azafata le insistiera por última vez en que subiera al vagón.

Con un cruce de miradas que pareció durar una eternidad, Rosario asintió lentamente y subió al vagón. Las puertas se cerraron detrás de ella con un susurro mecánico y el tren comenzó a moverse, llevándola de mi vista, pero no de mi cabeza.

Difícilmente olvidaría ese momento.

Segundos después, el tren partió hacia Madrid y Rosario con él.

Los guardias me soltaron después de una breve reprimenda, y me quedé ahí, viendo cómo el tren desaparecía en la distancia.

Había confesado mis sentimientos, tarde, quizás demasiado tarde, pero al menos no se había ido sin saber la verdad. Y mientras perdía de vista el tren, sabía que nada sería igual a partir de ese momento. Era una de esas ironías de la vida: a veces, para avanzar, uno tiene que dejar ir. No me reconocía a mí mismo en el hombre que había corrido por el andén, desafiando las convenciones y la seguridad en un acto impulsivo de amor y desesperación, pero tampoco en el tipo agrio, alicaído cada mañana y sarcástico con el mundo que le rodeaba. Así que, tal vez, esa era exactamente la gracia de apostar por un futuro lleno de incertidumbre.

Había saltado las barreras, literal y figurativamente, y aunque el futuro era incierto, por primera vez en mucho tiempo, sentía una chispa de esperanza ardiente en el pecho, una chispa de fulgor por vivir plenamente de nuevo.



PABLO POVEDA (Cartagena, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de más de doce libros, incluyendo *La Isla del Silencio, El Profesor* o *Don*. Vive en Alicante donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

«Periodista licenciado que pisó un diario para preguntar dónde estaba el aseo, toqué en una banda de pop, grabé un siete pulgadas y un puñado de canciones. Salí en MTV, revistas y diarios, me hice fotos con famosos y dormí en habitaciones de hoteles con sábanas limpias. Recorrí parte de Europa, me congelé en el Mar Báltico y dejé la vida convencional para perseguir mi sueño de escritor».

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.